

ESTUDIOS SOBRE EL LIBRO DE
LOS NUMEROS

C.H.M.

ESTUDIOS SOBRE EL LIBRO DE LOS NUMEROS



ESTUDIOS SOBRE
**El Libro de los
NUMEROS**

Por C. H. M.

"E hízoles ir por el abismo, como por un desierto."

—Salmo 106:9

Ediciones Bíblicas
1166 PERROY (Suiza)



CRA. 20 # 17-73 Sur
TEL.: 366 10 81
BOGOTA, D.C.

Capítulos 1 y 2

Tercera Edición, 1975

VAMOS a emprender el estudio de la cuarta grande división del Pentateuco, o cinco libros de Moisés. Encontraremos el carácter esencial de este libro tan manifiesto como el de los tres precedentes que han ocupado ya nuestra atención. En el libro del Génesis, después de describirse la creación, el diluvio y la dispersión de Babel, encontramos la elección, según Dios, de la simiente de Abraham. En el libro del Exodo, encontramos la redención. El Levítico nos habla del culto sacerdotal y de la comunión. En Números vemos la marcha y la lucha en el desierto. Tales son, en estas tres preciosas porciones de la inspiración, los temas principales, al lado de los cuales, como puede suponerse, se nos presentan varios otros puntos del más profundo interés. El Señor, en su grande misericordia, nos ha guiado en el estudio del Génesis, Exodo y Levítico; y podemos contar con El para ser guiados en el examen del libro de Números. Que su Espíritu dirija los pensamientos y guíe la pluma a fin de que no expongamos ninguna opinión que no esté en riguroso acuerdo con su mente divina. ¡Que cada página y cada párrafo puedan llevar el sello de su aprobación y contribuir ante todo a su gloria, y después al provecho duradero del lector!

“Y habló Jehová a Moisés *en el desierto de Sinai*, en el tabernáculo del testimonio, en el primero del mes segundo, en el segundo año de su salida de la tierra de Egipto, diciendo: Tomad el encabezamiento de toda la congregación de los hijos de Israel por sus familias, por las casas de sus padres, con la cuenta de los nombres, todos los varones por sus cabezas: de veinte años arriba, todos los que pueden salir a la guerra en Israel: los contaréis tú y Aarón por sus cuadrillas” (Cap. 1: 1-3).

Aquí nos encontramos, de pronto, "en el desierto", donde no se tiene en cuenta sino "todos los que pueden salir a la guerra". Esto está expresamente consignado. En el libro del Génesis, la descendencia o simiente de Israel nos es presentada como estando aún en los lomos de Abraham. En el libro del Exodo, los israelitas estaban junto a los hornos de ladrillos en Egipto. En el Levítico, estaban reunidos alrededor del tabernáculo del testimonio. En Números se les ve en el desierto. O también, desde otro punto de vista, en perfecta consonancia con el que hemos expuesto y que lo confirma: en el Génesis, oímos el llamamiento de Dios en la elección; en el Exodo contemplamos la sangre del Cordero, derramada para la redención; en el Levítico, estamos casi exclusivamente ocupados en el culto y en el servicio del santuario. Pero en cuanto abrimos el libro de Números vemos figurar en él a hombres de guerra, a ejércitos, a banderas, a campamentos y a toques de trompeta en son de alarma.

Todo ello es muy característico, y nos muestra al libro que vamos a estudiar como teniendo una importancia, y un interés particular para el cristiano. Cada libro de la Biblia, cada división del inspirado canon tiene su lugar propio y su objeto determinado. En esta galería santa, cada uno de esos libros tiene, por decirlo así, el estante que le ha asignado su divino Autor. No debemos abrigar ni por un momento la idea de establecer comparación ninguna entre esas diversas porciones del libro, desde el punto de vista de su valor intrínseco, de su interés y de su importancia. Todo es divino y por consiguiente perfecto. El lector cristiano lo cree plenamente y de todo corazón. Pone reverentemente su sello a la verdad de la plena inspiración de las Santas Escrituras, de toda la Escritura, y del Pentateuco entre las demás, y en ningún modo se deja influir sobre este punto por los ataques temerarios e impíos de los incrédulos de la antigüedad, de la edad media y de los tiempos modernos. Los incrédulos y los racionalistas pueden poner por delante sus razonamientos profanos, demostrando con ello su enemistad contra el Libro y contra su Autor; pero el cristiano piadoso descansa, a despecho de todo, en la seguridad bienaventurada

y sencilla de que "toda Escritura es inspirada divinamente" (2 Tim. 3: 16).

Pero, mientras rechazamos enteramente la idea de entrar en comparaciones entre los diversos libros de la Biblia, ya sea en cuanto a su autoridad o a su valor, podemos, no obstante, comparar con gran provecho el contenido, el objeto y el plan de esos libros. Y cuanto más profundamente meditamos sobre estos puntos, quedaremos más fuertemente sorprendidos ante la exquisita belleza, la infinita sabiduría y maravillosa precisión del Libro entero y de cada una de sus especiales divisiones. El inspirado escritor no se aparta jamás del objeto directo del libro, sea ese objeto el que fuere. Jamás se encontrará en ningún libro de la Biblia, nada que no esté en la más perfecta armonía con la intención principal de aquel libro. Si quisiéramos desarrollar y demostrar esta afirmación nos sería preciso recorrer todo el canon de las Santas Escrituras; por lo tanto, ni lo intentaremos. El cristiano inteligente no tiene necesidad de esa prueba, por más interesante que resultara para él. Le basta el gran hecho de que el Libro es de Dios, en su totalidad y en cada una de sus partes; y su corazón está seguro de que no hay, en ese todo y en cada una de sus partes, ni una jota ni una tilde que no sea, en todos sus aspectos, digna del divino Autor.

Oíd las palabras que siguen de uno que dice estar profundamente convencido de la divina inspiración de las Escrituras que Dios nos ha dado, que se ha afirmado en esta convicción por los descubrimientos diarios y crecientes que ha hecho de su plenitud, de su profundidad y de su perfección, y que, por la gracia, se ha vuelto siempre más sensible ya a la admirable exactitud de las partes, ya a la maravillosa armonía del conjunto. Dice ese escritor: "Las Escrituras tienen una fuente viviente, y una potencia viviente ha presidido a su composición; de ella deriva su alcance infinito y la imposibilidad de separar una parte cualquiera de su relación con el todo, ya que un solo Dios es el centro viviente de donde todo fluye; un solo Cristo es el centro viviente alrededor del cual se agrupan todas sus verdades, y al cual todas se refieren aunque en glorias variadas; un solo Espíritu es la savia divina, que lleva su poder de su

manantial en Dios a las más pequeñas ramas de la verdad que lo une todo, dando testimonio a la gloria, a la gracia y a la verdad de Aquél al que Dios presenta como el objeto, el centro y la cabeza de todo lo que está en relación con El mismo; de Aquel que, al mismo tiempo, es Dios sobre todas las cosas, eternamente bendito. Cuanto más hemos seguido esa savia hasta llegar a su centro, de donde hemos tendido nuestras miradas a su extensión e irradiaciones, a partir de las últimas ramificaciones de esta revelación de Dios, por la que hemos sido alcanzados cuando estábamos alejados de El, tanto más descubrimos su infinitud y nuestra propia debilidad para comprenderla. Hemos aprendido, bendito sea Dios, que el amor que es la fuente de ella, se encuentra en una perfección sin mezcla y en pleno desenvolvimiento de sus manifestaciones que han llegado hasta nosotros, aun en nuestro estado de ruina. El mismo Dios, perfecto en amor, se muestra en todas sus partes. Pero las revelaciones de la sabiduría divina en los consejos por los que Dios se nos ha dado a conocer, permanecen siempre a nuestros ojos como objeto de nuestras investigaciones, en las que cada nuevo descubrimiento, al paso que aumenta nuestra inteligencia espiritual, hace que la infinitud del todo y el modo como esa infinitud sobrepasa a todos nuestros pensamientos sean más y más evidentes".

Causa en verdad refrigerio al alma transcribir tales líneas de uno que, por espacio de cuarenta años, ha estudiado profundamente la Escritura. Ellas son de un valor inapreciable, en unos tiempos en que tantos hombres están dispuestos a tratar con desdén al sagrado volumen; y no porque nosotros en modo alguno hagamos depender del testimonio humano nuestras conclusiones acerca del divino origen de la Biblia, ya que estas conclusiones descansan sobre un fundamento que la misma Biblia nos ofrece. La Palabra de Dios, así como también sus obras, habla por sí misma, se recomienda por sí misma; ella habla al corazón; ella alcanza aun las grandes raíces morales de nuestro ser; ella penetra las más íntimas profundidades de nuestra alma, nos muestra lo que somos; ella habla como ningún otro libro sería capaz de hablar; y como la mujer de Schar

sacó la conclusión de que seguramente Jesús era el Cristo, porque él le había dicho todo lo que ella había hecho, así también nosotros podemos decir respecto de la Biblia: Ella nos dice todo lo que hemos hecho, ¿no será la Palabra de Dios? Sin duda, es por la enseñanza del Espíritu que podemos discernir y apreciar la evidencia y las cartas de crédito con las que la Escritura se presenta a nuestros ojos; con todo, ella habla por sí misma, y no tiene necesidad del testimonio humano para ser preciosa al alma. No debíamos fundar nuestra fe en la Biblia por un testimonio favorable del hombre, como no debemos sentirla vacilar por otro testimonio humano que le sea contrario.

Ha sido en todo tiempo de la mayor importancia, y lo es más especialmente en nuestros días, el tener el corazón y el espíritu firmemente asentados en la gran verdad de la divina autoridad de la Santa Escritura, de su inspiración plena, de su completa suficiencia para todas las necesidades, para todas las almas y para todas las épocas. Existen en todas partes dos influencias hostiles: de un lado, la incredulidad, y del otro, la superstición. La primera niega que Dios nos haya hablado por su Palabra: la segunda admite que nos ha hablado, pero niega que podamos comprender lo que nos dice, a no ser por la interpretación de la Iglesia.

Pues bien; mientras que muchos retroceden con horror ante la impiedad y la incredulidad, no saben ver que la superstición les priva también completamente de las Escrituras. Y si no, que nos digan en qué consiste la diferencia entre negar que Dios nos haya hablado, o negar que podamos comprender lo que nos ha dicho. Tanto en un caso como en otro ¿no se nos priva de la Palabra de Dios? Sin duda alguna. Si Dios no puede hacerme comprender lo que dice, si no puede darme la seguridad de que es El mismo el que habla, estaré tan enterado como si El no hubiese hablado jamás. Si la Palabra de Dios no es suficiente sin la interpretación humana, en ningún modo puede ser entonces la Palabra de Dios. Una de dos: o Dios no ha hablado en modo alguno, o bien, si ha hablado, su palabra es perfecta. No hay alternativa. Hay que decidirse necesariamente por una o por otra de esas afirmaciones. ¿Nos ha dado

Dios una revelación? La incredulidad dice: "No". La superstición dice: "Sí; pero no puede comprendérsela sin la autoridad humana". Tanto en un caso como en otro nos vemos, pues, privados del inestimable tesoro de la preciosa Palabra de Dios; y de este modo, la incredulidad y la superstición, tan diferentes en apariencia, convergen en un solo punto; en privarnos de la revelación divina.

Mas, bendigamos a Dios que nos ha dado una revelación. El ha hablado, y su palabra puede llegar al corazón como al entendimiento. Dios puede dar la certeza de ser El quien habla, y no tenemos necesidad para ello de ninguna intervención de autoridad humana. No necesitamos de ninguna pobre candileja para capacitarnos de ver al sol que resplandece. Los rayos de ese astro glorioso tienen bastante luz por sí mismos sin que sea necesario pretender ayudarles con míseros recursos. No necesitamos más que ponernos al sol para quedar convencidos de su brillo. Si nos retiramos bajo una bóveda o en un subterráneo, allí no sentiremos ciertamente su influencia. Exactamente igual sucede con la Escritura: si nos colocamos bajo las influencias glaciales y tenebrosas de la superstición o de la incredulidad, no experimentaremos el poder luminoso y fecundo de esta revelación divina.

Después de esas breves consideraciones sobre el conjunto del divino libro, vamos a entrar en el estudio del libro particular que debe ocuparnos. En el capítulo 1 encontramos la declaración de la *Genealogía*; en el capítulo 2 el reconocimiento de la *Bandera*. "Tomó pues Moisés y Aarón a estos varones que fueron declarados por sus nombres: y juntaron toda la congregación en el primero del mes segundo, y fueron reunidos *por sus linajes* (o *genealogía*), por las casas de sus padres, según la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, por sus cabezas, como Jehová lo había mandado a Moisés: y contólos en el desierto de Sinai" (Cap. 1: 17-19).

¿Hay ahí alguna palabra para nosotros, alguna gran lección espiritual para nuestra inteligencia? Seguramente. En primer lugar estas líneas sugieren al lector esta importante pregunta: "¿Puedo yo declarar mi genealogía o mi filiación?" Hay grandes

motivos para temer que existen cientos y aun miles de cristianos que profesan ser tales y que no son capaces de hacer aquella declaración. Ellos no pueden decir con sinceridad y de un modo positivo: "*Ahora somos hijos de Dios*" (1 Juan 3: 2). "Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús". "Y si *vosotros sois* de Cristo; ciertamente la simiente de Abraham sois, y, conforme a la promesa, los herederos" (Gál. 3: 26-29). "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales *son* hijos de Dios". "Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que *somos* hijos de Dios" (Rom. 8: 14, 16).

Ved aquí la "genealogía" del cristiano, y es privilegio suyo el poder "declararla". Es nacido de arriba, nacido de nuevo, nacido de agua y del Espíritu, es decir, por la Palabra y por el Espíritu Santo (Compárense cuidadosamente Juan 3: 5; Santiago 1: 18; 1 Pedro 1: 23; Efesios 5: 26). El cristiano hace remontar su genealogía directamente a un Cristo resucitado y elevado a la gloria. Tal es la genealogía cristiana. Cuando se trata de nuestra filiación natural, si nos remontamos a su *origen* y si la declaramos lealmente, habemos de ver y admitir que procedemos de un tronco en ruinas. Nuestra familia está arruinada, nuestros bienes están perdidos, aun nuestra sangre está corrompida, estamos irremisiblemente arruinados. Jamás podremos recuperar nuestra posición original; nuestro primer estado y la herencia que llevaba aparejada están perdidos con imposibilidad de recobrarlos. Un hombre podrá trazar su línea genealógica a través de una raza de nobles, de príncipes y de reyes; pero si quiere "declarar francamente su genealogía", no podrá detenerse sin llegar a un jefe caído, arruinado, desterrado. Es menester remontarse hasta el *origen* de una cosa si queremos saber lo que es ella realmente. Así es como Dios ve las cosas y las juzga; y es menester que nosotros pensemos como él, si queremos pensar rectamente. El juicio que él emite de los hombres y de las cosas ha de permanecer eternamente. El juicio del hombre es efímero, no es más que de un día; y de consiguiente, según apreciación de la fe y del buen sentido, "yo en *muy poco* tengo el ser juzgado y de vosotros, o de juicio humano" (1 Cor.

4: 3). ¡Oh, qué pequeñez! ¡Que podamos sentir más profundamente cuán poca importancia tiene el ser juzgado por el juicio humano! ¡Que podamos cada día comprender mejor cuán deleznable es ese juicio! Eso nos daría una tranquila elevación y una santa dignidad que nos colocarían por sobre la escena que atravesamos. ¿Qué es el rango en esta presente vida? ¿Qué importancia puede acordarse a una genealogía que, lealmente trazada y fielmente declarada, deriva de un tronco arruinado? Un hombre puede estar orgulloso de su nacimiento si no tiene en cuenta su origen primitivo: "nacido en pecado y concebido en maldad". Tal es el origen del hombre, tal su nacimiento. ¿Quién podrá vanagloriarse de tal nacimiento, de semejante origen; quién, sino aquél a quien el dios de este mundo haya cegado el espíritu?

¡Cuán diferentemente sucede con el cristiano! Su filiación es celestial. Su árbol genealógico tiene sus raíces en el suelo de la nueva creación. La muerte jamás podrá truncar esa genealogía, pues es la resurrección la que la ha formado. Conviene estar prevenidos tocante a esta cuestión, y es de la mayor importancia que el lector esté enteramente enterado acerca de este punto fundamental. Podemos ver fácilmente por este capítulo primero de Números cuán esencial era que cada miembro de la congregación de Israel pudiese declarar su filiación. La incertidumbre tocante a este punto hubiese sido funesta; ella habría producido una desesperante confusión. Dificilmente podríamos representarnos a un israelita que, llamado a declarar su genealogía, se expresara en los términos dudosos de muchos cristianos de nuestros días. No podemos imaginarnos que dijera: "¿Qué diré? no estoy muy seguro de ello. A veces alimento la esperanza de ser de la raza de Israel; pero en ocasiones temo vivamente no pertenecer a la congregación de Jehová. Estoy en completa inseguridad y en tinieblas tocante a ello". ¿Podemos concebir siquiera tal lenguaje? De seguro que no. Menos aun pudiéramos imaginar que alguno sostuviera la idea absurda de que nadie podía estar seguro de ser o no ser un verdadero israelita antes del día del juicio.

Podemos estar seguros de que semejantes ideas, semejantes razonamientos, esos temores, esas dudas y esas cuestiones eran desconocidos entre los israelitas. Cada miembro de la congregación era llamado a declarar su genealogía antes de ocupar su puesto en las filas como un hombre de guerra. Cada uno podía decir como Saulo de Tarso: "Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel", etc. Todo estaba determinado, cierta y perfectamente establecido para la marcha y el combate en el desierto.

Ahora bien, ¿no tenemos derecho de preguntar: "Si un judío podía estar seguro de su genealogía, ¿por qué un cristiano no podrá estar seguro de la suya?" Lector, examina esta cuestión; y si formas parte de esa numerosa clase de personas que jamás pueden llegar a la certidumbre de su linaje celestial, de su nacimiento espiritual, reflexiona, te lo rogamos, y permítenos continuar sobre este importante tema. Es posible que te sientas dispuesto a preguntar: "¿Cómo puedo estar seguro de que soy real y verdaderamente un hijo de Dios, un miembro de Cristo, nacido por la Palabra y por el Espíritu de Dios? Daría el mundo entero para tener tal seguridad en tan grave cuestión".

Pues bien; deseamos vivamente ayudarte a resolverla, ya que el objeto principal que nos propusimos al escribir estas "Notas", era el de auxiliar a las almas conturbadas, contestando a sus preguntas, en cuanto al Señor nos dé capacidad para ello, resolviendo sus dificultades y separando de su camino las piedras de tropiezo.

Hagamos notar un rasgo característico que pertenece a todos los hijos de Dios sin excepción. Es un rasgo muy sencillo, pero muy precioso. Si no lo poseemos, en mayor o menor grado, es prueba cierta de que no somos de la raza del Cielo; mas si lo poseemos, es evidente que somos de esa raza, y en tal caso, sin ninguna dificultad y sin ninguna reserva, podemos "declarar nuestra genealogía". Pues bien; ¿qué rasgo es ese? ¿Cuál es ese gran carácter de familia? Nuestro Señor Jesucristo nos lo indica. El nos dice que "la sabiduría es justificada de todos sus hijos" (Luc. 7: 35; Mat. 11: 19). Todos los hijos de la Sabiduría, desde los días de Abel hasta el momento actual se han distinguido por ese gran rasgo de familia, y no hay siquiera una

sola excepción. Todos los hijos de Dios, todos los hijos de la Sabiduría han hecho visible, en más o menos, ese rasgo moral: han justificado a Dios.

Que el lector pese esa declaración. Quizá encuentre difícil comprender qué significa "justificar a Dios", pero un pasaje o dos de la Escritura lo aclarará perfectamente, según esperamos. En el evangelio de Lucas, capítulo 7, leemos: "Y todo el pueblo oyéndole, y los publicanos, *justificaron a Dios*, bautizándose con el bautismo de Juan. Mas los fariseos, y los sabios de la ley, desecharon el consejo de Dios contra sí mismos, no siendo bautizados de él" (Vers. 29, 30). Aquí tenemos las dos generaciones colocadas, por decirlo así, frente a frente. Los publicanos que justificaban a Dios y se condenaban a sí mismos; y los fariseos que se justificaban a sí mismos y juzgaban a Dios. Los primeros se sometían al bautismo de Juan, el bautismo de arrepentimiento; los segundos rehusaban aquel bautismo, rehusaban arrepentirse, humillarse y condenarse a sí mismos.

Aquí tenemos, pues, las dos grandes clases en que se ha dividido toda la familia humana, desde los días de Abel y Caín hasta nuestros días. Con ello tenemos una piedra de toque muy sencilla para probar nuestra "genealogía". ¿Hemos tomado aquel lugar desde el cual nos condenamos a nosotros mismos; nos hemos postrado ante Dios en verdadero arrepentimiento? Esto es lo que justifica a Dios. Los dos hechos van unidos, y en realidad no son sino una sola y misma cosa. El hombre que se condena a sí mismo justifica a Dios, y el que justifica a Dios se condena a sí mismo. Por otra parte, el hombre que se justifica a sí mismo juzga a Dios, y el que juzga a Dios se justifica a sí mismo.

Tal sucede en todos los casos. Además, observemos que en cuanto uno se coloca en el terreno del arrepentimiento y de la condenación de sí mismo, Dios toma el sitio de aquél que justifica. Dios justifica siempre a los que se condenan a sí mismos. Todos sus hijos le justifican y él justifica a todos sus hijos. En cuanto David hubo dicho: "Pequé contra Jehová", le fue respondido: "También Jehová ha remitido tu pecado"

(2 Sam 12: 13). El perdón de Dios sigue inmediatamente a la confesión del hombre.

De ello se sigue que nada puede haber más insensato por parte de alguno que el justificarse a sí mismo, ya que es necesario que Dios sea justificado en sus palabras y que gane El la contienda cuando sea juzgado (Compárese Salmo 51: 4; Rom. 3: 4). Es preciso que Dios lleve la ventaja al fin, y entonces se verá en su verdadera luz lo que vale toda justificación personal. Por consiguiente, lo más sabio es condenarse uno mismo; y esto es, cabalmente, lo que hacen todos los hijos de la Sabiduría. Nada señala mejor el carácter de los verdaderos miembros de la familia de la Sabiduría que el hábito y el espíritu de juzgarse a sí mismos. Mientras que, al contrario, nada da a conocer mejor a los que no pertenecen a esta familia que un espíritu de propia justificación.

Estos pensamientos son dignos de la más seria reflexión. El hombre natural culpará a todo el mundo, excepto a sí mismo. Pero cuando la gracia obra, produce una disposición a juzgar al yo y a tomar un puesto humilde. Ahí está el secreto verdadero de la bendición de la paz. Todos los hijos de Dios se han mantenido en ese terreno bendito, han manifestado ese bello rasgo moral y han alcanzado ese importante resultado. No encontraremos una sola excepción a esta regla en toda la historia de la dichosa familia de la Sabiduría, y con toda seguridad, podemos decir que si el lector ha sido llevado con toda fidelidad y de veras al reconocimiento de su perdición, a condenarse a sí mismo, a tomar el sitio del verdadero arrepentimiento, es entonces realmente uno de los hijos de la Sabiduría y puede en adelante con firmeza y seguridad "declarar su genealogía".

Quisiéramos insistir sobre este punto desde un principio que es imposible para uno, sea quien fuere, reconocer la verdadera "bandera" y cobijarse bajo ella, si no puede declarar su "genealogía". En una palabra, es imposible tomar una verdadera posición en el desierto mientras se abrigue alguna duda o incertidumbre en cuanto a esta grande cuestión. ¿Cómo hubiese sido posible que un israelita de aquel tiempo hubiese ocupado su puesto en la congregación, cómo hubiese podido formar en

las filas, cómo hubiese logrado avanzar por el desierto, si no hubiese podido declarar con toda distinción su genealogía? Eso hubiera sido imposible. Otro tanto sucede al cristiano de nuestros tiempos. No hay que contar con ningún progreso en la vida del desierto, ni con el éxito en el combate espiritual si se mantiene en la incertidumbre sobre su genealogía celestial. Es preciso que se pueda decir: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida"; "Sabemos que somos de Dios"; "Nosotros creemos y sabemos" (1 Juan 3: 14; 5: 19; Juan 6: 69); antes que sea posible hacer progresos en la vida y en la marcha o carrera cristiana.

Lector, ¿puedes declarar la genealogía? ¿Es esto para ti una cosa perfectamente establecida? ¿Estás convencido de ello hasta lo más profundo de tu alma? Cuando estás a solas con Dios ¿es esta una cuestión ya resuelta entre El y tú? Examínalo y considéralo. Asegúrate. No pases de ligero sobre el asunto. No te apoyes en una simple profesión. No digas en tu interior: "Soy miembro de tal iglesia; tomo la cena del Señor; admito tales y cuales doctrinas; he sido educado en la piedad; llevo una vida moral; a nadie he hecho mal; leo la Biblia y hago oración; he establecido en casa el culto de familia; sostengo con liberalidad obras filantrópicas y religiosas". Todo esto puede ser enteramente cierto, y no obstante puede que no tengas ni una sola pulsación divina, ni un solo rayo de luz celestial. Ninguna de aquellas cosas, ni siquiera todas ellas reunidas no podrían ser aceptadas como una declaración de genealogía espiritual. Es preciso que sea el Espíritu el que dé testimonio de que tú eres hijo de Dios, y este testimonio acompaña siempre a la fe sencilla en el Señor Jesucristo. "El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo" (1 Juan 5: 10). En ningún modo se trata de buscar testimonios en tu propio corazón. No se trata de fundarlos en sentimientos y en experiencias. Nada de eso. Lo que necesitas es una fe sencilla en Cristo; es poseer la vida eterna en el Hijo de Dios, es tener el sello imperecedero del Espíritu Santo, y creer en Dios sobre su palabra. "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y

cree al que me ha enviado, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, mas pasó de muerte a vida" (Juan 5: 24).

He aquí la verdadera manera de declarar tu genealogía; y puedes estar seguro que es necesario poder declararla antes "de salir a la guerra". No queremos decir con ello que tú no puedas ser salvado sin esa declaración. Dios nos guarde de querer decir tal cosa. Creemos que existen centenares de miembros del verdadero Israel espiritual que no están en estado de declarar su genealogía. En tal caso preguntamos: ¿Están acaso en estado de ir a la guerra? ¿Son valerosos soldados de Cristo? Lejos de ello. Los tales ni saben qué sea una verdadera lucha; al contrario, suelen tomar sus dudas y sus temores, sus momentos de desmayo y de tristeza, como si fuesen los verdaderos combates del cristiano. Es el tal un error de los más graves, pero, ¡ay! también de los más frecuentes. Se encuentran a menudo personas en un estado de ánimo apocado, y entenebrecido que procuran justificarlo diciendo que tal es el terreno de la lucha cristiana; al paso que, según el Nuevo Testamento, la verdadera lucha del cristiano, o el combate, se sostiene en una región donde los temores y las dudas no se conocen. Es cuando nosotros nos mantenemos firmes a la luz pura de la plena salvación de Dios, en un Cristo resucitado, cuando entramos en el combate que nos es propio como cristianos. ¿Deberemos suponer que nuestras luchas bajo la ley, nuestra culpable incredulidad, nuestra oposición a someternos a la justicia de Dios, nuestras dudas y nuestros razonamientos puedan ser considerados como una lucha cristiana? De ningún modo. Todas esas cosas deben considerarse como una lucha contra Dios; mientras que la lucha del cristiano va contra Satán. "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires" (Efes. 6: 12).

Tal es la lucha cristiana. Tamaña lucha, ¿pueden acaso sostenerla los que continuamente dudan de si son cristianos o no? No podemos creerlo. ¿Podríamos imaginarnos un israelita en lucha contra Amalec en el desierto, o con los cananeos en la tierra prometida, en tanto fuese incapaz de "declarar su genea-

logía" o de reconocer su "bandera"? Tal suposición no es comprensible. No, no; todo miembro de la congregación que podía salir a la guerra estaba perfectamente ilustrado y bien fundamentado sobre ambos extremos. Además, no hubiera podido salir si no lo hubiese estado.

En tanto que nos ocupamos del importante asunto de la lucha del cristiano, será muy conveniente dirigir la atención del lector sobre las tres porciones del Nuevo Testamento en las que dicho combate nos es presentado bajo tres diferentes fases, esto es Romanos 8: 7-24; Gálatas 5: 17; Efesios 6: 10-17. Si el lector gusta de fijar sus miradas sobre dichos pasajes, procuraremos señalar el verdadero carácter de esa lucha.

En Romanos 8: 7-24 tenemos ante nosotros la lucha de un alma regenerada pero no libertada; de un alma sometida a la ley. La prueba que tenemos ahí, ante nosotros, un alma regenerada se funda en palabras tales como las siguientes: "Porque lo que hago no lo entiendo"; "el querer está en mí"; "*porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios*". Sólo un alma regenerada puede hablar de tal modo. El no consentir al mal, la *voluntad* de hacer el bien, el deleite interior por la ley de Dios, todas esas cosas son las señales distintivas de la nueva vida, los preciosos frutos de la regeneración. Nadie que no fuera convertido podría en verdad emplear tal lenguaje.

Más, por otro lado, la prueba que tenemos en dichas palabras de que estamos ante un alma que no está plenamente libertada y que no goza de una liberación conocida, ni de la profunda conciencia de la victoria y la posesión cierta de un poder espiritual, la prueba evidente de todo ello, decimos, la encontramos en las palabras siguientes: "mas yo soy carnal, vendido a la sujeción del pecado. Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, este hago. ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará?" Ahora bien; nosotros sabemos que un cristiano no es "carnal", sino espiritual; no está vendido al pecado, sino rescatado de su poder; no es un "hombre miserable", sino un hombre feliz que tiene la convicción de su liberación. No es un débil esclavo, incapaz de hacer el bien, y siempre arrastrado a hacer el mal; es un hombre libre, dotado de potencia

por el Santo Espíritu, y que puede decir: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4: 13).

No podemos, en estos momentos, extendernos en una completa exposición de este pasaje importante de la Escritura; nos limitaremos a ofrecer uno o dos pensamientos que auxiliarán al lector a comprender su objeto y su alcance. Sabemos perfectamente que muchos cristianos difieren bastante de opinión en cuanto al sentido de este capítulo. Algunos niegan que represente los ejercicios de un alma regenerada; otros sostienen que expone las experiencias propias de un cristiano. Nosotros no podemos admitir ninguna de estas explicaciones. Nosotros creemos que este capítulo describe los ejercicios de un alma verdaderamente regenerada, pero que todavía no ha alcanzado la libertad por el conocimiento de su unción con un Cristo resucitado, y por la potencia del Espíritu Santo. Son a centenares los cristianos que pueden considerarse incluidos en la situación que nos describe el capítulo 7 de Romanos, pero su situación real es la que se describe en el 8. En cuanto a su experiencia, aún están bajo la ley. No se ven sellados por el Espíritu Santo. Aún no gozan de una plena victoria en un Cristo resucitado y glorificado. Aún abrigan dudas y respiran temores, y están en todo tiempo dispuestos a exclamar: ¡"Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará?" Pero un cristiano, ¿no está acaso librado? ¿No está salvado? ¿No ha sido aceptado en el Bien Amado? ¿No está sellado con el Espíritu Santo de la promesa? ¿No está por ventura unido a Cristo? ¿No debiera saber todo esto, proclamarlo y regocijarse de ello? Sin contradicción posible. Por lo tanto, no está en la situación del capítulo 7 de Romanos. Es su privilegio entonar el cántico de la victoria, al lado del sepulcro vacío de Jesús, y de andar en la santa libertad en la que Cristo nos ha colocado al rescatarnos. El 7 a los Romanos no habla en modo alguno de la libertad, sino de la esclavitud; exceptuando, es verdad, casi al final, donde el alma puede decir: "Doy gracias a Dios". Sin duda puede ser mi ejercicio muy útil el de pasar por todo lo que se describe en él con tan maravilloso poder; y además debemos declarar que preferiríamos con mucho encontrarnos francamente en el 7 a los Romanos, que estar falsamente

colocados en el 8. Pero todo esto deja enteramente intacta la cuestión de la aplicación particular de este pasaje profundamente interesante de la Escritura.

Demos ahora una ojeada a la lucha descrita en Gálatas 5: 17. Reproduzcamos el pasaje: "Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne: y éstas cosas se oponen la una a la otra, para que no hagáis lo que quisieréis". Este pasaje se trae a menudo a citación como presentándonos una explicación de una continua *derrota*, mientras que contiene realmente el secreto de una perpetua *victoria*. En el versículo 16 leemos: "Andad en el Espíritu, y no *satisfagáis* la concupiscencia de la carne". Esto lo aclara todo. La presencia del Espíritu Santo nos asegura la potencia. Nosotros estamos convencidos de que Dios es más fuerte que "la carne", y por lo tanto cuando El combate el triunfo es seguro. Nótese atentamente asimismo que en Gálatas 5: 17, para nada se habla del combate entre las dos naturalezas, la vieja y la nueva, sino entre el Espíritu Santo y la carne; por esto allí se añade: "para que no hagáis lo que quisieréis". Si el Espíritu Santo no habitara en nosotros, sin duda satisfaríamos la codicia de la carne; pero como está en nosotros para trabar combate, no nos vemos obligados a hacer el mal, sino que estamos capacitados para hacer el bien.

Esto muestra cabalmente el punto de diferencia entre Romanos 7: 14-15 y Gálatas 5: 17. En el primer pasaje se nos habla de la nueva naturaleza, pero sin el poder del Espíritu habitando en nosotros; en el segundo, se nos habla no tan sólo de la nueva naturaleza sino que también de la potencia del Espíritu Santo. No debemos olvidar que la nueva naturaleza está en el creyente en un estado de dependencia. Ella depende del Espíritu en cuanto a la potencia, y depende de la Palabra en cuanto a la dirección. Pero es evidente que allí donde se encuentre el Espíritu Santo allí se manifiesta su poder. Puede estar contristado o cohibido: pero en Gálatas 5: 16 se enseña claramente que si andamos en el Espíritu, obtenemos sobre la carne una victoria segura y constante, por lo tanto sería un grave error

citar a Gálatas 5: 17 en apoyo de una conducta débil y carnal. Su enseñanza va destinada a producir el efecto contrario.

Y vamos a decir algo sobre el pasaje de Efesios 6: 10-17. Aquí se nos habla de la lucha del cristiano contra las potencias espirituales de malicia que están en lugares celestes. La Iglesia es del cielo, y debiera tener siempre una marcha y conducta celestes. Ese debiera ser nuestro objetivo constante; mantener nuestra celeste posición asentar sólidamente nuestros pies sobre nuestra herencia en el cielo y mantenernos en ella. El diablo procura evitarlo por todos los medios; y esto es lo que ocasiona la lucha, y lo que hace que tengamos la "armadura completa de Dios" por la cual podemos resistir a nuestro poderoso enemigo espiritual.

No tenemos intención de detenernos en consideraciones acerca de esa armadura; nos hemos propuesto tan sólo llamar la atención del lector sobre esos tres pasajes de la Escritura, a fin de que pudiera conocer, bajo todas sus fases, el tema de la lucha en relación con el comienzo del libro de Números. Nada puede haber más interesante; y no podemos apreciar bastante la importancia que tiene el que veamos claro en cuanto a la verdadera naturaleza de ese combate y el terreno en el cual se libra. Si vamos a la guerra sin saber por qué peleamos, y no estamos seguros de nuestra filiación, pocos progresos haremos contra el enemigo.

Pero, como ya lo hemos advertido, había otra cosa igualmente necesaria para el guerrero, además de la declaración exacta de su genealogía, y era el reconocimiento distinto de su bandera. Ambas cosas eran esenciales para la marcha como para el combate en el desierto. Eran, pues, inseparables. Si un hombre no conocía su filiación, tampoco hubiese reconocido su bandera, lo cual hubiera ocasionado a todos una desesperante confusión. En vez de marchar adelante guardando las filas, se hubieran cruzado unos con otros en los caminos, y, por consiguiente, se hubiesen llenado de obstáculos las rutas de marcha. Cada uno debía saber su puesto y ocuparlo; conocer su bandera y agruparse bajo ella. De tal modo avanzaban juntos; el combate era sostenido. El Benjaminita tenía su puesto, el Efraimita el suyo.

El uno no tenía por qué preocuparse del camino del otro, ni de obstruirlo. Ello era así por todas las tribus en todo el campo del Israel de Dios. Cada cual tenía su genealogía, su bandera y su puesto, y ni una ni otra dependía de los propios pensamientos de cada uno; todo era dispuesto por Dios. No había por qué comparar a un Israelita con otro; nada había que pudiera provocar celos entre ellos; cada uno debía ocupar su puesto y hacer su obra; y había bastante trabajo y sitio para todos. Eso era la más grande variedad posible al par que la más perfecta unidad. "Los hijos de Israel acamparán cada uno junto a su bandera, según las enseñas de las casas de sus padres". "E hicieron los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová mandó a Moisés: así asentaron el campo por sus banderas, y así marcharon cada uno por sus familias, según las casas de sus padres" (Cap. 2: 2, 34).

De modo que tanto en aquel campamento de entonces como en la Iglesia de ahora podemos aprender que "Dios no es un Dios de desorden". Nada podía estar dispuesto con más regularidad que los cuatro campamentos compuestos cada uno de tres tribus, formando un cuadrado perfecto, cada lado del cual ostentaba la bandera correspondiente. "Los hijos de Israel acamparán cada uno junto a su bandera según las enseñas de las casas de sus padres; alrededor del tabernáculo del testimonio acamparán". El Dios de los ejércitos de Israel sabía cómo disponer sus tropas. Gran error sería el suponer que los guerreros de Dios no estuviesen colocados según el más perfecto sistema de táctica militar. Podemos gloriarnos de nuestros programas en las artes y las ciencias, e imaginarnos que el ejército de Israel, comparado con lo que vemos hoy, presentaba el aspecto de grosero desorden y de extraña confusión. Mas tal pensamiento sería gratuito. Podemos estar seguros que el campo de Israel estaba ordenado y dispuesto de la manera más perfecta, y esto por una razón de las más sencillas y de las más concluyentes; esto es, porque estaba ordenado y dispuesto por la mano de Dios. Que se nos conceda tan sólo esto, saber, que Dios ha hecho todas las cosas, y sacaremos la consecuencia con la mayor seguridad que todo ha sido hecho perfectamente.

Es este un principio muy sencillo pero de gran valor. Naturalmente que eso no podrá satisfacer al incrédulo o a un escéptico, pero a los tales, ¿qué es lo que bastaría a satisfacerles? El papel y la prerrogativa del escéptico consisten en dudar de todo, no creer nada. Lo mide todo según su propia medida, y rechaza todo lo que no puede conciliar con sus ideas. Establece sus premisas con asombrosa sangre fría, y deduce acto continuo las consecuencias. Pero si las premisas son falsas, las deducciones habrán de serlo también. El rasgo que acompaña invariablemente las premisas de todos los escépticos, de todos los racionalistas y de todos los incrédulos, consiste en *excluir constantemente a Dios*, de donde se sigue que todas sus conclusiones han de ser forzosamente falsas. En cambio el humilde creyente toma como punto de partida, grande y primer principio, que *Dios es*, y no sólo que es, sino que se ocupa de sus criaturas, que se interesa en los negocios de los hombres y se ocupa en ellos.

¡Qué consuelo para el cristiano! Empero la incredulidad no acepta en modo alguno esto. Introducir a Dios es trastornar todos los razonamientos de los escépticos, ya que todos ellos se fundan en la completa exclusión de Dios.

Y siendo así, escribimos ahora no para combatir a los incrédulos, sino para la edificación de los creyentes. Mas, no obstante, conviene de vez en cuando llamar la atención sobre el estado de completa corrupción de todo el sistema de la incredulidad; lo cual demuestra con claridad y fuerza suficientes, el hecho de que aquél descansa enteramente en la exclusión de Dios. Si este hecho se comprende bien, el sistema entero se desploma. Si creemos que Dios es, o existe, entonces forzosamente hay que considerar a todas las cosas en relación con él. Es preciso que veamos todas las cosas desde el punto de vista suyo. Pero esto no basta. Si creemos que Dios es, habremos de creer también que el hombre no puede juzgarlo. Dios sólo debe ser el juez del bien y del mal; de lo que es digno de él y de lo que no lo es. Y lo mismo diremos en cuanto se relaciona con la Palabra de Dios. Si en verdad Dios es, y él nos ha hablado dándonos una revelación, entonces seguramente esa revelación no puede ser juzgado por la razón humana. Está por fuera y

por sobre los decretos o decisiones de semejante tribunal. ¡Qué pretensión la de querer juzgar a la Palabra de Dios por las reglas del cálculo humano! Y, sin embargo, eso es precisamente lo que se ha hecho en nuestros días con el precioso libro de Números, del cual estamos ocupándonos, el estudio del cual iremos continuando, dando de lado a la incredulidad y a su aritmética.

Nos damos cuenta de cuan necesario es en nuestras notas y en las reflexiones sobre ese libro, lo mismo que sobre los demás, el recordar o tener presente dos cosas, es a saber: primero el libro y luego el *alma*. El libro y su contenido; el alma y sus necesidades. Es de temer que estando preocupados por el primero, olvidemos la segunda. Es de temer igualmente que absortos en lo que concierne al alma, olvidemos el libro. Es menester ocuparnos paralelamente de los dos. Y bien podemos decir que lo que constituye un ministerio eficaz, ya sea escrito, ya sea oral, es el juicioso acuerdo entre estas dos cosas. Hay ministros que estudian la Palabra con mucho cuidado y tal vez muy profundamente. Están muy versados en los conocimientos de la Biblia; han posado ampliamente en la fuente de la inspiración. Todo ello es de la mayor importancia y del más alto valor. Sin ello un ministro sería enteramente estéril. Si un hombre no estudia la Biblia con cuidado y con oración, poco podrá dar a sus lectores o a sus oyentes, o al menos, poco que sea digno de ser retenido. Los que trabajan en la Palabra de Dios deben cavar por sí mismos y "*cavar profundamente*".

Pero acto seguido debe tomarse en cuenta el *alma*, tener en cuenta su estado y satisfacer sus necesidades. Si se pierde esto de vista la enseñanza del ministerio carecerá de efecto y de poder. No tendrá nada de incisivo, de penetrante. Será ineficaz y sin fruto. En una palabra es necesario que ambas cosas vayan reunidas, combinadas y bien proporcionadas. El que se limitara a estudiar el libro no sería práctico; el que se concretara al estudio del *alma* sería un deficiente; pero el que estudia debidamente *ambas* cosas será un buen ministro de Jesucristo.

Pues bien, nosotros deseamos, según nuestra capacidad, ser este último para el lector; y por consiguiente, a medida que

vayamos avanzando con él en el estudio de este libro admirable, abierto delante de nosotros, quisiéramos no tan sólo hacer resaltar las bellezas morales y desarrollar sus santas lecciones, sino también sentirnos constantemente penetrados de la idea de que nuestro deber positivo es el de proponer de vez en cuando alguna pregunta al lector, sea quien fuere, para inducirle a examinar hasta qué punto aprende esas lecciones y sabe apreciar sus bellezas. Queremos creer que el lector no opondrá objeción alguna a esa intención nuestra, y, por consiguiente, antes de terminar esa primera sección vamos a proponer una o dos preguntas relacionadas con ella.

Para empezar, querido amigo, ¿estás bien enterado y seguro tocante a tu "genealogía"? ¿Estás bien seguro de estar del lado del Señor? No dejes esta gran cuestión, te lo suplicamos, sin haberla resuelto. Te la hemos propuesto antes y volvemos a proponértela una vez más. ¿Conoces tu filiación espiritual y puedes declararla? Es la primera convicción para ser un soldado de Dios. Inútil es pensar en formar parte del ejército militante, mientras no tengas seguridad sobre este punto. En ningún modo queremos decir con esto que un hombre no pueda ser salvo sin ello. Lejos esté de nosotros tal idea. Pero no puede ocupar su puesto en las filas como guerrero. No puede combatir contra el mundo, la carne y el diablo mientras tenga dudas y temores tocante a saber si pertenece a la verdadera familia espiritual. Para que haya algún progreso, para que haya esa decisión tan indispensable a un guerrero cristiano es necesario que pueda decirse: "*Sabemos que hemos pasado de muerte a vida*";—"sabemos que somos de Dios".

Tal es el lenguaje que conviene a un combatiente. Ningún hombre de aquel poderoso ejército que se agrupaba alrededor de la "tienda del testimonio" hubiera comprendido que pudiera haber una sola duda, ni la sombra de una duda, respecto a "*su genealogía propia*". Seguramente hubiera sonreído si alguien hubiese apuntado algún escrúpulo sobre ello. Cada uno de aquellos seiscientos mil hombres sabía bien de dónde procedía, y, por lo tanto, qué sitio debía ocupar. Tal acontece justamente en el ejército militante de Dios en nuestro

tiempo. Es necesario que cada miembro de este ejército posea la más completa certidumbre en cuanto a su filiación, de lo contrario, no podrá sostenerse en la batalla.

Vemos seguidamente la "bandera". ¿Qué es? ¿Es una doctrina? No. ¿Es acaso un sistema teológico? No. ¿Es un reglamento eclesiástico? No. ¿Es quizá un sistema de ordenanzas, de ritos o de ceremonias? Nada de esto. Los soldados de Dios no combaten bajo ninguna bandera semejante. ¿Cuál es, pues, el estandarte de esa bandera semejante? ¿Cuál es, pues, el estandarte de esa milicia de Dios? Escuchémoslo y recordémoslo: Es Cristo. Este es el solo estandarte de Dios, y el solo estandarte de esta tropa de guerra que acampa en el desierto del mundo, para sostener la lucha contra los ejércitos del mal, y para librar las batallas del Señor. Cristo es el estandarte para todas las cosas. Si tuviéramos otro, seríamos incapaces de sostener la lucha espiritual a la cual somos llamados. ¿Nos toca, como cristianos; batallar por un sistema teológico o una organización eclesiástica? ¿Qué importancia tienen a nuestros ojos las ordenanzas, las ceremonias o las observaciones ritualistas? ¿Iremos al combate bajo tales banderas? ¡No quiera Dios! Nuestra teología es la Biblia. Nuestra organización eclesiástica es el Cuerpo, del cual Cristo es la Cabeza, formado por la presencia del Espíritu Santo, y unido a la Cabeza viviente y exaltada en los cielos. Militar con otras miras, sería indigno de un guerrero cristiano.

¡Ah! lástima que haya tantas personas que profesan pertenecer a la Iglesia de Dios y olvidan su propia bandera y combaten bajo otras enseñas. Podemos estar seguros de que esto produce debilitamiento, falsea el testimonio y detiene el progreso. Si queremos mantenernos firmes en el día de la batalla, es menester que no conozcamos más estandarte que Cristo y su Palabra, la Palabra viviente y la palabra escrita. Es en esto en lo que estriba nuestra seguridad en frente de nuestros enemigos espirituales. Cuanto más unidos nos mantengamos a Cristo y sólo a El, tanto más fuertes seremos, y estaremos en seguridad. Tenerlo a El, como un perfecto abrigo ante nuestros ojos, mantenernos cerca de El, unidos a El, ved aquí nuestra mayor salvaguardia

moral. "Los hijos de Israel acamparán cada uno junto a su bandera, según las enseñas de las casas de sus padres".

¡Oh! ¡que sea así también en todo el ejército de la Iglesia de Dios! ¡Que pueda dejarse todo de lado por Cristo! ¡Que baste El a nuestros corazones! Así como nosotros hacemos remontar nuestra genealogía hasta El, que su nombre esté escrito en el "estandarte" alrededor del cual nos reunimos en el desierto que atravesamos para llegar a la casa de nuestro Padre, donde gozaremos de Su eterno reposo. Lector, anda vigilante sobre ello, te lo rogamos; que no haya ni una jota ni un rasgo de letra cualquiera en tu estandarte que no sea el nombre de Cristo, el nombre que es sobre todo nombre y que habrá de ser eternamente exaltado en el vasto universo de Dios.

Capítulos 3 y 4

¡Qué maravilloso espectáculo presentaba el campo de Israel en ese desierto árido y yermo! ¡Qué espectáculo para los ángeles, para los hombres y para los demonios! La mirada de Dios estaba fijada en él; su presencia estaba allí; habitaba en medio de su pueblo militante; era allí donde había establecido su morada. No podía encontrarla, no la encontró, en medio de los esplendores de Egipto, de Asiria o de Babilonia. Sin duda aquellos países ofrecían a los ojos de la carne todo lo que para ellos tenía atractivos. Las artes y las ciencias florecían en ellos. La civilización había alcanzado en aquellas naciones un grado mucho más alto del que los modernos estamos dispuestos a acordarles. El refinamiento y el lujo se ofrecían en una extensión como pueda estarlo hoy entre los que tienen mayores pretensiones en este punto.

Pero, recordémoslo; Jehová no era conocido de esos pueblos. Jamás su nombre les fue revelado. El no habitaba en medio de ellos. Ciertamente allí también había innumerables testimonios de su poder creador. Además su providencia velaba sobre ellos. Les daba lluvias y épocas fértiles, llenando sus corazones de alegría y mantenimientos. Día tras día y año tras año, derramaba sobre ellos, con liberal mano, sus bendiciones y sus beneficios. Las lluvias fertilizaban sus campos y los rayos del sol regocijaban sus corazones. Pero no le conocían ni le buscaban. El no habitaba en medio de ellos. Ninguna de aquellas naciones podía decir: "Jehová es mi fortaleza, y mi canción, y hame sido por salud: éste es mi Dios, y a éste engrandeceré. Dios de mi padre y a éste ensalzaré" Exodo 15:2).

Jehová había fijado su habitación en el seno de su pueblo rescatado y no en otro sitio alguno. La Redención era la base

esencial de la habitación de Dios en medio de los hombres. Fuera de la redención, la presencia divina no podía sino acarrear la destrucción del hombre; pero conocida la redención, esta presencia proporciona al rescatado el más alto privilegio y la más esplendente gloria.

Dios había escogido domicilio en medio de su pueblo Israel. Descendió del cielo no solamente para rescatarle de la tierra de Egipto, sino también para ser su compañero de viaje a través del desierto. En verdad, no había nada semejante a esto en el vasto mundo. Allí estaba aquel ejército de seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, en un desierto estéril, donde no había ni una brizna de hierba, ni una gota de agua, ni un medio visible de subsistencia. ¿Cómo alimentarse? Dios estaba allí. ¿Cómo encontrar camino a través de aquel desierto donde no había ningún camino? ¡Dios estaba allí!

En una palabra, la presencia de Dios les garantizaba de todo. La incredulidad podía decir: "¿Cómo es posible que tres millones de seres humanos puedan vivir de sólo el aire? ¿Quién tiene a su cargo la intendencia militar? ¿Dónde están los materiales de guerra, los bagajes, los almacenes?" Sólo la fe puede responder: y la respuesta es sencilla, breve y concluyente: "¡Dios estaba allí!" Y esto bastaba. Todo está comprendido en esa sola frase. En la aritmética de la fe, Dios es el factor esencial, y cuando se tiene esa unidad por delante, pueden añadirse a ella cuantas cifras se quiera. Si todos los recursos están en el Dios vivo, no se trata ya de nuestras necesidades; esto se resuelve en la cuestión de Su perfecta suficiencia.

¿Qué significaban seiscientos mil hombres de a pie para el Todopoderoso? ¿Qué significaban las necesidades tan variadas de sus mujeres y sus hijos? A juicio de los hombres estas eran cargas abrumadoras. Que Inglaterra mande un ejército de sólo diez mil hombres a Abisinia; considerad los enormes gastos y trabajos necesarios para ello, el número de buques que se requieren para transportar las municiones y demás cosas necesarias a tan pequeño ejército. Figuraos en cambio un ejército que, sin contar las mujeres y los niños, fuese sesenta veces mayor. Representaos con la imaginación a ese inmenso ejército empe-

zando una marcha que debía prolongarse por espacio de cuarenta años, a través de un "grande y terrible desierto"; en el cual no había ni trigo, ni hierba, ni fuentes de agua. ¿Cómo debían vivir? No tenían víveres consigo, no habían hecho pacto alguno con naciones aliadas para que se los proporcionasen, no tenían ningún convoy de provisiones apostado en las diferentes etapas de su ruta—en una palabra, no tenían ningún medio visible de subvenir a sus necesidades.

Vale la pena de que todo ello sea pesado seriamente. Pero es necesario también examinarlo en la presencia de Dios. De ningún provecho sería para la razón humana el sentarse y tratar de resolver por el cálculo tamaño problema. No, lector; sólo la fe puede resolverlo, y esto tan sólo por la palabra del Dios viviente. Ahí se encuentra la verdadera solución. Introducid a Dios en el problema, y no tendréis necesidad de ningún otro factor para obtener la respuesta.

La fe resuelve así la cuestión. Dios estaba en medio de su pueblo. Allí estaba con toda la plenitud de su gracia y su misericordia—allí estaba con perfecto conocimiento de sus necesidades y de las dificultades de su camino—allí estaba con su poder supremo y sus recursos sin límites, para hacer frente a esas dificultades y para subvenir a sus necesidades. Y había El penetrado tan completamente esas cosas, que al fin de sus largas peregrinaciones por aquel desierto, pudo dirigirse a sus corazones con palabras tan conmovedoras como las siguientes: "Pues Jehová tu Dios te ha bendecido en toda obra de tus manos: él sabe que andas por este gran desierto: estos cuarenta años Jehová tu Dios fue contigo, y ninguna cosa te ha faltado". Y además: "Tu vestido nunca se envejeció sobre ti, ni el pie se te ha hinchado por estos cuarenta años" (Deut. 2: 7; 8: 4).

Ahora bien; en todas estas cosas, el campo de Israel era un tipo, tipo llamativo y notable. Pero tipo ¿de qué? De la Iglesia de Dios en su paso a través de este mundo. El testimonio de la Escritura es tan formal sobre ese punto, que no da lugar ninguno a la imaginación: "Y estas cosas les acontecieron en figura; y son escritas para nuestra admonición, en quienes los fines de los siglos han parado" (I Cor. 10: 11).

Podemos, pues, acercarnos y contemplar con vivo interés tan maravilloso espectáculo y tratar de sacar de él las preciosas lecciones que nos enseña. ¡Y qué lecciones! ¿Quién podrá apreciarlas debidamente? ¡Ved ese misterioso campamento en el desierto, compuesto, según ya dijimos, de guerreros, de obreros y de adoradores! ¡Qué separación de entre todas las naciones del mundo! ¡Qué desamparo más completo! ¡Qué situación! ¡Qué dependencia más absoluta de Dios! ¡No tenían nada, no podían nada, no sabían nada! No tenían ni un pedazo de alimento, ni una gota de agua más de la que recibían día tras día de la misma mano de Dios. Cuando por la noche se retiraban a descansar, no tenían ni un átomo de provisiones para el día siguiente. No tenían almacén, ni despensa, ni recurso alguno visible, nada en que la naturaleza pudiera contar.

Pero Dios estaba allí, y a juicio de la fe no se necesitaba otra cosa. *Estaban obligados a depender enteramente de Dios.* Tal era la única y magna realidad. La fe no reconoce nada real, nada sólido, nada verdadero sino al solo Dios viviente, verdadero, eterno. La naturaleza podía dirigir hacia atrás una mirada de envidia a los graneros de Egipto y ver allí algo palpable y sustancial. La fe mira al cielo y halla en él todos los recursos.

Tal acontecía en el campamento en el desierto; tal sucede también con la Iglesia en el mundo. No había una sola necesidad, un solo caso imprevisto, una sola carencia, de la naturaleza que fuere, para las cuales la presencia de Dios no fuese un reparo enteramente suficiente. Las naciones de los incircuncisos podían mirar y maravillarse. Podían muy bien, en la desorientación de la ciega incredulidad, suscitar cuestiones y procurar saber cómo podía alimentarse tal ejército, vestirse y mantenerse en orden. Ciertamente ellos no tenían ojos para ver cómo podía ser esto. No conocían a Jehová, el Eterno, el Dios de los hebreos; y por lo tanto, decirles que El se había encargado de aquella inmensa asamblea les hubiera parecido un cuento frívolo.

Tal sucede ahora con la asamblea de Dios en este mundo, el cual puede calificarse en verdad de desierto moral. Considere-

rada desde el punto de vista de Dios, esa asamblea no es del mundo; está separada enteramente de él. Está completamente por fuera del mundo como el campo de Israel estaba fuera de Egipto. Las olas del Mar Rojo corrían entre este campamento y el Egipto, y las aguas más profundas y más sombrías de la muerte de Cristo corren entre la Iglesia de Dios y este presente siglo malo. Es imposible concebir una separación más absoluta. "No son del mundo", dijo Cristo, "com tampoco yo soy del mundo" (Juan 17: 16).

Vamos ahora a la completa dependencia; ¿existe otra cosa más dependiente que la Iglesia de Dios en este mundo? Ella no tiene nada en sí misma o por sí misma. Está colocada en medio de un desierto moral, desierto árido, sombrío y vasto; de un desierto en el que no hay más que desolación, donde no hay literalmente nada que pueda nutrirla. No hay ni una gota de agua ni un alimento que pueda ser conveniente a la Iglesia de Dios en toda la extensión de la tierra.

Igual sucede en cuanto a la manera con que está expuesta a toda suerte de influencias hostiles. No tiene acá abajo ninguna influencia amiga; todo le es contrario. Ella está en medio de este mundo como una planta exótica, una planta de clima extranjero, colocada en una región en la que la tierra y la atmósfera le son igualmente contrarias.

Tal es la Iglesia de Dios en el mundo: una cosa separada, enteramente dependiente, sin defensa. Esto es apropiado para dar a nuestros pensamientos sobre la Iglesia mucha realidad, fuerza y claridad; a hacérsola ver como el contratipo del campamento en el desierto—no es un vano capricho de la imaginación el considerarla así; I Corintios 10: 11 lo prueba de la manera más evidente. Estamos plenamente autorizados a decir que lo que el campo de Israel era literalmente, lo mismo es la Iglesia moral y espiritualmente. Y más aun; que lo que era el desierto literalmente para Israel, el mundo lo es moral y espiritualmente para la Iglesia de Dios. Así como el desierto no fue para Israel un lugar de recursos y de placeres, sino de peligros y fatigas, así también el mundo no ofrece a la Iglesia recursos y alegrías, sino fatigas y peligros.

Es conveniente fijar este hecho en toda su potencia moral. La asamblea de Dios en el mundo, como "la congregación en el desierto" está enteramente dejada a los cuidados del Dios vivo. Téngase presente que hablamos desde el punto de vista divino, es decir: de lo que es la Iglesia a los ojos de Dios. Considerada desde el punto de vista del hombre, tal cual ella es, en su verdadero estado actual ¡ay! es otra cosa bien diferente. En estos momentos no nos ocupamos sino en la idea normal, verdadera, divina de la asamblea de Dios en el mundo.

No se olvide ni por un instante que así como es cierto que hubo en otro tiempo un campo, una congregación en el desierto, también es igualmente cierto que hay ahora en el mundo la Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo. Sin duda las naciones del mundo apenas conocieron esa congregación de entonces, y menos aún hicieron caso de ella; pero esto no debilitaba en nada ni afectaba en lo más mínimo el magno hecho de su existencia. Igual hoy día, los hombres del mundo apenas conocen la asamblea de Dios, el cuerpo de Cristo, y no se preocupan siquiera de ella; pero esto no afecta en ningún modo a la gran verdad de que *hay* realmente semejante cosa presente en el mundo, y que *ha existido* siempre desde que el Espíritu Santo descendió en el día de Pentecostés. Ciertamente es que la congregación de Israel tenía sus pruebas, sus combates, sus penas, sus tentaciones, sus controversias, sus conmociones interiores, sus dificultades innumerables y sin nombre, que exigían los recursos variados que había en Jehová—el precioso ministerio del profeta, del sacerdote y del rey que Dios les había dado; ya que, por lo que sabemos, Moisés estaba allí como "rey en Jeshurun", y como el profeta nombrado por Dios, y Aarón estaba allí también para ejercer todas las funciones sacerdotales.

Mas a pesar de todas estas cosas que hemos enumerado, a pesar de la debilidad, el pecado, la rebelión, la oposición, el caso es que había allí un hecho evidente, que debía ser conocido de los hombres, de los demonios y de los ángeles, esto es, una grande congregación que se elevaba a unos tres millones de almas (según el uso habitual del cálculo), viajando a través de un desierto, enteramente dependiendo de un brazo invisible,

guiada y cuidada por el Dios eterno, los ojos del cual no se apartaban un solo instante de aquel misterioso y simbólico ejército. Dios habitaba verdaderamente en medio de su pueblo y no lo abandonó jamás a pesar de su incredulidad, sus olvidos, su ingratitud y su rebelión. El estaba allí para guiarlo, guardarlo y conservarlo noche y día. Le alimentaba diariamente con pan del cielo, y para él hacía brotar el agua de la peña de granito.

Ello era seguramente un hecho prodigioso, un profundo misterio. Dios tenía una congregación en el desierto; mantenida aparte de todas las naciones circundantes, separada para El. Es posible que las naciones del mundo no supiesen nada, para nada se preocupasen, no pensasen nada de tal asamblea. Ciertamente es que el desierto no producía nada para la subsistencia o para el refrigerio. En él se encontraban serpientes y escorpiones, peligros y trampas o asechanzas, la sequía, la esterilidad y la desolación. Pero había también aquella maravillosa asamblea, sostenida de tal manera que confundía la razón humana.

Ahora bien, lector; acuérdate que aquello era un tipo. ¿Y de qué? de una cosa que ha venido existiendo durante diecinueve siglos; que existe aún, y que existirá hasta que el Señor se levante de su sitio actual y descienda en los aires. En una palabra, es un tipo de la Iglesia de Dios en el mundo. Importa mucho reconocer este hecho, que desgraciadamente se ha perdido mucho de vista, y que tan poco comprendido es, aun en nuestros días. No obstante, todo cristiano es responsable de reconocerlo y de confesarlo en la práctica. No lo puede evitar. ¿Es verdad que hay actualmente en el mundo algo que corresponde al campamento en el desierto? Sí, en verdad; hay la Iglesia en el desierto. Hay una asamblea que pasa por este mundo como Israel pasaba por el desierto. Además, el mundo es moral y espiritualmente lo que el desierto era literal y prácticamente para Israel. Israel no encontraba recurso alguno en el desierto, y la Iglesia de Dios tampoco debiera encontrar recursos en el mundo. Si los encuentra, desmiente a su Señor y no marcha derechamente con El. Israel no era del desierto, sino que pasaba a través de él; la Iglesia de Dios no es del mundo, no hace más que atravesarlo.

Si el lector se empapa bien de esta verdad, ella le enseñará el lugar de completa separación que conviene a la Iglesia de Dios como cuerpo, y a cada uno de sus miembros en particular. La Iglesia, *según la ve Dios*, está tan completamente separada del mundo, como separado estaba el campo de Israel en medio del desierto que le rodeaba. Nada hay de común entre la Iglesia y el mundo, como tampoco había nada de común entre Israel y las arenas del desierto. Las más brillantes atracciones y las más seductoras fascinaciones del mundo son para la Iglesia de Dios lo que eran para Israel las serpientes, los escorpiones y los mil otros varios peligros del desierto.

Tal es la idea divina de la Iglesia, y es de esta idea de lo que nos ocupamos ahora. ¡Ay! pero qué diferente es de la que se llama Iglesia. Deseamos, empero, que el lector fije por un momento su atención sobre lo que es verdadero. Nosotros quisiéramos que se colocara, por la fe, en el punto de mira de Dios, y desde allí considerar la Iglesia. Sólo viéndola así se puede formar una idea justa de lo que es la Iglesia, y de la responsabilidad personal con respecto a ella. Dios *tiene* una Iglesia en el mundo. Hay actualmente en la tierra un cuerpo, en el que habita el Espíritu, y unido a Cristo, la Cabeza. Esa Iglesia, ese cuerpo, está constituido por todos los que creen verdaderamente al Hijo de Dios, y que están unidos en virtud del gran hecho de la presencia del Espíritu Santo.

Obsévese de paso que no se trata aquí de una opinión, o de cierta idea que se pueda aceptar o no a gusto de cada cual. Es un hecho divino. Que quiera o que no quiera aceptarse, no deja de ser por eso una gran verdad. La Iglesia es un cuerpo que existe, y nosotros somos miembros de él si somos creyentes. No podemos evitar el serlo. Tampoco podemos ignorarlo. Estamos actualmente en esta relación, habiendo sido bautizados en un cuerpo por el Espíritu Santo (I Cor. 12: 13). Esa es una cosa tan real y tan positiva como el nacimiento de un niño en una familia. El nacimiento ha ocurrido, la relación está formada, y no nos queda otro recurso más que reconocerlo y comportarnos de día en día en relación con aquel hecho. Desde el momento en que un alma ha nacido de nuevo, nacido de arriba y sellado

por el Espíritu Santo, forma parte del cuerpo de Cristo. Y no puede considerarse en adelante como un individuo solitario, una persona independiente, un átomo aislado; es miembro de un cuerpo, de igual modo que la mano o el pie es un miembro del cuerpo humano. ¿Cómo podría mi brazo ser miembro de otro cuerpo? Según este mismo criterio podríamos preguntar: ¿Cómo podría un miembro del cuerpo de Cristo ser miembro de otro cuerpo cualquiera?

¡Qué verdad tan gloriosa ésta en cuanto a la Iglesia de Dios, la cual es el antitipo del campamento en el desierto, "la congregación en el desierto!" ¡Qué bueno es estar colocado bajo la influencia de semejante verdad! Existe una cosa tal como la Iglesia de Dios, en medio de la ruina y del naufragio, de la lucha y de la discordia, de la confusión y de las divisiones, de las sectas y los partidos. Es ciertamente una verdad de las más preciosas y al mismo tiempo de las más prácticas. Nos vemos tan obligados a reconocer, por la fe, la presencia de esta Iglesia en el mundo, como lo estaban los israelitas de reconocer, por la vista, el campamento en el desierto. *Había* un campamento, una congregación, a la que pertenecía el verdadero israelita, *hay* asimismo una Iglesia, un cuerpo, del que forma parte el verdadero cristiano.

Pero, ¿cómo está organizado este cuerpo? Lo está por el Espíritu Santo, según está escrito: "Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo" (I Cor. 12: 13). ¿Cómo se sostiene? Por su cabeza viviente; por medio del Espíritu, y por la Palabra, según leemos: "Porque ninguno aborreció jamás su propia carne; antes la sustenta y regala como también Cristo a la Iglesia" (Efes. 5: 29). ¿No basta esto? ¿No es Cristo suficiente? ¿No basta el Espíritu Santo? ¿Tenemos necesidad de otra cosa que de las virtudes sin número que se encuentran en el nombre de Jesús? Los dones del Espíritu Eterno ¿no son acaso enteramente suficientes para el crecimiento y sostenimiento de la Iglesia de Dios? La presencia de Dios en la Iglesia, ¿no le asegura de todo aquello de que pudiera tener necesidad? ¿No responde a lo que cada hora puede exigir? La fe dice: "Sí", y lo dice con energía y seguridad. La incredulidad, la razón

humana, dice "No; tenemos necesidad además de muchas otras cosas". ¿Qué responder a esto? Simplemente lo que sigue: "Si Dios no es suficiente, no sabemos a dónde volver las miradas. Si el nombre de Jesús no basta, no sabemos que hacer. Si el Espíritu Santo no puede subvenir a todas las necesidades de la comunión, del ministerio y del culto no sabemos que decir".

No obstante, se nos puede objetar que "las cosas no están hoy como estaban en tiempo de los apóstoles; que la Iglesia profesante ha caído; que los dones de Pentecostés han cesado; que los gloriosos días del primer amor de la Iglesia han desaparecido, y que, por consiguiente, es necesario adoptar los mejores medios que estén a nuestro alcance para la organización y el sostenimiento de nuestras iglesias". A todo ello nosotros respondemos: "Ni Dios, ni Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, ni el Espíritu Santo ha fracasado". "Ni una jota, ni una tilde de la letra de la Palabra de Dios ha perdido su poder. El verdadero fundamento de la fe es éste: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos". El dijo también: "He aquí yo estoy con vosotros". ¿Por cuánto tiempo? ¿Será solamente durante los tiempos del primer amor? ¿Durante los tiempos apostólicos? ¿En tanto la Iglesia continúe siendo fiel? No: "Yo estoy con vosotros *todos los días* hasta el fin del siglo" (Mat. 28: 20). Igualmente, cuando con anterioridad y por vez primera en todo el canon de la Escritura, se menciona a la Iglesia, propiamente dicha, encontramos estas palabras memorables: "Sobre esta piedra (el Hijo del Dios viviente) edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mat. 16: 18).

Ahora bien; la cuestión es ésta: ¿Esa Iglesia está actualmente sobre la tierra? Ciertamente. Existe ahora una Iglesia acá abajo tan efectivamente como en otro tiempo hubo un campo en el desierto. Y así como Dios estaba presente en aquel campamento para subvenir a todas las necesidades del pueblo, de igual modo ahora está presente en la Iglesia para gobernarla, para dirigirla en todo, según está escrito: "En el cual vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en Espíritu" (Efes. 2: 22). Esto es enteramente suficiente. Sólo nos falta acogernos,

por una fe sencilla, a esta gran realidad. El nombre de Jesús responde a todas nuestras necesidades, como responde también a la salud del alma. Lo uno es tan verdadero como lo otro. "Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos" (Mat. 18: 20). ¿Ha dejado esto de ser verdad? ¿O bien, la presencia de Cristo no basta ya a su Iglesia? ¿Tenemos necesidad de trazar planes y trabajos de toda suerte, procedentes de nosotros mismos, en asuntos de la Iglesia? No más de los que necesitamos para la salvación del alma. ¿Qué le decimos al pecador? Confía en Jesucristo. ¿Qué decimos al salvado o santo? Confía en Cristo. ¿Qué decimos a una asamblea de santos, sea pequeña o numerosa? Confíalos a Cristo. ¿Hay algo, sea lo que fuere, que El no pueda hacer? ¿Hay algo demasiado difícil para El? El tesoro de sus dones y sus gracias, ¿se agotó quizá? ¿No puede proporcionar dones para el ministerio? ¿No puede El levantar evangelistas, pastores, doctores? ¿No puede El hacer frente de un modo completo a todas las variadas necesidades de la Iglesia en el desierto? Si El no puede ¿cómo quedamos nosotros? ¿Qué haremos? ¿A dónde volveremos los ojos? ¿Qué tenía que hacer la congregación de Israel? Mirar a Jehová ¿Por todo? Sí, por todo; por el alimento, por el agua, por el vestido, por la dirección, por la protección, por todo. Todos sus recursos estaban en El. ¿Habrá que recurrir a otro? Nunca. Cristo, nuestro Señor basta ampliamente, a pesar de todas nuestras caídas, de toda nuestra ruina y de nuestra infidelidad. El ha mandado al Espíritu Santo, el bendito Paracleto, para habitar con los rescatados, en medio de ellos, para formar con ellos un solo cuerpo, y para unirlos a su Cabeza viviente en los cielos. Este Espíritu es el poder de la unidad, de la comunión, del ministerio y del culto. El no nos ha abandonado, no nos abandonará jamás. Bástanos confiar en El, y dejarle obrar. Guardémonos cuidadosamente de todo lo que pudiera tender a dificultar su obra y contristarle. Reconozcamos su lugar propio en la asamblea y abandonémonos en todo a su dirección y autoridad.

Estamos convencidos de que aquí radica el verdadero secreto de la potencia y de la bendición. ¿Es que negamos la ruina?

¿Cómo pudiéramos negarla! ¡Ah! se presenta como un hecho demasiado palpable y manifiesto. ¿Procuramos negar nuestra participación en la ruina, nuestra locura y nuestro pecado? ¡Plugiéase a Dios que la sintiéramos aun más intensamente! Pero, ¿vamos a añadir a nuestro pecado la negación de que la gracia y el poder de nuestro Señor puedan alcanzarnos aun en nuestra locura y en nuestra ruina? ¿Le abandonaremos acaso, a El, manantial de aguas vivas, y nos cavaremos cisternas resquebrajadas que no pueden retener el agua? ¿Nos desviaremos de la Roca de los siglos para apoyarnos en la caña cascada de nuestra propia imaginación? ¡Dios no lo permita! Que el lenguaje de nuestros corazones, cuando pensamos en el nombre de Jesús, sea más bien como éste: encuentro en este nombre la salud, el perdón, remedio a mis zozobras, al duelo terrenal; y para toda herida, bálsamo celestial, y *cuanto necesito hallo en su bello nombre.*

Pero guárdese el lector de suponer que nuestro intento sea acordar la más mínima aprobación a las pretensiones eclesiásticas. Más bien nos producen horror; las consideramos altamente despreciables. Un sitio y un espíritu humildes son los que más nos convienen en vista de nuestra vergüenza y de nuestro pecado. Lo que nos proponemos sostener es la suficiencia del nombre de Jesús para todas las necesidades de la Iglesia de Dios, en todos los tiempos y en todas las circunstancias. En los días apostólicos ese nombre tenía un poder supremo; ¿por qué no lo tendrá ya hoy día? Ese nombre glorioso ¿ha sufrido algún cambio? No, ¡gracias a Dios! Pues bien; nos basta en este momento, y lo que nos conviene es, confiar plenamente en El, y por lo tanto, apartarnos completamente de otro objeto de confianza para reunirnos a este nombre precioso y sin par. Bendito sea su nombre, El está en medio de la asamblea, del número más reducido, puesto que El ha dicho: "Donde están dos o tres reunidos a mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Esas palabras ¿son aún verdaderas para nosotros? ¿Han perdido su poder? ¿Dónde consta que hayan sido revocadas?

¡Oh! lector cristiano, te conjuramos por todos los argumentos que deben influir sobre tu corazón, a que des tu cordial asenti-

miento a esta verdad eterna, es a saber: *La plena suficiencia del nombre del Señor Jesucristo para la asamblea de Dios, en cualquier condición en que quepa que se encuentre, durante todo el curso de su historia.** Te conjuramos a no considerar esto como si fuese simplemente una teoría verdadera, sino confesarlo en la práctica, y entonces de seguro gustaría la profunda bendición de la presencia de Jesús acá abajo, bendición que debe gustarse para ser conocida, pero que habiéndola gustado una vez en realidad, jamás puede ser olvidada o renunciada por otra cosa alguna.

No teníamos la intención de seguir tan lentamente la corriente de pensamientos que acabamos de emitir, o de escribir una introducción tan larga a la división del libro abierto ante nosotros, y para el que volvemos a pedir al lector otorgue especial atención.

Al considerar "la asamblea en el desierto" (Hech. 7:38), la observamos compuesta de tres elementos distintos, esto es: de *guerreros*, de *obreros* y de *adoradores*. Había un *pueblo* de guerreros, una *tribu* de obreros, una *familia* de adoradores o sacerdotes. Hemos dado una ojeada sobre los primeros, y les hemos visto a cada uno, según su "genealogía", ocupando su puesto bajo la "bandera", conforme a la orden de Jehová; nos detendremos unos instantes en los segundos, y les seguiremos en su obra y en su servicio, según la misma ordenanza. Hemos hablado de los guerreros; meditemos sobre los obreros.

Los Levitas estaban especialmente designados, entre las demás tribus, y llamados a un puesto y a un servicio muy particular. He aquí lo que leemos a este respecto: "Pero los Levitas no fueron contados entre ellos según la tribu de sus padres. Porque habló Jehová a Moisés, diciendo: Solamente no contarás la tribu

* Al emplear la expresión: "La plena suficiencia del nombre del Señor Jesucristo", comprendemos en ella todo lo que está garantizado a su pueblo por este nombre—vida, justicia, aceptación, presencia del Espíritu Santo, con todos sus dones variados, centro divino. En una palabra creemos que todo lo que la Iglesia puede necesitar, en el tiempo como en la eternidad, va comprendido en este solo nombre glorioso: "el Señor Jesucristo".

de Leví, ni tomarás la cuenta de ellos entre los hijos de Israel: mas tú pondrás a los Levitas en el tabernáculo del testimonio, y sobre todos sus vasos, y sobre todas las cosas que le pertenecen: ellos llevarán el tabernáculo y todos sus vasos, y ellos servirán en él, y asentarán sus tiendas alrededor del tabernáculo. Y cuando el tabernáculo partiere, los Levitas lo desarmarán; y cuando el tabernáculo parare, los Levitas lo armarán: y el extraño que se llegare, morirá. Y los hijos de Israel asentarán sus tiendas cada uno en su escuadrón, y cada uno junto a su bandera, por sus cuadrillas. Mas los Levitas asentarán las suyas alrededor del tabernáculo del testimonio, y no habrá ira sobre la congregación de los hijos de Israel: y los Levitas tendrán la guarda del tabernáculo del testimonio" (Cap. 1: 47-53). Leemos también: "Mas los Levitas no fueron contados entre los hijos de Israel, como Jehová lo mandó a Moisés" (Cap. 2: 33).

Mas ¿por qué los Levitas? ¿Por qué esa tribu fue especialmente designada entre las demás y separada para un servicio tan santo y tan elevado? ¿Había en ellos alguna santidad o algún bien particular que motivara tal distinción? No, por cierto, ni por su naturaleza ni por su conducta, según podemos ver por las palabras siguientes: "Simeón y Leví, hermanos; armas de iniquidad sus armas. En su secreto no entre mi alma, ni mi honra se junte en su compañía; que en su furor mataron varón, y en su voluntad arrancaron muro. Maldito su furor, que fue fiero; y su ira, que fue dura: yo los apartaré en Jacob, y los esparciré en Israel" (Gén. 49: 5-7).

Tal fue Leví por naturaleza y en práctica, voluntarioso, violento y cruel. ¡Cuán notable es que un tal hombre sea el solo escogido y ascendido a una posición tan privilegiada y tan santa! Bien podemos decir que era la gracia desde el comienzo al fin. Tal es la vía ordinaria de la gracia; elevar a los que están en peor estado. Ella desciende a los más profundos abismos y allí cosecha sus más esplendorosos trofeos. "Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: Que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (1 Tim. 1: 15). "A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, es dada esta gracia de anunciar entre los

gentiles el Evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo" (Ef. 3: 8).

¡Qué sorprendente lenguaje!: "En su secreto no entre mi alma, ni mi honra se junte en su compañía" Dios tiene los ojos demasiado puros para ver el mal, y no puede mirar la iniquidad. Dios no podía entrar en el consejo secreto de Leví, y no podía juntarse a su compañía. Era esto imposible. Dios no tenía nada que ver con la terquedad, con la violencia y la crueldad. Mas El podía, no obstante, introducir a Leví en su consejo, y juntarlo a su asamblea. El podía hacerlo salir de su habitación donde no había más que instrumentos de crueldad y llevarlo al tabernáculo para estar ocupado en en los instrumentos sagrados y los vasos que allí estaban. Esto era la gracia, la gracia libre y soberana; es en esta gracia donde hay que buscar la base de todo el servicio superior y bendito de Leví. En cuanto se tratase de él personalmente, existía una inmensa distancia que le separaba del Dios santo; un abismo sobre el cual ningún poder humano podía echar un puente. Un Dios santo no podía tener nada de común con la voluntariedad, la violencia o la crueldad; pero el Dios de gracia podía ocuparse de Leví. En su soberana misericordia podía visitar a un ser de tal naturaleza, apartarlo de las profundidades de su degradación moral, y llevarlo junto a El.

¡Qué maravilloso contraste entre la situación de Leví por su naturaleza y su situación por la gracia; entre los instrumentos de crueldad y los vasos del santuario, entre el Leví del Cap. 34 del Génesis y el Leví de los capítulos 3 y 4 de Números!

Mas examinemos la manera cómo Dios obra con Leví, el principio según el cual fue llevado desde su situación a su estado de bendición. Para ello será necesario trasladarse al capítulo 8 de nuestro libro, y allí se nos iniciará en el secreto de todo ese tema. Allí veremos que nada de cuanto pertenecía a Leví ni era ni podía ser tolerado, que ninguno de sus caminos no podía ser aprobado; y, no obstante, encontramos allí el despliegue más completo de la gracia, de la gracia que reina por la justicia. Nosotros hablamos de él como tipo y de su significación; y lo hacemos según las palabras ya citadas: "Y estas cosas

les sucedieron en figura". No se trata de saber hasta qué punto los Levitas comprendían tales cosas; esto no es esencial en modo alguno. Ni hemos de preguntarnos tampoco ¿Qué veían los Levitas en las dispensaciones de Dios hacia ellos? sino: ¿Qué podemos aprender en ello?

"Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Toma a los Levitas de entre los hijos de Israel, y expíalos. Y así les harás para expiarlos: Rocía sobre ellos el agua de la expiación, y haz pasar la navaja sobre toda su carne, y lavarán sus vestidos y serán expiados (cap. 8: 5-7).

Aquí tenemos, en tipo, el solo principio divino de purificación. Es la aplicación de la muerte a la naturaleza y a sus hábitos. Es la palabra de Dios obrando sobre el corazón y sobre la conciencia de una manera viviente. Nada más expresivo que la doble acción presentada en el pasaje que acabamos de citar. Moisés debía practicar la aspersion sobre ellos con el agua de purificación, y, acto continuo, debían rasurarse todo el cuerpo y lavar sus vestidos. Hay en esto una gran belleza y una grande precisión. Moisés, como representando los derechos de Dios, purifica a los Levitas en conformidad con esos derechos; y ellos, estando purificados, son capaces de hacer pasar la navaja sobre todo lo que no era más que un desarrollo de la naturaleza, y pueden lavar sus vestidos, lo que representa, bajo una forma simbólica, la purificación de sus hábitos exteriores, según la palabra de Dios. De este modo Dios satisfacía a todo lo que demandaba el estado natural de Leví, la terquedad, la violencia y la crueldad. El agua pura y la cortante navaja entraban en uso, y su acción debía continuarse hasta que Leví fue hecho limpio para manejar los vasos del santuario.

Tal sucede en todos los casos. No hay, no puede haber, sitio alguno por la naturaleza vieja entre los obreros de Dios. No ha habido nunca error más fatal que procurar empeñar la naturaleza vieja al servicio de Dios, procurando mejorarla o regularla por un medio u otro. No es de ningún modo el mejoramiento, sino la muerte lo que servirá. Es de la mayor importancia para el lector comprender claramente esta gran verdad práctica. El hombre ha sido pesado en balanza y declarado corto de peso.

El nivel ha sido aplicado a sus senderos y han resultado tortuosos. Es del todo inútil probar de reformarlo. No hay otra cosa que la aplicación del *agua* y de la *navaja*. Dios ha cerrado la historia del hombre. Ha puesto fin a ella por la muerte de Cristo. El primero de los grandes hechos que el Espíritu Santo dirige a la conciencia humana es que Dios ha pronunciado su solemne veredicto contra la naturaleza del hombre, y que es necesario que ese veredicto sea aceptado por cada uno contra sí mismo. No es esa una manera de pensar o de sentir. Podrá decirse: "Yo no veo o no siento que sea tan malo como queréis establecer". Nosotros respondemos: Esto no tiene absolutamente nada que ver con tal cuestión. Dios ha pronunciado su sentencia sobre todos, y el primer deber del hombre es el de inclinarse ante esa sentencia y aceptarla. ¿De qué le hubiera servido a Leví el decir que no estaba conforme con lo que de él decía la Palabra de Dios? ¿Hubiera podido esto cambiar el estado de cosas respecto de él? De ningún modo. Que Leví estuviera acorde o no, la apreciación divina quedaba en pie; pero es evidente que el primer paso en el camino de la sabiduría es el de someterse a aquella apreciación.

Todo esto está simbolizado por el "agua" y la "navaja"; el "lavado" y el hecho de "pasar la navaja por todo el cuerpo". Nada pudiera ser más significativo. Estos actos hacen resaltar la solemne verdad de la sentencia de muerte pronunciada contra la naturaleza, y la ejecución de la sentencia sobre todo lo que ella produce.

Y ¿cuál es, preguntamos, la significación del acto de iniciación del cristianismo, el bautismo? Representa el hecho bendito de que nuestro "viejo hombre", nuestra naturaleza caída, está completamente arrinconada y que somos introducidos a una situación enteramente nueva? Así es en verdad. ¿Y qué significará el acto de rasurar todo el cuerpo? Una severa condenación diaria de sí mismo, el implacable despojamiento de todo lo que de la naturaleza procede. Tal es el verdadero camino que deben seguir todos los obreros de Dios en el desierto. Cuando consideramos la conducta de Leví en Siquem, Génesis 24, y lo que de él se dice en Génesis 49, bien podemos preguntarnos

¿cómo podían los Levitas ser admitidos a llevar los vasos del santuario? La respuesta es: la gracia brilla en el llamamiento de Leví, y la santidad en su purificación. Fue llamado a la obra según las riquezas de la gracia divina; pero fue hecho apto para la obra según los derechos de la santidad de Dios.

Tal debe suceder con todos los obreros de Dios. Estamos profundamente convencidos que no nos volvemos aptos para cumplir la obra de Dios hasta tanto que la naturaleza vieja no está colocada bajo la potencia de la cruz y de la navaja de la reprobación de uno mismo. La voluntad propia no puede nunca ser útil al servicio de Dios; no, jamás; es necesario que sea rechazada si queremos saber lo que es el verdadero servicio. ¡Ah! Cuántas cosas hay que, juzgadas a la luz de la presencia de Dios, serían reconocidas como frutos de una voluntad inquieta. Esto es muy solemne y exige nuestra más seria atención. Nunca será demasiado severa la censura que ejerzamos sobre nosotros mismos a este respecto. El corazón es tan engañoso que podemos imaginarnos que hacemos la obra de Dios cuando en realidad estamos buscando nuestra propia complacencia. Pero si queremos andar en el camino del verdadero servicio es preciso que procuremos estar cada vez más separados de todo cuanto sea de la naturaleza vieja. El voluntarioso Leví debe pasar por la acción simbólica del agua y de la navaja, antes de poder emplearse en el glorioso servicio que le está asignado por el decreto directo del Dios de Israel.

Pero antes de continuar examinando en detalle la obra y el servicio de los Levitas, es menester que contemplemos por un momento la escena presentada en Exodo 32, y en la cual desempeñan un papel notable. Queremos referirnos al becerro de oro. Durante la ausencia de Moisés, el pueblo perdió tan completamente de vista a Dios y a sus derechos, que elevó un becerro de fundición y se prosternó ante él. Tan horrible acción exigía un juicio sumario. "Y viendo Moisés que el pueblo estaba despojado, porque Aarón lo había despojado para vergüenza entre sus enemigos, púsose Moisés a la puerta del real, y dijo: ¿Quién es de Jehová? júntese conmigo. Y juntáronse con él todos los hijos de Leví. Y él les dijo: Así ha dicho Jehová, el

Dios de Israel: Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campo, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente. Y los hijos de Leví lo hicieron conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres. Entonces Moisés dijo: Hoy os habéis consagrado a Jehová, porque cada uno se ha consagrado en su hijo, y en su hermano, para que dé él hoy bendición sobre vosotros" (Ex. 32: 25-29).

Fue un momento de prueba. No podía ser de otro modo ya que se había dirigido al corazón y a la conciencia la gran pregunta: "¿Quién es de Jehová?" Nada pudo haber más a propósito para sondear el corazón. La pregunta no era la de "¿Quién quiere trabajar?" No; la pregunta era mucho más seria y mucho más apremiante. No se trata de saber quién iría aquí o allá; quién haría tal cosa o tal otra. Pudo haber un ágran número de actos y de movimientos y, no obstante, todo ello hubiese podido proceder tan sólo del impulso de una voluntad no quebrantada, la que obrando sobre la naturaleza religiosa, hubiese dado una apariencia de devoción y de piedad eminentemente propia para engañarse a sí mismo y engañar a los demás.

Pero "ser de Jehová" supone la renunciación de la propia voluntad, el completo abandono de sí mismo, lo cual es esencial al servidor fiel o verdadero obrero. Saulo de Tarso se colocó en este terreno cuando exclamó: "Señor, ¿qué quieres que haga?" ¡Qué palabras en boca del violento, cruel y voluntario perseguidor de la Iglesia de Dios!

"¿Quién es de Jehová?" Lector, ¿eres de Jehová? Indaga y ve. Examínate atentamente. Acuérdate que la cuestión no es en ningún modo; ¿qué haces? No; es mucho más profundo. Si eres del Señor, estás pronto para todo. Estarás pronto a detenerte o marchar adelante; pronto a ir a la derecha o a la izquierda; pronto a ser activo o a quedarte quieto; pronto a mantenerte en pie o a estar echado. Lo importante es esto: el abandono de sí mismo a los derechos de otro; y este otro es el Señor.

Es este un tema de inmenso alcance. En verdad no conocemos nada más importante en estos momentos que esa cuestión escrutadora: "¿Quién es de Jehová?" Vivimos en tiempos en los cuales la voluntad propia es extremadamente activa. El hombre se gloria de su libertad; y esto parece de una manera muy marcada en las materias religiosas. Tal era también la situación en el campo de Israel, en los días descritos en el capítulo 32 del Exodo, en los días del becerro de oro. Moisés estaba ausente, y la voluntad del hombre estaba obrando; el buril trabajó y ¿cuál fue el resultado? Un becerro de fundición, y a la vuelta de Moisés éste encontró al pueblo en la idolatría y despojado. Entonces surgió, para sondear a aquel pueblo, aquella pregunta solemne: "¿Quién es de Jehová?" la cual llevó aquel estado de cosas a una decisión, o más bien, puso a prueba a los israelitas. No otra cosa sucede en nuestros días. El libre albedrío del hombre reina, y eso sobre todo en materias religiosas. El hombre se gloria de sus derechos y del libre albedrío. Eso es una negación del Señorío de Cristo; y por consiguiente conviene nos mantengamos en guardia y en vela para que tomemos realmente el partido del Señor, contra nuestra propia naturaleza. Nos es conveniente mantenernos en la actitud de una simple sumisión a su autoridad. Ya no nos ocuparemos entonces del valor o del carácter de nuestro servicio; nuestro solo fin será el hacer la voluntad de nuestro Señor.

Ahora bien; al obrar de este modo bajo la dirección del Señor, a menudo nos parecerá que la esfera de nuestra acción es muy estrecha; pero esto no debe importarnos. Si un señor dice a su criado que permanezca en la sala y no se mueva de allí hasta que llame con el timbre ¿cuál será el deber de aquel criado? Evidentemente no moverse del sitio señalado aunque sus compañeros critiquen su aparente inactividad y escaso servicio; él está seguro de que su amo aprobará su conducta y velará por su buen nombre. Esto bastará para todo fiel siervo, cuyo único deseo no tanto será hacer gran cantidad de trabajo, sino más bien cumplir la voluntad de su Señor.

En una palabra, pues, la cuestión que se aplique al campo de Israel en los días del becerro de oro, y a la Iglesia en los

actuales tiempos de la voluntad humana, es ésta: “¿Quién es de Jehová? ¿Cuestión importante! No consiste en preguntar, ¿Quién está por la religión, por la filantropía o por la reforma moral? Podemos desplegar gran celo en fomentar, en sostener los varios proyectos de filantropía, de religión y de reforma moral, y hacerlo sirviendo a nuestro yo y dando pábulo a nuestra propia voluntad. Atravesamos una fase en la que la voluntad humana se ve lisonjeada con incomparable ardor. Creemos firmemente que el verdadero remedio a ese mal se encuentra en esta única y grave cuestión: “¿Quién es de Jehová?” Encierra una inmensa potencia práctica. Estar realmente *por el Señor*, es estar dispuesto a hacer absolutamente todo lo que El tenga a bien mandarnos. Si el alma está dispuesta a decir en verdad: “Señor, ¿qué quieres que haga? “Habla, Señor, que *tu siervo escucha*”, es que está dispuesta a hacer todo lo que se le mande. Así, en el caso de los Levitas, fueron llamados a “matar cada uno a su hermano, cada uno a su compañero, y cada uno a su vecino”. Era una tarea horrible para la carne y la sangre. Pero las circunstancias lo requerían. Los derechos de Dios habían sido hollados abierta y descaradamente. La inventiva humana había entrado en acción, se emplearon los cinceles, y fue elevado el becerro. Habíase cambiado la gloria de Dios en la figura de un buey que paca en la hierba; y he aquí porqué todos los que estaban por Jehová fueron llamados a ceñir la espada. La carne pudo decir: “No; seamos indulgentes, compasivos y misericordiosos. Lograremos más por la suavidad que por la severidad. Ningún bien puede hacerse hiriendo las susceptibilidades. El amor tiene mucha más potencia que el rigor. Amémonos unos a otros”. Tales son los pensamientos, verdaderos en sus casos, que la naturaleza podía sugerirles; es así como podía razonar. Pero la orden era clara y decisiva: “Poned cada uno su espada sobre su muslo”. La espada era la única cosa que era de utilidad mientras estuviera en pie el becerro de oro. Hablar de amor en semejantes momentos, hubiera sido desconocer los derechos del Dios de Israel. Conviene al verdadero espíritu de obediencia hacer el servicio adecuado en relación con las circunstancias. Un servidor no

tiene que razonar, debe limitarse a hacer lo que se le manda. Formular una pregunta o exponer una objeción es abandonar el cargo de servidor. Podía parecer la más horrible de las tareas el tener que matar a su hermano, a su amigo, a su vecino; pero la palabra de Jehová era imperativa. No podía ser esquivada; y los Levitas, por gracia, demostraron una pronta y completa obediencia. “Los hijos de Leví lo hicieron conforme al dicho de Moisés”.

Tal es la única y verdadera senda de los que quieren ser obreros de Dios y servidores de Cristo en este mundo donde domina la propia voluntad. Es de la mayor importancia tener grabado profundamente en el corazón la verdad del Señorío de Cristo. Es el solo regulador de la marcha y de la conducta. Resuelve una nube de cuestiones. Si el corazón está realmente sometido a la autoridad de Cristo, está en estado de hacer todo lo que se nos demande: de estar quieto o de avanzar, de hacer poco o mucho, de ser activo o pasivo. Para un corazón verdaderamente obediente la cuestión no estriba en el “¿qué hago?” o “¿dónde voy?” sino en la siguiente: “¿Hago la voluntad de mi Señor?”

En este terreno se colocó Leví. Y bien; observemos el divino comentario que se nos da en Malaquías: “Y sabréis, que yo os envié este mandamiento, para que fuese mi pacto con Leví, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mi pacto fue con él de vida y de paz, las cuales cosas yo le di por el temor, porque me temió, y delante de mi nombre estuvo humillado. La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad” (Mal. 2: 4-6). Notad asimismo la bendición que pronunció Moisés: “Y a Leví dijo; Tu Thummim y tu Urim se dé a tu buen varón, al cual tentaste en Massa, y le hiciste reñir en las aguas de la Rencilla. El que dijo a su padre y a su madre: Nunca los vi; ni conoció a sus hermanos, ni conoció a sus hijos; por lo cual ellos guardarán tus palabras, y observarán tu pacto. Ellos enseñarán tus juicios a Jacob, y tu ley a Israel: pondrán el perfume delante de ti, y el holocausto sobre tu altar. Bendice, oh Jehová, lo que hicieron, y

recibe con agrado la obra de sus manos: hiere los lomos de sus enemigos y de los que le aborrecieren, para que nunca se levanten" (Deut. 33: 8-11).

Parecerá inexcusable, duro y severo que Leví no reconociera a sus padres, ni hubiese conocido o reconocido a sus hermanos. Pero los derechos de Dios son soberanos; y Cristo nuestro Señor dijo estas solemnes palabras: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo" (Luc. 14: 26).

Estas palabras son claras, y nos hacen penetrar en el secreto de lo que es el fondo de todo verdadero servicio. No se imagine nadie que no debamos tener afectos naturales. Lejos de nosotros tal pensamiento. Estar sin afectos naturales sería tanto como adherirnos moralmente a la apostasía de los últimos días. (Véase 2 Tim. 3: 3). Pero cuando se deja intervenir a las instancias de los afectos naturales como un obstáculo en el camino de nuestro consagrado servicio cristiano, y cuando el amor (llamado así) a nuestros hermanos ocupa un lugar más elevado que la fidelidad a Cristo, entonces somos poco a propósito para el servicio del Señor e indignos de ser llamados servidores suyos. Observemos cuidadosamente que el principio *moral* que daba a Leví un título para ser empleado en servicio de Jehová, era el hecho de *no ver* a sus padres, ni *reconocer* a sus hermanos, o *no conocer* a sus hijos. En una palabra, fue capaz de rebajar los derechos de la naturaleza, y de otorgar en su corazón un lugar soberano a los derechos de Jehová. Esta es, lo repetimos, la única base verdadera del carácter de servidor.

Que el lector cristiano ponga una vez más en ello entera atención. Puede haber muchas cosas que pasen por ser como de servicio, mucha actividad, idas y venidas, actos y palabras, y, con todo esto, puede no haber un solo átomo de verdadero servicio de Levitas, y según apreciación de Dios, quizá no sea todo ello más que la inquieta actividad de la voluntad. Pues, ¿cómo es posible a la propia voluntad mostrarse al servicio de Dios en materia religiosa? se preguntará. ¡Ay! puede hacerlo y lo hace, desgraciadamente; y muy a menudo la aparente energía

y la abundancia de trabajo y del servicio están cabalmente en proporción a la energía de esa voluntad. Esto es de una especial solemnidad y requiere el más estricto juicio de sí mismo a la luz de la presencia de Dios. El verdadero servicio no consiste en una gran actividad, sino en una profunda sumisión a la voluntad de nuestro Señor; y si esta sumisión existe habrá buena disposición del ánimo a rebajar los derechos de los padres, de los hermanos y de los hijos para cumplir la voluntad de Aquél al cual conocemos como Señor. Verdad es que debemos amar a nuestros padres, a nuestros hermanos y a nuestros hijos. No se trata de amarles menos, sino de amar más a Cristo. Es preciso que el Señor mismo y sus derechos ocupen siempre en nuestro corazón el primer sitio, si queremos ser verdaderos obreros de Dios, verdaderos siervos de Cristo, verdaderos Levitas en medio del desierto. Tal era lo que caracterizaba los actos de Leví en las circunstancias que hemos recordado. Los derechos de Dios estaban en debate, y, por lo tanto, no sabía respetar los derechos de la naturaleza. Los padres, los hermanos y los niños, por queridos que fuesen, no podían estar en oposición a la gloria del Dios de Israel que había sido trocada por la efigie de un buey que come hierba.

Aquí se plantea la cuestión en toda su importancia y extensión. Los lazos de las relaciones naturales y todos los derechos, los deberes y las responsabilidades que de ellos nacen, tendrán siempre su sitio propio y su legítima estimación en aquellos en los que el corazón, el espíritu y la conciencia han sido colocados bajo la influencia reguladora de la verdad de Dios. No debe consentirse jamás que venga algo a contravenir esos derechos fundados en el parentesco natural, a no ser lo que realmente sea debido a Dios y a su Cristo. Esta es una consideración de las más útiles y necesarias y sobre la cual quisiéramos insistir de una manera enfática ante el joven lector cristiano. Debemos siempre guardarnos del espíritu de egoísmo, espíritu que nunca es tan peligroso como cuando reviste la apariencia de un servicio y de un trabajo llamado religioso. Debemos estar *muy seguros* de que en nuestro corazón imperan únicamente los derechos de Dios, cuando desatendemos los derechos del parentesco natural.

En el caso de Leví, la cosa resultaba tan clara como el sol: he aquí porqué "la espada" del juicio y no el beso afectuoso era lo que convenía en aquellos momentos críticos. Y lo mismo, diremos, en nuestra vida; hay circunstancias en las que sería una manifiesta deslealtad a nuestro Señor, atender por un solo momento a las relaciones naturales.

Las advertencias precedentes pueden ayudar al lector a comprender los actos realizados por los Levitas en Exodo 32, y las palabras del Señor en Lucas 14: 26 ¡Que el Espíritu de Dios nos haga capaces de mostrar el poder de la verdad en nuestras vidas!

Detengamos un tanto ahora en la consagración de los Levitas, en Números 8, a fin de examinar el asunto en su totalidad. Es un verdadero manantial de instrucción para cuantos desean ser obreros del Señor.

Después de los actos ceremoniales de "lavarse" y "afeitarse", de los cuales ya hemos hablado, leemos lo siguiente: "Luego, tomarán (se entiende los Levitas) un novillo, con su presente de flor de harina amasada con aceite; y tomarás otro novillo para expiación. Y harás llegar los Levitas delante del tabernáculo del testimonio, y juntarás toda la congregación de los hijos de Israel. Y cuando habrás hecho llegar los Levitas delante de Jehová, pondrán los hijos de Israel sus manos sobre los Levitas; y ofrecerá Aarón los Levitas delante de Jehová en ofrenda de los hijos de Israel, y servirán en el ministerio de Jehová. Y los Levitas pondrán sus manos sobre las cabezas de los novillos; y ofrecerás el uno por expiación, y el otro en holocausto a Jehová, para expiar los Levitas" (Núm. 8: 8-12).

Aquí se nos presentan, en tipo, los dos grandes aspectos de la muerte de Cristo. Uno de estos aspectos se nos da en la ofrenda por el pecado; el otro en el holocausto. No entraremos en detalles sobre esas ofrendas, que ya intentamos hacer en los primeros capítulos de nuestros "Estudios Sobre el Levítico". Haremos observar tan sólo ahora que, en la ofrenda por el pecado, vemos a Cristo llevando los pecados en su cuerpo sobre el madero, y arrojando la cólera de Dios sobre el pecado. En el holocausto vemos a Cristo glorificando a Dios, mientras hacía

la propiciación por el pecado. En los dos casos la expiación se llevaba a cabo; pero en el primero, se hacía una expiación en relación con la profundidad de las necesidades del pecador; en el segundo, la expiación se realizaba en la medida de la consagración de Cristo a Dios. Apenas deberemos decir, que es la misma muerte de Cristo, pero presentada bajo dos aspectos distintos. *

Ahora pues, los Levitas ponían sus manos sobre la víctima para el pecado y sobre la del holocausto; y este acto de imposición de manos representaba simplemente el hecho de la identificación. Pero ¡cuán diferente era el resultado en cada uno de ambos casos! Cuando Leví ponía las manos sobre la cabeza del novillo de la ofrenda por el pecado, aquello significaba la transferencia sobre la víctima de todos sus pecados, de toda su culpabilidad, de toda su crueldad, su violencia y su egoísmo. Por otra parte, cuando ponían sus manos sobre la cabeza del holocausto, esto implicaba el traspaso a Leví de toda la aceptabilidad, y de toda la perfección del sacrificio. Hablamos, es natural, de lo que el tipo expresa. No se trata aquí de averiguar si Leví tenía conocimiento de estas cosas; procuramos tan sólo explicar el sentido del símbolo ceremonial; y por cierto ningún símbolo pudiera ser más significativo que la imposición de las manos, considerado ya sea en el caso de la ofrenda por el pecado, ya sea en el del holocausto. La doctrina de todo ello se encierra en el pasaje muy importante en el fin del capítulo 5 de la segunda carta a los Corintios: "Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él".

"Y harás presentar los Levitas delante de Aarón, y delante de sus hijos, y los ofrecerás en ofrenda a Jehová. Así apartarás los Levitas de entre los hijos de Israel, y serán míos los Levitas. Y después de esto vendrán los Levitas a ministrar en el tabernáculo del testimonio: los expiarás pues, y los ofrecerás en

* Para más detalles sobre la doctrina de la ofrenda por el pecado y del holocausto, remitimos al lector a los capítulos 1 y 4 de los "Estudios sobre el Levítico."

ofrenda. Porque enteramente me son a mí dados los Levitas de entre los hijos de Israel, en lugar de todo aquél que abre matriz; helos tomado para mí en lugar de los primogénitos de todos los hijos de Israel. Porque mío es todo primogénito en los hijos de Israel, así de hombres como de animales: desde el día que yo herí todo primogénito en la tierra de Egipto, los santifiqué para mí; y he tomado los Levitas en lugar de todos los primogénitos en los hijos de Israel. Y yo he dado en don los Levitas a Aarón y a sus hijos de entre los hijos de Israel, para que sirvan el ministerio de los hijos de Israel en el tabernáculo del testimonio, y reconcilien a los hijos de Israel; porque no haya plaga en los hijos de Israel, llegando los hijos de Israel al santuario. Y Moisés y Aarón y toda la congregación de los hijos de Israel, hicieron de los Levitas conforme a todas las cosas que mandó Jehová a Moisés acerca de los Levitas; así hicieron de ellos los hijos de Israel (Números 8: 13-20).

Cuán vivamente estos pasajes nos recuerdan las palabras de nuestro Señor en Juan 17: "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste: tuyos eran y me los diste, y guardaron tu palabra. . . . Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son. Y todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mis cosas: y he sido glorificado en ellas (versículos 6-10).

Los Levitas formaban un pueblo aparte, eran la posesión especial de Dios. Tomaban el sitio de todos los primogénitos en Israel, de los que habían sido salvados de la espada del exterminador por la sangre del cordero. Eran, en tipo o símbolo, un pueblo muerto y resucitado, puesto aparte por Dios, y que Dios ofrecía como un don al sumo sacerdote Aarón, para el servicio del tabernáculo.

¡Qué posición para el voluntarioso, el violento, el cruel Leví! ¡Qué triunfo de la gracia! ¡Qué ejemplo de la eficacia de la sangre de la propiciación y del agua de purificación! Ellos estaban, por naturaleza y por sus obras, alejados de Dios; pero la "sangre" expiatoria, el "agua" de purificación y la "navaja" del juicio o condenación personal habían hecho su bendita obra.

En consecuencia los Levitas estaban en estado de ser ofrecidos a Aarón y a sus hijos, como un don, y de ser asociados con ellos en los santos servicios del tabernáculo del testimonio. En todo esto, los Levitas eran un símbolo notable del actual pueblo de Dios. Los que forman ese pueblo han sido levantados y separados de los abismos de su degradación y de su ruina como pecadores. Han sido blanqueados en la sangre preciosa de Cristo, purificados por la aplicación de la palabra y llamados al ejercicio de la condenación habitual y severa de sí mismos. Así son hechos aptos para el santo servicio al cual son llamados. Dios los ha dado a su Hijo para que fuesen sus obreros en el mundo. "Tuyos eran, y me los diste". ¡Oh maravilla! ¡Y pensar que esas personas somos nosotros! Pensar que pertenecemos a Dios y que Dios nos ha puesto en manos de su Hijo. Bien podemos decir que esto sobrepuja a todo concepto de hombre. No tan sólo somos salvos del infierno, lo cual es verdad; no sólo somos perdonados, justificados, aceptados, ya que todo esto es verdad; sino que somos además llamados al cargo supremo y santo de llevar en este mundo el nombre, el testimonio y la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Tal es la obra nuestra de verdaderos y fieles Levitas. Como guerreros, somos llamados al combate; como sacerdotes, tenemos el privilegio de rendir un culto; pero como Levitas, somos responsables de un servicio; y nuestro servicio consiste en llevar a través de un árido desierto el antitipo del tabernáculo, que era figurativamente Cristo. Esto es lo que caracteriza nuestro servicio; es a esto, a lo que hemos sido llamados; es por esto que se nos ha puesto aparte.

No dudamos que el lector notará con interés el hecho de que es, en este libro de Números, y sólo en él donde se nos dan todos los detalles preciosos y altamente instructivos sobre los Levitas. Este hecho nos da una nueva explicación del carácter de este libro. Es el desierto el lugar en donde podemos obtener una vista clara y completa tanto de los obreros como de los guerreros de Dios.

Vamos ahora a examinar el servicio de los Levitas que se nos describe en los capítulos 3 y 4 de Números: "Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Haz llegar a la tribu de Leví, y hazla

estar delante del sacerdote Aarón, para que le ministren. Y desempeñen su cargo y el cargo de toda la congregación delante del tabernáculo del testimonio, para servir en el ministerio del tabernáculo: y guarden todas las alhajas del tabernáculo del testimonio, y lo encargado a ellos de los hijos de Israel, y ministren en el servicio del tabernáculo. Y darás los Levitas a Aarón, y a sus hijos: le son enteramente dados de entre los hijos de Israel" (cap. 3: 5-9).

Los Levitas representaban a la entera asamblea de los israelitas, y obraban en su favor. Esto se desprende del hecho de que los hijos de Israel ponían sus manos sobre las cabezas de los Levitas, y éstos ponían las manos sobre las cabezas de las víctimas (cap. 8: 10). El acto de la imposición representaba la identificación, de suerte que los Levitas ofrecían un aspecto muy especial del pueblo de Dios en el desierto. Nos los presentan como una tropa de celosos obreros, y en ningún modo (y fíjese el lector bien en ello) como simples trabajadores inconstantes e irregulares, yendo de acá para allá, haciendo cada cual lo que le parecía bien. Nada de esto. Si los hombres de guerra tenían que mostrar su genealogía y permanecer fieles a sus banderas, los Levitas tenían que reunirse alrededor de su centro y cumplir su tarea. Todo estaba tan claro, tan distinto y tan determinado como era posible, y además, todo estaba bajo la dirección inmediata y la autoridad del sumo sacerdote.

Es muy necesario a todos los que quieran ser verdaderos Levitas, obreros fieles, y servidores inteligentes, el considerar seriamente este asunto. Los servicios de los Levitas debían ser ejercido por la propia voluntad en el servicio de los Levitas, como tampoco la había en la situación de los hombres de guerra. Todo estaba divinamente establecido, y esto era una gracia particular para todos aquellos que tenían sus corazones bien dispuestos. Para aquél cuya voluntad no estaba quebrantada, le parecería una de las tareas más pesadas y fastidiosas el verse obligado a ocupar la misma situación y tener que bregar invariablemente con la misma serie de ocupaciones. El tal hombre podía suspirar por algo nuevo, por alguna variedad en su

trabajo. Pero, al contrario, cuando la voluntad estaba sumisa y el corazón en regla, podía decir: "Mi sendero está perfectamente trazado; no he de hacer sino obedecer". Tal es siempre la ocupación del servidor verdadero; y esto ha sido cumplido de una manera superior por Aquél que fue el único perfecto servidor que ha pasado por la tierra. El pudo decir: "Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la voluntad del que me envió" (Juan 6: 38). Y añadió: "Mi comida es que yo haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (Juan 4: 34).

Pero hay otro hecho digno de atención en cuanto a los Levitas; y es que su servicio tenía exclusiva relación con el tabernáculo y con todo lo que de él dependía. No tenían otra cosa que hacer. Pensar que pudieran meter mano a cualquiera otra cosa, fuese cual fuese, hubiera sido para un Levita renegar de su vocación, abandonar su obra divinamente determinada y apartarse de los mandamientos de Dios.

Tales también los cristianos de hoy día. Su tarea exclusiva —su única y grande obra— su esencial servicio es Cristo y cuanto con El se relaciona. No deben hacer otra cosa. Para un cristiano el poner mano en otras cosas es renegar de su vocación, abandonar su obra divinamente establecida y sustraerse a los mandatos de Dios. Un verdadero Levita de la antigua alianza podía decir: "Para mí, el vivir es el tabernáculo". Ahora un verdadero cristiano puede decir: "Para mí el vivir es Cristo". La gran cuestión en todo cuanto se puede ofrecer a un cristiano, es ésta: "¿Puedo asociar con Cristo tal o cual cosa?" Si no puedo, nada absolutamente tengo que ver con ella.

Esa es la verdadera manera de considerar el asunto. No se trata de saber si esto o aquello es bueno o es malo. No, se trata simplemente de saber hasta qué punto esto o aquello está relacionado con la gloria de Cristo. Esto lo simplifica todo de un modo asombroso, responde a mil preguntas, resuelve dificultades sin número, y convierte el camino del cristiano sincero y fiel, en un camino tan claro como un rayo de sol. Un Levita no tenía dificultad ninguna en cuanto a su trabajo; lo tenía marcado con una precisión divina. La carga que cada uno tenía

que llevar y el trabajo que cada uno tenía que hacer, los tenían señalados con una precisión que no dejaba lugar para las dudas del corazón. Cada cual conocía su trabajo y lo hacía, y añadamos que se hacía sólo porque cada uno desempeñaba sus funciones especiales. No era corriendo de acá para allá, y haciendo esto o aquello como se cumplía debidamente el servicio del tabernáculo, sino por el cuidado asiduo con el que cada cual se aplicaba a su voluntad particular.

Conviene no olvidar esto. Estamos propensos, como cristianos, a rivalizar unos con otros, estorbándonos mutuamente; y estamos seguros de obrar así, si cada uno de nosotros no sigue la línea de conducta divinamente trazada. Decimos "divinamente trazada" y hemos de insistir en esta palabra. No tenemos derecho a escoger nuestra propia obra. Si el Señor ha hecho a un hombre evangelista, a otro doctor, a otro pastor; si ha dotado a otro para la exhortación ¿cómo debe hacerse el trabajo? No será tratando el evangelista de enseñar, o probando el doctor a exhortar, o por otro que no estando calificado ni por uno ni otro de estos dones trata de ejercer los dos. No; cada uno debe ejercer el don que divinamente le fue dado. Sin duda, el Señor puede, si le place, revestir a un solo hombre de varios dones; pero esto en nada toca al principio sobre el cual insistimos y que es sencillamente éste: Cada uno de nosotros está obligado a conocer su propio servicio, y a seguir en él. Si perdemos esto de vista caeremos en una desesperante confusión. Dios tiene sus canteros, sus picapedreros y sus albañiles. La obra avanza por el trabajo de cada obrero que se ocupa con diligencia en su propio trabajo. Si todos fuesen canteros, ¿dónde estarían los picapedreros? Y si todos fuesen picapedreros ¿dónde estarían los albañiles? El que aspira a otro orden de cosas, o procura imitar el don de otro, hace el agravio mayor a la causa de Cristo y a la obra de Dios en el mundo. Este es un grave error contra el cual quisiéramos seriamente advertir al lector. Nada puede ser más insensato. No hay dos rostros humanos iguales, y en todo un bosque ni dos hojas ni dos briznas de hierba iguales. ¿Por qué, pues, ha de haber alguien que aspire al trabajo de otro, o afectar la posesión de un don que ha admi-

rado en otro? Que cada cual se contente con ser precisamente lo que es. Este es el secreto de una verdadera paz y del progreso.

Todo esto encuentra una brillante ilustración en el resumen inspirado que se relaciona con el servicio de las tres distintas clases de Levitas, que iremos citando en este escrito para facilitar su comprensión al lector. Al fin y al cabo no hay nada que pueda compararse al verdadero lenguaje de las Santas Escrituras.

"Y Jehová habló a Moisés en el desierto de Sinaí, diciendo: Cuenta los hijos de Leví por las casas de sus padres, por sus familias: contarás todos los varones de un mes arriba. Y Moisés los contó conforme a la palabra de Jehová, como le fue mandado. Y los hijos de Leví fueron estos por sus nombres: Gersón, y Coath, y Merari. Y los nombres de los hijos de Gersón, por sus familias, éstos: Libni y Simeí. Y los hijos de Coath por sus familias: Amram e Izhar, y Hebrón, y Uzziel. Y los hijos de Merari, por sus familias, Mahalí, y Musí. Estas las familias de Leví, por las casas de sus padres. De Gersón, fue la familia de Libni y la de Simeí. Estas son las familias de Gersón. Los contados de ellos conforme a la cuenta de todos los varones de un mes arriba, los contados de ellos, siete mil y quinientos. Las familias de Gersón asentarán sus tiendas a espaldas del tabernáculo, al occidente. Y el jefe de la casa del padre de los Gersónitas, Elisaph, hijo de Lael. A cargo de los hijos de Gersón, en el tabernáculo del testimonio, estará el tabernáculo, y la tienda, y su cubierta, y el pabellón de la puerta del tabernáculo del testimonio. Y las cortinas del atrio y el pabellón de la puerta del atrio, que está junto al tabernáculo, y junto al altar alrededor; asimismo sus cuerdas para todo su servicio" (cap. 3: 14-26). Y en otro sitio leemos: "Y habló Jehová a Moisés diciendo: Toma también la cuenta de los hijos de Gersón por las casas de sus padres, por sus familias. De edad de treinta años arriba hasta cincuenta años los contarás; todos los que entran en compañía para hacer servicio en el tabernáculo del testimonio. Este será el oficio de las familias de Gersón, para

ministrar y para llevar: llevarán las cortinas del tabernáculo, y el tabernáculo del testimonio, su cubierta, y la cubierta de pieles de tejones, que está sobre él encima, y el pabellón de la puerta del tabernáculo del testimonio, y las cortinas del atrio, y el pabellón de la puerta del atrio, que está cerca del tabernáculo y cerca del altar alrededor, y sus cuerdas, y todos los instrumentos de su servicio, y todo lo que será hecho para ellos; así servirán. Según la orden de Aarón y de sus hijos será todo el ministerio de los hijos de Gersón en todos sus cargos y en todo su servicio: y les encomendaréis en guarda todos sus cargos. Este es el servicio de las familias de los hijos de Gersón en el tabernáculo del testimonio: y el cargo de ellos estará bajo la mano de Ithamar, hijo de Aarón el sacerdote (cap. 4: 21-28).

He aquí todo lo concerniente a Gersón y su obra. El y su hermano Merari debían llevar "el tabernáculo", mientras Coath estaba destinado a llevar el "santuario" tal como lo leemos en el cap. 10: "Y después que estaba ya desarmado el tabernáculo, movieron los hijos de Gersón y los hijos de Merari, que lo llevaban. . . . Luego comenzaron a marchar los Coathitas llevando el santuario: y entre tanto que ellos llegaban, los otros (esto es, los Gersonitas y los Meraritas) acondicionaron el tabernáculo" (versículos 17 y 21). Había un estrecho lazo moral que unía a Gersón y Merari en su servicio, aunque su obra respectiva era completamente distinta, según veremos por el pasaje siguiente: "Contarás los hijos de Merari por sus familias, por las casas de sus padres. Desde el de edad de treinta años y arriba, hasta el de cincuenta años, los contarás; todos los que entran en compañía para hacer servicio en el tabernáculo del testimonio. Y este será el deber de su cargo para todo su servicio en el tabernáculo del testimonio: las tablas del tabernáculo, y sus barras, y sus columnas, y sus basas, y las columnas del atrio alrededor, y sus basas, y sus estacas, y sus cuerdas, con todos sus instrumentos, y todo su servicio: y contaréis por sus nombres todos los vasos de la guarda de su cargo. Este será el servicio de las familias de los hijos de Merari para todo su ministerio en el tabernáculo del testimonio, bajo

la mano de Ithamar, hijo de Aarón el sacerdote" (cap. 4: 29-33).

Todo esto era claro y bien distinto. Gersón nada tenía que hacer con las tablas y las estacas; y Merari nada tampoco con las cortinas o las cubiertas. Y no obstante estaban íntimamente unidos, así como estaban en mutua dependencia. Las "tablas y las basas" de nada hubiesen servido sin las "cortinas", y éstas hubiesen sido inútiles sin las tablas y las basas. En cuanto a las "estacas" aunque pareciesen insignificantes ¿quién podría apreciar la importancia que tenían uniendo los objetos entre sí y manteniendo la visible unidad del conjunto? De este modo todos trabajaban a una para un fin común y este fin se alcanzaba permaneciendo cada individuo ocupado en su propio trabajo. Si un Gersonita se hubiese empeñado en abandonar las "cortinas" para ocuparse en las "estacas", hubiese quedado sin ejecución la obra que a él le correspondía, y se hubiese inmiscuido en la obra de los Meraritas. Ya no se hubiera podido continuar. Todo hubiera caído en una desagradable confusión, mientras que ateniéndose a la regla divina todo se mantenía en el orden más admirable.

Debía ser bello el ver a los obreros de Dios en el desierto. Cada uno estaba en su sitio correspondiente, y obraba dentro de la esfera que tenía divinamente asignada. Por esto en cuanto la nube se elevaba, y que se había dado la orden de desmontar el tabernáculo, cada uno sabía lo que tenía que hacer, y no hacía otra cosa. Nadie tenía el derecho de seguir sus propios pensamientos. Jehová pensaba por todos. Los Levitas se habían declarado "por Jehová"; se habían sometido a su autoridad: y este hecho estaba en el mismo origen de toda su obra y servicio en el desierto. Considerada la obra a través de tal prisma era enteramente indiferente que un hombre debiera ocuparse de una estaca, de una cortina o de un candelero de oro. La gran cuestión para todos y cada uno sólo era: "¿Es ésta mi obra? ¿Es esto lo que el Señor me ha dado a hacer?" Esto lo resolvía todo. Si las cosas se hubiesen dejado al criterio o al gusto de cada cual, uno hubiese querido una cosa, tal vez otra diferente y un tercero ninguna de las dos. En este

caso ¿cómo hubiese podido trasladarse el tabernáculo a través del desierto y montarse en su sitio? ¡Imposible! No podía haber más que una autoridad suprema, a saber Jehová mismo. El lo disponía todo, y todos debían someterse a El. No quedaba sitio alguno para la voluntad humana. Era ello una gracia notable. Descartaba una nube de disputas y confusiones. Es necesaria la sumisión, es necesaria una voluntad quebrantada, es necesaria una cordial adhesión a la autoridad de Dios; de otro modo se llegaría al estado descrito en el libro de Jueces: "cada uno hacía lo que mejor le parecía". Un Merarita podía decir o pensar, si no lo decía: "¡Qué! ¿He de gastar acaso la mejor parte de mi vida acá abajo, los días de mi fuerza y mi vigor, a cuidar tan sólo de algunas estacas? ¿Es para esto para lo que he nacido? ¿No debe haber en mi vida un fin más elevado que ese? ¿Será esa tan sólo mi ocupación de los treinta a los cincuenta años?"

Había una doble contestación a estas preguntas. En primer lugar le bastaba al Merarita saber que Jehová le había designado para tal obra. Esto bastaba para comunicar dignidad a lo que la naturaleza pudiera mirar como la ocupación más ínfima y más vil. Importa poco lo que hagamos con tal que cumplamos siempre nuestra tarea ordenada por Dios. Un hombre puede seguir una carrera que sus semejantes juzguen muy brillante; puede emplear sus energías, su tiempo, sus talentos en la prosecución de lo que los hombres del mundo creen magnífico y glorioso; y a pesar de esto su vida puede ser nada más que una brillante friolera. Por otra parte, el hombre que hace simplemente la voluntad de Dios, sea lo que fuere; el hombre que cumple los mandatos del Señor, sea lo que fuere que esos mandatos le prescriban, el tal hombre andará por un sendero iluminado por los rayos de la aprobación de Dios, y su obra será recordada, en tanto los más espléndidos proyectos de los hijos de este siglo habrán caído en eterno olvido.

Pero, además del valor moral que acompañaba siempre al cumplimiento del deber a que fue llamado a cumplir, había también una dignidad particular envuelta en la obra de un Merarita, aun cuando esa obra no consistiera más que en

cuidar de unas "estacas", o de unas "basas". Todo cuanto se relacionaba con el tabernáculo tenía el mayor interés y poseía el valor más subido. Nada en el mundo entero podía ser comparado con ese tabernáculo hecho de tablas con todas sus místicas dependencias. Era una dignidad santa y un privilegio santo el ser admitido a manejar la más pequeña estaca que formara parte de ese maravilloso tabernáculo en el desierto. Era infinitamente más glorioso ser un Merarita, cuidando las estacas del tabernáculo que llevar el cetro de Egipto o de Asiria. En verdad, ese Merarita, según expresa su nombre, podía parecer un pobre hombre afligido o "amargado" y cansado; pero su trabajo estaba relacionado con la habitación del Dios Altísimo, poseedor de cielos y tierra. Sus manos se posaban sobre objetos que eran modelos de cosas que están en el cielo. Cada estaca, cada basa, cada cortina, cada cubierta era la sombra de las grandes cosas que habían de venir, una figura simbólica de Cristo.

No es que pretendamos afirmar que el humilde Merarita o Gersonita, ocupado en tales quehaceres, comprendieran estas cosas. La cuestión no es esta. *Nosotros* las comprendemos. Es un privilegio para nosotros colocarlas todas, el tabernáculo y sus muebles místicos, a lá brillante luz del Nuevo Testamento y descubrir en todo a Cristo.

No afirmamos nada del grado de inteligencia que poseían los Levitas sobre sus respectivos trabajos, podemos, sin embargo, decir con seguridad que era un privilegio muy precioso el de ser admitido a tocar, manejar y llevar a través del desierto las sombras terrestres de las celestes realidades. Además era una gracia especial tener la autoridad de un: "Así ha dicho Jehová" para todo en cuanto ponían sus manos.

¿Quién podrá apreciar tal gracia, tal privilegio? Cada miembro de aquella maravillosa tribu de obreros tenía su esfera especial de trabajo, trazada por la misma mano de Dios y vigilada por el sacerdote de Dios. No se trataba de que cada cual hiciese lo que le pareciese mejor o que anduviera en pos de otro, sino que todos se sometiesen a la voluntad de Dios e hiciesen precisamente lo que estaban llamados a hacer. Ahí

radicaba el secreto de la disposición metódica de las cosas entre esos ocho mil quinientos ochenta obreros (cap. 4: 48). Y podemos decir con toda la seguridad apetecible, que tal es aún el verdadero secreto del orden. ¿Por qué encontramos tanta confusión en la Iglesia profesante? ¿Por qué tantos conflictos de pensamientos, de opiniones, de sentimientos? ¿Por qué tanta oposición de unos a otros? Sencillamente porque falta la sumisión completa y absoluta a la palabra de Dios. Nuestra *voluntad* está obrando. Escojemos nuestros propios caminos en vez de dejar a Dios el cuidado de escogerlos por nosotros. Nos falta aquella actitud y aquel estado de ánimo en el cual los pensamientos de Dios se eleven a una soberanía plena y completa.

Estamos convencidos de que ese es el gran *desiderátum*, o lo que ante todo nos falta; es la urgente necesidad de los días actuales. La voluntad del hombre toma en todas partes más vuelos. Se levanta como una poderosa marea y arrastra las antiguas barreras, que hasta cierto punto la mantenían enfrenada. Muchas de las antiguas y honorables instituciones están en estos momentos arrastradas ante ese torrente desbordado. Más de un edificio cuyos fundamentos descansaban, según creemos, en lo más íntimo de las afecciones reverentes del pueblo, ceden ante el ariete del sentimiento popular. "Romparamos sus coyundas", dicen, "y echemos de nosotros sus cuerdas" (Salmo 2: 3).

Tal es el espíritu de este siglo. ¿Cuál es el antídoto? ¿La *sumisión!* ¿La sumisión a qué? ¿A lo que se llama la autoridad de la Iglesia? ¿A la voz de la tradición, a los mandamientos y doctrinas de hombres? No; bendito sea Dios, no es ni a una de estas cosas ni a todas reunidas. ¿A qué pues? A la voz del Dios viviente, a la voz de la Escritura Santa. Este es el gran remedio contra la terquedad por un lado, y la sumisión a la autoridad humana por otro. "Debemos obedecer". Tal es la respuesta a la terquedad. "Debemos obedecer a Dios". Tal es la respuesta a una sujeción a la autoridad humana en materia de fe. Tenemos siempre que entender con estos dos elementos. El primero, la terquedad, se resuelve en incredulidad. El segundo, la sumisión al hombre, se resuelve en superstición. Estas

dos tendencias ejercerán su influencia en todo el mundo civilizado. Ellas lo arrastrarán todos, salvo los que son enseñados de Dios a decir, a sentir y a obrar según la máxima inmortal: "Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres".

Esto era lo que, en el desierto, hacía capaz al Gersonita de vigilar a las "pieles de tejones" rudas y de aspecto más bien desagradable; esto era lo que hacía capaz al Merarita de tener cuidado de las "estacas", tan insignificantes en apariencia. Sí; y esto también es lo que hará, en nuestros días, al cristiano capaz de aplicarse a la esfera especial de servicio, a la que su Señor haya tenido a bien emplearlo. Aunque a la vista humana, tal género de servicio pueda parecer rudo y sin atractivo alguno, humilde e insignificante, debe bastarnos que nuestro Señor nos haya asignado nuestro sitio y nos haya encomendado nuestro trabajo, y que ese trabajo tenga una relación inmediata con la Persona y la gloria de Aquél que es el porta-estandarte entre diez mil, y en él que del todo es digno de ser amado. Quizás nosotros también tendremos que limitarnos al antitipo de las pieles de tejones groseras y desagradables, o a las estacas insignificantes. Pero acordémonos de que todo lo que se relaciona con Cristo, con su Nombre, con su Persona, con su Causa, acá abajo, es indeciblemente grato a Dios. Ello podrá parecer muy pequeño a los ojos del hombre, mas ¿qué importa? Nosotros debemos considerar las cosas desde el punto de vista de Dios, debemos computarlas con su medida, que es Cristo. Dios lo mide todo por Cristo. Todo lo que tiene la menor relación con Cristo es interesante e importante a juicio de Dios; al paso que los designios más brillantes, los proyectos más gigantescos, las empresas más admirables de los hombres del mundo, todo se desvanece como la niebla ante el alba y como el rocío de la mañana. El hombre hace de su *yo*, su propio centro, su propio objeto, su propia regla. Precia las cosas en la medida con que estas exaltan y favorecen sus intereses. Se sirve aun de la religión para el mismo fin, y hace de ellas un pedestal para elevarse. En una palabra, se pone todo a contribución para formar un capital para el *yo* y se utiliza como reflector para proyectar la luz y llamar la atención hacia el *yo*. Así hay un inmenso

abismo entre los pensamientos de Dios y los de los hombres, y los bordes de este abismo están tan separados uno de otro, como lo está Cristo del yo humano. Todo lo que pertenece a Cristo es de importancia y de interés eternos. Todo lo que tiende al yo desaparecerá y será olvidado. Por lo tanto, el error más fatal en que puede caer un hombre, es el de hacer del yo su único objeto; el resultado será un eterno chasco. Por otra parte, la cosa más sabia, más segura y mejor que el hombre puede hacer es tomar a Cristo por su único objeto; pues esto le conducirá infaliblemente a una gloria y bendición eternas.

Amado lector: detente un momento y pregunta a tu corazón y a tu conciencia. En este momento, me parece que he de descargarme de una santa responsabilidad. Escribo estas líneas en la soledad de mi gabinete en Bristol, y, tal vez, las leas en la soledad del tuyo en Nueva Zelanda, Australia o en alguna otra comarca lejana. Quisiera recordarte que mi objeto no es escribir un libro, ni tampoco explicar simplemente la Escritura. Deseo que la Palabra de Dios, que es viva y eficaz, penetre en tu corazón. Permíteme, pues, formular esta pregunta solemne y apremiante: *¿Cuál es tu objeto?* ¿El Cristo o el yo? Sé sincero ante el *Escudriñador* de los corazones, Todopoderoso y que todo lo ve. Llévate a ti mismo a un severo juicio como si estuvieras ante la luz de la presencia divina. No te dejes engañar por alguna apariencia brillante o falsa. La mirada de Dios penetra a través de la superficie de las cosas, y El quisiera que hicieras tú lo mismo. El te presenta a Cristo en contraste con todo lo demás. ¿Lo has aceptado? ¿Es El tu sabiduría, tu justicia, tu santificación y tu redención? ¿Puedes decir sin titubear: "Mi amado es mío, y yo soy suyo? Sondéate y ve. ¿Es este para ti un punto reglado perfectamente y arraigado profundamente en tu alma? Y si es así, ¿haces de Cristo tu único objeto? ¿Mides todas las cosas por El?

¡Oh, amado lector! Estas son preguntas útiles para sondear el corazón. Está seguro que nosotros no te las formulamos sin haber experimentado por nosotros mismos su energía y su poder. Dios nos es testigo de que nosotros sentimos, bien que muy débilmente, su importancia y su gravedad. Estamos perfeta y

profundamente convencidos que nada permanecerá sino sólo lo que se relaciona con Cristo, y además, que la más ínfima cuestión que tenga relación con El, es de interés supremo a juicio del Cielo. Si nos es dado despertar en algún corazón el sentimiento de estas verdades, o de afirmar este sentimiento de estas verdades, o de afirmar este sentimiento, donde haya sido ya despertado, creemos no haber escrito este libro en vano.

Ahora, antes de cerrar esta larga sección demos una ojeada a los Coathitas y a su obra.

"Y habló Jehová a Moisés y a Aarón diciendo: Toma la cuenta de los hijos de Coath de entre los hijos de Leví, por sus familias, por las casas de sus padres, de edad de treinta años y arriba hasta cincuenta años, todos los que entran en compañía para hacer servicio en el tabernáculo del testimonio. Este será el oficio de los hijos de Coath en el tabernáculo del testimonio, en el lugar santísimo: Cuando se hubiere de mudar el campo, vendrán Aarón y sus hijos, y desarmarán el velo de la tienda, y cubrirán con él el arca del testimonio: y pondrán sobre ella la cubierta de pieles de tejones, y extenderán encima el paño todo de cárdeno, y le pondrán sus varas. Y sobre la mesa de la proposición extenderán el paño cárdeno, y pondrán sobre ella las escudillas, y las cucharas, y las copas, y los tazones para libar: y el pan continuo estará sobre ella. Y extenderán sobre ella el paño de carmesí colorado, y lo cubrirán con la cubierta de pieles de tejones y le pondrán sus varas. Y tomarán un paño cárdeno, y cubrirán el candelero de la luminaria, y sus candilejas, y sus despabiladeras, y sus platillos, y todos sus vasos del aceite con que se sirve: Y lo pondrán con todos sus vasos en una cubierta de pieles de tejones, y lo colocarán sobre unas parihuelas. Y sobre el altar de oro extenderán el paño cárdeno, y le cubrirán con la cubierta de pieles de tejones, y le pondrán sus varales. Y tomarán todos los vasos del servicio, de que hacen uso en el santuario, y los pondrán en un paño cárdeno, y los cubrirán con una cubierta de pieles de tejones

y los colocarán sobre unas parihuelas. Y quitarán la ceniza del altar, y extenderán sobre él un paño de púrpura: y pondrán sobre él todos sus instrumentos de que se sirve; las paletas, los garfios, los braseros, y los tazones, todos los vasos del altar: y extenderán sobre él la cubierta de pieles de tejones, y le pondrán además las varas. Y acabando Aarón y sus hijos de cubrir el santuario, y todos los vasos del santuario, cuando el campo se hubiere de mudar, vendrán después de ello los hijos de Coath para conducir: mas no tocarán alguna cosa santa, que morirán. Estas serán las cargas de los hijos de Coath en el tabernáculo del testimonio" (Cap. 4: 1-15).

Por esta descripción vemos qué funciones sagradas estaban confiadas a la carga de los Coathitas: el arca, la mesa de oro, el candelero de oro, el altar de oro y el altar de los holocaustos, sombras de los bienes que habían de venir; los modelos de lo que hay en el cielo, figuras de cosas reales, tipos de Cristo en su Persona, su obra y sus oficios, como ya lo intentamos demostrar en los "Estudios Sobre el Exodo" (caps. 24-30). Tales cosas se nos presentan aquí en el desierto en su hábito de viaje, si se nos permite servirnos de tal expresión. A excepción del arca de la alianza, tenían entonces la misma apariencia a los ojos humanos, a saber: la grosera cubierta de pieles de tejón. El arca ofrecía esta diferencia que por sobre la cubierta de pieles de tejón había una "tela azul", que, a no dudar, significaba el carácter enteramente celeste del Señor Jesucristo en su Persona divina. Lo que en El era esencialmente celestial se manifestaba por de fuera durante su estancia acá abajo. El fue constantemente el hombre celeste, "el Señor del cielo". Por debajo de la tela azul se encontraban las pieles de tejones que pueden considerarse como expresión de lo que protege del mal. El arca era el único objeto que fue cubierta de esta especial manera.

En cuanto a "la mesa de los panes de la proposición", que era un símbolo o tipo de nuestro Señor Jesucristo, en su relación con las doce tribus de Israel, tenía una "tela azul", por encima una tela de color *escarlata*, y por encima de todo las piles de tejones. En otras palabras, había lo que era esencialmente celeste,

luego lo que representaba el esplendor humano, y por encima de todo lo que protegía del mal. El objeto de Dios es que las doce tribus de Israel tengan la supremacía sobre la tierra, que en ellas se realice el tipo más elevado del esplendor humano. De ahí la conveniencia de la tela "escarlata" sobre la mesa de los panes de la proposición. Los doce panes representaban evidentemente las doce tribus; y en cuanto al color escarlata, el lector no tiene más que recorrer la Escritura para saber que representa lo que el hombre considera como suntuoso.

Las cubiertas del candelero y del altar de oro eran idénticas, esto es, primero la envoltura celeste, y al exterior las pieles de tejones. En el candelero vemos a Cristo en relación con la obra del Espíritu Santo en luz y testimonio. El altar de oro nos muestra a Cristo y el valor de su intercesión, el perfume y el valor de lo que El es delante de Dios. Estos dos objetos al atravesar las arenas del desierto, iban embalados en lo que era celeste y protegidos por encima por las pieles de tejones.

En fin, en el altar de metal observamos una distinción marcada. Estaba recubierto de "púrpura" en vez de "azul" o de "escarlata". ¿Por qué? Sin duda porque el altar de metal prefiguraba a Cristo como el que "ha sufrido por los pecados", y que debe, por consiguiente, llevar el cetro de la realeza. La "púrpura" es el color real. El que ha sufrido en este mundo, reinará. El que llevó la corona de espinas, llevará la corona de gloria. He aquí por qué la envoltura de "púrpura" convenía al altar de metal ya que en él se ofrecía la víctima. Sabemos que en la Escritura todo tiene su significación divina, y es un privilegio y también un deber, buscar el sentido de cuanto Dios ha escrito, según su gracia para nuestra instrucción. Pero a este resultado no se puede llegar, según creemos, sino esperando a Dios con humildad, paciencia y oración. El que ha inspirado el Libro conoce perfectamente el fin y el objeto del Libro en su conjunto y en cada una de sus divisiones. Esta convicción debe tener por efecto reprimir los vuelos profanos de la imaginación. Sólo el Espíritu de Dios puede abrir las Escrituras a nuestras almas. "Dios es su propio intérprete" tanto en la revelación como en la Providencia, y cuanto más nos apoyamos en El con

el sentimiento verdadero de nuestra nulidad, tanto más adquirimos un conocimiento más profundo de su Palabra y de sus caminos.

Quisiéramos, por tanto, invitarte, lector cristiano, a que leyeras en presencia de Dios, Números 4: 1-15. Pídele que te explique el sentido de cada frase, la significación del arca y por qué sólo ella debía ser envuelta con un paño enteramente "azul". Y así de lo demás. Nosotros, con humildad hemos indicado lo que creemos ser el sentido de estas cosas; pero quisiéramos que tú lo aprendieras directamente de Dios, y que no lo aceptaras del hombre. Confesamos que tenemos el trabajo de la imaginación y en cuanto a nosotros creemos poder decir que jamás hemos escrito sobre las Santas Escrituras sin estar profundamente convencidos que nadie sino el Espíritu Santo podía realmente explicarlas.

Pero dirás quizá: ¿Por qué, pues, escribís? Pues, por la viva esperanza de poder ayudar al que estudia seriamente la Escritura, a descubrir las exquisitas piedras preciosas esparcidas en las inspiradas páginas, de manera que él pueda recogerlas por sí mismo. Millares de lectores podrían leer repetidamente el capítulo 4 de Números y no fijarse siquiera en el hecho de que el arca era la sola pieza del mobiliario místico del tabernáculo que no ostentaba la piel de tejón. Y si no ha sido posible atender al hecho sencillo en sí, ¿cómo podrá deducirse el alcance de su significación? Igual diríamos del altar de metal; ¿cuántos lectores no han observado siquiera que debía revestirse de "púrpura"?

Podemos estar seguros de que estos dos hechos tienen un sentido plenamente espiritual. El arca era la suprema manifestación de Dios; podemos, pues, comprender el por qué era preciso que mostrara a primera vista su estado puramente celeste. El altar de metal era el sitio donde se juzgaba el pecado; era un tipo de Cristo en su obra como aquél que lleva el pecado; representaba hasta qué punto El se había humillado por nosotros, y sin embargo, este altar era el único objeto que debía envolverse con color de la *realeza*. ¿Podemos imaginar algo más exquisito que esta enseñanza? ¿Qué sabiduría infinita en todas

esas bellas distinciones! El arca nos conduce al lugar más elevado de los cielos, y el altar de metal al más bajo de la tierra. Ellos ocupaban los extremos del tabernáculo. En la primera contemplamos a Aquél que ha magnificado a la ley; en el segundo a Aquél que fue hecho pecado. En el arca se veía, al primer golpe de vista, lo que era celestial, y sólo buscando más adentro en las cubiertas, se veían las pieles de tejón, y debajo de esta envoltura, esto es, más profunda todavía dábamos con la tela misteriosa, tipo de la carne de Cristo. En cambio, en el altar de metal lo primero que estaba a la vista era las pieles de tejón y debajo de ella la cubierta que simbolizaba la majestad real. Cristo se nos aparecía en cada uno de estos objetos pero bajo un aspecto diferente en cada uno. En el arca se nos simbolizaba a Cristo como manteniendo la gloria de Dios. En el altar de metal le veíamos respondiendo a las necesidades del pecador. ¡Combinación bendita para nosotros!

Pero el lector habrá observado, además, que en todo ese maravilloso pasaje sobre el cual hemos llamado su atención, no se hace mención de una pieza del mobiliario que, según sabemos por Exodo 30 y otros pasajes de la Escritura, ocupaba un lugar importante en el tabernáculo. Nos referimos a la fuente de metal. ¿Por qué se omite en el capítulo 4 de Números? Es muy probable que algunos de nuestros clarividentes racionalistas encontrarían en esto lo que ellos llamarían una omisión, un defecto, una contradicción. Y bien; ¿lo es en realidad? No; gracias a Dios. El lector cristiano sabe perfectamente bien que tales cosas son incompatibles con el Libro de Dios. El lo sabe y lo confiesa, aun cuando no pudiera justificar la ausencia o la presencia de tal o cual detalle particular en un pasaje dado. Mas precisamente, en tanto podamos, por la gracia de Dios, discernir la razón espiritual de las cosas, nos encontramos siempre con que allí donde el racionalista descubre o cree descubrir defectos, el lector piadoso encuentra brillantes perlas.

Tal sucede, no lo dudamos, con la omisión de la fuente de metal en la lista del capítulo 4 de Números. Y es esta una de las diez mil demostraciones de la belleza y de la perfección del libro inspirado.

Pero el lector puede preguntar, ¿por qué la omisión de la fuente? La razón puede ser fundada en los hechos siguientes: la materia de que estaba hecha la fuente, y el uso al cual se la destinaba. Este doble hecho consta en Exodo. La fuente fue hecha con los espejos de metal de las mujeres que se juntaban a la puerta del tabernáculo del testimonio (Exodo 38: 8). Tal era su composición. En cuanto a su objeto se había construido como medio de purificación para el hombre. Pues bien; en todas las cosas que componían los cargos especiales de los Coathitas, vemos tan sólo las manifestaciones variadas de Dios en Cristo; desde el arca que estaba en el lugar santísimo hasta el altar de metal que estaba colocado en el atrio del tabernáculo. Y como la fuente no era una manifestación de Dios sino una purificación para el hombre, no se la ve, por consiguiente, confiada a los cuidados y vigilancia de los Coathitas.

Pero conviene ya que dejemos al lector meditar sólo sobre esta parte de las más profundas de nuestro libro (cap. 3 y 4). Es realmente inagotable. Podríamos continuar extendiéndonos en consideraciones hasta llenar no páginas y más páginas sino volúmenes enteros; y, después de todo, tendríamos que decir que apenas habíamos penetrado en la superficie de una mina cuya profundidad jamás puede ser sondeada, y cuyos tesoros jamás pueden ser agotados. ¿Qué puede expresar la humana pluma acerca de la instrucción maravillosa que contiene la relación inspirada sobre la tribu de Leví? ¿Quién se atreverá a voluntarioso Leví pudiera ser el primero en responder al requerimiento conmovedor: "¿Quién es de Jehová?" ¿Quién podría hablar autorizadamente de la misericordia rica, abundante y superior revelada en el hecho de que aquellos cuyas manos se habían teñido en sangre fuesen llamados a manejar los vasos del santuario; y de que aquellos en la asamblea de los cuales no podía entrar el Espíritu de Dios, fuesen llamados al medio de la asamblea de Dios, para ocuparse en lo que le era tan precioso?

¡Qué instrucción nos proporcionan estas divisiones de obreros: los Meraritas, los Gersonitas y los Coathitas! ¡Qué tipo o

figura de los diversos miembros de la Iglesia de Dios en su variado servicio! ¡Qué profundidad de la misteriosa sabiduría en todo ello! ¿Será decir demasiado si exponemos que en este momento nada nos impresiona más profundamente que el sentimiento que nos embarga de la completa debilidad y de la total pobreza de cuanto hemos expuesto sobre uno de los más ricos temas del inspirado libro? No obstante, hemos conducido al lector a una mina cuya profundidad y riqueza son infinitas, y es conveniente que la dejemos penetrar con el auxilio de Aquél al cual pertenece la mina, único que puede descubrir los tesoros que contiene. Todo cuanto el hombre puede escribir o decir sobre una porción cualquiera de la Palabra de Dios puede a lo más sugerir ideas; y hablar de esta Palabra como de un asunto que pueda agotarse, sería una falta de respeto al sagrado canon. Entremos al santo lugar con pies descalzos, semejantes a los que consultaban a Dios en el templo y cuyas meditaciones van impregnadas de un espíritu de adoración.

Capítulo 5

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que echen del campo a todo leproso y a todos los que padecen flujo de semen, y a todo contaminado sobre muerto. Así hombres como mujeres echaréis: fuera del campo los echaréis, porque no contaminen el campo de aquellos entre los cuales yo habito. E hicieronlo así los hijos de Israel, que los echaron fuera del campo, como Jehová dijo a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel” (vers. 1-4).

Aquí tenemos, desplegado ante nosotros, el gran principio fundamental sobre el que estaba establecida la disciplina de la asamblea: principio que era de la mayor importancia, aunque ¡ay! tan poco comprendido y tan poco observado. Era la presencia de Dios en medio de su pueblo de Israel que reclamaba la santidad en ellos. “Porque no contaminen el campo de aquellos entre los cuales yo habito”. El lugar en que el Santo habita debe ser santo. Esta es una verdad tan sencilla como apremiante.

Ya hicimos observar que la *redención* era la base de la habitación de Dios en medio de su pueblo; pero acordémonos de que la *disciplina* era esencial a su permanencia en medio de ellos. Dios no podía habitar allí donde el mal fuese protegido abiertamente y con deliberado propósito. Bendito su nombre, El puede soportar y soporta la debilidad y la ignorancia; pero sus ojos son demasiado puros para ver el mal y mirar la iniquidad. Jamás el mal puede habitar con Dios, y Dios no puede tener comunión con el mal. Esto sería como una degeneración de su naturaleza; y El no puede negarse a sí mismo.

A esto puede hacerse la siguiente objeción: “¿No habita el Espíritu Santo en el creyente individualmente y no obstante

hay mucho mal en él?” En efecto; el Espíritu Santo habita en el creyente porque la redención ha sido cumplida. Está allí no como el sello de lo que es de la naturaleza, sino como el sello de lo que es de Cristo, y gozamos de su presencia y de su comunión exactamente en la medida con que el mal que está en nosotros es habitualmente juzgado por nosotros mismos. ¿Es que alguien sostendrá que pudiéramos realizar la presencia del Espíritu en nuestro interior, y gozar de ella con todo y tolerar nuestra depravación natural y dar satisfacción a la concupiscencia de la carne y de nuestros pensamientos? ¡Lejos de nosotros idea tan impía? No; es preciso juzgar a nosotros mismos y que rechacemos todo cuanto sea incompatible con la santidad de Aquél que habita en nosotros. Nuestro “viejo hombre” no es reconocido en modo alguno. No existe delante de Dios. El fue condenado enteramente en la cruz de Cristo. Sentimos ¡ay! su influencia y hemos de condenarnos a nosotros mismos; pero Dios nos ve en Cristo, en el Espíritu, en la nueva creación. Y además el Espíritu Santo habita en el creyente en virtud del derramamiento de la Sangre de Cristo, y tal habitación exige el juicio del mal bajo todas sus formas.

Igual diremos en cuanto a la asamblea; sin duda que en ella hay mal, y mal en cada uno de los que de ella forman parte, y, por lo tanto, mal en el cuerpo colectivo. Pero hay que juzgar ese mal; y si es juzgado no se le consentirá que obre; quedará anulado. Pero sostener que una asamblea no tiene por qué juzgar al mal, sería sencillamente establecer el antinomianismo. ¿Qué diríamos de un cristiano que sostuviese que no es solemnemente responsable de juzgar el mal en sí mismo y en su conducta? Podríamos, sin dudar un momento, declararlo antinomianista y si es malo para un solo individuo seguir tal principio, ¿no debe serlo igualmente para una asamblea? No comprendemos que queda esto ser puesto en duda.

¿Cuál hubiera sido el resultado si Israel hubiese rehusado obedecer al “mandamiento” terminante expuesto al comienzo del capítulo que estamos examinando? Supongamos que hubiesen dicho: “No somos responsables de juzgar el mal, ni creemos que es propio de mortales como nosotros, pobres, débiles y

filibles de juzgar sea lo que fuere. Estos individuos leprosos, manchados y otros son tan Israelitas como nosotros y tienen tanto derecho como nosotros a todas las bendiciones y a todos los privilegios del campamento; no vemos pues la conveniencia de echarlos fuera”.

Bien; preguntamos nosotros: ¿Qué hubiera contestado Dios a semejantes objeciones? Si el lector quiere trasladarse por un momento al capítulo 7 de Josué, allí encontrará una respuesta tan solemne como pueda darse. Acérquese y examine atentamente ese “gran montón de piedras” en el valle de Acor. Que lea allí la inscripción que lleva. ¿Qué dice? “Dios terrible en la grande congregación de los santos, y formidable sobre cuantos están alrededor suyo” (Salmo 89: 7). “*Nuestro Dios es fuego consumidor*” (Heb. 12: 29). ¿Qué sentido tiene todo ello? Escuchémosla y meditemos. La codicia, habiendo concebido en el corazón de un miembro de la congregación engendró al pecado. Pero ¿qué? ¿esto abarcaba a la congregación por entero? Sí; sin duda alguna tal es la solemne verdad. “*Israel ha pecado*”, y no solamente Acán, “y aun *han* quebrantado mi pacto que yo les había mandado, pues aun *han* tomado del anatema, y hasta *han* hurtado, y también *han* mentido y aun lo *han* guardado entre sus enseres. Por esto los hijos de Israel no podrán estar delante de sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán las espaldas; por cuanto *han* venido a ser anatema: *ni seré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros*” (Josué 7: 11, 12).

Este pasaje es de los más serios y de los más penetrantes. Hace resonar en nuestros oídos una tonante voz y da a nuestros corazones una santa lección. Según nos enseña dicho relato, había muchos centenares de miles de hombres en todo el campamento tan ignorante del pecado de Acán como parecía serlo el mismo Josué, y sin embargo, fue dicho: “*Israel ha pecado, transgredido, tomado del anatema, robado y mentido*”. ¿Cómo podía ser eso? La congregación era una. La presencia de Dios en medio de la congregación constituía la unidad de la misma; unidad de tal naturaleza que el pecado de cada uno se convertía en el pecado de todos. “Un poco de levadura leuda toda la

masa”. La razón humana puede titubear sobre ello, como, de hecho, titubeará siempre sobre todo cuanto está por encima de sus estrechos alcances. Pero Dios lo ha dicho y esto basta al espíritu del creyente. No nos conviene decir: “Pero, ¿cómo?” o “¿por qué?” El testimonio de Dios lo establece así y nosotros no tenemos más que creer y obedecer. Nos basta a nosotros saber que el hecho de la presencia de Dios exige la santidad la pureza y la condenación del mal. Recordemos que esto no se exige por virtud de aquella frase tan justamente rechazada por todo corazón humilde: “Estáte en tu lugar, no te llegues a mí que soy más santo que tú” (Isaías 65: 5). No, en modo alguno: sino por virtud de lo que Dios es: “Sed santos, porque yo soy santo”. Dios no puede dar la aprobación con su presencia a un mal que no está juzgado. ¡Qué! ¿Dar la victoria a su pueblo delante de Hai, cuando Acán está en el campamento? ¡Imposible! Una victoria en tales circunstancias hubiese sido un deshonor para Dios, y lo más funesto que podía acontecerle a Israel. Esto no podía ser. Israel debía ser castigado. Debían ser humillados y quebrantados. Debían descender al valle de Acor, el sitio de la turbación, porque sólo allí podía abrirseles una “puerta de esperanza” cuando el mal se había introducido (Comp. Oseas 2: 15).

Procure el lector no equivocarse sobre este gran principio práctico. Ha sido mal comprendido por muchos hijos de Dios, según tememos. Parece que creen muchos que no puede jamás ser correcto a los que son salvados por gracia, y que son ellos mismos monumentos señalados de misericordia, el ejercer la disciplina bajo la forma que sea y en virtud de un principio sea cual fuere. A juicio de los tales, lo expuesto en Mateo 7: 1 parece condenar nuestro atrevimiento a juzgar. Nuestro Señor, dicen, ¿no nos exhorta, acaso, expresamente a no juzgar? ¿No son sus propias palabras: “No juzguéis para que no seáis juzgados?” Sin duda. Pero ¿qué significan esas palabras? ¿Quieren decir que nosotros no debemos juzgar la doctrina y la conducta de los que se presentan a pedir la comunión cristiana? ¿Prestan ellas algún apoyo a la idea de que debemos recibir de igual modo a un hombre sea cuales fueren su creencia,

su doctrina, o sus actos? ¿Puede ser esta la fuerza y la significación de las palabras del Señor? ¿Quién podría admitir ni por un momento cosa tan absurda? Nuestro Señor, ¿no nos recomienda en este mismo capítulo que nos guardemos "de los falsos profetas?" Y ¿cómo podemos guardarnos de una persona si no debemos juzgarla? Si el juicio no debe ejercerse en ningún caso ¿por qué decimos que estemos en guardia?

Lector cristiano, la verdad es muy sencilla. La asamblea de Dios es responsable de juzgar la doctrina y costumbres de los que desean formar parte de ella. No debemos juzgar las intenciones sino los actos. El apóstol inspirado nos enseña positivamente en el capítulo 5 de la 1a. carta a los Corintios, que estamos obligados a juzgar a todos los que toman sitio en la Asamblea. "Porque ¿qué me va a mí en juzgar a los que están fuera? ¿no juzgáis vosotros a los que están dentro? Porque a los que están fuera, Dios juzgará: quitad pues a ese malo de entre vosotros" (vers. 12 y 13).

Helo aquí bien claro; no tenemos que juzgar a los de "fuera", sino a los de "dentro". Esto es: a los que han venido como cristianos, como miembros de la asamblea de Dios. Todos esos están bajo el alcance de juicio. Desde el momento que un hombre es admitido en la asamblea, toma sitio en aquella esfera en la cual la disciplina se ejerce sobre todo lo que es contrario a la santidad de Aquél que en ella habita.

No vaya a creer el lector ni por un momento que la unidad del *cuerpo* sea menoscabada cuando se mantiene la disciplina en la *casa*. Sería eso un grave error, y no obstante está por desgracia muy extendido. Oímos decir con frecuencia que los que buscan justamente mantener la disciplina en la casa de Dios, despedazan el cuerpo de Cristo. Apenas puede haber error más grande. El hecho es que el mantener la disciplina es nuestro estricto deber, y el despedazamiento es una completa imposibilidad. Es preciso que en la casa de Dios se ejerza la disciplina; pero la unidad del cuerpo de Cristo no podría destruirse jamás.

Oímos a veces algunos que hablan de separar miembros del

cuerpo de Cristo. También es esto erróneo. Ningún miembro de ese cuerpo puede ser quitado. Cada cual ha sido puesto en su sitio en el cuerpo por el Espíritu Santo, en virtud del consejo eterno de Dios y bajo el principio de la perfecta expiación de Cristo; ningún poder ni humano ni diabólico podrá jamás separar un solo miembro del cuerpo. Todos están unidos entre sí en una perfecta unidad y son mantenidos en ella por un poder divino. La unidad de la Iglesia de Dios puede compararse a una cadena tendida a través de un río; se ve de cada extremo, pero en el medio está sumergida, y si debiéramos juzgar solamente por la vista podríamos suponer que la cadena estaba rota en el centro. Tal sucede con la Iglesia de Dios; aparece como siendo una al principio; se la verá una dentro de poco tiempo; y ahora continúa siendo una a los ojos de Dios, aunque su unidad no es visible a los ojos de la carne.

Es de la mayor importancia que el lector cristiano esté perfectamente informado sobre la gran cuestión de la Iglesia. El enemigo ha empleado todos los medios de que dispone para cegar al pueblo de Dios, a fin de que no vea la verdad sobre este asunto. Tenemos, por una parte, la cacareada unidad del Catolicismo Romano, y por otra, las lamentables divisiones del Protestantismo. Roma alega con aire triunfante las numerosas sectas protestantes, y éstos, asimismo, hacen resaltar los errores, las corrupciones y los abusos numerosos del Romanismo. De modo que, el que busca sinceramente la verdad apenas sabe a qué lado volver sus ojos, o lo que debe creer; mientras que, por otra parte, el indolente, el indiferente, el acomodado y el mundano, ya muy inclinados a dejarse llevar por lo que ven alrededor suyo, se apoyan en esto para desechar todo pensamiento serio sobre las cosas de Dios, y no se preocupan de ellas; y si, como Pilato, se atreven a formular muy superficialmente la pregunta "¿qué cosa es la verdad?" como él también, vuelven la espalda sin aguardar la respuesta.

Pues bien; estamos firmemente convencidos que el verdadero secreto del asunto, la gran solución de la dificultad, el real auxilio para los corazones de los bien amados santos de Dios, se encontrará en la verdad de la indivisible unidad de la

Iglesia de Dios, del cuerpo de Cristo en el mundo. La verdad no debe ser considerada solamente por nosotros como una doctrina, sino que debemos confesarla, mantenerla y practicarla a cualquier precio. Esta gran verdad forma un poderoso lazo para el alma y contiene en sí misma la única respuesta a la encomiada unidad de Roma, por una parte, y a las divisiones del Protestantismo, por otra. Ella nos hará capaces de testimoniar al Protestantismo que hemos encontrado la unidad, y al Catolicismo romano que hemos encontrado la unidad del Espíritu.

Sin embargo, se nos podría contestar que es una gran utopía querer realizar una idea semejante en el estado actual de cosas. Todo está en una ruina tal y en tal confusión, que nos encontramos igual que unos niños que se hubiesen extraviado en un bosque y que procuran encaminarse lo mejor que supiesen hacia sus casas; los unos en grandes masas, los otros en grupos de dos o tres, y algunos de ellos, solos.

Pues bien; esto puede parecer muy plausible, pero a juicio de la fe esta manera de presentar la cuestión no tiene valor ninguno, por la sencilla razón de que la única cuestión importante es ésta, a saber: "¿La unidad de la Iglesia, es una teoría humana o una realidad divina?" Una realidad divina es ciertamente, pues está escrito: "Un cuerpo y un Espíritu" (Efes. 4: 4). Si negamos que existe "un solo cuerpo", podemos negar también que hay "un solo Señor, una sola fe, un bautismo, un solo Dios y Padre de todos", atendido que todo esto sigue a continuación en la inspirada página; y que si quitamos un solo anillo a esta cadena, echamos a perder toda la cadena.

Además no estamos circunscritos a un pasaje solitario de la Escritura sobre tal asunto; por más que uno solo que hubiera, sería más que suficiente. Pero tenemos más de uno. Atended al siguiente: "La copa de bendición que bendecimos ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque un pan, es que muchos somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel un pan" (1 Cor. 10: 16 y 17). Leed también en 1 Corintios

12: 12-27, donde esta materia está desarrollada y encuentra su aplicación.

En una palabra, la Escritura establece, de la manera más clara y positiva, la verdad de la unidad indisoluble del cuerpo de Cristo; y, además, establece de un modo igualmente claro y completo la verdad de la disciplina de la casa de Dios. Pero nótese bien, la conveniente aplicación de la última de estas verdades no acarreará jamás mengua a la primera. Ambas cosas concuerdan perfectamente. ¿Hemos de suponer que el apóstol cometía un atentado a la unidad del cuerpo, cuando encomendaba a la asamblea de Corinto que quitaran de en medio de ellos "aquel malo?" Seguramente que no. Y no obstante, aquel hombre ¿no era acaso un miembro del cuerpo de Cristo? Sí, en verdad; pues le vemos reintegrado a la asamblea en la segunda epístola. La disciplina de la casa de Dios había hecho su efecto sobre un miembro del cuerpo de Cristo, y el que se, había extraviado, había vuelto. Tal había sido el propósito de la acción de la asamblea.

Todo esto puede ayudar a esclarecer en la mente del lector el tema profundamente interesante de la recepción a la mesa del Señor y de la exclusión de ella. Parece haber grande confusión sobre esto en la mente de muchos cristianos. Algunos parece creen que con tal que una persona sea cristiana no debe por ningún motivo rehusársele un puesto en la mesa del Señor. El caso de 1 Corintios 5, ya citado, es suficiente para decidir la cuestión. Evidentemente aquel hombre no estaba separado porque no fuese cristiano. Sabemos que era un hijo de Dios a pesar de su caída y su pecado, y no obstante fue ordenado a la asamblea de Corinto que se le excluyera. Y si los Corintios no lo hubiesen hecho así, hubiesen atraído el juicio de Dios sobre la asamblea entera. La presencia de Dios está en la asamblea, y por consiguiente el mal debe ser juzgado.

Así pues, si examinamos ya sea el capítulo 5 de Números, ya sea el capítulo 5 de la epístola a los Corintios, vemos la misma solemne verdad, a saber: "la santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre" (Sal. 93: 5).

Se nos enseña además que la disciplina debe ser mantenida entre los del pueblo de Dios y no entre los de fuera; porque ¿qué leemos en las primeras líneas del capítulo 5 de Números? ¿Se les mandó a los hijos de Israel echar fuera del campo a todos los que no fuesen Israelitas, a todos los que no estuviesen circuncidados, o que no pudiesen establecer su directa descendencia a Abraham? ¿Eran esos los motivos de exclusión del campo? De ningún modo. ¿Quiénes eran, pues, los que debían ser puestos fuera? "Todo leproso", es decir, todo individuo en el cual el pecado es *reconocido* como operando; el que "tuviera flujo", es decir: aquél del cual emanaba una influencia corruptora; y todo el que era "impuro por un muerto". Tales eran las personas que debían ser separados del campamento en el desierto; y los antitipos de esas personas deben ser separados de la asamblea en nuestros días.

Y ¿por qué se exigía esta separación? ¿Era acaso para conservar la reputación o el carácter honorable del pueblo? Nada de esto. ¿Por qué, pues? "Porque no contaminen el campo de aquellos entre los cuales *yo habito*". Igual sucede ahora. No juzguemos ni rechacemos una mala doctrina con el fin de mantener *nuestra* ortodoxia; como tampoco juzgamos el mal moral y lo rechazamos con el fin de mantener *nuestra* reputación o *nuestra* honorabilidad. El único principio de juicio y separación es ese: "¡Oh Jehová! la santidad conviene a tu casa por los siglos y para siempre" (Sal. 93: 5). Dios habita en medio de su pueblo. "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos" (Mat. 18: 20). "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" (1 Cor. 3: 16). Y además: "Así que ya no sois extranjeros, ni advenedizos, sino juntamente ciudadanos con los santos, y domésticos de Dios; *edificados* sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo; en el cual, compaginado todo el edificio, va creciendo para ser *un templo santo* en el Señor; en el cual vosotros también sois juntamente *edificados*, para morada de Dios en Espíritu" (Ef. 2: 19-22).

Puede ser que el lector se sienta dispuesto a suscitar pregun-

tas, tales como, por ejemplo: "¿Es posible encontrar una iglesia pura y perfecta? ¿No hay, no habrá, no es forzoso que haya algún mal en cada asamblea, a pesar de la vigilancia pastoral más activa y de la fidelidad colectiva? ¿Cómo, pues, se podrá conservar tan alta norma de la pureza?" Sin duda que el mal está en la asamblea; atendido a que el pecado habita en cada uno de sus miembros. Pero ese mal no debe ser permitido y tolerado; debe ser juzgado y refrenado. No es la presencia del mal juzgado lo que contamina, sino la tolerancia del mal. Lo mismo en la Iglesia en su carácter colectivo, como de cada miembro en su carácter individual. "Que si nos examinásemos a nosotros mismos, cierto no seríamos juzgados" (1 Cor. 11: 31). Por esto, por grande que sea el mal presente, no debe un hombre separarse de la Iglesia; pero si una asamblea reniega de su solemne responsabilidad de juzgar el mal, sea en la doctrina, sea en las costumbres, está enteramente fuera del terreno de la Iglesia de Dios, y entonces es un deber imperioso para nosotros el separarnos de ella. En tanto una asamblea se mantiene en el terreno de la Iglesia de Dios, por débil y corta en número que sea, el separarse de ella es un cisma; mas si ella no se mantiene en ese terreno, y de cierto no está en él si reniega de su deber de juzgar el mal, entonces es un cisma el continuar teniendo relaciones con ella.

Mas esto, ¿no tenderá más bien a multiplicar y perpetuar las divisiones? Seguramente no. Podrá resultar de ello la ruptura con asociaciones humanas; esto no es un cisma sino todo lo contrario, ya que tales asociaciones por grandes, poderosas y útiles que parezcan, son positivamente contrarias a la unidad del cuerpo de Cristo, de la Iglesia de Dios.

El lector atento no dejará de notar el hecho de que el Espíritu de Dios despierta en todas partes la atención sobre el magno asunto de la Iglesia. Los hombres empiezan a darse cuenta de que existe sobre ese tema otra cosa muy distinta de la simple opinión particular de un individuo o el dogma de un partido. La pregunta: "¿Qué es la Iglesia?" se impone a muchos corazones y exige una respuesta. Y ¡qué gracia el tener una respuesta! Una respuesta tan clara, tan distinta, tan llena de

autoridad como la voz de Dios, la voz de la Santa Escritura. ¿No es un privilegio inefable, cuando asaltados de todos lados por las pretensiones de varios partidos eclesiásticos puede uno recurrir a la única verdadera Iglesia del Dios vivo, el cuerpo de Cristo? Nosotros así lo creemos, y estamos firmemente convencidos que aquí solamente está la divina solución de las dificultades de miles de hijos de Dios.

Pero, ¿dónde está la tal Iglesia? ¿No es empeño vano el buscarla en medio de la ruina y confusión que nos rodean? No; ¡bendito sea Dios! Pues, aunque nosotros no podemos *ver* a todos los miembros de la Iglesia reunidos, nuestro privilegio y nuestro santo deber es el de conocer y ocupar el *terreno* de la Iglesia de Dios y no otro alguno. Y ¿cómo podremos discernir ese terreno? Creemos que el primer paso para ello es mantenerse alejado de todo lo que le sea contrario. No debemos esperar a descubrir lo que es verdadero, mientras nuestro entendimiento está oscurecido por lo que es falso; el orden divino es: "Cesad de hacer el mal; aprended a bien hacer". Desde el momento, pues, que descubrimos que estamos sobre un mal terreno, nuestro deber es abandonarlo, y confiar a Dios por una nueva luz que seguramente nos dará.

Pero, volvamos al examen de nuestro capítulo. "Además habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel: El hombre o la mujer que cometiere alguno de todos los pecados de los hombres, haciendo prevaricación contra Jehová, y delinquire aquella persona, confesarán su pecado que cometieron, y compensarán su ofensa enteramente, y añadirán su quinto sobre ello, y lo darán a aquel contra quien pecaron. Y si aquel hombre no tuviere pariente, al cual sea resarcida la ofensa, daráse la indemnización del agravio a Jehová, al sacerdote, a más del carnero de las expiaciones, con el cual hará expiación por él" (vers. 5-8).

La doctrina de la ofrenda por el delito ha sido expuesta en nuestras "Notas Sobre el Levítico", en el capítulo 5, al cual remitimos al lector, pues no conviene perder el tiempo volviendo sobre temas ya tratados. Sólo haremos observar aquí la impor-

tante cuestión de la confesión y de la restitución. Se nos enseña en la cita anterior que Dios exigía la confesión y la restitución cuando se había cometido un delito cualquiera. La sinceridad de la confesión se demostraba por la restitución. No bastaba a un judío que hubiese cometido un delito contra un hermano, dijera a éste: "Me pesa". Debía restituir lo que hubiera tomado y añadir a ello un quinto de su valor. Y aun cuando nosotros no estamos bajo la ley no dejaremos de sacar enseñanza de sus instituciones; aunque no estamos bajo el ayo, podemos aprender de él buenas lecciones. Si pues hemos hecho alguna injusticia a alguien, no basta confesar a Dios nuestro pecado y a nuestro hermano ofendido, debemos además hacer restitución, somos llamados a dar una prueba práctica de habernos juzgado a nosotros mismos en cuanto al hecho sobre qué hemos pecado.

Nos queda alguna duda de que este deber sea comprendido como debiera serlo. Tememos que haya un medio de obrar superficial, ligero e inconsiderado relativamente al pecado, que ha de contristar al Espíritu de Dios. El acto mismo no es juzgado hasta buscar sus raíces morales; y, como consecuencia de esta manera de tratar de ligero al pecado, el corazón se endurece y la conciencia pierde su sensibilidad. *Esto es serio*. Hay pocas cosas más preciosas que una conciencia delicada. No queremos decir con ello una conciencia escrupulosa, que se deja dominar por sus propias extravagancias; ni una conciencia *enfermiza* que está influida por sus propios temores. Esos dos géneros de conciencia son dos huéspedes importunos y difíciles de mantener. Pero, sí, queremos hablar de una conciencia *sensible*, que está gobernada en todo por la Palabra de Dios, y que está en relación siempre con su autoridad. Consideramos este estado sano de la conciencia como un tesoro inapreciable. Ella lo regula todo, toma nota de las menores cosas que se relacionan con nuestra conducta y costumbres diarias, nuestra *toilette*, nuestra casa, nuestros muebles, nuestra mesa, la manera de obrar en nuestros negocios; o bien, si es nuestra condición la de servir a otros, la manera de desempeñar nuestro servicio, sea el que fuere. En una palabra, todo está sujeto a la influencia moral y sana de una conciencia delicada. "En esto también

me ejercito para tener *siempre* una conciencia sin ofensa para con Dios y los hombres" (Hech. 24: 16 V.M.).

Esto es lo que podemos desear más ardientemente. Hay algo moralmente bello y atrayente en ese ejercicio del más grande y favorecido servidor de Cristo. Con todo y sus dones notables, todos sus poderes maravillosos, su profundo conocimiento de los caminos y consejos de Dios, todo aquello de que podía hablar y gloriarse, todas las revelaciones sorprendentes que se le habían dado en el tercer cielo; en una palabra; él, el más respetado de todos los apóstoles, y el más privilegiado de los santos, empleaba una santa diligencia en conservar siempre una conciencia sin remordimiento delante de Dios y delante de los hombres; y si, en un momento de olvido, pronuncia una palabra temeraria, como hizo dirigiéndose a Ananías, sumo sacerdote, se le ve pronto, apenas pronunciada, a confesar y a hacer restitución; de suerte que su respuesta inconsiderada: "Herirte ha Dios, pared blanqueada", fue retractada y sustituida por esta palabra de Dios: "No maldecirás al príncipe de tu pueblo".

No podemos creer que Pablo hubiese podido retirarse a descansar aquella noche, con una conciencia tranquila si no se hubiese retractado de sus palabras. Debe haber confesión cuando hacemos o decimos lo malo; y si no hay confesión nuestra comunión se verá interrumpida. La comunión no es posible, si el pecado gravita sobre la conciencia sin haberlo confesado. Podemos hablar de ella, pero no será más que una ilusión. Debemos conservar una conciencia pura si queremos andar con Dios. Nada hay tan temible como la insensibilidad moral, una conciencia impura, un sentido moral embotado, que permiten pasar toda clase de cosas sin ser juzgadas; con ello puede cometerse el pecado, pasar por sobre él y decir fríamente: "¿Qué mal he hecho?"

Lector, estemos atentos a todo ello con santa vigilancia. Procuremos cultivar una conciencia delicada. Esto nos exigirá lo que a Pablo le fue exigido, a saber: el ejercitarse. Pero es este un ejercicio bendito y que producirá los más preciados frutos. En efecto; consideramos estas nobles palabras de Pablo como

una expresión, en forma condensada, de toda la práctica del cristiano. "Tener *siempre* una conciencia sin ofensa para con Dios y los hombres", lo comprende todo.

Mas ¡ay, cuán poca cuenta tenemos habitualmente con los derechos de Dios o con los de nuestro prójimo! ¡Cuán distante está nuestra conciencia de lo que debiera ser! Descuidamos deberes de todo género sin ni siquiera darnos cuenta. No suele haber en casos tales ni quebrantamiento de corazón ni contrición ante el Señor. Cometemos delitos en una multitud de cosas y, sin embargo, no hay confesión ni restitución. Se dejan pasar las cosas que debían ser juzgadas, confesadas y rechazadas. Hay pecado en nuestros actos santos; hay ligereza e indiferencia de espíritu en la asamblea y en la mesa del Señor; robamos a Dios de varias maneras; pensamos nuestros propios pensamientos, hablamos nuestras palabras, damos cumplimiento a nuestros deseos; y ¿qué es todo esto sino robar a Dios, si tenemos en cuenta que no nos pertenecemos, sino que hemos sido comprados por precio?

Pues bien; tal conducta no puede producir otros resultados que dificultar nuestro progreso espiritual.

Tal conducta contrista al Espíritu de Dios y pone obstáculo al ministerio de la gracia de Cristo en favor de nuestras almas, por sólo el cual ministerio hacemos progresos. Sabemos por diversas porciones de la Palabra de Dios, cuánto aprecia un espíritu tierno y un corazón contrito. "Mas a éste miraré; al afligido y al de espíritu contrito, y que tiembla a mi palabra". Dios puede habitar con tal hombre, pero no puede tener comunión alguna con el endurecimiento y la insensibilidad, con la frigidez y la indiferencia. Ejercitémonos, pues, a tener siempre una conciencia irreprochable y pura, sea ante Dios, sea ante nuestros semejantes.

Finalmente, la tercera y última parte de nuestro capítulo, que no hay necesidad de citar, nos enseña una lección profundamente seria, ya la consideraremos desde el punto de vista de las dispensaciones, ya desde el punto de vista moral. Contiene el texto de la gran ordenanza establecida para la prueba de los celos. El lugar que ocupa aquí es notable. En la primera parte

tenemos el enjuiciamiento colectivo del mal; en la segunda el enjuiciamiento individual de sí mismo, la confesión y la restitución; y en la tercera, se nos enseña que Dios no puede soportar ni la simple sospecha del mal.

Además, creemos que esta ordenanza tiene un alcance dispensacional acerca de las relaciones de Jehová con Israel. Los profetas hablan a menudo de la conducta de Israel considerada como esposa, y sobre los celos de Jehová desde este punto de vista. No es nuestro propósito citar esos pasajes, pero el lector los hallará en numerosos textos de Jeremías y Ezequiel. Israel no ha podido resistir a la prueba investigadora de las aguas amargas. Su infidelidad ha sido puesta de manifiesto. La nación ha infringido sus votos. Se ha desviado de su Marido, el santo de Israel, los ardientes celos del cual se han derramado sobre el pueblo infiel. Dios es Dios celoso, y no puede tolerar el pensamiento de que el corazón que El clama como propiedad suya sea dado a otro.

Vemos, pues, que esa ordenanza para la prueba de los celos lleva consigo la impresión de un carácter divino, que entra plenamente en los pensamientos y los sentimientos de un esposo ultrajado, o cuando menos de uno que sospecha una infidelidad. La simple sospecha es intolerable, y cuando ella se posesiona del corazón, la cuestión ha de examinarse hasta el fondo. La persona sobre la que recae la sospecha debe sufrir un proceso de naturaleza tan rigurosa que sólo la inocencia podía soportarlo. Si hubiese un rasgo de culpabilidad, las aguas amargas irían a buscarla en las mismas profundidades del alma y la pondrían enteramente al descubierto. No había ningún medio de escape para la culpable, y podemos añadir que este mismo hecho hacía tanto más triunfante la justificación de la inocente. El mismo procedimiento que descubría la culpabilidad de la transgresora, ponía de manifiesto la inocencia de la fiel. Para ella que tiene perfecta conciencia de su integridad, cuanto más rigurosa es la investigación, con tanto más agrado es aceptada. Si hubiese sido posible que una culpable hubiese escapado, por cualquier defecto en el modo de hacer la prueba, esto no hubiese servido de otra cosa que ir contra la inocente. Pero el

procedimiento era divino y, por consiguiente, perfecto. También cuando la mujer inculpada salía de ella sana y salva, su fidelidad quedaba visiblemente demostrada, y le era devuelta completa confianza.

¡Qué gracia, pues, el tener un modo tan perfecto de resolver todos los casos dudosos! La sóspecha es el golpe de muerte de toda intimidad afectuosa, y Dios no quería que existiese en medio de su congregación. El quería no solamente que su pueblo juzgase el mal colectivamente, y que se juzgasen a sí mismos individualmente; sino que allí donde hubiese la sola sospecha del mal, sin que la evidencia apareciese, daba El mismo un medio de prueba que ponía la verdad enteramente al descubierto. La culpable debía beber la muerte, y luego de haber bebido encontraba en ella el juicio.* La fiel bebía la muerte, y en ella encontraba la victoria.

* El "polvo" tomado del suelo del tabernáculo puede ser considerado como una figura de la muerte. "Me has puesto en el polvo de la muerte" Sal. 22: 15). El "agua" simboliza aquí la Palabra que, siendo empleada para obrar sobre la conciencia por la potencia del Espíritu Santo, lo pone todo de manifiesto. Si existe alguna infidelidad hacia Cristo, verdadero Esposo de su pueblo, debe ser juzgada enteramente. Esto es aplicable al pueblo de Israel, a la Iglesia de Dios y al creyente individualmente. Si el corazón no es fiel a Cristo, no podrá resistir el poder escrutador de la Palabra. Pero si existe la verdad en las partes más íntimas del alma, cuanto más esta alma es probada y sondeada, más resulta en beneficio de ella. ¡Qué bendición podemos decir con toda verdad: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y reconoce mis pensamientos: y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Sal. 139: 23, 24).

Capítulo 6

Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: El hombre, o la mujer, cuando se apartare haciendo voto de Nazareo, para dedicarse a Jehová, se abstendrá de vino y de sidra: vinagre de vino, ni vinagre de sidra no beberá; ni beberá algún licor de uvas; ni tampoco comerá uvas frescas ni secas. Todo el tiempo de su nazareato, de todo lo que se hace de vid de vino, desde los granillos hasta el hollejo, no comerá. Todo el tiempo del voto de su nazareato no pasará navaja sobre su cabeza, hasta que sean cumplidos los días de su apartamiento a Jehová: santo será; dejará crecer las guedejas del cabello de su cabeza. Todo el tiempo que se apartare a Jehová, no entrará a persona muerta. Por su padre, ni por su madre, por su hermano, ni por su hermana, no se contaminará con ellos cuando murieren: porque consagración de su Dios tiene sobre su cabeza. Todo el tiempo de su nazareato será santo a Jehová (vers. 1-8).

La ordenanza del nazareato está llena de interés y de instrucción práctica. En ella vemos el caso del que se pone aparte, muy rigurosamente, de las cosas que, aun no siendo absolutamente culpables por sí mismas, eran, sin embargo, tendientes a perjudicar a la entera consagración del corazón que se manifiesta en el nazareato.

En primer lugar, el nazareo no debía beber vino. El fruto de la vid, bajo cualquier forma que fuese, le estaba prohibido. El vino, como sabemos, es el símbolo natural de la alegría terrestre, la expresión del goce social al que el corazón humano está tan inclinado a entregarse. El nazareo debía abstenerse cuidadosamente de él en el desierto. Para él era una ordenanza literal. No debía excitar el sistema con bebidas fuertes. Durante

los días de su separación era llamado a observar la más severa abstinencia del vino.

Tal era el tipo o símbolo, escrito para nuestra instrucción en ese maravilloso Libro de los Números, tan rico en enseñanzas para el desierto. Eso es lo que era natural que encontráramos en él. La sorprendente institución del nazareato encuentra su sitio propio en el libro de los Números. Está en perfecta armonía con el carácter de ese libro, que contiene, como ya hemos observado, todo lo concerniente a la vida del desierto especialmente.

Investiguemos, pues, qué lección es la que se nos enseña en la privación al nazareo de todo lo que pertenece a la viña, desde los granillos hasta el hollejo.

En este mundo no ha habido más que un solo Nazareo verdadero y perfecto. Aquél que, desde el principio al fin, observó el más completo apartamiento de todo goce puramente terreno. Desde el momento en que El entró en su obra pública, se mantuvo El mismo aparte de todo cuanto era de este mundo. Su corazón se ocupaba de Dios y de su obra con una abnegación que nada podía alterar. Jamás permitió, ni un solo instante, a las pretensiones del mundo o de la naturaleza que se interpusieran entre su corazón y aquella obra que había venido a cumplir. “¿No sabiais que en los negocios de mi Padre me conviene estar?” “¿Qué tengo contigo, mujer?” Con semejantes palabras, el verdadero Nazareo buscaba ajustar a los derechos de la naturaleza. Tenía una obra que hacer, y para ella se separaba El mismo enteramente de todo lo demás. Su mirada era sin doblez y su corazón no estaba compartido. Esto es lo que se echa de ver de un extremo a otro de su vida. Pudo decir a sus discípulos: “Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis”, y cuando éstos, no comprendiendo el profundo significado de esas palabras, decían: “¿Si le habrá traído alguien de comer?” El respondió: “Mi comida es que yo haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4). Y al final de su carrera acá abajo, le oímos pronunciar también las siguientes palabras, tomando la copa de la Pascua en su mano: “Tomad ésta, y partid entre vosotros; porque os digo,

que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga" (Luc. 22: 17-18).

De tal modo vemos cómo el perfecto Nazareo se conducía en todo. No podía tener ningún goce en la tierra, ningún goce en la nación de Israel. No era tiempo aún para ello, y, por consiguiente, se desprendía de todo lo que el afecto puramente humano podía hallar en los suyos, a fin de dedicarse al único objeto de su vida en este mundo. Ya vendrá el día en el cual, como Mesías, El se regocijará con su pueblo y en la tierra; pero hasta tanto que no llegue este momento bendito, El se mantiene aparte, como el verdadero Nazareo, y su pueblo con El. "No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, también yo les he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo; para que también ellos sean santificados en verdad" (Juan 17: 16-19).

Lector cristiano: estudiemos seriamente este primer gran rasgo del carácter del nazareo. Es importante que nos examinemos fielmente a la luz que proyecta. Es, en verdad, una grave cuestión la de saber hasta qué punto, como cristianos, comprendemos realmente el sentido y la potencia de esta entera separación de toda excitación de la naturaleza y de todo goce puramente terrestre. Quizá se diga: "¿Qué mal hay en el recreo o en la diversión? No somos llamados a ser monjes. ¿No nos ha dado Dios abundantemente de todo para disfrutarlo? Y en tanto estamos en el mundo ¿no es conveniente que gocemos de ello?"

A todo ello respondemos: No se trata aquí de que tal o cual cosa sea mala. Ningún mal había, por regla general, en el uso del vino; nada de malo en el fruto de la vid, en sí mismo. Pero la verdadera cuestión es ésta: Si alguien se proponía ser nazareo, si aspiraba a esta santa separación para el Señor, entonces debía abstenerse *por completo* del uso del vino y de las bebidas embriagantes. Otros podían beberlas, pero el nazareo no debía llegar a ellas.

Ahora, pues, la cuestión para nosotros es ésta: ¿Aspiramos a ser nazareos? ¿Anhelamos una separación completa y una dedicación de nosotros mismos, cuerpo, alma y espíritu a Dios?

Si es así, es menester que nos mantengamos aparte de todas estas cosas en las cuales la naturaleza encuentra sus satisfacciones. Es sobre esta verdad que descansa toda la cuestión. No se trata de preguntar: "¿Hemos de convertirnos en monjes?" sino: "¿Sentimos el deseo de ser nazareos?" ¿Es el deseo de nuestro corazón el de ser como Cristo nuestro Señor, apartarnos de todo goce puramente terreno, de ser separados para Dios de todas estas cosas que, sin ser absolutamente malas en sí mismas, tienden, no obstante, a dificultar esa entera consagración del corazón, verdadero secreto de todo nazareato espiritual? ¿No sabe el lector cristiano que en realidad existen tales estorbos? ¿No siente que los hay innumerables que ejercen una influencia debilitante sobre su espíritu, y que, no obstante, si se las aquilatara con la medida de la moral del siglo, pudieran pasar por inocentes?

Pero debemos recordar que los nazareos de Dios no miden las cosas por tal regla. Su moral no es en ningún modo la usual. Ellos miran las cosas desde un punto de vista celestial y divino y, por consiguiente, no pueden mirar como inocente nada de lo que pudiera tender a rebajar, fuese lo que fuese, su carácter elevado de consagración a Dios, tras de la cual sus almas se dirigen ardentemente.

Que Dios nos conceda la gracia de ponderar tales cosas, y de mantenernos en guardia contra toda idea corruptora. Cada uno debe estar instruido de lo que, en su caso, se pudiera equiparar al vino o a las bebidas fuertes. Tal vez parecerá una bagatela; pero podemos estar seguros de que nada de lo que interrumpe el curso de la comunión de nuestra alma con Dios, y nos priva de esa santa intimidad de que es nuestro privilegio disfrutar, jamás podrá ser una bagatela.

Pero había otra cosa que caracterizaba al nazareo. No debía rasurarse la cabeza. "Todo el tiempo del voto de su nazareato no pasará navaja sobre su cabeza, hasta que sean cumplidos los días de su apartamiento a Jehová: santo será; dejará crecer las guedejas del cabello de su cabeza" (ver. 5).

En 1 Corintios 11: 14, se nos informa de que una larga cabellera es considerada como una falta de dignidad en el hom-

bre. "La misma naturaleza ¿no os enseña que al hombre sea deshonesto criar cabello?" Esto nos demuestra que si deseamos realmente vivir una vida de separación para Dios, debemos estar dispuestos a renunciar a nuestra dignidad natural. Tal es lo que hizo de un modo perfecto nuestro Señor Jesucristo. Se anonadó a sí mismo. Renunció a sus derechos en todo: "Gusano soy y no hombre". Se despojó enteramente. Tomó voluntariamente el lugar más humilde. Descuidó de sí para atender a otros. En una palabra, su nazareato fue perfecto en esto como en todo.

Pues precisamente esto es lo que a nosotros nos gusta tan poco hacer. Defendemos naturalmente nuestra dignidad y nuestros derechos, y esto se considera como el deber de una persona de carácter varonil. Pero el Hombre perfecto no lo hizo jamás; y si aspiramos a ser nazareos tampoco lo haremos. Debemos hacer dejación de las dignidades naturales y separarnos de los goces terrenos si queremos andar en un camino de completa separación para Dios.

Hagamos observar una vez más que la cuestión aquí planteada no es la de saber si tal o cual caso es lícito o no. En general, era conveniente al hombre cortarse el pelo; pero para un nazareo, no era bien hecho, además, era un acto enteramente malo. He aquí toda la diferencia. Para un hombre ordinario era bien el rasurarse y el beber vino; pero el nazareo no era un hombre ordinario; estaba puesto aparte de todo lo que era permitido en otros, a fin de poder andar por un camino especial, y lo hubiera abandonado por completo si se hubiese afeitado o hubiera probado el vino. Por consiguiente si alguien preguntara: "¿No está bien hecho disfrutar de los placeres de la tierra, y mantener la dignidad de la naturaleza?" responderemos: "Está bien si nos proponemos andar como los hombres; pero está mal hecho, o es absolutamente funesto, si deseamos andar como nazareos".

Esto simplifica admirablemente las cosas, responde a múltiples cuestiones y resuelve miles de dificultades. Es inútil andarse en minucias sobre el mal que puede haber en tal o cual cosa. La cuestión es: ¿cuáles son nuestros fines y nuestro propósito

real? ¿Deseamos comportarnos simplemente como los hombres, o nos proponemos vivir como verdaderos nazareos? Según el lenguaje de 1 Corintios 3:3, las expresiones: "andar a la manera de los hombres" y "ser carnal" son sinónimas. ¿Penetramos el sentido de tal escritura, sentimos todos sus efectos? O bien, ¿somos dirigidos por el espíritu de los hombres de este mundo sin Dios y sin Cristo? No es útil emplear el tiempo discutiendo puntos de que no nos ocuparíamos si nuestras almas estuvieran en una buena condición y actitud espiritual. Sin duda es perfectamente legítimo, perfectamente natural, perfectamente consecuente para los hombres de este mundo, de gozar de todo lo que éste puede ofrecerles, y de mantener en cuanto puedan sus derechos y sus dignidades. Sería pueril el discutir sobre esto. Pero, por otra parte, lo que es legítimo, natural y consecuente para los hombres de este mundo, es malo, contranatural e inconsecuente para los nazareos de Dios. Tal es el estado de la cuestión si nos dejamos guiar por la simple verdad de Dios. Leemos en el capítulo 6 de Números que si un nazareo bebía vino o rasuraba su cabello, tornaba impura la cabeza de su nazareato. ¿No tiene esto un eco y una lección para nosotros? Seguro que sí. Nos enseña que si nuestras almas desean continuar andando en una entera consagración del corazón a Dios, debemos abstenernos de los goces de la tierra y renunciar a las dignidades y derechos de la naturaleza. Y es preciso que así sea en vista de que Dios y el mundo, la carne y el espíritu no se concilian ni pueden conciliarse. Tiempo vendrá en que será diferente, pero al presente todos los que *quieren* vivir para Dios y andar en el espíritu, deben vivir separados del mundo y mortificar la carne. ¡Que Dios, en su gran misericordia, nos haga capaces de hacerlo!

Fáltanos mencionar otro rasgo particular al nazareo. No debía tocar un cuerpo muerto. "Todo el tiempo que se apartare a Jehová, no entrará a persona muerta. Por su padre, ni por su madre, por su hermano, ni por su hermana, no se contaminará con ellos cuando murieren: porque consagración de su Dios tiene sobre su cabeza" (Vers. 6-7).

De modo que vemos que, sea que bebiesen vino, sea que se

rasuraran la cabeza, sea que tocasen a un muerto, el efecto era el mismo, cada una de esas tres cosas acarrea la mancha sobre su nazareato. Por esto es evidente que el beber vino o afeitarse la cabeza manchaba al nazareo de igual manera que tocar un muerto. Es conveniente discurrir sobre esto. Nosotros estamos dispuestos a establecer distinciones que no resisten un solo instante la luz de la presencia divina. Una vez que la consagración a Dios reposaba sobre la cabeza de alguno, este gran hecho se convertía en la regla y la piedra de toque de toda moralidad. Colocaba al individuo sobre un terreno enteramente nuevo y especial y le imponía el deber de considerar todas las cosas desde un punto de vista nuevo y especial también. Ya no había que preguntar sobre lo que le interesaba como hombre, sino lo que le interesaba como nazareo. Por consiguiente, si su más querido amigo yacía muerto a su lado, no debía tocarlo. Estaba llamado a mantenerse a sí mismo apartado de la influencia impura de la muerte, y todo ello porque el "nazareato de Dios estaba sobre su cabeza".

En el asunto completo del nazareato es preciso que el lector comprenda bien que no se trata ahora en ningún modo de la salvación del alma, de la vida eterna, o de la perfecta seguridad del creyente en Cristo. Si no se alcanza bien claramente esta distinción, el espíritu puede sumergirse en la perplejidad o en las tinieblas. En el cristianismo hay dos grandes vínculos que, aunque íntimamente unidos, son enteramente distintos, a saber: el de la vida eterna, y el de la comunión personal. El primero no puede ser roto por cosa alguna, sea cual fuere: el segundo puede romperse en un momento por la cosa más sencilla. Es al segundo de esos vínculos al que se refiere la doctrina del nazareato.

En la persona del nazareo vemos un símbolo o tipo del que entra en una situación particular de dedicación y de consagración a Cristo. El poder para proseguir en ese sendero descansa en una secreta comunión con Dios, de manera que si la comunión se interrumpe, el poder cesa.

Esto da al asunto una seriedad especial. Hay gran peligro en querer seguir un camino cuando lo que constituye la fuente

del poder para ello falta. Esto es desastroso y exige una gran atención. Hemos examinado brevemente las diversas cosas que tienden a interrumpir la comunión del nazareo; pero sería imposible del todo el describir con palabras el efecto moral de las tentativas que se hicieran para conservar la apariencia del nazareato cuando la realidad interna ha desaparecido. Es en extremo peligroso. Vale infinitamente más confesar nuestra caída, y colocarnos en nuestro verdadero lugar, que mantener una falsa apariencia. Dios ve la realidad; y podemos estar convencidos de que, tarde o temprano, nuestra debilidad y nuestra locura serán manifestadas. Es una cosa muy deplorable y muy humillante que "sus nazareos que fueron blancos más que la nieve", "oscura más que la negrura es la forma de ellos" (Lam. 4: 6-8); y peor es aún que los que se han vuelto negros, tengan la pretensión de ser limpios.

Consideremos el solemne caso de Sansón, que se nos describe en el capítulo 16 de los Jueces. En una hora funesta, hizo traición a su secreto y perdió su fuerza, y la perdió sin saberlo. Pero el enemigo lo supo en seguida; y así fue también muy pronto hecho manifiesto a todos que el nazareo había manciñado la cabeza de su nazareato. "Y aconteció, que apretándole ella cada día con sus palabras, e importunándole, su alma fue reducida a mortal angustia. Descubrióle, pues, todo su corazón, y díjole: Nunca a mi cabeza llegó navaja, porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartará de mí, y seré debilitado, y como todos los hombres" (vers. 16-17).

¡Ah! esta era la revelación del secreto interno y santo de todo su poder. Hasta entonces su camino había sido una vía de fuerza y de victoria, simplemente porque había sido la de un santo nazareato. Pero el corazón de Sansón fue vencido por las seducciones de Dalila, y lo que mil Filisteos no pudieron lograr, lo alcanzó una mujer. Sansón cayó de la alta posición del nazareato al nivel de un hombre ordinario.

"Y viendo Dalila que él le había descubierto todo su corazón, envió a llamar a los príncipes de los Filisteos, diciendo: Venid

esta vez, porque él me ha descubierto todo su corazón. Y los príncipes de los Filisteos vinieron a ella trayendo en su mano el dinero. Y ella hizo que él se durmiese sobre sus rodillas (¡ay! qué sueño fatal para un nazareo) y llamado un hombre, rapóle siete guedejas de su cabeza: y comenzó a afligirlo, pues su fuerza se apartó de él. Y díjole: ¡Sansón, los Filisteos sobre ti! y luego que despertó él de su sueño, se dijo entre sí: Esta vez saldré como las otras, y me escaparé: no sabiendo que Jehová ya se había apartado de él. Mas los Filisteos echaron mano de él, y sacáronle los ojos, y lo llevaron a Gaza; y le ataron con cadenas, para que moliese en la cárcel (Jue. 16: 18-21).

¡Oh, lector, qué cuadro! ¡Cuán solemne es! Y, qué advertencias contiene. ¡Qué triste espectáculo era Sansón levantándose para escapar de manos de los Filisteos como las otras veces! ¡Ah! el como estaba fuera de lugar. El podía zafarse de sus manos, pero no era ya "como las otras veces", pues la fuerza había desaparecido; Jehová se había apartado de él; y el nazareo, poco tiempo ha poderoso, se convirtió en un prisionero cegado; y en vez de triunfar de los Filisteos, hubo de dar vueltas al molino en la cárcel. He aquí lo que acontece cuando se cede a la naturaleza. Sansón no recobró nunca la libertad. Le fue permitido, por misericordia de Dios, alcanzar una victoria más sobre los incircuncisos; pero le costó la vida. Los nazareos de Dios deben mantenerse puros, de lo contrario, pierden su fuerza. Para ellos la potencia y la pureza son inseparables. La santidad interior es indispensable; de ahí la urgente necesidad en ellos de estar siempre alerta las diversas cosas que tienden a arrastrar el corazón, a distraer el espíritu y a rebajar el grado de espiritualidad. No perdamos jamás de vista las palabras de nuestro capítulo: "Todo el tiempo de su nazareato será santo a Jehová". La santidad es el grande e indispensable carácter de todos los días del nazareato; de manera que una vez perdida la santidad, el nazareato está terminado.

¿Qué hay que hacer, pues? podría preguntarse. La Escritura nos da la respuesta. "Y si alguno muriere muy de repente junto a él, contaminará la cabeza de su nazareato: por tanto el día de su purificación raerá su cabeza; al séptimo día la raerá. Y

el octavo día traerá dos tórtolas o dos palominos al sacerdote, a la puerta del tabernáculo del testimonio: y el sacerdote hará el uno en expiación, y el otro en holocausto; y expiarálo de lo que pecó sobre el muerto, y santificará su cabeza en aquel día. Y consagrará a Jehová los días de su nazareato, y traerá un cordero de un año en expiación por la culpa: y los días primeros serán anulados, por cuanto fue contaminado su nazareato (Núm. 6: 9-12).

Aquí encontramos la expiación en sus dos grandes aspectos, como el único principio según el cual el nazareo podía encontrar de nuevo la comunión. Había contraído contaminación, y esa contaminación no podía quitarse sino por la sangre del sacrificio. Podríamos hablar a la ligera sobre el hecho de tocar un cuerpo muerto, especialmente en tales circunstancias. Podría decirse: "¿Cómo podía evitar el contacto de una persona muerta, si ésta había caído a su lado?" La respuesta es a la vez sencilla y grave. Los nazareos de Dios deben conservar su pureza personal; y además la medida por la que esa pureza debe regularse no es humana sino divina. El simple tocamiento de la muerte era suficiente para romper el vínculo de la comunión; y si el nazareo hubiese querido continuar como si nada hubiese ocurrido, habría desobedecido a los mandamientos de Dios y hubiera atraído sobre sí un terrible castigo.

Pero, bendito sea Dios, la gracia había previsto la contingencia. Había la ofrenda encendida, tipo de la muerte de Cristo en relación a Dios. Había el sacrificio para expiación, tipo de la misma muerte en relación con nosotros. Había el sacrificio para expiación de la culpa, tipo de la muerte de Cristo en su aplicación no tan sólo a la raíz o principio del mal en la carne, sino también al pecado actual. En una palabra, se necesitaba de toda la eficacia de la muerte de Cristo, para quitar la mancha causada por el simple contacto con un cuerpo muerto. Esto es extremadamente serio. El pecado es cosa extraordinariamente odiosa a ojos de Dios. Un solo pensamiento, una sola mirada, una sola palabra culpables, bastan para traer sobre el alma una oscura nube que ocultará a nuestra vista la claridad

de la cara de Dios y nos sumirá en una angustia y miseria profundas.

Guardémonos, pues, de tratar del pecado con ligereza. Acordémonos que para borrar una sola mancha de la culpabilidad del pecado, aun la más pequeña, el Señor Jesucristo debió pasar por todos los indescriptibles horrores del Calvario. El lamento terriblemente amargo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" es la única cosa que puede darnos una justa idea de lo que sea el pecado; y ningún mortal ni ángel alguno sería capaz de penetrar las profundidades inmensas de aquel grito. Y, aunque no podamos jamás sondear los misteriosos abismos de los sufrimientos de Cristo, debemos al menos dedicarnos más habitualmente a meditar sobre su cruz y sobre su pasión, y a obtener con ello una comprensión mucho más profunda del odioso carácter del pecado a ojos de Dios. Si, en efecto, el pecado es tan horrendo y de tal modo abominable al Dios santo que le obligaba a apartar el resplandor de sus miradas del Bien Amado, que había habitado en su seno desde toda la eternidad; si le abandonó por llevar el pecado sobre su cuerpo en el madero, ¿qué cosa será el pecado?

¡Oh, lector! Consideremos atentamente tales hechos. ¡Que puedan tener siempre un lugar profundamente fijado en nuestros corazones que tan fácilmente son arrastrados a pecar! Cuán superficialmente pensamos a veces que ha costado al Señor Jesús no solamente la vida, sino lo que es mejor y más caro que la vida: el resplandor del rostro de Dios! ¡Que podamos tener un sentimiento mucho más real del carácter odioso del pecado! Tengámonos constantemente en guardia contra una sola mirada en mala dirección; pues podemos estar seguros que el corazón seguirá al ojo, que los pies seguirán al corazón, y así nos alejaremos del Señor, perderemos el goce de su presencia y de su amor, y nos volveremos miserables, o si no miserables, seremos lo que es peor, muertos, fríos, insensibles, "endurecidos por la seducción del pecado".

¡Que Dios, en su infinita gracia, quiera preservarnos de la caída! ¡Que nos haga la gracia de hacernos más vigilantes, con

más celo contra todo lo que pueda manchar la cabeza de nuestro nazareato! Es cosa seria no estar en comunión con Dios, es de lo más peligroso la tentativa de continuar obrando en servicio del Señor con una conciencia contaminada. Verdad es que la gracia perdona y restaura, pero ya no ganamos de nuevo lo que hemos perdido. Esto es lo que se enseña con solemne fuerza en el pasaje de la Escritura que tenemos ante nosotros: "Y consagrará a Jehová los días de su nazareato, y traerá un cordero de un año en expiación por la culpa: y los días primeros serán anulados, por cuanto fue contaminado su nazareato".

Esta es una parte de nuestro asunto llena de instrucción y de advertencias para nuestras almas. Cuando el nazareo había sido contaminado por una causa cualquiera, no fuese sino por el contacto con un cuerpo muerto, debía comenzar de nuevo. No eran sólo los días de su contaminación que estaban perdidos, sino también todos los días de su nazareato anterior.

¿Qué nos enseña esto? Por lo menos lo siguiente, es a saber; que en cuanto nos separamos, aunque no sea más que el grueso de un cabello, del estrecho sendero de la comunión, y nos alejamos del Señor, debemos volver de nuevo al punto mismo de donde nos desviamos y comenzar otra vez. De ello tenemos numerosos ejemplos en la Escritura; y será prudente por nuestra parte el estudiarlos y ponderar la gran verdad práctica que de ellos se desprende.

Tomemos el caso de Abram, cuando descendió a Egipto, según se nos cuenta en el capítulo 12 del Génesis. Evidentemente se había separado de su camino. Y ¿cuál fue el resultado? Los días pasados en Egipto fueron perdidos y fueron contados por nada: hubo de volverse al sitio de donde se había partido y empezar de nuevo. Así en Génesis 12: 8 leemos: "Y pasóse de allí a un monte al oriente de Bethel, y tendió su tienda, teniendo a Bethel al occidente y a Hai al oriente; y edificó allí altar a Jehová e invocó el nombre de Jehová". Luego, después de su vuelta de Egipto, leemos: "Y volvió por sus jornadas de la parte del mediodía hacia Bethel, hasta el lugar donde había estado antes su tienda entre Bethel y Hai, al lugar del altar que había hecho allí antes: e invocó allí Abram el nombre

de Jehová (Gén. 13: 3-4). Todo el tiempo pasado en Egipto fue anulado. Allí no había ningún altar, ninguna comunión; y Abram hubo de volver exactamente al mismo sitio que había abandonado.

Así ocurre en todos los casos; lo cual explica los progresos miserablemente lentos de algunos de nosotros en nuestra carrera práctica. Caemos, nos desviamos, nos alejamos del Señor, somos sumidos en las tinieblas espirituales; entonces su amante voz, poderosa y reconfortante, llega hasta nosotros y nos vuelve al punto a partir del cual nos desviamos, nuestras almas son restauradas, pero hemos perdido tiempo y hemos sufrido muchísimo. Esto es muy grave y debiera hacernos avanzar con saludable vigilancia y con circunspección, de tal modo que no nos veamos obligados a volver pies atrás y reanudar el camino, perdiendo lo que no se puede recuperar jamás. Es verdad que nuestros extravíos, nuestros traspies y nuestras caídas nos iluminan tocante al estado de nuestros corazones, nos enseñan a desconfiar de nosotros mismos y motivan el despliegue de la gracia inmutable y sin límites de nuestro Dios. Todo esto es exacto, pero hay un medio muy diferente y mucho mejor que los extravíos, los traspies y las caídas para conocernos a nosotros mismos y conocer a Dios. Nuestro yo en todas las fatales profundidades de esta palabra, ha de juzgarse en la pura luz de la presencia de Dios, en la cual nuestras almas puedan crecer en el conocimiento de Dios, tal como se revela a Sí mismo por su Santo Espíritu en el rostro de Jesucristo y en las preciosas páginas de la Santa Escritura. Tal es seguramente el medio más excelente tanto de conocernos a nosotros mismos, como a Dios, y tal es también la potencia de toda verdadera separación del nazareo. El alma que vive habitualmente en el santuario de Dios, o en otros términos que anda en comunión continua con Dios, es la que tendrá un sentimiento verdadero de lo que es la carne en todas sus fases sin haber tenido que aprenderlo de amargas experiencias; y no sólo esto, sino que tendrá además un conocimiento más profundo y más exacto de lo que Dios es en Sí mismo, y de lo que es para todos los que depositan su confianza en El. Es triste cosa aprender a conocerse por expe-

riencias propias. Podemos estar seguros que el verdadero medio de aprenderlo consiste en estar en comunión con Dios; y cuando lo aprendemos así, no estaremos continuamente preocupados con el pensamiento de nuestro estado de abyección sino que estaremos más bien ocupados en lo que está por fuera y por encima de nosotros mismos, esto es, de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús nuestro Señor.

Al terminar esta sección citaremos por extensión para el lector la exposición de la ley del nazareato. "El día que se cumpliere el tiempo de su nazareato: Vendrá a la puerta del tabernáculo del testimonio, y ofrecerá su ofrenda a Jehová, un cordero de un año sin tacha en holocausto, y una cordera de un año sin defecto en expiación, y un carnero sin defecto por sacrificio de paces: además un canastillo de cenceñas, tortas de flor de harina amasada con aceite, y hojaldres cenceñas untadas con aceite, y su presente, y sus libaciones. Y el sacerdote lo ofrecerá delante de Jehová, y hará su expiación y su holocausto. Y ofrecerá el carnero en sacrificio de paces a Jehová, con el canastillo de las cenceñas; ofrecerá asimismo el sacerdote su presente, y sus libaciones. Entonces el nazareo raerá a la puerta del tabernáculo del testimonio la cabeza de su nazareato, y tomará los cabellos de la cabeza de su nazareato y los pondrá sobre el fuego que está debajo del sacrificio de las paces. Después tomará el sacerdote la espaldilla cocida del carnero y una torta sin levadura del canastillo, y una hojaldre sin levadura, y pondrálas sobre las manos del nazareo después que fuere raído su nazareato. Y el sacerdote mecerá aquello, ofrenda agitada delante de Jehová; lo cual será cosa santa del sacerdote, a más del pecho mecido, y de la espaldilla separada; y después podrá beber vino el Nazareo. Esta es la ley del Nazareo que hiciere voto de su ofrenda a Jehová por su nazareato, a más de lo que su mano alcanzare; según el voto que hiciere, así hará, conforme a la ley de su nazareato" (Núm. 6: 13-21).

Esta maravillosa "ley" nos conduce a algo que ha de venir, cuando aparecerá el resultado completo de la obra de Cristo; y cuando al fin de su nazareato el Señor experimentará, como

Mesías de Israel, un verdadero gozo con su pueblo bien amado y en esta misma tierra. Entonces habrá llegado para el Nazareo el tiempo de beber vino. El se apartó de todo ello para llevar a cumplimiento esta grande obra, tan completamente expuesta bajo todos sus aspectos y en todo su alcance en la "ley" precedente. El está separado de la nación, separado de este mundo, en la potencia del verdadero nazareato, según dijo El mismo a sus discípulos en aquella noche memorable: "Y os digo, que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta *aquel día*, cuando lo tengo de beber nuevo con vosotros en el reino de mi Padre" (Mat. 26: 29).

Habrá, pues, un brillante día en lo futuro, en el que Jehová, el Mesías, se regocijará en Jerusalén y entre su pueblo. Las profecías, desde Isaías a Malaquías, están llenas de gloriosas y emocionantes alusiones a aquel día dichoso y resplandeciente. Llenaríamos un libro si citáramos los pasajes que con él se relacionan. Pero si el lector quiere buscar los últimos capítulos de las profecías de Isaías, allí encontrará un ejemplo de lo que queremos decir. Encontrará también muchos otros pasajes semejantes en los diversos libros de los profetas.

No intentaremos consignar citas, pero quisiéramos advertir al lector contra el peligro de ser inducido a error por los sumarios no inspirados que encabezan esos magníficos capítulos sobre el porvenir de Israel, tales, por ejemplo, como los siguientes: "Las bendiciones del Evangelio"—"el engrandecimiento de la Iglesia". Tales expresiones son a propósito para inducir a error a muchos lectores píos, demasiado dispuestos a creer que tales frases son igualmente inspiradas que el texto; o si no lo son, contienen por lo menos una exposición exacta de lo que el capítulo trata. El caso es que no hay ni una sola sílaba sobre la Iglesia desde el principio al fin de los profetas. Que la Iglesia pueda encontrar una preciosa instrucción, luz, aliento y edificación en esa grande división del inspirado volumen, es afortunadamente exacto. Pero ella no lo encontrará más que a proporción que pueda, por la enseñanza del Espíritu, discernir la verdadera aplicación y el verdadero fin de esta porción del

Libro de Dios. Suponer por un momento que no podemos sacar provecho y aliento más que de lo que se refiere exclusivamente o en primer término a nosotros, sería tener un concepto de las cosas muy estrecho por no decir egoísta. ¿No podemos aprender algo en el Libro del Levítico? Y no obstante ¿quién osaría afirmar que se refiere a la Iglesia?

No, lector; puedes estar seguro que un estudio hecho con calma, sin idea preconcebida y con oración, de "la ley y los profetas," te convencería de que el gran objeto de la una y de los otros es el gobierno del mundo por Dios en relación inmediata con Israel. Verdad que en todo ello, "en Moisés y en los profetas" hay cosas que conciernen al Señor mismo. Esto es evidente según Lucas 24: 27. Pero es El mismo considerado en su gobierno de este mundo y de Israel en particular. Si este hecho no se alcanza a comprender con claridad estudiaremos el Antiguo Testamento con escasa inteligencia y poco provecho.

Parecerá a algunos de nuestros lectores una proposición algo exagerada el afirmar que no hay nada expuesto sobre la Iglesia propiamente dicha en todos los profetas y ni aun en todo el Antiguo Testamento; pero un pasaje o dos de la pluma inspirada de Pablo resolverá toda la cuestión para quien quiera someterse realmente a la autoridad de la Santa Escritura. En Romanos 16, leemos: "Y al que puede confirmaros según mi evangelio, y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio *encubierto desde tiempos eternos, mas manifestado ahora*, y por las Escrituras de los profetas (evidentemente del Nuevo Testamento), según el mandamiento del Dios eterno, declarado a todas las gentes para que obedezcan a la fe" (versículos 25 y 26). Igualmente en el capítulo 3 de la carta a los Efesios, leemos: "Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los Gentiles; si es que habéis oído la dispensación de la gracia de Dios que me ha sido dada para con vosotros, a saber: que por revelación me fue declarado el misterio (como antes he escrito en breve, leyendo lo cual podéis entender cual sea mi inteligencia en el misterio de Cristo); *el cual misterio en los otros siglos no se dio a conocer*

a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas¹ en el Espíritu (es a saber): Que los Gentiles sean juntamente herederos e incorporados y consortes de su promesa en Cristo por el evangelio; . . . y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio *ESCONDIDO* desde los siglos *EN DIOS*, que crió todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestades en los cielos. . . (versículos 1-10).

Pero no debemos proseguir en el tema profundamente interesante de la Iglesia; nos limitamos a recordar los precedentes pasajes de la Escritura, a fin de fijar el espíritu del lector sobre el hecho de que la doctrina de la Iglesia, tal como nos la enseña Pablo, no se encuentra en parte alguna de las páginas del Antiguo Testamento; y por consiguiente, cuando lea los profetas y encuentre las palabras "Israel", "Jerusalén", "Sion", no debe aplicarlas a la Iglesia de Dios, visto que se refieren al pueblo de Israel mismo, la simiente de Abraham, la tierra de Canaán, y la ciudad de Jerusalén.² Dios sabe lo que dice: por lo tanto no debemos aprobar nada que se parezca a una manera ligera e irreverente de servirse de la Palabra de Dios. Cuando el Espíritu habla de Jerusalén, se trata de Jerusalén; si quisiera hablar de la Iglesia, lo diría así. No se nos ocurriría tratar un documento humano respetable como tratamos al volumen ins-

¹ Los profetas de que se trata aquí en las citas precedentes son los del Nuevo Testamento como resalta de la forma de la expresión. Si el apóstol hubiese querido referirse a los profetas del Antiguo Testamento hubiese dicho: "Sus santos profetas y apóstoles". Pero el punto mismo sobre el cual insiste, es que el misterio no había sido revelado antes de su tiempo—que no fue dado a conocer a los hijos de los hombres en otras generaciones—que estaba escondido en Dios; no escondido en las Escrituras, sino en el eterno pensamiento de Dios.

² Esto se refiere naturalmente a las profecías del Antiguo Testamento. Hay en las cartas a los Romanos y a los Gálatas pasajes en los cuales todos los creyentes son considerados como la simiente de Abraham (Rom. 4: 9-17; Gál. 3: 6, 7, 29; 6: 16); pero esto es, a todas luces, una cosa enteramente diferente. No hay revelación de la Iglesia propiamente dicha en las escrituras del Antiguo Testamento.

pirado. Consideramos como cierto, que un hombre sabe, no solamente lo que tiene intención de decir, sino que dice lo que ha querido decir; y si esto es verdadero en un débil mortal, sujeto al error, con mucha mayor razón lo es en el Dios vivo, sólo sabio, que no puede mentir.

Debemos poner fin al estudio de este asunto y dejar al lector que medite a solas sobre la ordenanza del nazareato, tan fecunda en santas lecciones para el corazón. Desearíamos que examinase muy particularmente el hecho de que el Santo Espíritu nos haya dado la exposición completa de la ley del nazareato en el libro de Números, el libro del desierto. Además, que tome en consideración la institución misma. Que procure comprender bien porque el nazareo no debía beber vino, porque no debía cortarse el cabello, porque no debía tocar a un cuerpo muerto. Que medite sobre estos tres puntos y que procure recoger las instrucciones que ellas contienen. Que se pregunte a sí mismo: "¿Deseo realmente ser un nazareo, andar en el estrecho sendero de la separación para Dios? Y si es así, ¿estoy pronto a abandonar todo lo que tienda a contaminar, a distraer y a entorpecer a los nazareos de Dios?" Y, en fin, sepa el lector, que viene el tiempo en el cual "el nazareo" podrá "beber vino"; es decir, el tiempo en que ya no será necesario vigilar contra las diversas formas del mal interior o exterior; en el que todo será puro; en el que los afectos podrán tener su libre curso; en el que ya no habrá mal del que sea necesario separarse y, por consiguiente, en el que no habrá ocasión de hablar de separación. En una palabra; habrá "nuevos cielos y nueva tierra en donde *habitará* la justicia". Que Dios, en su infinita gracia, nos guarde hasta tan dichoso tiempo en una verdadera consagración a El.

El lector notará que estamos al fin de una sección bien marcada de nuestro libro. El campamento está debidamente arreglado; cada guerrero ocupa su puesto (caps. 1, 2); cada obrero está a su trabajo propio (caps. 3, 4); la congregación está purificada de su mancilla (cap. 5); hay la provisión necesaria para la dedicación a Jehová (cap. 6). Todo esto está bien

especificado. El orden es de una belleza notable. Tenemos ante nosotros no solamente un campo purificado y bien ordenado, sino también un carácter de consagración a Dios que es imposible superar, puesto que no ha sido realizado en toda su integridad más que en la vida de nuestro Señor Jesucristo en persona. Llegado, pues, a este punto culminante no nos queda por ver sino a Jehová pronunciando su bendición sobre la asamblea entera; en consecuencia, encontramos esa bendición en el fin del capítulo 6; y podemos con seguridad decir que es una bendición enteramente real. Leamos y examinemos.

“Y Jehová habló a Moisés diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos, y diles: Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: Jehová te bendiga, y te guarde: Haga Jehová resplandecer su rostro sobre ti, y haya de ti misericordia: Jehová alce a ti su rostro, y ponga en ti paz. Y pondrán mi Nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré” (versículos 22-27).

Esta rica bendición se distribuye por el canal del sacerdocio. Aarón y sus hijos son los encargados de pronunciarla. La asamblea de Dios debe ser bendecida y guardada por Dios continuamente; debe siempre calentarse a los rayos de su rostro misericordioso; su paz debe siempre correr como un río; el nombre de Jehová debe ser invocado sobre ella; El está siempre allí para bendecirles.

¡Qué riqueza! ¡oh! si Israel hubiese usado de ella, si hubiese hecho efectiva su potencia. Pero no lo hicieron. Se desviaron muy pronto, según veremos. Cambiaron la claridad del rostro de Dios por las tinieblas de Sinaí. Abandonaron el terreno de la gracia y se colocaron voluntariamente bajo la ley. En vez de estar satisfechos de lo que se les había dado en el Dios de sus padres, desearon otras cosas (compárense los Salmos 105 y 106). En vez del orden, de la pureza, y de la separación para Dios, que encontramos al principio de este libro, tenemos el desorden, la contaminación y la idolatría.

Pero, bendito sea Dios, se aproxima el día en el cual la magnífica bendición del capítulo 6 de Números, tendrá su plena aplicación: cuando las doce tribus de Israel serán alineadas alrededor de la inmortal bandera: “Jehová Samma” (Jehová

está allí, Ezequiel 48:35), cuando serán purificados de todas sus manchas, y consagrados a Dios en la potencia de un verdadero nazareato. Estas cosas son presentadas de la manera más perfecta y más clara en los profetas. Todos estos inspirados testimonios, sin que exista una sola disonancia, anuncian el glorioso porvenir reservado a Israel; todos señalan el tiempo en el que las densas nubes acumuladas y aún suspendidas en el horizonte de la nación se harán huir ante los brillantes rayos del “Sol de Justicia”; el tiempo en que Israel disfrutará de una mañana sin nubes, de bendición y de gloria, bajo las viñas y bajo las higueras de la tierra que Dios dio en posesión eterna a Abraham, a Isaac y a Jacob.

Si negamos lo que antecede pudiéramos muy bien cercenar una parte considerable del Antiguo Testamento, y también una gran parte del Nuevo; ya que tanto en el uno como en el otro el Espíritu Santo da claramente y sin equívoco testimonio a este precioso hecho, a saber: la misericordia, la salud y la bendición para la simiente de Jacob. No vacilamos en declarar que nadie puede comprender en verdad a los profetas si no se hace cargo de esta verdad: Hay un brillante porvenir reservado a los bien amados de Dios, aunque sean actualmente un pueblo rechazado. Tengamos cuidado del modo que tratamos este hecho. Es cosa grave el tentar a introducir, sea del modo que fuere, nuestros propios pensamientos en la aplicación verdadera de la Palabra de Dios. Dios se ha comprometido a bendecir al pueblo de Israel, guardémonos cuidadosamente de intentar de desviar la corriente de la bendición para dirigirla en otra dirección. Es cosa seria desnaturalizar el propósito decretado, el designio manifestado por Dios. El ha declarado que su firme propósito es el de dar la tierra de Canaán en posesión perpetua a la posteridad de Jacob, y si esto es puesto en duda no sabemos cómo podremos mantener la integridad de una porción cualquiera de la Palabra de Dios. Si nos permitimos tratar con ligereza una grande división del Canon inspirado,—y ciertamente es tratarlo con ligereza querer desviarlo de su verdadero objeto—¿qué seguridad tendremos jamás en cuanto a la aplicación de la Escritura en general? Si Dios no expresa exactamente

sus pensamientos cuando habla de Israel y de la tierra de Canaán ¿cómo sabemos que lo que dice de la Iglesia y de su parte celestial en Cristo es exactamente lo que piensa? Si se despoja al judío de su glorioso porvenir ¿qué seguridad tendrá el cristiano en el suyo?

Lector: recordemos que "Todas las promesas de Dios [y no sólo algunas de ellas] son en El Sí, y en El Amén". Y mientras nos regocijamos con la aplicación que nos es hecha de esta preciosa afirmación, no procuremos negar que sea aplicable a otros. Creemos firmemente que los hijos de Israel gozarán aún de la plenitud de la bendición presentada en el último párrafo del capítulo 6 de Números, y hasta entonces la Iglesia de Dios es llamada a participar de las bendiciones que le son propias. Ella tiene el privilegio de saber que la presencia de Dios está continuamente con ella y en medio de ella—de habitar en la luz de su rostro—de beber en el río de la paz—de ser bendecida y guardada día tras día por Aquel que ni se adormece ni se duerme jamás. Pero no olvidemos, o mejor, acordémonos seriamente y de continuo que el sentimiento práctico y el goce experimental de esas bendiciones y de esas prerrogativas inmensas estarán en proporción exacta con la medida con que la Iglesia procure mantener el orden, la pureza, la separación nazarea, cosas todas a las cuales es llamada, ya que es la habitación de Dios, el cuerpo de Cristo, la morada del Espíritu Santo.

¡Que estos pensamientos penetren en nuestros corazones y tengan su influencia santificadora sobre nuestra vida entera y sobre todo nuestro carácter!

Capítulo 7

Esta es la división más extensa de todo el libro de Números. Contiene una exposición detallada de los nombres de los doce príncipes de la congregación y de sus ofrendas respectivas, con ocasión de la construcción del tabernáculo. "Y aconteció, que cuando Moisés hubo acabado de levantar el tabernáculo, y ungílo, y santificádolo, con todos sus vasos; y asimismo ungido y santificado el altar, con todos sus vasos, entonces los príncipes de Israel, las cabezas de las casas de sus padres, los cuales eran los príncipes de las tribus, que estaban sobre los contados, ofrecieron, y trajeron sus ofrendas delante de Jehová, seis carros cubiertos, y doce bueyes, por cada dos príncipes, un carro, y cada uno un buey, lo cual ofrecieron delante del tabernáculo. Y Jehová habló a Moisés diciendo: Tómallo de ellos, y será para el servicio del tabernáculo del testimonio, y lo darás a los Levitas, a cada uno conforme a su ministerio. Entonces Moisés recibió los carros y los bueyes y diólos a los Levitas. Dos carros y cuatro bueyes, dió a los hijos de Gersón, conforme a su ministerio: y a los hijos de Merari dió los cuatro carros y ocho bueyes, conforme a su ministerio, bajo la mano de Ithamar, hijo de Aarón el sacerdote. Y a los hijos de Coath no dió, porque llevaban sobre sí en los hombres el servicio del santuario" (versículos 1-9).

Ya hicimos observar, en nuestro estudio sobre los capítulos 3 y 4, que los hijos de Coath tenían el privilegio de llevar todo lo que era más precioso entre los instrumentos y mueblaje del santuario. Por esto no recibieron ninguna ofrenda de los jefes. Era su servicio elevado y santo el de llevar en hombros y no emplear carros ni bueyes. Cuanto más estudiamos atentamente los objetos destinados a la carga y guarda de los Coathitas, más

notaremos que ofrecen en tipo las manifestaciones más profundas y completas de Dios en Cristo. Los Gersonitas y los Meraritas, al contrario, tenían que entender en las cosas que eran más exteriores. Su trabajo era más penoso y más arriesgado, y, por consiguiente, estaban provistos de los recursos necesarios que la liberalidad de los jefes ponía a su disposición. El Coathita no tenía necesidad del auxilio de un carro o de un buey en su servicio superior. Debía transportar a hombros su mística carga.

"Y ofrecieron los príncipes a la dedicación del altar el día que fue ungido, ofrecieron los príncipes su ofrenda delante del altar. Y Jehová dijo a Moisés: Ofrecerán su ofrenda, *un príncipe un día, y otro príncipe otro día, a la dedicación del altar*" (versículos 10-11).

El lector poco espiritual, al recorrer con sus ojos este capítulo tan largo, estará dispuesto tal vez a preguntar por qué, en un libro inspirado, lo que podría decirse en doce líneas ocupa tanto espacio. Si un hombre hubiese dado cuenta de las transacciones de esos doce días, las hubiese resumido, muy probablemente, en una sola declaración, diciéndonos que los doce príncipes ofrecieron cada uno tales o cuales cosas.

Mas esto de ningún modo hubiese convenido con el pensamiento divino. Los pensamientos de Dios no son como nuestros pensamientos, y sus caminos no son como nuestros caminos. Quiso El darnos una lista completa y de las más detalladas de los jefes, dándonos el nombre de cada uno de ellos, así como de la tribu que representaba, e indicaba las ofrendas que había aportado al santuario de Dios; de ahí este largo capítulo de ochenta y nueve versículos. Cada nombre brilla con su carácter distintivo. Cada ofrenda está descrita minuciosamente y debidamente apreciada. Los nombres y las ofrendas no van confusamente mezclados. Esto no correspondería al carácter de Dios; y no podría obrar ni hablar más que según su esencia en cuanto hace o dice. El hombre pudiera pasar rápidamente y con descuido sobre los dones y las ofrendas; mas Dios no puede, no lo hace, ni lo quiere nunca. El se complace en recordar todo

pequeño servicio, todo pequeño don, jamás olvida las más pequeñas cosas; y no sólo no las olvida sino que toma cuidado especial en que puedan ser conocidas por un número infinito de individuos. ¡Cuán lejos estarían esos doce príncipes de imaginar que sus ofrendas y sus nombres serían transmitidos de siglo en siglo para ser leídos por innumerables generaciones! Sin embargo, así sucedió porque Dios lo quiso así. El descende en lo que podría parecernos un detalle molesto, hasta lo que el hombre podría llamar tautología (repetición enfadosa de una misma idea en varias formas) antes que omitir el nombre de uno sólo de sus servidores o una sola particularidad de su obra.

Así es, que, en el capítulo que estamos examinando, "cada uno de los príncipes" tenía su día señalado para presentar su ofrenda, y su sitio señalado en la eterna página inspirada en la cual la lista más completa de sus dones está inscrita por Dios el Espíritu Santo.

Esto es verdaderamente divino. ¿Y no podríamos decir que ese capítulo 7 de Números es una página modelo o muestra del libro de la eternidad, en el cual el dedo de Dios ha grabado los nombres de sus servidores y la lista de sus obras? Así lo creemos, y si el lector quiere leer el capítulo 23 del segundo libro de Samuel y el 16 de la carta a los Romanos, encontrará dos páginas análogas. En la primera hallamos los nombres y los hechos de los hombres ilustres de David; en la segunda los nombres y hechos de los amigos de Pablo en Roma. En ambos capítulos, estamos convencidos de ello, tenemos una ilustración de lo que es verdadero de todos los santos de Dios y de los servidores de Cristo, del primero al último. Cada uno tiene su sitio especial en el catálogo, cada uno ocupa su lugar en el corazón del Maestro, y todos serán manifestados bien pronto. Entre los valientes de David tenemos "los tres primeros", "los tres" y "los treinta". Ninguno de "los treinta" obtuvo jamás un puesto entre "los tres"; y ninguno de "los tres" llegó a los "tres primeros".

No solamente cada nombre sino también cada hecho está fielmente inscrito; y lo que constituye el hecho y la manera

como se cumplió se nos comunican de la manera más precisa. Tenemos el nombre del sujeto, *lo que hizo*, y *cómo* lo hizo. Todo está registrado con una exactitud y cuidado particulares por la pluma imparcial e infalible del Espíritu Santo.

Lo mismo sucede cuando nos detenemos ante la notable página del capítulo 16 a los Romanos. Allí encontramos todo lo que atañe a Febe, lo que era, lo que hizo, y cuál era el fundamento sólido sobre que descansaban sus derechos a la simpatía y a la asistencia de la asamblea en Roma. Siguen después Priscila y Aquila; la mujer es la citada en primer término; allí vemos cómo expusieron sus cabezas por la vida del apóstol, mereciendo su agradecimiento y el de las asambleas de los Gentiles. Inmediatamente sigue "el bien amado Epeneto", "y María", la cual no sólo "ha trabajado" sino que se dice "ha trabajado *mucho*" en favor del apóstol. No hubiera sido hablar según el pensamiento del Espíritu o del corazón de Cristo decir simplemente de Epeneto el "amado", o que María había "trabajado". No; las pequeñas palabras "bien" y "mucho" eran necesarias para expresar el *estado* exacto de cada uno.

Pero no debemos extendernos más sobre esto, y solamente llamaremos la atención del lector al versículo 12. ¿Por qué el inspirado escritor no coloca a "Trifena, Trifosa y Pérsida la bien amada" bajo el mismo rango? ¿Por qué no les asigna una sola y misma posición? La razón es en extremo bella; es porque no podía decir más de las dos primeras que habían "trabajado en el Señor", mientras era justo decir de la última que había "trabajado *mucho* en el Señor". ¿Hay dato más distintivo? Una vez más encontramos "los tres", "los tres primeros" y "los treinta". No hay una mezcla confusa de nombres y de servicios; ninguna inexactitud. Se nos dice lo que era cada cual y lo que hizo. Cada cual ocupa su sitio y recibe su propia recompensa en alabanzas.

Y esto, nótese bien, es una página de muestra del libro de la eternidad. ¡Qué solemne es esto! y con todo ¡cuán alentador! No hay un solo acto de servicio a nuestro Señor, que no se registre por escrito en su libro; y no solamente la sustancia del

acto, sino también la *manera* como se cumplió, pues Dios aprecia la manera tan bien como nosotros. El ama al que da alegremente y al que trabaja con buen ánimo, porque precisamente así es como obra El mismo. Era agradable a su corazón el ver la liberalidad de los representantes de las doce tribus en conexión con su santuario. Era agradable a su corazón el señalar los hechos de los héroes de David en el día de la recusación de éste; y revelar la abnegación de Priscila y Aquila y de Febe, en época más reciente. Podemos añadir que place a su corazón, en estos días de tibieza y de inercia, el ver acá o allá un corazón que ama verdaderamente a Cristo, y un obrero abnegado en su viña.

¡Que el Espíritu de Dios excite nuestros corazones a una dedicación más completa! ¡Que el amor de Cristo nos constriña de más a más, de tal suerte que vivamos no para nosotros mismos, sino para Aquel que nos amó y que nos ha lavado de nuestros rojos pecados en su preciosa sangre y que nos ha hecho cuanto somos y lo que tenemos la esperanza de llegar a ser dentro de poco.

Capítulo 8

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y dile: Cuando encendieres las lámparas, las siete lámparas alumbrarán frente a frente del candelero. Y Aarón lo hizo así; que encendió enfrente del candelero sus lámparas, como Jehová lo mandó a Moisés. Y esta era la hechura del candelero: de oro labrado a martilló; desde su pie hasta sus flores era labrado a martillo: conforme al modelo que Jehová mostró a Moisés, así hizo el candelero” (versículos 1-4).

En este párrafo dos cosas reclaman nuestra atención, a saber: el sitio que ocupa el candelero de oro, y, en segundo lugar, la instrucción que nos ofrece.

Es muy de notar que el candelero sea el único de los muebles del tabernáculo que aquí se menciona. Nada se nos dice del altar de oro, ni de la mesa de oro. Sólo el candelero está delante de nosotros, no como en el capítulo 4, en donde le vemos, como a todo lo demás, en su vestidura de transporte, sino desnudo de sus cubiertas azules y de las pieles de tejón. Le vemos aquí encendido y no cubierto. Se le menciona entre las ofrendas de los príncipes y la consagración de los Levitas, y esparce su luz mística conforme al mandamiento del Señor. No puede dispensarse de la luz en el desierto, y por esto el candelero de oro debe ser despojado de su vestidura para que brille en testimonio para Dios. Recuérdese siempre que ese testimonio es el fin principal hacia el cual todo va dirigido, ya se trate de la ofrenda de nuestros bienes, como en el caso de los príncipes, ya se trate de la consagración de nuestras personas, como en el caso de los Levitas. Sólo a la luz del santuario puede verse el valor real de cada cosa y de cada persona.

De aquí el orden moral de toda esta parte del libro que nos

ocupa es notable y bello; es en verdad, divinamente perfecto. Habiendo leído, en el capítulo 7, todo lo que se ha dicho de la liberalidad de los príncipes, *pudiéramos* en nuestra sabiduría, suponer que lo que seguiría inmediatamente sería la consagración de los Levitas, mostrando así una relación inmediata entre “nuestras personas y nuestras ofrendas”. Pero no. El Espíritu de Dios hace intervenir la luz del santuario, a fin de que, por ella, podamos discernir el verdadero objeto de toda liberalidad y de todo servicio en el desierto.

¿No hay en ello una bella utilidad moral? Ningún lector espiritual dejará de verlo. ¿Por qué no se nos pone aquí ante el altar de oro con su nube de incienso? ¿Por qué tampoco la mesa pura con sus doce panes? Porque ni el uno ni la otra tendría la menor relación moral con lo que precede ni con lo que sigue; en cambio el candelero de oro está en perfecta relación con ambos, ya que nos enseña que toda liberalidad y toda obra deben ser consideradas a la luz del santuario a fin de poder darles su valor real. Es esa una grande lección para el desierto, y se nos enseña de una manera tan bendita como pueda hacerlo un símbolo. En nuestro paso a través del libro de Números, acabamos de leer la descripción de la liberalidad enteramente cordial de los principales jefes de la congregación, con motivo de la dedicación del altar, y vamos a llegar a la consagración de los Levitas; pero el inspirado escritor se detiene entre estos dos relatos, a fin de hacer resplandecer sobre ellos la luz del santuario.

Tal es el orden divino. Es, podemos decir, una de las numerosas ilustraciones esparcidas por toda la Escritura, tendiendo a demostrar la divina perfección del volumen entero, como de cada uno de sus libros, de cada una de sus divisiones y de cada uno de sus párrafos. Nos tenemos por dichosos, por altamente dichosos, de poder señalar estas preciosas ilustraciones a nuestros lectores. Creemos con esto prestarle un buen servicio; y al mismo tiempo ofrecer nuestro humilde tributo de alabanza a ese precioso libro que nuestro Padre, en su gracia, mandó escribir para nosotros. Sabemos perfectamente que ese libro

no tiene necesidad de nuestro pobre testimonio ni de ninguna otra pluma o de lengua humana alguna. Pero, con todo, nos gozamos de rendírselo, ante los ataques numerosos, pero vanos, que dirige el enemigo contra su inspiración. El verdadero origen y el verdadero carácter de todos esos ataques, se pondrán de manifiesto, a medida que adquirimos un conocimiento más profundo, más vivo y más experimental de las infinitas profundidades y de las divinas perfecciones de la Palabra de Dios. Por esto las pruebas internas de las Santas Escrituras—su poderoso efecto sobre *nosotros mismos*, no menos que sus glorias morales intrínsecas, su facultad de juzgar del carácter y de la conducta en sus mismas raíces, y la admirable composición en todas sus partes, —son los más poderosos argumentos en favor de su divinidad. Un libro que me demuestra lo que soy, que me dice todo lo que hay en mi corazón— que pone al descubierto los resortes morales más ocultos de mi naturaleza, que me juzga a fondo y que, a la vez, me revela a Aquel que responde a todas mis necesidades —semejante libro lleva consigo sus cartas credenciales. No pide cartas de recomendación de hombre alguno, ni tiene necesidad de ellas. Ninguna necesidad tiene de su favor, ni tampoco ningún miedo a su cólera. Hemos pensado muchas veces que si razonáramos acerca de la Biblia, como la mujer de Sicar razonaba respecto del Señor, llegaríamos a una conclusión tan cuerda sobre la Biblia como la de la samaritana tocante *al Señor*. “Venid”, decía aquella sencilla mujer, “ved un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿si quizás es este el Cristo?” ¿No podríamos decir con igual fuerza de argumentación: “Venid, y ved un libro que me ha dicho todo lo que he hecho, ¿no será este libro la Palabra de Dios?” Sí, en verdad; y no solamente esto, sino que pudiéramos argumentar *a fortiori*, con tanto mayor motivo, en cuanto este Libro de Dios nos dice no solamente todo lo que hemos hecho, sino todo lo que pensamos, todo lo que decimos y todo lo que somos (véase Rom. 3:10-18; Mat. 15:19).

¿Es que despreciamos las pruebas externas? Lejos de ello. Nos alegramos de ellas. Apreciamos todo argumento y todo testi-

monio propios para confirmar la confianza del corazón en la divina inspiración de las Santas Escrituras; y por cierto tenemos abundancia de tales argumentos y de tales testimonios. La misma historia del Libro, con todos sus hechos sorprendentes, proporciona gran abundancia de evidencia. La historia de su composición, de su conservación, de su transmisión de boca en boca, de su circulación por toda la superficie de la tierra, en una palabra, su historia entera, más maravillosa que la fábula, y no obstante verdadera, forma un argumento poderoso en apoyo de su origen divino. Tomad solamente el hecho del más grande interés, esto es, su conservación durante más de mil años, en manos de los que de buena gana lo habrían entregado al eterno olvido. ¿No es este un hecho elocuente?

Pues hay muchos más parecidos a éste en la historia maravillosa de este libro sin igual y sin precio.

Pero después de haber concedido un lugar tan grande como es posible al valor de las pruebas externas, volvemos con inquebrantable decisión a nuestro primer aserto, que las pruebas internas, las que se derivan del Libro mismo, constituyen la apología más poderosa, para servir de dique a la oposición incrédula y escéptica.

No continuaremos en esta corriente de pensamientos a la que hemos sido arrastrados al contemplar la notable posición señalada al candelero de oro en el libro de Números. Nos hemos sentido apremiados a rendir tal testimonio a nuestra muy preciosa Biblia; ahora volveremos a nuestro capítulo para cosechar la enseñanza contenida en su primer párrafo.

“Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y dile: Cuando encendieres las lámparas, las siete lámparas alumbrarán frente a frente del candelero”. Estas siete lámparas representan la luz del Espíritu en testimonio. Estaban unidas al vástago del candelero, el cual figura a Cristo, que en su persona y en su obra es el fundamento de la obra del Espíritu en la Iglesia. Todo depende de Cristo. Cada rayo de luz en la Iglesia, en el creyente, o más tarde, en Israel, emana de Cristo.

Pero no es esto todo lo que nos enseña ese símbolo. “Las siete lámparas alumbrarán frente a frente del candelero”. Si

quisiéramos revestir esta figura con el lenguaje del Nuevo Testamento citaríamos las palabras del Señor cuando dijo: "Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16). En cualquier lugar donde resplandezca la verdadera luz del Espíritu, dará siempre un brillante testimonio a Cristo. No llamará la atención sobre sí misma, sino sobre El, y este es el medio de glorificar a Dios. "Las siete lámparas alumbrarán frente a frente del candelero".

Es esa una gran verdad práctica para todos los cristianos. El más bello testimonio que pueda darse de una obra verdaderamente espiritual consiste en que tiende directamente a exaltar a Cristo. Si se procura llamar la atención sobre la obra o el obrero, la luz se debilita, y el Ministro del santuario debe servirse de las despabiladeras. Este era el empleo de Aarón; encender las lámparas; también le correspondía arreglarlas. En otros términos; la luz que como cristianos tenemos la obligación de hacer brillar está no tan sólo fundada sobre Cristo, sino que es sostenida por El de momento en momento durante la noche entera. Fuera de El nada podemos hacer. El vástago de oro sostenía las lámparas; la mano del sacerdote las alimentaba con aceite y aplicaba las despabiladeras. Todo es *en* Cristo, *de* Cristo y *por* Cristo.

Además, todo es para Cristo. Sea cual fuere el lugar en donde haya brillado la luz del Espíritu, la verdadera luz del santuario, en el desierto de este mundo, el fin de esa luz ha sido exaltar el nombre de Jesús. Sea lo que sea lo que se haya obrado por el Espíritu Santo, o que se haya dicho, o que se haya escrito, todo ha tenido por objeto la gloria de ese bendito Salvador. Y podemos decir resueltamente que sea lo que fuese que no tenga esa tendencia, ese fin, no es del Santo Espíritu. Puede haber una gran cantidad de trabajos hechos, una gran masa de resultados aparentes obtenidos, una cantidad de cosas de tal naturaleza como para atraer la atención del hombre y hacerle estallar en aplausos, sin que, a pesar de todo, haya allí un solo rayo de luz que emana del candelero de oro. Y ¿por

qué? Porque la atención está llamada o *dirigida* sobre la obra y sobre los que en ella se ocupan. El *hombre*, sus actos y sus palabras son exaltados en vez de serlo Cristo. La luz aquella no se ha producido por el aceite que proporciona la mano del Sumo Sacerdote, y por lo tanto, es una falsa luz. Es una luz que no luce sobre el candelero, sino sobre el nombre o los actos de un pobre mortal.

Todo esto es muy solemne y exige la más seria atención. Es siempre muy peligroso ver a un hombre o a su obra puesta en exhibición. Puede estar uno seguro de que Satanás consigue su propósito cuando la atención se dirige sobre cualquier otra cosa o sobre cualquier persona que no sea Jesucristo mismo. Una obra puede ser comenzada con la mayor simplicidad posible, pero por falta de vigilancia y de espiritualidad por parte del obrero, la atención general puede ser atraída sobre él mismo o sobre los resultados de su obra, y puede caer en el lazo del diablo. El objeto que persigue Satán incansablemente, es de despojar al Señor Jesús de sus honores; y si puede conseguirlo en lo que tiene la apariencia de un servicio cristiano, obtiene de momento la mayor victoria. Satán no tiene que hacer objeción alguna contra la obra en sí misma, con tal que pueda separarla del nombre de Jesús. Se mezclará él mismo, siempre que pueda, a la obra; se presentará en medio de los servidores de Cristo, como en una ocasión hace ya tiempo se presentó entre los hijos de Dios; pero su objeto es siempre el mismo, es a saber: quitar al Señor el honor debido. Permitió a la sirvienta de que se trata en el capítulo 16 de los Hechos, que diera testimonio a los servidores de Cristo, y decir: "Estos hombres son siervos del Dios alto, los cuales os anuncian el camino de salud". Pero al hacerlo se proponía únicamente seducir a aquellos obreros y destruir su obra. Con todo, fue derrotado, porque la luz del santuario y no *lucía* sino sobre Cristo. No buscaban hacerse un nombre; y como era a ellos y no a su Maestro a quienes la sirvienta daba testimonio, lo rehusaron y prefirieron sufrir por amor a su Maestro que ser exaltados a expensas de El.

Es este un hermoso ejemplo para todos los obreros del Señor. Y si nos trasladamos al capítulo 3 de los Hechos encontraremos otro muy notable. La luz del santuario lanzó sus destellos en la curación del cojo, y cuando la atención se dirigió a los obreros, *a pesar de no haberla ellos solicitado*, vemos a Pedro y a Juan retirarse en seguida con celo santo tras de su glorioso Maestro, y atribuir a El toda la gloria. "Y teniendo a Pedro y a Juan el cojo que había sido sanado, todo el pueblo concurrió a ellos al pórtico que se llama de Salomón, atónitos. Y viendo esto Pedro, respondió al pueblo: Varones, israelitas ¿por qué os maravilláis de esto? o ¿por qué ponéis los ojos en nosotros como si con nuestra virtud o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su Hijo Jesús" (versículos 11-13). Aquí tenemos en verdad "las siete lámparas alumbrando frente a frente del candelero"; o en otras palabras, el despliegue séptimo o perfecto de la luz del Espíritu dando un testimonio positivo al nombre de Jesús. "¿Por qué ponéis los ojos en nosotros?", dicen aquellos fieles portadores de la luz del Espíritu. Aquí ¡para nada se necesita de las despabiladeras! La luz no estaba velada. Aquella era sin duda alguna la ocasión de que hubiesen podido aprovecharse los apóstoles, si así lo hubiesen querido para rodear sus nombres de una aureola de gloria. Hubiesen podido elevarse a la cumbre de la fama, y atraer sobre ellos el respeto, la veneración y aun la misma adoración de millares de personas. Pero si hubiesen hecho tal cosa, hubiesen defraudado a su Maestro, falsificado el testimonio, contristado al Espíritu Santo y atraído sobre sí mismos el justo juicio de Aquel que no dará su gloria a otro.

Pero no; las siete lámparas brillaban radiantes en Jerusalén en aquel interesante momento. El verdadero candelabro estaba entonces en el pórtico de Salomón y no en el templo. Por lo menos, las siete lámparas estaban allí y cumplían admirablemente su obra. Aquellos honorables servidores no buscaban su propia gloria; al contrario, desplegaron, acto continuo, su mayor energía en alejar de sí mismos las miradas de asombro del pueblo y en dirigirlas a Aquel que sólo es digno de ellas,

y que, aunque estaba en los cielos, trabajaba aún en la tierra por su Espíritu .

Muchos ejemplos podrían sacarse de los Hechos de los Apóstoles, pero los que acabamos de ver bastarán para imprimir en nuestros corazones la gran lección que nos enseña el candelero de oro con sus siete lámparas. Sentimos profundamente la necesidad de tal lección aun en este momento. Existe siempre el peligro de que la obra y el obrero sean puestos de relieve más bien que el Maestro. Estemos alerta contra este lazo. Es un gran mal; contrista al Espíritu Santo que trabaja siempre por exaltar el nombre de Jesús; es ofensivo para el Padre que quisiera siempre hacer resonar en nuestros oídos y que llegaran a lo más profundo de nuestro corazón estas palabras procedentes del cielo abierto y oídas en la montaña de la transfiguración: "Este es mi Hijo amado, en el cual tomo contentamiento; a él oíd" (Mat. 17: 5). Está en la más directa y positiva oposición con el pensamiento del Cielo, donde toda mirada está fijada en Jesús, en que el único clamor eterno, universal y unánime será el de: "Tú eres digno".

Pensemos en todo esto; pensemos en ello seriamente y habitualmente a fin de abstenernos de cuanto se aproxima a la glorificación del hombre; del yo, de nuestras acciones, de nuestras palabras, de nuestros pensamientos. Busquemos con más ardor la senda apacible, umbría y discreta, en la que el espíritu del dulce y humilde Jesús nos conducirá siempre para la marcha y el servicio. En una palabra: que podamos habitar en Cristo y recibir de El de día en día y de momento en momento el aceite puro, de tal manera que nuestra luz brille sin darnos cuenta en alabanza de Aquel en el cual lo tenemos TODO, y fuera del cual no podemos hacer absolutamente NADA.

El resto del capítulo 8 de Números contiene la descripción del ceremonial en relación con la consagración de los Levitas, que hemos ya examinado en estas notas, sobre los capítulos 3 y 4.

Capítulo 9

“Y habló Jehová a Moisés en el desierto de Sinaí, en el segundo año de su salida de la tierra de Egipto, en el mes primero, diciendo: Los hijos de Israel harán la pascua a su tiempo. El décimocuarto día de este mes, entre las dos tardes, la haréis a su tiempo: conforme a todos sus ritos y conforme a todas sus leyes la haréis. Y habló Moisés a los hijos de Israel, para que hiciesen la pascua. E hicieron la pascua en el mes primero, a los catorce días del mes, entre las dos tardes, en el desierto de Sinaí: conforme a todas las cosas que mandó Jehová a Moisés, así hicieron los hijos de Israel” (versículos 1-5).

En tres parajes distintos vemos celebrarse esta fiesta de redención; a saber: En Egipto (Éxodo 12): en el desierto (Núm. 9); y en la tierra de Canaán (Josué 5). La redención se encuentra en la base de todo lo que se relaciona con la historia del pueblo de Dios. ¿Ha de ser librado de la servidumbre, de la muerte y de las tinieblas de Egipto? Es por la redención. ¿Ha de ser llevado a través de todas las dificultades y peligros del desierto? Es por el principio de la redención. ¿Ha de marchar a través de las ruinas de los muros amenazadores de Jericó y poner sus pies sobre el cuello de los reyes de Canaán? Es en virtud de la redención.

Así, la sangre del cordero pascual encontró al Israel de Dios en medio de la profunda degradación del país de Egipto y de él le sacó. Le encontró en el árido desierto, y le condujo a través del mismo. Fue con él a su entrada en la tierra de Canaán y en ella le estableció.

En una palabra, la sangre del cordero encontró al pueblo en Egipto, le acompañó a través del desierto, y le estableció en Canaán. Era el bendito fundamento de todos los caminos de

Dios hacia ellos, en ellos y con ellos. ¿Se trataba del juicio de Dios contra Egipto? La sangre del cordero les ponía a cubierto de aquel juicio. ¿Se trataba de las necesidades innumerables del desierto? La sangre del cordero era la prenda segura y cierta de una victoria completa y gloriosa. Al momento en que contemplamos a Jehová apareciendo a obrar en favor de su pueblo, en virtud de la sangre del cordero, todo está infaliblemente garantizado del principio al fin. Toda la duración de este maravilloso y misterioso viaje, desde los hornos de ladrillos en Egipto, hasta las colinas cubiertas de viñas y las melífluas llanuras de la Palestina, no sirve más que para probar y para ostentar las variadas virtudes de la sangre del cordero.

No obstante, este capítulo nos presenta la pascua enteramente desde el punto de vista del desierto; y esto explicará al lector porque se hace en él mención de la circunstancia siguiente: “Y hubo algunos que estaban inmundos a causa de muerto, y no pudieron hacer la pascua aquel día: y llegaron delante de Moisés y delante de Aarón aquel día” (versículo 6).

Se presentaba con esto una dificultad práctica, algo anormal, un caso imprevisto, según suele decirse; por esto la cuestión fue sometida a Moisés y a Aarón. “Y llegaron delante de Moisés” —el representante de los derechos de Dios— “y delante de Aarón” —el representante de los recursos de la gracia de Dios. Parece haber algo de distintivo y de enfático en la manera como se hace alusión a estos dos funcionarios. Los dos elementos de los cuales eran ellos la expresión, aparecen como muy importantes para la solución de una dificultad como la que aquí aparecía.

“Y dijéronle aquellos hombres: Nosotros estamos inmundos por causa de muerto ¿por qué seremos impedidos de ofrecer ofrenda a Jehová a su tiempo entre los hijos de Israel? (versículo 7). La manciella había sido enteramente reconocida, y la cuestión que se presentaba era ésta: ¿Debían ser privados en absoluto del santo privilegio de comparecer ante Jehová? ¿No había algún recurso para casos como aquel, y no podía proveerse para el mismo?

Cuestión extremadamente interesante, de seguro, pero a la cual ninguna respuesta había sido dada. No tenemos un caso semejante previsto en la institución original, en Exodo 12, aunque encontramos en ella una exposición completa de todos los ritos y de todas las ceremonias de la fiesta. Era para el desierto que se había reservado la solución de esta cuestión. Era en la marcha actual del pueblo, en los detalles reales y prácticas de la vida del desierto que aparecía la dificultad que había de resolverse. He aquí por qué el relato de todo ese negocio está muy a propósito expuesto en el libro de Números, el libro del desierto.

“Y Moisés les respondió: Esperad, y oiré qué mandará Jehová acerca de nosotros (versículo 8). ¡Bella actitud! Moisés no tenía respuesta para aquella pregunta; pero sabía quién podía darla y a El se dirige. Era lo mejor y más prudente que pudo hacer Moisés. No tuvo la pretensión de responder. No tuvo vergüenza de decir: “No sé”. A pesar de toda su sabiduría y de todos sus conocimientos no titubeó en reconocer su ignorancia. Esa es la verdadera sabiduría; el verdadero conocimiento. Podía parecer humillante para un hombre en la posición de Moisés, aparecer ignorante, sobre un asunto cualquiera, ante los ojos de la congregación o de algunos de sus miembros. El que había sacado al pueblo fuera de Egipto, que lo había conducido a través del Mar Rojo, que había conversado con Jehová, y que había recibido su misión del gran “Yo soy”. ¿sería posible que fuese incapaz de responder a una dificultad originada de un caso tan sencillo como el que entonces tenían delante? ¿Era, pues, verdad que un hombre como Moisés ignoraba el justo camino a seguir ante unos hombres que estaban contaminados por muerto?

Cuán pocos hay que, sin ocupar ni con mucho una alta posición como la de Moisés, no hubiesen procurado resolver la cuestión de un modo o de otro. Pero Moisés era el hombre más manso de toda la tierra y no podía tener la presunción de hablar cuando nada podía decir. Si nosotros siguiéramos más fielmente su ejemplo en casos semejantes evitaríamos muchas

afirmaciones atrevidas, muchas equivocaciones o errores. Además, esto nos haría más veraces, más sencillos, más naturales. Somos a menudo lo bastante insensatos para tener vergüenza de aparecer ignorantes. Nos parece que menoscabamos nuestra reputación de sabiduría y de inteligencia cuando pronunciamos esas palabras, que tan bien expresan una verdadera grandeza moral: “No sé”. Es un grande error. Concederemos más peso e importancia a las palabras de un hombre que no pretende ostentar unos conocimientos que no tiene, y en cambio no estaremos dispuestos a escuchar al que siempre está dispuesto a hablar con frívola confianza en sí mismo. ¡Oh! marchemos siempre según el espíritu de estas bellas palabras: “Esperad, y oiré lo que mandará Jehová acerca de vosotros”.

“Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, diciendo: Cualquiera de vosotros o de vuestras generaciones, que fuere inmundo por causa de muerto, o estuviere de viaje lejos, hará pascua a Jehová. En el mes segundo, a los catorce días del mes, entre las dos tardes, la harán: con cenizas y yerbas amargas la comerán” (versículos 9-11).

Dos grandes verdades fundamentales se exponen en la pascua, a saber; la redención y la unidad del pueblo de Dios. Estas verdades son invariables. Nada podría destruirlas. Puede haber caída e infidelidad bajo varias formas, pero esas gloriosas verdades de la redención eterna y de la perfecta unidad del pueblo de Dios, conservan toda su fuerza y todo su valor. He aquí porque esta ordenanza que representaba tan al vivo esas verdades era continuamente obligatoria. Las circunstancias no debían impedir su cumplimiento. La muerte o la distancia no debía interrumpirla. “Cualquiera de vosotros o de vuestras generaciones, que fuere inmundo por causa de muerto, o estuviere de viaje lejos, hará pascua a Jehová.” Era en efecto tan urgente para cada miembro de la congregación el celebrar esta fiesta, que en el capítulo 9 de Números se toma una medida especial para los que no estaban en disposición de observarla según el orden prescrito. Esos debían celebrarla el día catorce del mes segundo. Así la gracia proveyó a los casos inevitables de inmundicia o de ausencia.

Si el lector tiene a bien buscar el capítulo 30 del 2º libro de Crónicas, verá en él que Ezequías y la congregación con él se aprovecharon de este recurso misericordioso. "Y juntóse en Jerusalén mucha gente para celebrar la solemnidad de los ázimos en el mes *segundo*; una vasta reunión. Entonces sacrificaron la pascua a los catorce del mes segundo. . . (versículos 13 y 15).

La gracia de Dios puede hacer todo lo necesario en nuestra mayor flaqueza, con tal que la sintamos y la confesemos.* Pero cuidado que esta verdad tan preciosa no nos haga tratar con ligereza el pecado y la contaminación. Aunque la gracia permitía el segundo mes en vez del primero, no por esto toleraba la más pequeña transgresión de las ordenanzas y de las ceremonias de la fiesta. Los "panes sin levadura" y las "yerbas amargas" debían siempre figurar en ella; la carne de ningún sacrificio debía conservarse para el día siguiente y ningún hueso de la víctima debía ser quebrado. Dios no puede en manera alguna tolerar aminoramiento de la regla de la verdad o de la santidad. Si alguno hubiese presumido de la gracia para dispensarse de la santidad, hubiese sido cortado de la asamblea.

Esto, ¿no nos dice nada? Ciertamente que sí. Al leer las páginas de este maravilloso libro de Números, no debemos perder de vista que las cosas que sucedían a Israel son símbolos para nosotros, y que es para nosotros a la vez un deber y un privilegio estudiar esos símbolos y tratar de comprender las lecciones que están destinados a proporcionarnos por parte de Dios.

¿Qué, pues, nos enseñan los reglamentos relativos a la celebración de la pascua en el segundo mes? ¿Por qué se orde-

* El lector notará con interés y provecho el contraste que existe entre la manera de obrar de Ezequías, en 2 Crónicas 30, y la de Jeroboam en 1 Reyes 12: 32. El primero usó del recurso otorgado por la gracia divina: el segundo siguió su propio antojo. El mes segundo era permitido por Dios: el octavo fue inventado por el hombre. Las provisiones divinas que satisfacen a las necesidades del hombre, y las invenciones humanas, oponiéndose a la palabra de Dios, son cosas enteramente diferentes.

naba especialmente a Israel de no omitir ninguna ceremonia en esa ocasión particular? ¿Por qué en el Capítulo 9 de Números las instrucciones para el segundo mes se encuentran más detalladas que las correspondientes al primero? No será, ciertamente, que la ordenanza fuese más importante en un caso que en otro, pues su importancia era siempre la misma a la vista de Dios. No era tampoco que hubiera una sobra de diferencia en el orden, visto que era el mismo siempre. No obstante, al lector que medite sobre este capítulo llamará su atención el hecho de que, cuando se trata de la celebración de la pascua en el primer mes, leemos sencillamente estas palabras: "La haréis conforme a todos sus ritos y conforme a todas las leyes". Pero cuando se trata del segundo mes, tenemos una explicación más detallada de lo que eran esos ritos y esas leyes. "La comerán con cenceñas y yerbas amargas. No dejarán de él algo para la mañana, ni quebrarán hueso en él; conforme a todos los ritos de la pascua le harán" (compárense el versículo 3 con el 11 y 12).

¿Qué, pues, nos enseña ese simple hecho; preguntamos? Creemos que nos enseña muy claramente que no debemos nunca modificar la regla en las cosas de Dios, a causa de la debilidad o de la caída del pueblo de Dios; sino que más bien, por esta misma razón, debemos tener especial cuidado en mantenerla, en toda su divina integridad. Sin duda debiera haber el sentimiento profundo de la declensión, y cuanto más profundo sea ese sentimiento, mejor será; pero no debe sacrificarse la verdad de Dios. Podemos contar siempre con seguridad en los recursos de la gracia divina, a la par que hemos de procurar mantener con firmeza inquebrantable la verdad de Dios.

Procuremos guardar siempre su recuerdo en nuestros pensamientos y en nuestros corazones. Por un lado estamos en peligro de olvidar que la declensión es un hecho. Y por otro lado, tenemos el riesgo de olvidar la infalible fidelidad de Dios, en vista de esa declensión. La Iglesia profesante está en una ruina completa; y no sólo ella, sino que nosotros mismos, individualmente, hemos contribuido a su ruina. Debiéramos sentir todo

esto, y sentirlo profundamente, constantemente. Debiéramos tener siempre ante nuestro espíritu y en la presencia de nuestro Dios, la conciencia íntima y humillante de la manera triste y vergonzosa con que nos hemos conducido en la casa de Dios. Si olvidáramos alguna vez que hemos caído, no haríamos más que añadir de un modo extraordinario a nuestra culpabilidad. Lo que nos conviene tener es, una profunda humildad y un espíritu de veras quebrantado, al recordar todas esas cosas; estos sentimientos y estos ejercicios interiores se revelarán necesariamente por una conducta humilde en medio de la escena en que vivimos.

“Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos: y; apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Tim. 2: 19). He aquí el recurso del fiel, en presencia las ruinas de la cristiandad. Dios jamás falta, no cambia, y nosotros no tenemos que hacer sino apartarnos de la iniquidad y llegarnos a El. Debemos hacer lo recto, seguirlo con diligencia y dejar a El las consecuencias.

Conjuramos al lector preste toda su atención a los pensamientos precedentes. Deseamos que se detenga unos momentos y que considere todo esa materia con espíritu de oración. Estamos convencidos de que el atento examen que hiciéramos de estas dos fases del asunto, nos ayudaría grandemente a encontrar nuestro camino en medio de las ruinas que nos rodean. El recuerdo de la condición de la Iglesia y de nuestra infidelidad individual, nos mantendrá en la humanidad; mientras que, por otro lado, el conocimiento de la regla invariable de Dios, y de su inmutable fidelidad, nos apartaría del mal que nos circunda y nos sostendría firmes en el sendero de esa separación. Las dos cosas reunidas nos preservarían eficazmente de una vana pretensión, por una parte, y de la relajación e indiferencia, por otra. Debemos acordarnos en todo momento que hemos sido infieles, mientras nos adherimos a esta gran verdad: que Dios es fiel.

Tales son las lecciones, sobre todo, del desierto, lecciones para los días actuales; lecciones para nosotros. Están sugeridas

con gran fuerza por el relato inspirado de la pascua en el segundo mes, relato particular del libro de Números, el gran libro del desierto. Es en el desierto donde se manifiesta más claramente la culpabilidad de la humanidad; es en el desierto también donde se despliegan los recursos infinitos de la gracia divina. Pero repitamos una vez más esa afirmación —y que quede grabada de un modo indeleble en nuestros corazones— las más ricas provisiones de la gracia y de la misericordia divina no dan el más pequeño motivo para modificar la regla de la verdad de Dios. Si alguien hubiese alegado, como excusa, su contaminación o su ausencia para celebrar la pascua, o la hubiese celebrado de modo diferente de lo ordenado por Dios, hubiese sido seguramente expulsado de la congregación. Y lo mismo nosotros, si consentimos en abandonar una verdad cualquiera de Dios, porque la declensión se ha manifestado; si por pura incredulidad del corazón hacemos concesiones a expensas de la verdad de Dios, o abandonamos una posición divina, si tomamos el estado de cosas al rededor de nosotros como excusa para negar prácticamente la autoridad de la verdad de Dios, de sobre nuestras conciencias, o para substraernos a su influencia sobre nuestra conducta y nuestro carácter, es del todo evidente que nuestra comunión es interrumpida.*

Proseguiríamos de buen grado en esa corriente de verdades prácticas pero debemos abstenernos de ella y cerrar esta parte de nuestro tema citando para el lector lo restante de esa exposición sobre la pascua en el desierto.

“Mas el que estuviere limpio y no estuviere de viaje, si dejare de hacer la pascua, la tal persona será cortada de sus pueblos; por cuanto no ofreció a su tiempo la ofrenda de Jehová, el tal hombre llevará su pecado. Y si morare con vosotros peregrino, e hiciere la pascua a Jehová, conforme al rito de la pascua y conforme a sus leyes así la hará: un mismo rito tendréis, así el peregrino como el natural de la tierra” (versículos 13 y 14).

* Nótese, una vez por todas, que la excisión de un miembro de la congregación de Israel, corresponde hoy día a la exclusión de un creyente de la comunión por causa de un pecado no juzgado.

El olvido voluntario de la pascua hubiera denotado por parte de los israelitas una falta total de estima de las ventajas y bendiciones que procedían de la redención y de la liberación del país de Egipto. Cuanto más uno se penetrase profundamente de lo que se había cumplido en aquella noche memorable, en la cual la asamblea de Israel encontró su refugio y su seguridad al abrigo de la sangre, tanto más suspiraría ardientemente por la llegada del día "catorce del primer mes" para que pudiera tener la oportunidad de conmemorar aquella gloriosa ocasión; y si por cualquier causa no hubiese podido gozar de esa ordenanza en el "primer mes" hubiese aprovechado con tanta más alegría y reconocimiento el "segundo mes". Pero el hombre que se hubiese contentado en continuar año tras año en no celebrar la pascua, hubiese demostrado que su corazón estaba muy distanciado del Dios de Israel. Inútil hubiera sido hablar del amor del Dios de sus padres, y de gozar de las bendiciones de la redención, cuando la ordenanza misma que Dios había establecido para representar esa redención era menospreciada por él año tras año.

¿Y no podemos aplicarnos, hasta cierto punto, todo esto en relación con la cena del Señor? Sin duda, lo podemos, y aun con gran provecho para nuestras almas. Existe esta relación entre la pascua y la Cena del Señor, a saber: que la primera era el tipo o símbolo, y la segunda la conmemoración de la muerte de Cristo. Así, leemos en 1 Corintios 5:7: "Porque nuestra pascua, que es Cristo, fue sacrificada por nosotros". Esta frase establece la relación. La pascua era la conmemoración del rescate de Israel de la esclavitud de Egipto; y la Cena del Señor es la conmemoración de la redención de la Iglesia de la esclavitud más pesada y más tenebrosa del pecado y de Satán. Así, como seguramente se hubiera visto a todo verdadero y fiel israelita celebrar la pascua en la época fijada, de acuerdo con todos los ritos y ceremonias de aquella fiesta, así también se verá a todo verdadero y fiel cristiano, celebrar la Cena del Señor, en el día determinado y según todos los principios que con ella se relacionan, expuestos en el Nuevo Testamento. Si un israelita hubiese descuidado celebrar la

pascua, aun en una sola ocasión, hubiese sido separado de la congregación. Tal negligencia no debía ser tolerada en la asamblea de Israel. Hubiera atraído inmediatamente el juicio de Dios.

Pues bien; ante ese hecho solemne, no tenemos derecho a preguntarnos: ¿No significa nada actualmente, es asunto de poca importancia para los cristianos, descuidar de semana en semana y de mes en mes la Cena del Señor? ¿Podemos suponer que Aquel que, en Números 9, declaraba que el israelita que descuidara la pascua sería separado, no tiene en cuenta la negligencia del cristiano de la Cena del Señor? No podemos creerlo. Porque aunque no se trate de ser separado de la Iglesia de Dios, del cuerpo de Cristo, ¿autorizará esto nuestra negligencia? Lejos de nosotros tal pensamiento. Este hecho debiera más bien producir el efecto bendito de animarnos con más santa diligencia en la celebración de esta preciosa fiesta, en la cual "anunciamos la muerte del Señor hasta que El venga" (1 Cor. 11:26).

Para un israelita piadoso, nada había tan bello como la pascua, porque ella era el memorial de su redención. Y para un piadoso cristiano nada hay más bello que la Cena del Señor, pues ella es el memorial de su redención y de la muerte de su Señor. De todos los servicios a que un cristiano puede entregarse, nada hay tan precioso, nada tan expresivo, nada que coloque a Cristo de un modo más tierno y más solemne ante su corazón, que la Cena del Señor. Puede cantar la muerte del Señor, puede orar a este respecto, puede leer el relato de ella, puede oír hablar de ella, pero es sólo en la Cena que *anuncia* aquella muerte. "Y tomando el pan, habiendo dado gracias, partió, y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. Asimismo también el vaso, después que hubo cenado, diciendo: Este vaso es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama" (Luc. 22:19-20).

Aquí tenemos la *institución* de la fiesta; y cuando llegamos a los Hechos de los Apóstoles, leemos: "Y el día primero de

la semana, juntos los discípulos a partir el pan. . . ." (Hech. 20: 7).

Ahí tenemos la *celebración* de la fiesta; y por fin, cuando abrimos las epístolas, leemos: "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque un pan, es que muchos somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel un pan" (1 Cor. 10: 16-17). Y siguiendo, leemos: "Porque yo recibí del Señor lo que también he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó, pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que bebiereis, en memoria de mí. Porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga" (1 Cor. 11: 23-26).

Aquí tenemos la fiesta *explicada*. ¿Y no podemos decir que en la institución, en la celebración y en la explicación tenemos, para atar nuestras almas a tan preciosa fiesta, un cordel de tres dobleces que no presto se rompe? (Ecles. 4: 12).

¿Cómo es posible, pues, que ante toda esta santa autoridad, se encuentra algún cristiano que tenga en poco la mesa del Señor? O bien considerando este hecho desde otro punto de vista ¿de dónde procede el que algunos miembros de Cristo puedan pasar semanas y meses y aun toda su vida sin acordarse nunca de su Señor, de conformidad con su ruego directo y positivo? Sabemos que algunos cristianos profesantes consideran la Cena como un retroceso a los ritos judaicos y no congruente con la posición elevada de la Iglesia. Consideran la Cena y el bautismo misterios espirituales, y creen que nos separamos de la verdadera espiritualidad al insistir sobre la observancia literal de estos ritos.

A todo esto respondemos muy sencillamente que Dios es más sabio que nosotros. Si Cristo instituyó la Cena, si el Espíritu Santo condujo a la Iglesia primitiva a celebrarla, y

él nos la ha explicado también ¿quiénes somos nosotros para emitir nuestras ideas en oposición a Dios? Sin duda, la Cena del Señor debiera ser un misterio espiritual interior para todos los que de ella participan; pero es también un acto exterior, literal, palpable. Hay en ella literalmente, pan y vino, una manducación literal y una poción literal. Si se niega esto, tanto valdría negar también que haya literalmente una asamblea reunida. No tenemos derecho de explicar la Escritura en tal guisa. Es para nosotros un deber santo y bendito el someternos a la Escritura, e inclinarnos absoluta e implícitamente ante su divina autoridad.

Por otra parte, no se trata tan sólo de sumisión a la autoridad de la Escritura; este último punto lo hemos ciertamente probado de una manera suficiente por numerosas citas del libro divino, lo cual es bastante para todo espíritu piadoso. Pero hay más que eso. Hay en el corazón del cristiano una respuesta de amor en correspondencia al amor del corazón de Cristo. ¿No vale nada esto? No debiéramos buscar, en la medida que fuese, a corresponder al amor de tal corazón? Si nuestro adorable Señor ha realmente instituido el pan y el vino en la cena, como memorial de su cuerpo partido y de su sangre derramada; si ha ordenado que comiéramos de ese pan y bebiéramos de ese vino en memoria suya, ¿no debiéramos, en la potencia del afecto, corresponder al deseo de su corazón afectuoso? Seguramente ningún cristiano serio lo pondrá en duda. Debiera ser siempre una alegría para nuestros corazones el rodear la mesa del Señor, de acordarnos de El según su instrucción, de anunciar su muerte hasta que venga. ¿No es admirable pensar que haya querido ocupar un lugar en el recuerdo en corazones tales como los nuestros; pues así es; y sería verdaderamente triste, si por un motivo cualquiera, descuidáramos esta fiesta a la cual ha unido su nombre precioso. Por supuesto esta no es la ocasión de entrar en una exposición detallada de la ordenanza de la cena del Señor. Hemos procurado hacerlo en otra parte. Lo que deseamos ante todo, es insistir ante el lector cristiano, sobre la inmensa importancia y el profundo interés de la ordenanza en cuanto al doble principio de la sumisión a la

autoridad de la Escritura y de un amor en correspondencia al de Cristo mismo. Además quisiéramos hacer sentir vivamente a cuantos puedan leer estas líneas, la gravedad que entraña la negligencia en tomar la Cena según las Escrituras. Podemos estar seguros de que es siempre un principio peligroso el procurar poner a un lado esta institución positiva de nuestro Señor y Maestro. Esto denota un muy mal estado de ánimo. Esto prueba que la conciencia no está sometida a la autoridad de la Palabra y que el corazón no está en una verdadera simpatía con los afectos de Cristo. Apliquémonos, pues, a descargarnos de nuestra santa responsabilidad en cuanto a la mesa del Señor, no dejando de hacer la observancia de esa fiesta, y celebrarla en conformidad a la orden establecida por el Santo Espíritu.

He aquí lo concerniente a la pascua en el desierto y las enseñanzas impresionantes que proporciona a nuestras almas.

Nos detendremos ahora unos momentos en el último párrafo de nuestro capítulo, que tiene un carácter tan marcado como ninguna otra porción del libro. Allí contemplamos una numerosa tropa de hombres, de mujeres y niños viajando a través de un vasto desierto, "donde no había senderos", franqueando una comarca árida, un inmenso desierto arenoso, sin brújula y sin guía humano.

¡Qué idea! ¡Qué espectáculo! Estaban allí millones de seres humanos avanzando sin ningún conocimiento de la ruta que debían seguir, dependiendo enteramente de Dios en la marcha, en la alimentación y por todo lo demás; un ejército de peregrinos enteramente desprovistos de recursos. No podían trazar ningún plan para el día siguiente. Cuando estaban acampados, no sabían cuándo ponerse en marcha, y cuándo estaban en marcha, no sabían dónde harían alto ni cuándo. Su vida era una vida de dependencia diaria y aun momentánea. Debían mirar en alto para ser guiados. Sus movimientos estaban determinados por las ruedas del carro de Jehová.

Era aquel un maravilloso espectáculo en verdad. Leamos su relato y retengamos en nuestras almas sus celestiales enseñanzas.

"Y el día que el tabernáculo fue levantado, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana. Así era continuamente: la nube lo cubría, y de noche la apariencia de fuego. Y según que se alzaba la nube del tabernáculo, los hijos de Israel se partían; y en el lugar donde la nube paraba, allí alojaban los hijos de Israel. Al mandato de Jehová los hijos de Israel se partían; y al mandato de Jehová asentaban el campo: todos los días que la nube estaba sobre el tabernáculo, ellos estaban quedos. Y cuando la nube se detenía sobre el tabernáculo muchos días, entonces los hijos de Israel guardaban la ordenanza de Jehová y no partían. Y cuando sucedía que la nube estaba sobre el tabernáculo pocos días, al dicho de Jehová alojaban y al dicho de Jehová partían. Y cuando era que la nube se detenía desde la tarde hasta la mañana, cuando a la mañana la nube se levantaba, ellos partían; o si había estado el día, y a la noche la nube se levantaba, entonces partían. O si dos días o un mes, o un año, mientras la nube se detenía sobre el tabernáculo quedándose sobre él, los hijos de Israel se estaban acampados, y no movían; mas cuando ella se alzaba, ellos movían. Al dicho de Jehová asentaban, y al dicho de Jehová partían, guardando la ordenanza de Jehová como lo había Jehová dicho por medio de Moisés (versículos 15-23).

Imposible sería concebir un cuadro más admirable de la dependencia absoluta de la dirección divina y de la sumisión a esta dirección, que el que se nos presenta en este párrafo. No había una huella de pie humano ni una linde o mojón en todo aquel "grande y terrible desierto". Inútil era, pues, buscar dirección alguna en pos de los que habían pasado antes. Los hijos de Israel debían contar enteramente con Dios para cada paso en el camino: debían continuamente esperar en El. Esto sería intolerable para un espíritu insumiso o una voluntad no quebrantada; pero para un alma que conoce y ama a Dios, que se confía y se complace en El, nada podría ser más profundamente bendito.

He aquí la clave de la cuestión. ¿Es Dios conocido, amado,

y se confía en El? Si es así, el corazón se alegrará en la dependencia más absoluta de El. Si no, tal dependencia sería del todo insoportable. El hombre no regenerado gusta de llamarse independiente, gusta de hacerse la ilusión de que es libre; gusta de creer que puede hacer lo que le conviene, ir a donde quiere, decir lo que le place. Mas ¡ay! todo ello es una pura ilusión. El hombre no es libre. Es esclavo de Satán. Hace ya cerca de seis mil años que él se entregó en manos de ese gran propietario de esclavos, que desde entonces lo ha tenido en su poder y lo tiene aún hoy. Sí; Satán mantiene al hombre natural, al no convertido, al impenitente en una terrible esclavitud. Ha atado sus manos y sus pies con cadenas y grillos, que no se ven en su verdadero aspecto a causa del dorado con que los ha cubierto. Satán gobierna al hombre por medio de sus codicias, de sus pasiones y de sus placeres. Levanta en los corazones deseos que satisface en seguida por las cosas que están en el mundo, y el hombre se imagina vanamente ser libre porque puede satisfacer sus deseos. Pero esto es un lamentable error que tarde o temprano habrá de reconocerse como tal. No hay otra libertad que aquella que Cristo da a sus rescatados. Es El quien dijo: "Conoceréis la verdad, y la verdad os libertará". Y además: "Así que, si el Hijo os libertare seréis verdaderamente libres" (Jn. 8: 36).

Ved aquí la verdadera libertad. Es la libertad que la nueva naturaleza encuentra andando por el Espíritu y haciendo lo que es agradable a Dios. "El servicio del Señor es la perfecta libertad". Pero este servicio, en todos sus detalles implica la más completa dependencia del Dios vivo. Tal sucedió siempre en el único verdadero y perfecto Servidor que pisó esta tierra. Estuvo siempre dependiente. Cada uno de sus movimientos, cada uno de sus actos, cada una de sus palabras, todo cuanto hacía y todo cuanto dejaba de hacer, todo era el fruto de la más absoluta dependencia de Dios, y de la más completa sumisión. Andaba cuando Dios lo quería, y se paraba cuando Dios así lo quería. Hablaba o guardaba silencio según a Dios le parecía bien.

Tal fue Jesús cuando vivió en este mundo, y nosotros como

participantes de su naturaleza, de su vida, y teniendo su Espíritu habitando en nosotros, somos llamados a andar en sus huellas y a vivir una vida de dependencia de Dios día tras día. Tenemos al final de nuestro capítulo un tipo bello y pintoresco de esta vida de dependencia en una de sus fases: El Israel de Dios, el campamento en el desierto, ese ejército de peregrinos seguían el movimiento de la nube. Debían *mirar arriba* para su dirección. Esto es lo propio del hombre. Fue formado para volver su cara hacia arriba, en contraste con el animal que fue formado para mirar hacia abajo.* Israel no podía echar planes, no podía decir jamás: "Mañana iremos a tal o cual sitio". Dependía enteramente del movimiento de la nube.

Tal sucedía con Israel y así debe suceder con nosotros. Pasamos a través de un desierto infranqueable, un desierto moral en el cual no hay absolutamente camino. No sabríamos cómo andar, y no sabríamos a dónde ir si no tuviésemos esta expresión, de las más hermosas, de las más profundas, de las más comprensibles, salida de la boca de nuestro bien amado Señor: "Yo soy el camino". He aquí la dirección divina, infalible. Debemos seguirla. "Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida" (Jn. 8: 12). Tal es la dirección viviente. No es ciertamente obrando según la letra de ciertas ordenanzas o de ciertas reglas; es siguiendo a un Cristo vivo, andando como El anduvo, haciendo lo que El hizo, e imitando su ejemplo en todo. Tal es la marcha cristiana, la acción cristiana. Estas consisten en tener los ojos fijos en Jesús, en tener las maneras y los rasgos de su carácter impreso en nuestra nueva naturaleza, y a reflejarlos o reproducirlos en nuestra vida y conducta diaria.

Mas esto supone la completa renuncia a nuestra propia voluntad, a nuestros planes, a nuestra propia dirección. Debemos seguir la nube; debemos esperar *siempre*; esperar *solamente* en Dios. No podemos decir: "iremos allá o acullá; haremos

* La palabra griega para hombre es (anthropos); significa un ser cuya cara está vuelta hacia arriba.

esto o lo otro mañana o la semana que viene". Todos nuestros movimientos deben ser colocados bajo la salvaguardia reguladora de esta frase importante, "si el Señor quiere", frase que tan a menudo ¡ay! escribimos o proferimos con ligereza.

¡Ah! si pudiésemos comprender mejor todo esto! ¡Pluguiese a Dios que conociéramos más exactamente el sentido de la dirección divina! ¡Cuán a menudo nos imaginamos con harta ligereza y nos afirmamos en la seguridad de que la nube marcha en la dirección misma que va de acuerdo con nuestras inclinaciones! ¿Queremos hacer algo, o seguir cierta ruta? Entonces procuramos convencernos que nuestra voluntad es la de Dios. De tal manera, en vez de ser guiados por Dios, nos engañamos a nosotros mismos. Nuestra voluntad no está quebrantada, y por lo tanto no podemos ser dirigidos rectamente; pues el secreto para ser guiados rectamente, guiados por Dios, es tener nuestra voluntad completamente sumisa. "Encaminará a los mansos su *carrera*" (Sal. 25: 9). Y además: "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar: sobre ti fijaré mis ojos". Y sobre todo, pesemos bien esta advertencia: "No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento: con cabestro y con freno su boca ha de ser reprimida, para que no lleguen a ti" (Sal. 32: 8 y 9). Si nuestro rostro está vuelto hacia arriba para fijarnos en el movimiento del "ojo" de Dios, no tendremos necesidad alguna de "cabestro y de freno". Pero precisamente en esto es en lo que faltamos lamentablemente. No vivimos lo bastante cerca de Dios para distinguir el movimiento de sus ojos. Nuestra *voluntad* está en acción. Queremos seguir nuestros caminos; de ahí viene que tengamos por cosecha tan amargos frutos. Eso fue lo que le aconteció a Jonás. Se le había ordenado ir a Nínive, pero él quiso ir a Tarsis; y las circunstancias parecían favorecerle, la providencia parecía indicarle la dirección misma que su voluntad había escogido. Mas ¡ay! se encontró en el vientre de la ballena, sí, en el mismo "seno de Seol", donde las "algas envolvieron su cabeza". Allí conoció la amargura de seguir su voluntad. Hubo de ser instruido en las profundidades del Océano, acerca del verdadero sentido del "cabestro

y de la brida" por no haber querido seguir la dirección más dulce del "ojo".

¡Pero nuestro Dios es tan misericordioso, tan tierno, tan paciente! El quiere enseñar y guiar a sus pobres hijos débiles y extraviados. El no ahorra ninguna molestia cuando trata de obrar en favor nuestro. Se ocupa continuamente de nosotros, a fin de que seamos guardados de nuestros propios caminos, llenos de espinas y de zarzas, y que andemos en sus caminos, que son agradables y en sus senderos, que son paz (Prov. 3: 17).

Nada hay en el mundo más intensamente bendecido que el llevar una vida de dependencia habitual de Dios; que el depender de El a cada momento. Tener todos los recursos en El, tal es el verdadero secreto de la paz y de una santa independencia de la criatura. El alma que puede decir en verdad: "Todos mis recursos están en El" está levantada por encima de toda confianza en la criatura, por encima de las esperanzas humanas y de toda confianza terrestre. No es que Dios no se sirva de las criaturas de mil maneras para ayudarnos. No queremos en absoluto decir tal cosa. El emplea sus criaturas; pero si nosotros *nos apoyamos* sobre ellas en lugar de sobre El, pronto experimentaremos en nuestras almas la aridez y la esterilidad. Hay una inmensa diferencia entre el empleo que Dios hace de la criatura para bendecirnos y nuestro apoyo en la criatura excluyendo a Dios. En un caso somos bendecidos y Dios es glorificado; en el otro somos chasqueados y Dios no es honrado.

Es conveniente que el alma considere seriamente esta distinción. Creemos que es constantemente descuidada. A menudo nos imaginamos que nos apoyamos en Dios y que estamos mirándole, mientras que, en realidad, si quisiéramos ir derechamente al fondo de las cosas, y juzgarnos en presencia de Dios, encontraríamos en nosotros una espantosa cantidad de levadura de confianza en la criatura. Cuantas veces hablamos de vivir por la fe, y de confiarnos sólo a Dios, cuando, si sondeamos las profundidades de nuestro corazón encontramos allí una abundante medida de dependencia en las circunstancias, en

consideraciones de causas secundarias y tantos otros sentimientos análogos.

Lector cristiano; pensemos atentamente en ello; vigilemos para que nuestras miradas se fijen en el solo Dios viviente y no sobre el hombre, cuyo aliento está en sus narices. Atendamos a El, atendamos pacientemente, constantemente. Si carecemos de algo, sea lo que fuere, dirijámonos directa y simplemente a El. ¿Sentimos la necesidad de discernir nuestro camino, para saber a qué lado debemos volvernos, qué senda debemos seguir? Acordémonos que El ha dicho: "Yo soy el camino"; sigámosle. El lo transformará todo en claro, luminoso y cierto. No puede haber tinieblas, ni perplejidad ni incertidumbre si le seguimos; pues El ha dicho, y tenemos obligación de creerle: "El que me sigue, no andará en tinieblas". Por lo que si estamos en tinieblas, es seguro que no le seguimos. Ningunas tinieblas pueden jamás asentarse sobre este sendero bendito por el cual Dios conduce a aquellos que procuran seguir a Jesús con ánimo sencillo.

El que escudriña estas líneas pudiera decir, o por lo menos pudiera sentirse inclinado a decir "A pesar de todo estoy titubeando en cuanto al camino que he de seguir. No sé realmente qué senda seguir". Si fuese ese el lenguaje del lector, le propondríamos esa sola pregunta: "¿Sigues a Jesús? Si lo haces no puedes titubear. ¿Sigues la nube? Si es así, tu camino está tan claramente trazado como Dios puede trazarlo". Es aquí donde está la clave de toda la dificultad. El titubeo o la incertidumbre es a menudo fruto del trabajo de la *voluntad*. Nos vemos arrastrados a hacer lo que en ninguna manera quiere Dios que hagamos, o ir a donde no quiere que vayamos. Oramos a El respecto al caso, y no recibimos respuesta. ¿De dónde viene esto? Del simple hecho de que Dios quiere que permanezcamos tranquilos, que nos quedemos precisamente en el sitio donde estamos. Por esto en vez de atormentar el espíritu y azorarnos acerca de lo que debíamos hacer, esperemos sencillamente en Dios.

He aquí el secreto de la paz y de una feliz comunión. Si algún israelita, en el desierto, se hubiese empeñado en hacer

algún movimiento independientemente de Jehová; si se le hubiese ocurrido marchar cuando la nube estaba en reposo, o de detenerse estando aún la nube en marcha, fácilmente se nos alcanzará cuál hubiese sido el resultado. Pues otro tanto sucederá siempre con nosotros. Si marchamos cuando debiéramos permanecer en reposo, o si nos echamos a descansar cuando debiéramos estar en marcha, no tendremos con nosotros la presencia de Dios. "Al dicho de Jehová asentaban, y al dicho de Jehová partían". Permanecían en perfecta atención a Dios, situación de las más benditas que uno puede ocupar; pero es necesario ocuparla antes de saborear la bendición. Es una realidad para ser conocida y no una teoría de lo que hablamos. ¡Que nos sea dado probarla a lo largo de nuestro viaje!

Capítulo 10

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Hazte dos trompetas de plata; de obra de martillo las harás, las cuales te servirán para convocar la congregación, y para hacer mover el campo. Y cuando las tocaren, toda la congregación se juntará a ti a la puerta del tabernáculo del testimonio. Mas cuando tocaren sólo la una, entonces se congregarán a ti los príncipes, las cabezas de los millares de Israel. Y cuando tocareis alarma, entonces moverán el campo de los que están alojados al oriente. Y cuando tocareis alarma la segunda vez, entonces moverán el campo de los que están alojados al mediodía: alarma tocarán a sus partidas. Empero cuando hubiereis de juntar la congregación, tocaréis, mas no con sonido de alarma. Y los hijos de Aarón, los sacerdotes, tocarán las trompetas; y las tendréis por estatuto perpetuo por vuestras generaciones. Y cuando viniereis a la guerra en vuestra tierra contra el enemigo que os molestaré, tocaréis alarma con las trompetas; y seréis en memoria delante de Jehová vuestro Dios, y seréis salvos de vuestros enemigos. Y en el día de vuestra alegría, y en vuestras solemnidades, y en los principios de vuestros meses, tocaréis las trompetas sobre vuestros holocaustos, y sobre los sacrificios de vuestras paces, y os serán por memoria delante de vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios” (versículos 1-10).

Hemos copiado entero todo ese interesante pasaje a fin de que el lector tuviera ante sí, en el propio lenguaje de la inspiración, ordenanza de las trompetas de plata. Viene muy oportunamente inmediatamente después de la instrucción sobre el movimiento de la nube, y se enlaza de una manera bien marcada a la historia entera de Israel, no solamente en el pasado, sino también en el porvenir. El sonido de la trompeta

era familiar a los oídos de los circuncisos. Era la comunicación del pensamiento de Dios, bajo una forma distinta y bastante sencilla para ser comprendida por todo miembro de la congregación por alejado que estuviese del lugar de donde emanaba el testimonio. Dios lo había dispuesto de suerte que cada uno de aquella inmensa asamblea, aunque estuviese alejado, pudiese oír los sonidos argentinos de la trompeta del testimonio.

Cada trompeta debía ser hecha de *una sola pieza* y servían a un doble propósito. En otras palabras, la fuente del testimonio era una, aunque el objeto y resultado práctico fuesen variados. Todo movimiento en el campo debía ser consecuencia del toque de la trompeta. ¿Debía reunirse la asamblea para adorar y regocijarse en un día de fiesta? Esto se hacía por medio de cierto son de la trompeta. ¿Debían juntarse las tribus en orden de batalla? También esto se verificaba al son de trompeta. En una palabra: la reunión solemne y la masa guerrera, los instrumentos de música y las armas de guerra, todo, todo estaba regulado por la trompeta de plata. Un movimiento cualquiera, fuese de fiesta, fuese religioso, fuese guerrero, que no fuese el resultado de aquel sonido característico, debía proceder de una voluntad inquieta o insumisa, que Jehová no podría sancionar en modo alguno. El ejército de peregrinos en el desierto dependía tanto de los sonos de la trompeta como de los movimientos de la nube. El testimonio de Dios, comunicado de esta manera particular debía dirigir todo movimiento de los mil millares de Israel.

Además, pertenecía a los hijos de Aarón, a los sacerdotes, el tocar las trompetas, ya que el pensamiento de Dios no podía ser conocido y comunicado más que por la proximidad y la comunión sacerdotales. Era el privilegio elevado y santo de la familia del sacerdote agruparse alrededor del santuario de Dios, para observar el primer movimiento de la nube y hacerlo saber hasta los confines del campamento. Debían producir cierto sonido, y cada miembro de la tropa militante debía igualmente obedecerlo pronto e implícitamente. Hubiese sido una rebelión positiva tanto de parte del que hubiese intentado ponerse en marcha sin haberse dado la consigna, como de

parte del que hubiese rehusado marchar una vez dada esa consigna. Marchar sin el testimonio, hubiese sido *marchar entre tinieblas*; oponerse a marchar después de dado el testimonio, hubiese sido *quedarse en las tinieblas*.

Esto es sumamente sencillo, profundamente práctico, y ninguna dificultad ofrece en cuanto a su alcance y a su aplicación en el caso de la asamblea en el desierto. Pero recordemos que todas estas cosas eran un símbolo; y que además están escritas para nuestra instrucción. Estamos, por lo tanto, obligados seriamente a mirarlas de cerca; somos imperativamente llamados a buscar y recoger la gran lección práctica contenida en la ordenanza bella de la trompeta de plata. Nada pudiera ser más oportuno en el momento actual. Contiene una lección a la cual el lector cristiano debiera prestar la mayor atención. Muestra de la manera más clara que el pueblo de Dios debe depender enteramente del testimonio divino y someterse a él enteramente en todos sus movimientos. Un niño puede descubrir este sentido en el tipo que tenemos delante. La congregación en el desierto no se atrevía a reunirse para una fiesta o para un fin religioso sin antes haber oído el sonido de la trompeta; y los hombres de guerra no podían revestirse de su armadura sin antes ser llamados, por la señal de alarma, a marchar contra el enemigo incircunciso. Adoraban y combatían, viajaban y hacían alto en obediencia a la voz de la trompeta. No se trataba en modo alguno de sus gustos o de sus repugnancias, de sus pensamientos, de sus opiniones o de su parecer. Era pura y exclusivamente una cuestión de obediencia implícita. Cada uno de sus movimientos dependía del testimonio de Dios, dado desde el santuario por los sacerdotes. El canto del adorador como el grito del combatiente eran por igual el simple fruto del testimonio de Dios.

¡Qué bello! ¡Qué sorprendente! ¡Qué instructivo! Y, añádamos; ¡cuán práctico! ¿Por qué nos detenemos en ello? Porque creemos firmemente que hay en ello para nosotros una lección útil, sobre todo en los días en que vivimos. Si a la hora actual hay un rasgo más característico que otro cualquiera, es él de la insumisión a la autoridad divina, la resistencia positiva a

la verdad siendo así que ella pide entera obediencia y el renunciamiento de sí mismo. Todo va bien en tanto que es la verdad que expone con una plenitud y una claridad divinas, *nuestro perdón, nuestra aceptación, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra eterna seguridad en Cristo*. Se oirá esto con complacencia. Pero en cuanto se trata de los derechos y de la autoridad de Aquel que dio su vida para salvarnos de las llamas del infierno e introducirnos en los goces eternos del cielo, surge toda clase de dificultades, se levanta toda suerte de razonamientos y cuestiones; nubes de prejuicios se amontonan sobre el alma y oscurecen el entendimiento. El filo de la verdad está embotado o soslayado de mil maneras. No hay *expectación* al sonido de la trompeta, y cuando resuena con sonido tan claro como Dios puede producir, no hay respuesta a su llamamiento. Andamos cuando debíamos pararnos, y nos paramos cuando debíamos andar.

Lector, ¿cuál ha de ser la consecuencia de esto? O falta absoluta de progreso, o se progresa en mala dirección, lo cual es aun peor. Es enteramente imposible que podamos progresar en la vida divina, si no nos abandonamos sin reserva a la palabra del Señor. Podemos ser salvos por la rica abundancia de la misericordia divina y por las virtudes expiatorias de la sangre del Salvador; pero ¿nos contentaremos de ser salvados por Cristo, sin buscar, en algún modo, andar con El y vivir para El? ¿Aceptaremos la salud por la obra que cumplió sin suspirar por una más profunda intimidad de comunión con El y una más completa sumisión a su autoridad en todas las cosas? ¿Qué le hubiera pasado a Israel en el desierto si hubiese rehusado estar atento al sonido de la trompeta? Podemos verlo con una ojeada. Si, por ejemplo, se hubiese permitido, en un momento dado, de reunirse con motivo de unos regocijos o con un fin religioso sin el llamamiento divinamente establecido ¿qué hubiera ocurrido? O más aun; si hubiesen decidido por sí mismos avanzar o salir a guerrear, antes que la trompeta hubiese tocado alarma, ¿qué hubiera pasado? O, finalmente; si hubiesen rehusado obedecer cuando eran llamados, por el sonido de la trompeta, fuera a una asamblea solemne, fuera a avanzar, fuera a la lucha ¿qué habría acontecido?

La respuesta es clara como la luz del día. Meditémosla. Contiene una enseñanza para nosotros. Apliquemos a ella nuestros corazones. La trompeta de plata determinaba y ordenaba todo movimiento del Israel antiguo. El testimonio de Dios debiera determinarlo y ordenarlo todo en la Iglesia de Dios ahora. Eran los sacerdotes de la antigua alianza que tocaban la trompeta de plata. Ese testimonio de Dios es conocido ahora en la comunión sacerdotal. Un cristiano no tiene el derecho de marchar o de obrar aparte del testimonio divino. Debe aguardar la palabra del Señor; y hasta tanto no la conozca debe permanecer quieto. Cuando la ha recibido debe *avanzar*. Dios puede comunicar y comunica su pensamiento a su pueblo militante, ahora, tan claramente como antes a su antiguo pueblo. Sin duda no es ahora mediante el sonido de una trompeta o por el movimiento de una nube, sino por su Palabra y por su Espíritu. No es por algo que impresiona a los sentidos que nuestro padre nos guía, sino por lo que obra sobre el corazón, sobre la conciencia y sobre el entendimiento. No es por lo que es de la naturaleza, sino por lo que es del Espíritu que nos comunica su pensamiento.

Pero estemos seguros de esto; que nuestro Dios puede dar, y da, a nuestros corazones la plena certeza en cuanto a lo que debemos y a lo que no debemos hacer, en cuanto a los sitios a donde podemos y a donde no podemos ir. Parece extraño que nos veamos obligados a insistir sobre ello, extraño que un cristiano pueda dudar de ello y aun más extraño que pueda negarlo. Y no obstante es así. Estamos a menudo sumidos en la duda y en la perplejidad; y hay cristianos que están dispuestos a negar que puedan tenerse la certeza en cuanto a los detalles de la vida y de las acciones diarias. Eso es enteramente falso. ¿No puede un padre comunicar su pensamiento a su hijo, en lo tocante a los más minuciosos detalles de su conducta? ¿Quién negará esto? Y nuestro Padre celestial ¿no puede revelarnos su pensamiento en todos los incidentes de la vida diaria? Sin duda alguna, lo puede; que el lector cristiano no se deje, pues, despojar del santo privilegio que tiene de conocer el

pensamiento de su Padre relativamente a toda circunstancia de su vida diaria.

¿Debemos suponer, por un momento, que la Iglesia de Dios esté menos favorecida en cuanto a dirección que el campamento en el desierto? ¡Imposible! ¿Cómo es, pues, que a menudo se ve a cristianos en perplejidad en cuanto a su marcha? Esto debe proceder de que no se tiene un oído atento para oír el sonido de la trompeta de plata, y una voluntad sumisa para contestar a su llamamiento. Podrá decirse, no obstante, que no debemos esperar oír una voz del cielo, impeliéndonos a hacer tal o cual cosa o de ir aquí o allá; ni de encontrar siempre un texto formal de la Escritura para guiarnos en los menores detalles de nuestra vida diaria. ¿Cómo podrá uno saber, por ejemplo, si ha de ir a una ciudad determinada y permanecer en ella algún tiempo? Responderemos; si el oído está atento oírás seguramente la trompeta de plata. Antes de que ella haya tocado, no te muevas; cuando ella haya sonado no te detengas. He aquí lo que lo vuelve todo claro, sencillo, seguro y cierto. Es el gran remedio para la duda, la incertidumbre, la irresolución. Esto nos evitará la molestia de andar de un lado a otro en busca de consejos de toda clase. Además, esto nos enseñará que no es incumbencia nuestra el querer dirigir las acciones o los movimientos de nuestros hermanos. Si todos tenemos el oído despierto y el corazón sumiso, seremos guiados con toda certeza día tras día por el Señor. Nuestro Dios puede iluminarnos sobre todas las cosas. Si El no lo hace, nadie podrá hacerlo. Si El lo hace, no tenemos necesidad de nadie más.

Basta lo dicho sobre la bella institución de las trompetas de plata, tema en el que no proseguiremos, aunque su aplicación no se limita, según ya dijimos, a Israel en el desierto, sino que se enlaza a su historia entera hasta el fin. Así es que tenemos la fiesta de las trompetas, la trompeta del jubileo, el sonido de las trompetas para el sacrificio, cosas en las que no nos detendremos ya que deseamos ante todo llamar la atención del lector sobre el magnífico pensamiento contenido al principio de nuestro capítulo. Que el Espíritu Santo grabe en nuestros corazones la importante lección de las "trompetas de plata".

Hémos aquí llegados ya, en nuestro estudio sobre este precioso libro, al momento en que el campo era llamado a ponerse en marcha. Todo había sido perfectamente organizado según el "mandato de Jehová". Cada individuo siguiendo a su familia y cada tribu siguiendo su bandera, estaban en el sitio que Dios les había asignado. Los Levitas estaban en su puesto, cada cual a punto de hacer su particular trabajo. Habíase provisto abundantemente a la purificación del campo de toda clase de impurezas, y no sólo esto sino que la bandera de la santidad personal había sido alzada y los frutos de una activa caridad habíanse ofrecido. A menudo tenemos el candelero de oro y sus siete lámparas dando su luz pura y preciosa. Tenemos la columna de nube y de fuego, y por fin el doble testimonio de la trompeta de plata. En fin, que nada le falta al pueblo-peregrino. Un ojo vigilante, una mano poderosa y un corazón lleno de amor habían previsto todas las eventualidades posibles a fin de que la asamblea entera y cada miembro de la misma en particular estuviesen "abundantemente provistos."

No era posible esperar menos. Si Dios toma a su cargo proveer a las necesidades de un individuo o de un pueblo, lo hace de una manera perfecta. Es imposible que Dios pueda olvidar cosa alguna. El lo conoce y lo puede todo. Nada podría escapar a su ojo vigilante; nada es imposible a su mano poderosa. Por consiguiente, todos los que pueden decir en verdad: "Jehová es mi pastor", pueden añadir sin titubear y sin reserva: "nada me faltará". El alma que se apoya realmente en el brazo del Dios vivo, no carecerá de nada de cuanto sea verdaderamente bueno para ella. Nuestro pobre corazón insensato pueden crearse mil necesidades imaginarias, pero Dios sabe todo lo que necesitamos en realidad, y El proveerá todo.

Así, pues, el campamento está a punto de partir, pero cosa extraña, ved aquí una desviación de la orden prescrita al principio del libro. El arca de la alianza, en vez de estar en medio del campamento se la ve a la cabeza. En otras palabras, Jehová, en vez de quedar en el centro del campo para ser servido, condesciende realmente, en su gracia maravillosa e ilimitada, a desempeñar para su pueblo el papel de vanguardia.

Pero veamos a qué fue debido ese tierno despliegue de gracia. "Entonces dijo Moisés a Hobab, hijo de Ragüel, Madianita, su suegro. Nosotros nos partimos para el lugar del cual Jehová ha dicho: Yo os lo daré; ven con nosotros y te haremos bien; porque Jehová ha hablado bien respecto a Israel. Y él le respondió: Yo no iré, sino que me marcharé a mi tierra y a mi parentela. Y él le dijo: Ruégote que no nos dejes, porque tú sabes nuestros alojamientos en el desierto, y nos serás en lugar de ojos (versículos 29-31).

Si no conociéramos la tendencia de nuestros corazones a apoyarse en la criatura más bien que en Dios, pudiéramos admirarnos de lo que precede. Y preguntaríamos: ¿Por qué Moisés necesitaba de los ojos de Hobab? ¿No era Jehová suficiente? ¿No conocía el desierto? ¿Hubiera permitido que se extraviasen? ¿De qué les servían la nube y la trompeta de plata? ¿No valían más que los ojos de Hobab? ¿Por qué, pues, Moisés buscaba el auxilio humano? ¡Ah! Comprendemos perfectamente la razón de ello. Todos sabemos, para pena y perjuicio nuestros, la tendencia a apoyarnos en cosas que nuestros ojos pueden ver. No nos agrada mantenernos en el terreno de la absoluta dependencia de Dios para cada paso del viaje. Encontramos dificultad en apoyarnos en un brazo invisible. Un Hobab al que podemos ver nos inspira más confianza que el Dios vivo al cual no podemos ver. Andamos con más soltura y satisfacción, cuando contamos con el apoyo y la presencia de algún pobre mortal como nosotros; pero titubeamos; nos turbamos y perdemos ánimo cuando somos llamados a marchar por la simple fe en Dios.

Esta afirmación puede parecer fuerte; pero se trata de saber si es verdadera. ¿Habrá algún cristiano que al leer estas líneas no reconozca con franqueza que es así? Todos estamos inclinados a apoyarnos en el brazo de la carne; y esto a pesar de los mil ejemplos de la locura de obrar de este modo. Hemos comprobado en un gran número de circunstancias la vanidad de toda confianza en la criatura, y sin embargo *queremos* confiar en ella. Por otra parte hemos comprobado muchas veces la realidad del apoyo que se encuentra en la palabra y en el brazo del

Dios vivo. Hemos visto que jamás nos ha faltado, que jamás nos ha engañado; que El siempre ha obrado abundantemente aun más allá de lo que pedimos o pensamos; y, sin embargo, estamos prontos a apoyarnos en una caña cascada y a recurrir a cisternas agrietadas.

Tales somos nosotros, pero, bendito sea Dios, su gracia abunda para nosotros, como abundó para Israel en la circunstancia a la cual venimos refiriéndonos. Si Moisés mira a Hobab para ser guiado, Jehová enseñará a su siervo que El es enteramente suficiente como guía. "Así partieron del monte de Jehová camino de tres días; y el arca de la alianza de Jehová fue delante de ellos camino de tres días, buscándoles lugar de descanso" (versículo 33).

¡Qué rica, qué preciosa gracia! En vez de buscar ellos un lugar de reposo para El, El es quien anda buscando lugar para ellos. ¡Qué pensamiento! El Dios fuerte, el Criador de los confines de la tierra, yendo a través del desierto para encontrar un sitio para acampar convenientemente a un pueblo, que estaba siempre pronto a desviarse del camino, a murmurar y a rebelarse contra El.

Tal es nuestro Dios, siempre "paciente, misericordioso, poderoso, santo"; colocándose siempre, en la magnificencia de su gracia, por encima de nuestra incredulidad y de nuestras caídas, y mostrándose superior, en su amor, a todas las barreras que nuestra infidelidad quisiera establecer. Demostró claramente a Moisés y a Israel que era, como guía, muy preferible a diez mil como Hobab. No se nos dice en dicha cita si Hobab se marchó o no. Rehusó el primer llamamiento y quizá también el segundo. Pero se nos dice que Jehová fue con ellos. "La nube de Jehová iba sobre ellos de día, cuando partían de su campamento". ¡Abrigo precioso en el desierto! ¡Recurso inagotable y bendito en todas las ocasiones! Iba delante de su pueblo para buscarle un lugar de reposo; y cuando encuentra uno que responde a sus necesidades, hace alto con ellos, extendiendo sobre ellos su ala protectora para guardarlos de todo enemigo. "Hallólos en tierra de desierto, y en desierto horrible y yermo; trájolo alrededor, instruyólo, guardólo como la niña

de su ojo. Como el águila despierta su nidada, revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas, los toma, los lleva sobre sus plumas, Jehová sólo le guió, que no hubo con él dios ajeno" (Deut. 32:10-12). "Extendió una nube por cubierta, y fuego para alumbrar la noche" (Sal. 105:39).

Así el había sido proveído de todo según la sabiduría, la potencia y la bondad de Dios. Nada faltaba ni podía faltar, ya que el mismo Dios estaba allí: "Y fue, que en moviendo el arca, Moisés decía: Levántate, Jehová, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen. Y cuando ella asentaba, decía: Vuelve, Jehová, a los millares de millares de Israel" (versículos 35-36).

Capítulo 11

Hasta aquí, en el estudio de este libro, nos hemos ocupado de la manera con que Dios dirigía a su pueblo en el desierto y proveía a sus necesidades. Hemos recorrido los diez primeros capítulos, y en ellos hemos visto las pruebas de la sabiduría, de la bondad y de la providencia de Jehová, el Dios de Israel.

Pero ahora llegamos a un punto en el que sombrías nubes se amontonan alrededor de nosotros. Hasta aquí, Dios y su obra han estado ante nosotros; ahora somos llamados a contemplar al hombre y sus miserables caminos. Esto es siempre triste y humillante. El hombre es el mismo en todas partes. En Edén, en un mundo restaurado, en el desierto, en el país de Canaán, en la Iglesia, en el Milenio; y está demostrado que el hombre está en un estado de depravación total. Así, en los dos primeros capítulos de Génesis, vemos a Dios obrando como Creador: todo está hecho y arreglado con perfección divina: el hombre está colocado en esta escena para gozar de los frutos de la sabiduría, de la bondad y de la potencia de Dios. Pero en el capítulo 3, todo ha cambiado. En cuanto el hombre obra, es para desobedecer e introducir la ruina y la desolación. Así, después del diluvio, en que la tierra pasó por aquel profundo y terrible bautismo, y en que el hombre vuelve a ocupar su puesto, se muestra tal cual es, y da pruebas de que lejos de poder someter y gobernar la tierra, no puede ni siquiera gobernarse a sí mismo (Gén. 9). Apenas Israel fue sacado de Egipto cuando hizo el becerro de oro. El sacerdocio apenas se había establecido cuando los hijos de Aarón ofrecieron un fuego extraño. En cuanto Saúl es elegido rey, se muestra voluntarioso y desobediente.

Este mismo hecho lo vemos reproducirse en cuanto abrimos

el Nuevo Testamento. En cuanto acaba de fundarse la Iglesia y se la dota con los dones de Pentecostés, oímos ya tristes palabras de murmuración y de descontento. En una palabra, desde el principio al fin, en toda época y en todo lugar, la historia del hombre está manchada de pecado. No hay ni una sola excepción desde Edén hasta el fin del día milenarío.

Es muy útil ponderar bien este hecho grave y solemne, para que sea grabado en lo más íntimo de nuestros corazones. Es eminentemente propio para corregir toda falsa idea sobre el verdadero carácter y condición del hombre. Es conveniente recordar que el terrible juicio que llenó de terror el corazón del voluptuoso rey de Babilonia ha sido, en realidad, pronunciado sobre toda la raza humana y contra cada individuo hijo o hija de Adán caído: "*Has sido pesado en balanza y has sido hallado falto de peso*". Lector, ¿has aceptado plenamente esta sentencia contra ti mismo? Es una pregunta muy seria. Nos sentimos constreñidos a insistir en ella. Di, lector, ¿eres uno de los hijos de la Sabiduría? ¿Justificas a Dios y te condenas a ti mismo? ¿Te reconoces pecador, perdido por ti mismo, culpable y merecedor del infierno? Si es así, Cristo es tuyo. El murió para quitar el pecado, y para llevar tus numerosos pecados. Confía en El: todo lo que El es y todo lo que posee será tuyo. El es tu sabiduría, tu justicia, tu santidad y tu redención. Todos los que creen simplemente y de corazón en Jesús, han salido completamente del antiguo terreno del pecado y de la condenación; y a los ojos de Dios, están sobre el nuevo terreno de la vida eterna y de la justicia divina. Son aceptados en el Cristo resucitado y victorioso. "Como El es, así somos nosotros en este mundo" (1 Juan 4: 17).

Suplicamos al lector que no se entregue al reposo antes de que esta cuestión tan importante, no sea clara y enteramente resuelta en la luz de la palabra y en presencia de Dios. Deseamos que el Espíritu Santo obre sobre el corazón y la conciencia del lector inconvertido e indeciso, y le conduzca a los pies del Salvador.

Vamos, ahora, a continuar la lectura de nuestro capítulo.

“Y aconteció que el pueblo se quejó a oídos de Jehová: y oyólo Jehová, y enardeciose su furor, y encendiose en ellos fuego de Jehová, y consumió el un cabo del campo. Entonces el pueblo dio voces a Moisés, y Moisés oró a Jehová, y soterróse el fuego. Y llamó a aquel lugar Taberah, porque el fuego de Jehová se encendió en ellos. Y el vulgo que había en medio, tuvo un vivo deseo, y volvieron, y aun lloraron los hijos de Israel, y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los cohombros, y de los melones y de los puerros, y de las cebollas, y de los ajos. Y ahora nuestra alma se seca, que nada sino maná ven nuestros ojos” (versículos 1-6).

Aquí queda al descubierto el pobre corazón humano. Sus gustos y sus tendencias aparecen en toda su desnudez. El pueblo suspiraba por la tierra de Egipto y codiciaba sus frutos y su carne. No dicen nada de los golpes de los capataces, ni de la fatiga en los hornos de ladrillos. Hay un completo silencio sobre esas cosas. Sólo recuerdan los recursos con los cuales Egipto había satisfecho los apetitos de su carne.

¡Cuán a menudo sucede lo mismo con nosotros! Una vez el corazón pierde algo de lo que proporciona la vida divina, cuando las cosas celestiales empiezan a perder su dulzura para nosotros; cuando mengua el primer amor, cuando Cristo ya no es para el alma lo más precioso de todo, cuando la palabra de Dios y la oración pierden su encanto y se convierten en un deber fastidioso y maquinal, entonces las miradas se dirigen hacia el mundo, luego el corazón sigue a las miradas, y al fin los pies siguen al corazón. En tales momentos olvidamos lo que el mundo fue para nosotros, cuando estábamos en él y formábamos parte del mismo, olvidamos qué esclavitud y qué fatigas, qué miseria y degradación habíamos encontrado en la esclavitud del pecado y en el servicio de Satán; no pensamos sino en el desembarazo de vernos libres de los penosos ejercicios, de los conflictos y de las ansiedades que se hallan en el sendero del pueblo de Dios en el desierto.

Todo esto es muy triste y debiera conducir al alma al más profundo juicio de sí misma. Es espantoso el estado de los

que después de haber comenzado a seguir al Señor, se cansan del camino y de las cosas de Dios. ¡Cuán terriblemente debieron resonar en oídos de Jehová, las palabras: “Y ahora nuestra alma se seca, que nada sino maná ven nuestros ojos!” ¡Ah! Israel ¿qué te faltaba, pues? ¿Ese alimento celestial no era acaso suficiente para ti? ¿No podías vivir de lo que la mano de tu Dios te proporcionaba?

Y nosotros, ¿nos permitimos hacer preguntas semejantes? ¿Encontramos siempre *nuestro* maná celeste suficiente para nosotros? ¿Qué significa la pregunta a menudo expresada por los cristianos profesantes, sobre el bien o el mal que haya en tal o cual carrera, en tal o cual placer del mundo? ¿No hemos oído a veces aun en boca de personas que hacen profesión de creyentes palabras tales como las siguientes: “¿Cómo vamos a emplear el día de hoy? No podemos estar pensando siempre en Cristo y en las cosas del cielo; debemos tener un pequeño recreo”. Ese lenguaje, ¿no recuerda mucho al de Israel en este capítulo de Números? Sí; en verdad; y como es el lenguaje, tal es la conducta. En el hecho mismo de buscar otras cosas, demostramos que Cristo ¡ay! no basta a nuestros corazones. Cuán a menudo no descuidamos nuestra Biblia para leer largamente y con afán una literatura frívola e inútil. ¿Qué significan esos periódicos constantemente abiertos y la Biblia casi siempre cubierta de polvo? ¿Tales hechos no hablan lo bastante claro? ¿Qué es esto despreciar el maná para desear y comer los puerros y cebollas de Egipto?

Llamamos de una manera especial la atención del joven cristiano a lo que estamos ahora contemplando. Estamos profundamente impresionados con el sentimiento del peligro en que está de caer en el mismo pecado en que cayó Israel. Según se nos recuerda en este capítulo, no hay duda de que estamos todos en peligro; pero más especialmente lo están los jóvenes. Los de nosotros que hemos avanzado más en la vida no estamos tan fácilmente expuestos a ser arrastrados por los frívolos empeños del mundo, sus diversiones nocivas, como sus conciertos, sus cantos livianos y su literatura frívola y superficial. Pero el joven quiere tener un poco del mundo. Quiere probarlo

por sí mismo. No encuentra a Cristo como enteramente suficiente para el corazón. Necesita recreos.

¡Ay; qué pensamiento! Cuán triste es oír a un cristiano que dice: "Necesito algún recreo. ¿En qué voy a pasar todo el día? No puedo estar pensando siempre en Jesús". Quisiéramos preguntar a los que así hablan: ¿En qué emplearás la eternidad? ¿No será Cristo bastante para sus incontables siglos? ¿Necesitarás recreo allí? ¿Suspirarás allí por vana literatura, frívolos cantares y vanos halagos?

Se dirá sin duda: "Entonces seremos diferentes". Pero, ¿respecto de qué? Somos hechos participantes de la naturaleza divina, el Espíritu Santo mora en nosotros, tenemos a Cristo, somos celestes, hemos sido llevados a Dios. "Pero tenemos una mala naturaleza" se nos replicará. Bien; pero ¿habremos de alimentar a ella? ¿Es para eso por lo que deseamos los recreos? ¿Hemos de esforzarnos en ayudar a nuestra miserable carne, a nuestra corrompida naturaleza, a pasar el día? No, en ningún modo; somos llamados a negarla, a mortificarla, a considerarla como muerta. Tal es el recreo del cristiano. Tal es el modo en que el santo es llamado a emplear el día. ¿Cómo es posible que crezcamos en la vida divina si sólo nos preocupamos en procurarnos provisiones para la carne? Las viandas de Egipto no pueden alimentar la nueva naturaleza; y la gran cuestión para nosotros es: "¿cuál es, en realidad, la que pretendemos alimentar y fomentar, la nueva o la vieja naturaleza? Es obvio que la nueva naturaleza no puede nutrirse con los periódicos, cantares frívolos, y literatura insustancial; de allí que, si nos dedicamos, en la medida que fuere, a esto último, nuestras almas se marchitarán y desfallecerán.

Que se nos dé la gracia de pensar en estas cosas, y de pensar en ellas atentamente. Que podamos de tal modo andar en el Espíritu, que en Cristo hallemos siempre la satisfacción y goce de nuestros corazones. Si Israel, en el desierto, hubiese andado con Dios, jamás habría dicho: "Y ahora nuestra alma se seca, que nada sino maná ven nuestros ojos". Ese maná hubiese sido ampliamente suficiente para ellos; de igual modo nosotros: si en realidad andamos con Dios, en el desierto de este mundo,

nuestras almas se contentarán con la parte que El les conceda, y esta parte es un Cristo celestial. ¿Podrá jamás El faltar en satisfacernos? ¿No satisface El al corazón de Dios? ¿No llena El todos los cielos con su gloria? ¿No es El el tema continuo del canto de los ángeles y el objeto supremo de su adoración y de su culto? ¿No es El también el solo fin de los consejos y designios eternos? La historia de sus caminos ¿no se extiende a la eternidad?

¿Qué vamos a responder a todas esas preguntas? ¿Qué otra respuesta pudiéramos dar que no fuera un Sí sincero, sin reserva ni titubeo alguno? Pues bien; este Bienamado, en el profundo misterio de su persona, según la gloria moral de sus caminos, y según el brillo y la bondad de su carácter, ¿no basta a nuestros corazones? ¿Tenemos necesidad de algo más? ¿Necesitamos periódicos y otros escritos ligeros para colmar el vacío en nuestras almas? ¿Debemos volver la espalda a Cristo por una diversión o un concierto?

¡Ay! ¿Que es triste que debemos escribir esto? Sí, muy triste, pero muy necesario; y aquí nos dirigimos más formalmente al lector: ¿De veras hallas insuficiente a Cristo para satisfacer tu corazón? ¿Tienes necesidades a las cuales no pueda satisfacer plenamente? Si así fuera, estás en un alarmante estado de alma, te conviene examinar este asunto y examinarlo con toda detención. Inclina tu rostro ante Dios y júzgate a ti mismo. Derrama tu corazón ante El y díselo todo. Confiésale hasta qué punto has caído y te has extraviado, pues en realidad es así toda vez que él Cristo de Dios no te basta. Confiésalo todo a tu Dios y no descanses hasta no estar plena y gozosamente devuelto a la comunión de corazón con El en lo tocante al Hijo de su amor.

Pero debemos volver ya a nuestro capítulo, empezando por llamar la atención del lector sobre una frase llena de importantes advertencias para nosotros: "Y el vulgo [multitud mezclada] que había en medio del pueblo, tuvo un vivo deseo, y volvieron y aun lloraron los hijos de Israel". Nada hay más perjudicial a la causa de Cristo, y a las almas de su pueblo que la asociación con hombres de principios *mezclados*. La asociación con enemigos conocidos y declarados es menos peligroso. Satanás

lo sabe bien, ya que hace esfuerzo constante para llevar al pueblo de Dios a unirse con los que no tienen principios bien determinados; o, por otro lado, introducir falsos elementos, falsos profesantes, en medio de los que buscan en cierta medida a seguir una senda de separación del mundo. En el Nuevo Testamento tenemos frecuentes alusiones a este carácter especial del mal. Lo encontramos proféticamente en los Evangelios, e históricamente en los Hechos y en las Epístolas. Lo tenemos en la cizaña y la levadura en Mateo 13. Luego en el libro de los Hechos encontramos personas que se relacionaban con la asamblea y que eran como el "mezclado vulgo" citado en Números. Y, en fin, tenemos la alusión del apóstol a los elementos heterogéneos introducidos por el enemigo con el fin de corromper el testimonio y trastornar las almas del pueblo de Dios. Por esto el apóstol Pablo habla de los "falsos hermanos introducidos furtivamente" (Gál. 2: 4 V.M.). Judas habla también de ciertos hombres que "han entrado encubiertamente" (versículo 4).

De todo ello aprendemos que es necesidad urgente del pueblo de Dios el vigilar; y no solamente vigilar, sino también de estar en absoluta dependencia del Señor, el cual sólo puede preservar a su pueblo de la introducción de elementos extraños y de guardarlo de todo contacto con hombres de principios mezclados o de carácter dudoso. El "mezclado vulgo" tendrá seguramente un "vivo deseo" y el pueblo de Dios, en contacto con él, se hallará en inminente peligro de salir de su sencillez y de sentir fastidio del maná celestial. Lo que necesita es estar sencillamente resuelto de ser fiel a Cristo y de dedicarse enteramente a El mismo y a su causa. Cuando una reunión de creyentes es capaz de andar con los corazones unidos a Cristo sin compartirlos con otra cosa, y en marcada separación del presente siglo, será menos de temer que las personas de carácter equívoco procuren buscar sitio entre ellos; por más que, sin duda, Satán procurará siempre destruir el testimonio introduciendo hipócritas. Una vez introducidas, tales personas, por sus malos caminos, atraen el oprobio sobre el nombre del Señor. Satanás sabía muy bien lo que hacía cuando empujó al

mezclado vulgo a juntarse con el pueblo de Israel. No fue inmediatamente que se manifestaron los efectos de esa mezcla. El pueblo había salido con brazo levantado, había atravesado el Mar Rojo, y había entonado junto a sus orillas el canto de triunfo. Todo parecía brillante y lleno de esperanza, pero el "mezclado vulgo" estaba allí, y la influencia de su presencia tuvo ocasión de manifestarse bien pronto.

Así ha sucedido siempre en la historia del pueblo de Dios. Podemos distinguir, en los grandes movimientos espirituales que se han producido de siglo en siglo, ciertos elementos de decadencia que, ocultos al principio por la abundante corriente de la gracia y de la *energía*, se mostraron en cuanto esa corriente empezó a menguar.

Tales cosas son muy graves; exigen una grande vigilancia, ya se apliquen a los individuos, ya a las asambleas. En los primeros momentos, en nuestros días de juventud, cuando el celo y el fervor nos caracterizan, la corriente abundante de la gracia mana de una manera tan bendita que muchas cosas pueden pasar sin ser juzgadas; y, no obstante, son, en realidad, semillas arrojadas al suelo por la mano del enemigo, y que a su tiempo germinarán y llevarán fruto. De ello se sigue que las asambleas de cristianos y estos mismos cristianos personalmente debieran estar siempre vigilantes, velando sin cesar para que el enemigo no consiga alguna ventaja en este terreno. Cuando el corazón es leal a Cristo, es seguro de que todo acabará bien. Nuestro Dios es misericordioso, y toma cuidado de nosotros y nos preserva de mil lazos. ¡Que podamos aprender a confiar en El y a glorificarle!

Pero tenemos otras lecciones que sacar de esta importante porción de la Palabra. No sólo debemos considerar la decadencia de toda la asamblea de Israel, sino que vemos a Moisés mismo titubear y sucumbir casi al peso de su responsabilidad. "Y dijo Moisés a Jehová: ¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿y por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Engendrélo yo, para que me digas: Llévalo en tu

seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra de la cual juraste a sus padres? ¿De dónde tengo yo carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran a mí, diciendo: Danos carne que comamos. No puedo yo sólo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos, y que yo no vea mi mal" versículos 11-15).

He aquí un lenguaje verdaderamente asombroso. Y no es que queramos agravar los defectos y debilidades de un servidor tan amado y tan abnegado como Moisés. Lejos de nosotros tal idea. Nos sentaría mal el comentar los actos y las palabras de aquel a propósito del cual el Espíritu Santo hizo la declaración que fue fiel sobre toda su casa (Heb. 3:2). Moisés, como todos los santos del Antiguo Testamento, ha tomado su lugar entre los "espíritus de los justos hechos perfectos" (Heb. 12:23), y toda alusión que de él se hace en el Nuevo Testamento tiende a honrarle y a designarlo como un vaso muy precioso.

Con todo, estamos obligados a meditar sobre la historia inspirada que tenemos ahora ante nuestros ojos, historia escrita por el mismo Moisés. Es verdad, es por fortuna verdad, que en el Nuevo Testamento no se comentan los defectos y las faltas del pueblo de Dios durante el tiempo de que nos habla el Antiguo Testamento; no obstante, este nos las relata con fiel exactitud, ¿y por qué? ¿No es para instrucción nuestra? Sin duda alguna. "Porque las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas; para que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza" (Rom. 15:4).

¿Qué debemos, pues, aprender de la notable explosión de abatimiento descrito en Números 11: 11-15? Por lo menos esto: que es el desierto el que hace manifiesta lo que se encuentra en el mejor de nosotros. Es allí donde mostramos lo que hay en nuestros corazones. Y como el libro de Números es expresamente el libro del desierto, es en él que pudiéramos esperar a encontrar toda clase de falta y de enfermedades enteramente al desnudo. El Espíritu de Dios inscribe fielmente en él todas

las cosas. Nos presenta a los hombres como son, y aunque sea un Moisés que "habla con ligereza con sus labios", esta misma ligereza está transcrita para servirnos de advertencia y de instrucción. Moisés "era un hombre que tenía las mismas pasiones que nosotros"; y es evidente que en esta parte de su historia que está ante nuestros ojos, su corazón sucumbe bajo el peso espantoso de sus responsabilidades.

Quizá se diga: "No es extraño que su corazón desfalleciese". Nada tiene de extraño; ciertamente su carga era pesada en demasía para hombros humanos. Pero la cuestión es esa otra: ¿era demasiado pesada para los hombros divinos? ¿Fue realmente Moisés llamado a llevar él solo esa carga? El Dios vivo ¿no estaba con él, y no le bastaba? ¿Qué podía importar que pluguiera a Dios obrar por medio de un solo hombre o por el diez mil? Todo el poder, toda la sabiduría, toda la gracia están con El. El es la fuente de toda bendición: por lo tanto, a juicio de la fe, no tiene ninguna importancia que haya un solo canal o que haya mil y uno.

Aquí podemos comprobar un bello principio moral aplicable a todos los servidores de Cristo: es muy necesario que recuerden que cuando el Señor coloca a un hombre en un puesto de responsabilidad, le vuelve capaz tanto de ocuparlo, como de mantenerle en él. Naturalmente que el caso es muy diferente cuando un hombre, sin ser llamado a un sitio tal, quiere lanzarse a un campo de trabajo o un sitio difícil y peligroso. En este último caso podemos con toda seguridad aguardar a que tarde o temprano vendrá un fracaso completo. Pero cuando Dios llama a un hombre a ocupar un sitio determinado, le colma de la gracia necesaria para ocupar ese sitio. No envía a nadie a la guerra a sus propias expensas, y por lo tanto, lo que nos cumple hacer es esperar en El para todo. No caeremos jamás si nos juntamos únicamente al Dios vivo. No nos atormentará la sed si bebemos en la fuente. Nuestros pequeños manantiales se secarán presto; pero nuestro Señor Jesucristo declara que: "El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre" (Juan 7:38).

Es una gran lección para el desierto. Sin ella no podemos dar un paso adelante. Si Moisés la hubiese plenamente comprendido, jamás hubiese proferido palabras tales como: "¿De dónde tengo yo carne para dar a todo este pueblo?" Hubiese fijado sólo en Dios sus ojos. Hubiese comprendido que él era sólo un instrumento en manos de Dios, cuyos recursos son ilimitados. Seguramente Moisés no hubiera podido proporcionar viveres a aquella inmensa muchedumbre, ni siquiera para un solo día. Pero Jehová puede suplir a las necesidades de todo cuanto vive, y puede hacerlo para siempre.

¿Creemos esto en realidad? ¿No sentimos alguna vez como si nos correspondiera a nosotros, y no a Dios, el proveer a nuestras necesidades? ¿Tiene algo de extraño, pues, que estemos abatidos, que titubeemos y que sucumbamos? En verdad Moisés tenía razón al decir: "No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía". No había más que un solo corazón que pudiera sobrellevar tan gran compañía, a saber; el corazón del Bien-amado que, cuando los israelitas se rendían de cansancio junto a los hornos de ladrillos de Egipto, descendió para librarlos, y que, una vez rescatados de mano de sus enemigos, había establecido su morada en medio de ellos. El podrá sobrellevarlos y únicamente El. Su corazón amante y su poderosa mano, eran por sí solos suficientes para tal tarea; y si Moisés hubiese conocido toda la potencia de esta verdad, no hubiera dicho, no pudiera decir: "Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos, y que yo no vea mi mal".

Este fue, con seguridad, un momento sombrío en la vida del ilustre servidor de Dios. Esto nos recuerda en algo al profeta Elías, cuando se echó al pie de un enebro y pidió a Jehová que le quitara la vida. ¡Qué maravilloso es el ver a estos dos hombres juntos en el monte de la transfiguración! Esto prueba de una manera notable que los pensamientos de Dios no son como nuestros pensamientos y que sus caminos no son nuestros caminos. Había cosas mejores para Moisés y para Elías que lo que estaba ante sus ojos. Bendito sea su nombre; él reduce al silencio nuestros temores por las riquezas de su

gracia; y cuando nuestros pobres corazones aguardan la muerte y la desdicha, El da la vida, la victoria y la gloria.

Sin embargo, no podemos pasar por alto que al retroceder ante un puesto de pesada responsabilidad, Moisés renunciaba a una dignidad suprema y a un santo privilegio. Esto parece muy evidente por el pasaje siguiente: "Entonces Jehová dijo a Moisés: Júntame setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo, y sus principales; y tráelos a la puerta del tabernáculo del testimonio, y esperen allí contigo. Y yo descenderé, y hablaré allí contigo; y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos, y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo (versículos 16 y 17).

Esa introducción de setenta hombres, ¿añadía alguna potencia a Moisés? Seguramente ninguna potencia espiritual, ya que, después de todo, no era otra cosa que el espíritu que estaba ya en Moisés. Eran, a la verdad, setenta hombres en vez de uno solo; pero el aumento de hombres no acarrea aumento alguno de potencia espiritual. Esta adición de hombres ahorra trabajos a Moisés, pero le restaba algo de su dignidad. En adelante sería un instrumento unido a otros, en vez de ser único. Podríamos decir que Moisés, servidor bendito como era, no deseaba dignidad ninguna para sí, sino que buscaba más bien una senda umbría, secreta y humilde. Sin duda; pero esto no afecta a la cuestión que estamos examinando. Moisés, como veremos pronto, era el hombre más manso de toda la tierra, y no queremos ni siquiera suponer que un simple hombre hubiese obrado mejor en sus circunstancias. Sin embargo, debemos procurar retener la gran lección práctica que este capítulo encierra de una manera tan admirable. El mejor de los hombres cae, y parece evidente que Moisés en esta ocasión no tenía la serenidad de la fe. Parece haber perdido, de momento, aquel perfecto equilibrio del alma, resultado a que llegan con certeza aquellos que sólo tienen al Dios vivo como centro de sus pensamientos. Y sacamos esta deducción no sólo del hecho de haber vacilado bajo el peso de su responsabilidad, sino también del estudio del párrafo siguiente:

“Empero dirás al pueblo: Santificaos para mañana, y comeréis carne: pues que habéis llorado en oídos de Jehová, diciendo: ¡Quién nos diera a comer carne! ¡Cierto mejor nos iba en Egipto! Jehová, pues, os dará carne y comeréis. No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días. Sino hasta un mes de tiempo, hasta que os salga por las narices, y os sea en aborrecimiento: por cuanto menospreciasteis a Jehová, que está en medio de vosotros, y llorasteis delante de El, diciendo: ¿Para qué salimos acá de Egipto? Entonces dijo Moisés: Seiscientos mil de a pie es el pueblo en medio del cual yo estoy; y tú dices: Les daré carne, y comerán el tiempo de un mes. ¿Se han de degollar para ellos ovejas y bueyes que les basten? ¿o se juntarán para ellos todos los peces de la mar para que tengan abasto? Entonces Jehová respondió a Moisés: ¿Hase acertado la mano de Jehová? Ahora verás si te sucede mi dicho o no (versículos 18-23).

En todo esto vemos el trabajo de aquel espíritu de incredulidad que tiende siempre a limitar al Santo de Israel. El Dios Todopoderoso, el Poseedor de los cielos y de la tierra, el Creador de los cabos de la tierra, ¿no podía proporcionar carne a seiscientos mil hombres de a pie? ¡Ah! es precisamente en esto que todos faltamos de un modo tan triste. No comprendemos como debiéramos esta verdad, que tenemos que entender con el Dios vivo. La fe introduce a Dios en escena y por lo tanto no conoce dificultad ninguna; se ríe de las imposibilidades. A juicio de la fe, Dios es la gran respuesta a toda cuestión, la gran solución de toda dificultad. Lo relaciona todo con Dios y en consecuencia nada le importa a la fe que se trate de seiscientos mil como que se tratara de seiscientos millones; sabe que Dios es del todo suficiente. Encuentra todos sus recursos en El. La incredulidad dice: “¿Cómo pueden ser tales o cuales cosas?” pero la fe tiene una sola y gran respuesta a diez mil preguntas y esta pregunta y esta respuesta es DIOS.

“Y salió Moisés, y dijo al pueblo las palabras de Jehová: y juntó los setenta varones de los ancianos del pueblo, e hizolos estar alrededor del tabernáculo. Entonces Jehová descendió en la nube, y hablóle; y tomó del espíritu que estaba en él, y

púsolo en los setenta varones ancianos: y fue que, cuando posó sobre ellos el espíritu, profetizaron, y no cesaron. (versículos 24 y 25).

El verdadero secreto de todo ministerio es la potencia espiritual. No es el genio, la inteligencia ni la energía del hombre, sino sencillamente la potencia del Espíritu de Dios. Esto era verdad en los días de Moisés y lo es aún hoy. “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4: 6). Es conveniente que todos los ministros lo recuerden siempre. Esto sostendrá su corazón y dará a su ministerio una continua eficacia. Un ministerio que fluye de una dependencia permanente del Espíritu Santo no puede jamás ser estéril. Si un hombre confía en sus propios recursos, pronto estará desprovisto de ellos. Pero poco importan sus talentos, o sus grandes conocimientos; si el Espíritu Santo no es la fuente y la potencia de su ministerio, éste perderá, tarde o temprano, su frescura y su eficacia.

¡Cuán importante es, pues, que todos los que sirven, sea en la predicación del Evangelio, sea en la Iglesia de Dios, se apoyen continua y exclusivamente en la potencia del Espíritu Santo! El sabe lo que las almas necesitan y puede subvenir a estas necesidades. Pero debe confiarse en él y emplearlo. No conviene apoyarse en parte en sí mismo y en parte en el Espíritu de Dios. Si existe la menor confianza propia, bien pronto se echará de ver. Debemos en realidad renunciar lo que pertenece al yo, si queremos ser vasos del Espíritu Santo.

Esto no quiere decir que no debe haber una santa diligencia y un santo ardor en el estudio de la Palabra de Dios, lo mismo que en el de los ejercicios, pruebas, luchas y variadas dificultades del alma. Estamos convencidos de que cuanto más absolutamente nos apoyamos en la grande potencia del Espíritu Santo, con el sentimiento de nuestra nulidad, tanto más estudiaremos con cuidado y con celo así el *libro*, como el *alma*. Sería un error fatal servirse de la profesión de dependencia del Espíritu Santo como pretexto para descuidar el estudio hecho con oración y la meditación. “Medita estas cosas; *ocúpate en ellas*; para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos” (1 Tim. 4: 15).

Pero, después de todo, recuérdese siempre que el Santo Espíritu es la fuente inagotable y viviente del ministerio. Es él sólo que puede desplegar en toda su lozanía y plenitud divinas los tesoros de la Palabra de Dios, y aplicarlos según su celeste poder a las necesidades actuales del alma. No se trata de exponer verdades nuevas, sino sencillamente desarrollar la Palabra de Dios misma, de manera que obre sobre el estado espiritual y moral del pueblo de Dios. He aquí el verdadero ministerio. Un hombre puede hablar cien veces sobre la misma porción de la Escritura, y a las mismas personas, y en cada una de ellas puede anunciar a Cristo a sus almas con una lozanía espiritual. Y, por otra parte, un hombre puede atormentar su espíritu para descubrir nuevos temas y nuevas maneras de tratar viejos textos, y a pesar de todo puede suceder que en su predicación no haya ni un átomo de Cristo o de poder espiritual.

Todo esto es cierto para el evangelista, lo mismo que para el doctor o para el pastor. Un hombre puede ser llamado a predicar el evangelio en el mismo sitio durante años, y podrá en ocasiones sentirse abrumado por el pensamiento de tener que dirigirse al mismo auditorio, sobre el mismo tema semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Puede estar perplejo para encontrar algo nuevo o variado. Quizá desee ir a cualquier otro sitio en el que los temas que le son familiares sean nuevos para sus oyentes. Lo que hemos dicho más arriba ayudará mucho a los tales a recordar que Cristo es el único gran tema del evangelista. El Espíritu Santo es la potencia para desarrollar ese gran tema; y los pobres pecadores perdidos son los oyentes ante los cuales ese gran tema debe ser desenvuelto. Y Cristo es siempre nuevo, la potencia del Espíritu Santo no disminuye nunca; la condición y el destino del alma son siempre vivamente interesantes. Además es conveniente para el evangelista cada vez que predica, el recordar que aquellos a quienes se dirige ignoran realmente el evangelio, de suerte que debe hablarles como si fuese la primera vez que su auditorio oyese el mensaje y la primera vez que él se la anunciara. En efecto; la predicación del Evangelio, en la divina acepción de esta

palabra, no es la exposición estéril de una simple doctrina evangélica, ni una cierta forma de discursos expuestos sin cesar según la misma rutina fastidiosa. Lejos de ello: Predicar el Evangelio es en realidad levantar el velo al corazón de Dios; a la persona y a la obra de Cristo; y esto por la energía presente del Espíritu Santo.

Si todos los predicadores pudiesen tener estas cosas presentes en su pensamiento, poco importaría entonces que hubiese un solo predicador o setenta; un solo hombre en un mismo sitio durante cincuenta años, o el mismo hombre en cincuenta sitios distintos durante un año. Así, en el caso de Moisés, según se nos refiere en el capítulo, no había aumentado de poder; sino que el mismo Espíritu que poseía él fue dado a los setenta ancianos. Dios puede obrar por medio de un solo hombre, tan bien como por el de setenta: y si El no obra, setenta no harán más que uno solo. Es de la mayor importancia tener siempre a Dios presente en el alma. Ese es el verdadero secreto de la potencia, sea para el evangelista, sea para el doctor, sea para todo otro sirviente. Cuando un hombre puede decir: "Todos mis recursos están en Dios", no hay necesidad de apenarse con respecto a la esfera de su actividad, o de su aptitud para cumplirla. Pero cuando no es así, podemos comprender perfectamente que un hombre desee ardientemente compartir con otros sus trabajos y su responsabilidad. Recordemos que Moisés, al comienzo del libro de Exodo, iba, a pesar suyo, a Egipto, en una simple dependencia de Dios, y como estuvo presto a hacerse acompañar por Aarón. Eso es lo que sucede siempre. Preferimos algo palpable, algo que los ojos puedan ver y la mano tocar. Se nos hace difícil sostenerse como viendo el Invisible. Y no obstante el apoyo en que deseamos descansar es a menudo una caña cascada que nos atravesará la mano. Aarón fue para Moisés una fuente fecunda en pesares, y aquellos que, en nuestra locura, nos imaginamos como seres indispensables, resultan con frecuencia todo lo contrario. ¡Oh! que podamos todos aprender a descansar en el Dios vivo, con un corazón sincero y una confianza inquebrantable.

Antes de terminar este capítulo consideremos un momento el espíritu verdaderamente excelente con que Moisés afrontó las circunstancias en las que él mismo se había colocado. Una cosa es el retroceder ante el peso de la responsabilidad del trabajo, y otra cosa el comportarnos con gracia y verdadera humildad para con los que son llamados a compartir la carga con nosotros. Las dos cosas son totalmente distintas y a menudo podemos ver esta diferencia demostrada de una manera notable. En la escena que tenemos ante nosotros, Moisés muestra esta exquisita dulzura que le caracteriza de un modo tan especial.

“Y habían quedado en el campo dos varones, llamado el uno Eldad, y el otro Medad, sobre los cuales también reposó el espíritu: estaban éstos entre los escritos, mas no habían salido al tabernáculo, y profetizaron en el campo. Y corrió un mozo, y dio aviso a Moisés, y dijo: Eldad y Medad profetizan en el campo. Entonces respondió Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés, uno de sus mancebos, y dijo: Señor mío Moisés, impídelos. Y Moisés le respondió ¿Tienes tú celos por mí? Mas ojalá que todo el pueblo de Jehová fuesen profetas, que Jehová pusiera su Espíritu sobre ellos” (versículos 26-29).

¡Esto es hermoso! Moisés estaba muy lejos de tener ese miserable espíritu de envidia que no quisiera dejar hablar a nadie más que a él mismo. Estaba dispuesto, por la gracia, a alegrarse de todas las manifestaciones de la verdadera potencia espiritual, en cualquier lugar o de cualquier individuo en que se las encontrase. Sabía muy bien que esos dos hombres no podían profetizar realmente sino por la potencia del Espíritu de Dios; así, pues, en cualquier lugar en donde se produjera esa potencia ¿qué era él para intentar ahogarla u oponerse a ella?

¡Cuán conveniente sería que abundara más este excelente espíritu! ¡Que cada uno de nosotros procuremos buscarlo! ¡Que pudiéramos tener la gracia de regocijarnos sinceramente del testimonio del servicio de los hijos de Dios, aun cuando no viéramos todas las cosas desde el mismo punto de vista que ellos, y aun cuando nuestro método y nuestra medida no fuesen iguales! Nada más despreciable que este espíritu mezquino de

envidia o de celos que no permite a un hombre tomar interés en trabajo alguno que en el suyo propio. Podemos estar seguros de que dondequiera que el Espíritu de Cristo obra en nuestros corazones, podemos salir de nosotros mismos para abrazar, en espíritu, el vasto campo de trabajo de nuestro bendito Maestro, y a sus bien amados obreros; podemos regocijarnos plenamente de que la obra se cumpla, sin importarnos quien lo hace. Un hombre que tiene el corazón lleno del Cristo, podrá decir, y decirlo sin afectación: “Con tal que la obra se haga, esto es: que Cristo sea glorificado, que las almas sean salvadas, que el rebaño del Señor sea alimentado y cuidado, poco me importa saber quien lo hace”.

Tal es el verdadero espíritu que hay que cultivar: forma un contraste brillante con la estrechez y el egoísmo que no pueden alegrarse más que en un trabajo en que el “Yo” o el “Yo mismo” tienen un lugar evidente. Quiera el Señor librarnos de todo ello y nos conceda el estado de ánimo que manifestó Moisés, diciendo “Tienes tú celos por mí? Mas ojalá que todo el pueblo de Jehová fuesen profetas, que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos”.

En el último párrafo de nuestro capítulo vemos al pueblo entregado al miserable y fatal goce de las cosas por las cuales sus corazones habían sido presa de codicia. “Y les dio lo que pidieron; mas envió flaqueza en sus almas” (Sal. 106: 15). Obtuvieron lo que tan ardientemente habían deseado, y en ello encontraron la muerte. *Quisieron* carne, y con ella vino el castigo de Dios. Esto es muy solemne. ¡Tengamos en cuenta esa advertencia! El pobre corazón está lleno de vanos deseos y de odiosas codicias. El maná celeste no le satisface. Necesita otra cosa. Dios permite que la tengamos; ¡pero entonces, flaqueza, esterilidad, juicio! ¡Oh, Señor, mantén nuestros corazones unidos a Ti solo, en todo tiempo! ¡Sé siempre la porción suficiente a nuestras almas mientras atravesamos este desierto, hasta que veamos tu gloriosa faz!

Capítulo 12

La corta porción de nuestro libro a la que hemos llegado, puede ser considerada desde dos puntos de vista diferentes; en primer lugar el simbólico o de dispensación, y luego el moral o práctico.

En la unión de Moisés con la "mujer etiópica" tenemos una figura del grande y maravilloso misterio de la unión de la Iglesia con Cristo, su Cabeza. Ese tema se nos ha ofrecido ya en el estudio del libro del Exodo; pero aquí se nos presenta a través un prisma particular, como que excita la enemistad de Aarón y de María contra su hermano. Los actos soberanos de la gracia encuentran oposición de los que permanecen en el terreno de las relaciones naturales y de los privilegios carnales. Sabemos, según nos lo enseña el Nuevo Testamento, que la extensión de la gracia a los gentiles fue lo que excitó el odio más cruel y más terrible de los judíos. Ellos no querían esa extensión; no querían creer en ella; no querían ni siquiera que se hablara de ella. El capítulo 11 de Romanos hace una notable alusión a esto, cuando el Apóstol dice, hablando de los gentiles: "Porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, mas ahora habéis alcanzado misericordia por ocasión de la incredulidad de ellos; así también éstos ahora no han creído, para que, por ocasión de la misericordia para con vosotros, ellos también alcancen misericordia" (versículos 30-31; véase el texto griego).

Esto es precisamente lo que nos es presentado en tipo en la historia de Moisés. Desde un principio se ofreció a Israel, sus hermanos según la carne; pero ellos lo rechazaron en su incredulidad. Esto se convirtió, según la soberanía de Dios, en una ocasión de misericordia para el extranjero, pues fue

durante el período de la recusación de Moisés cuando se formó esa unión mística y simbólica con una mujer gentil, unión contra la cual hablan María y Aarón en el capítulo que nos ocupa. Su oposición trajo el castigo de Dios sobre ellos. María se tornó leprosa, una pobre persona contaminada, objeto de la compasión, que afluyó sobre ella por intercesión del mismo contra el cual había hablado.

El tipo o símbolo es completo y notable. Los judíos no han creído a la gloriosa verdad de la misericordia otorgada a los gentiles; y esta es la causa de que la cólera ha caído sobre ellos. Pero más tarde serán traídos a Dios por la simple misericordia, de igual modo que los gentiles. Eso era muy humillante para los que procuraban permanecer sobre el plano de la promesa y de los privilegios nacionales; pero es así según la sabiduría de la dispensación de Dios; sabiduría cuyo solo recuerdo hace pronunciar al apóstol inspirado este magnífico cántico de alabanza: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? o ¿quién fue su consejero? o ¿quién le dio a él primero, para que le sea pagado? Porque de él, y por él y en él son todas las cosas. A él sea gloria por siglos. Amén" (Rom. 11: 33-36).

He aquí el sentido típico de nuestro capítulo. Veamos ahora su lado moral y práctico. "Y hablaron María y Aarón contra Moisés a causa de la mujer etiope que había tomado: porque él había tomado mujer etiope. Y dijeron: ¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros? Y oyólo Jehová. Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra. Y luego dijo Jehová a Moisés, y a Aarón, y a María: Salid vosotros tres al tabernáculo del testimonio. Y salieron ellos tres. Entonces Jehová descendió en la columna de la nube, y púsose a la puerta del tabernáculo, y llamó a Aarón y a María; y salieron ellos ambos. Y él les dijo: Oid ahora mis palabras: Si tuviereis profeta de Jehová, yo le apareceré en visión, en sueños hablaré con él. No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa.

Boca a boca hablaré con él, y a las claras, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová ¿por qué pues no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés? Entonces el furor de Jehová se encendió en ellos, y fuese. Y la nube se apartó del tabernáculo; y he aquí que María era leprosa como la nieve: y miró Aarón a María, y he aquí que estaba leprosa" (versículos 1-10).

Es cosa muy grave el hablar contra un siervo de Dios. Podemos estar seguros de que tarde o temprano Dios lo castigará. En el caso de María, el castigo divino cayó inmediatamente y de modo solemne. Era una falta grave, una positiva rebelión, hablar contra él que Dios había elevado de una manera tan notable, encargado de una misión divina y que, además, en el asunto de que Aarón y María se quejaban, había obrado en perfecto acuerdo con los consejos de Dios, proporcionando un tipo de ese glorioso misterio oculto en Sus pensamientos eternos, la unión de Cristo y la Iglesia.

Pero, en todos los casos, es un fatal error hablar contra los servidores de Dios, aun los más débiles y los más humildes. Si el servidor hace mal, que esté en el error, que haya cometido una falta, el mismo Señor le juzgará; pero que sus hermanos tengan cuenta con lo que hagan en casos tales, y teman que no se pongan en un caso como el de María, metiéndose en asuntos tales para su propio perjuicio.

A veces es pavoroso oír de qué manera se permite alguien hablar o escribir contra siervos de Cristo. Estos pueden a la verdad dar motivo para ello; pueden haberse equivocado, o demostrar una disposición de espíritu malo; pero, sin embargo, debemos confesar que es un gran pecado contra Cristo decir mal de sus queridos servidores. Seguramente debiéramos sentir la importancia y solemnidad de estas palabras: "*¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo?*"

Que Dios nos conceda la gracia de guardarnos de este mal. Vigilemos para no incurrir en esto que Le ofende, es decir, el solo hablar mal contra los que Le son queridos. No hay un solo miembro del pueblo de Dios, en el cual no pudiéramos hallar algo bueno, con tal que lo buscáramos de un modo

bueno. No nos ocupemos más que en el bien, detengámonos en él, y procuremos fortalecerlo y desenvolverlo por todas las maneras posibles. Por otro lado, si no hemos podido discernir el bien en nuestro hermano y compañero de servicio; si nuestro ojo no ha descubierto más que extravagancias; si no hemos logrado encontrar la chispa de vida entre las cenizas; la piedra preciosa en medio de las impurezas; si no hemos visto más que lo que era de la naturaleza carnal, en ese caso corramos con mano delicada y caritativa el velo del silencio sobre nuestro hermano, o no hablemos de él más que ante el trono de la gracia.

Así también, cuando nos acontece estar en compañía que son culpables de la mala costumbre de hablar en contra del pueblo del Señor, si no podemos lograr cambiar el curso de la conversación, nos levantamos y abandonemos aquel sitio, dando con ello testimonio en contra de lo que tan aborrecible es a Cristo. Jamás nos sentemos junto al difamador para escucharle. Podemos tener por cierto que está haciendo la obra del diablo, e infligiendo positivo daño sobre tres distintas personas, es a saber: sobre sí mismo, sobre su oyente y sobre el sujeto que censura.

Hay algo de perfecta belleza en el modo con que Moisés se condujo en la escena que tenemos ante los ojos. Se muestra de veras un hombre manso, no solamente en el caso de Eldad y Meldad, sino en el asunto más delicado de Aarón y María. En el primero, en vez de estar celoso de los que estaban llamados a compartir su dignidad y su responsabilidad, se alegra, por el contrario, de su trabajo, y desea que todo el pueblo de Dios pueda poseer el mismo sagrado privilegio. En el segundo caso, en vez de experimentar y conservar resentimiento contra su hermano y hermana, está bien dispuesto a tomar el papel de intercesor: "Y dijo Aarón a Moisés: ¡Ah! señor mío, no pongas ahora sobre nosotros pecado, porque locamente lo hemos hecho, y hemos pecado. No sea ella ahora como el que sale muerto del vientre de su madre, consumida la mitad de su carne. Entonces Moisés clamó a Jehová, diciendo: Ruégote, oh Dios, que la sanes ahora" (versículos 11-13).

Aquí Moisés está lleno del espíritu de su Señor, y ruega por los que hablaron tan acremente contra él. Esta era la victoria, la victoria de un hombre manso, la victoria de la gracia. Un hombre que conoce su verdadero lugar ante Dios, puede elevarse por sobre las maledicencias, y no está afligido sino por los que las pronuncian. Puede perdonarlos. No es susceptible, no es tenaz u ocupado en sí mismo. Sabe que nadie podrá colocarlo más bajo de lo que no merezca; y por lo tanto si alguien habla contra él, puede doblar la cabeza con mansedumbre y continuar su camino y abandonarse a sí mismo y a su causa en manos de Aquel que juzga rectamente y que recompensa equitativamente a cada uno según sus obras.

Tal es la verdadera dignidad. Que podamos nosotros comprenderla un poco mejor; entonces no estaremos tan dispuestos a encolerizarnos, cuando alguno habla con desprecio de nosotros y de nuestra obra; antes bien, podríamos elevar nuestros corazones en ardiente oración en favor de nuestros enemigos, atrayendo de tal modo la bendición sobre ellos y sobre nuestras almas.

Las pocas líneas que terminan este capítulo confirman el punto de vista típico que hemos creído deben sugerir. "Respondió Jehová a Moisés: Pues si su padre hubiera escupido en su cara, ¿no se avergonzaría por siete días? Sea echada fuera del real por siete días y después se reunirá. Así María fue echada del real siete días; y el pueblo no pasó adelante hasta que se le reunió María. Y después movió el pueblo de Haseroth, y asentaron el campo en el desierto de Parán" (versículos 14 y 15; cap. 13: 1). María, echada fuera del campo, puede ser considerada como una figura o símbolo de la actual situación de Israel, que está puesto a un lado a causa de su implacable oposición al pensamiento divino de misericordia hacia los gentiles. Pero cuando hayan transcurrido los "siete días", Israel será restaurado por la gracia soberana ejercida sobre él por la intercesión de Cristo.

Capítulo 13

"Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel; de cada tribu de sus padres enviaréis un varón, cada uno príncipe entre ellos. Y Moisés los envió desde el desierto de Parán, conforme a la palabra de Jehová" (versículos 2-4).

Para comprender perfectamente este mandamiento, debemos confrontarlo con un pasaje de Deuteronomio, el cual Moisés, repasando los hechos de la historia maravillosa de Israel en el desierto, les recuerda esta circunstancia llena de importancia y de interés: "Y partidos de Horeb, anduvimos todo aquel grande y terrible desierto, que habéis visto, por el camino del monte del Amorreo, como Jehová nuestro Dios nos lo mandó, y llegamos hasta Cades-Barnea. Entonces os dije: Llegado habéis al monte del Amorreo, el cual Jehová nuestro Dios nos da. Mira, Jehová tu Dios ha dado delante de ti la tierra, sube y poséela, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho: no temas ni desmayes. Y llegasteis a mí todos vosotros y dijisteis: *Envíemos varones delante de nosotros*, que nos reconozcan la tierra, y nos traigan de vuelta razón del camino por donde hemos de subir, y de las ciudades a donde hemos de llegar" (Deut. 1: 19-22).

Así que aquí tenemos el origen moral del hecho expuesto en Números 13: 3. Es evidente que Jehová dio la orden respecto a los espías a causa de la condición moral del pueblo. Si hubiesen sido guiados por sólo la fe, hubiesen obrado de acuerdo con las atrevidas palabras de Moisés: "Mira, Jehová ha dado delante de ti la tierra, *sube y poséela*, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho: *no temas ni desmayes*". Para nada se habla de espías en este magnífico pasaje. ¿Tiene

acaso la fe necesidad de espías, cuando tiene la palabra y la presencia del Dios vivo? Ya que Jehová les había dado un país, valía la pena de tomar de él posesión. ¿Y no lo había dado El? Sí, verdaderamente: y no sólo El lo había dado sino que había dado testimonio de la naturaleza y carácter de aquel país en esas esplendorosas palabras: "Porque Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes, de abismos que brotan por vegas y montes, tierra de trigo y cebada, y de vides e higueras, y granados, tierra de olivas y de aceite y de miel: tierra en la cual no comerás el pan con escasez; no te faltará nada en ella; tierra que sus piedras son hierro, y de sus montes cortarás metal (Deut. 8: 7-9).

Todo esto ¿no debiera haber bastado a Israel? ¿No debieran estar satisfechos del testimonio de Dios? ¿No había examinado el país por ellos? Y todo cuanto les había dicho de él ¿no era bastante? ¿Para qué enviar hombres para reconocer el país? ¿Había acaso un solo sitio "desde Dan hasta Beerseba" del cual Dios no tuviera completo conocimiento? ¿No había, en sus consejos eternos, escogido este país para la simiente de Abraham, su amigo, y no se lo había destinado? ¿No conocía todas sus dificultades? ¿Y no podía vencerlas? ¿Por qué, pues, "se llegaron todos y dijeron: Enviemos varones delante de nosotros que nos reconozcan la tierra y nos traigan noticias?"

¡Ah! lector; estas preguntas se dirigen precisamente a nuestros corazones. Ellas nos descubren y ponen de manifiesto el estado en que estamos. No nos corresponde criticar fríamente los caminos de Israel en el desierto, señalar aquí un error, allá una caída. Debemos considerar todas estas cosas como símbolos colocados ante nosotros para instrucción nuestra. Son a manera de faros que levantó para nosotros una mano amiga y fiel, a fin de apartarnos de bajíos peligrosos, de arenas movedizas y de los escollos que se encuentran a lo largo de nuestro camino y amenazan nuestra seguridad. Tal es, estemos seguros de ello, la manera de leer cada página de la historia de Israel, si queremos recoger de ella el fruto que nuestro Dios nos ha destinado al escribirla.

Pero quizá el lector se incline a hacer la siguiente pregunta: "¿Jehová no había mandado expresamente a Moisés que mandara espías? ¿Cómo podía, pues, ser malo de parte de Israel el mandarlos?" Es cierto que en Números 13 Jehová mandó a Moisés que enviara espías, pero esto era una consecuencia del estado moral del pueblo, como se demuestra por el capítulo 1 de Deuteronomio. No comprenderíamos el primer pasaje sino leyéndolo a la luz del segundo. Vemos claramente por Deuteronomio 1: 22, que la idea de mandar espías había nacido en el corazón de Israel. Dios vio su situación moral y dio un mandato en perfecto acuerdo con aquella situación.

Si el lector quiere trasladarse a las primeras páginas del 1er. libro de Samuel, encontrará allí algo semejante cuando se trató de la elección de un rey. Jehová ordenó a Samuel que atendiera a la voz del pueblo, dándole un rey (1 Sam. 8: 22). ¿Era porque aprobaba su plan? Seguramente que no: al contrario, ya que declaró sin rodeos que eso equivalía positivamente a rechazarlo a El. ¿Por qué, pues, ordena a Samuel que elija un rey? La orden fue dada a causa de la situación de Israel. Estaban cansados de depender por entero de un brazo invisible, y suspiraban por un brazo de carne. Deseaban parecerse a las naciones que les rodeaban y tener un rey que saliese delante de ellos y que hiciese la guerra por ellos. Pues bien; Dios les concedió su demanda, y fueron muy pronto llamados a comprobar la locura de su deseo. Su rey obró malísimamente, y hubieron de aprender que era amarga cosa abandonar al Dios vivo para apoyarse en una caña cascada de su propia elección.

Pues bien; vemos que se produce el mismo hecho en el caso de los espías. No cabe duda que el designio de enviar espías fue el fruto de la incredulidad. Un corazón sencillo y que confía en Dios no hubiese pensado nunca en cosa semejante. ¡Pues que! ¿hemos de enviar a pobres mortales a inspeccionar un país que Dios nos ha dado, en su gracia; que nos ha descrito tan plena y fielmente? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! ¡Ah! digamos más bien: "Basta; el país es el don de Dios y como tal debe ser bueno. Su palabra nos basta; no necesitamos espías para nada; no buscamos testimonio humano para confir-

mar la palabra del Dios vivo. El ha dado, El ha hablado, esto nos basta”.

Pero ¡ay! los hijos de Israel no eran capaces de emplear tal lenguaje. Ellos querían enviar espías. Tenían necesidad de ellos; su corazón los demandaba; este deseo descansaba en las mismas profundidades de su alma; Jehová lo sabía; también dio El una orden en relación directa con el estado moral del pueblo.

El lector hará bien en pesar ese tema a la luz de la Escritura. Es necesario comparar Deuteronomio 1 con Números 13. Quizá encuentre dificultoso juzgar acerca de la verdadera naturaleza y origen moral en el acto de mandar los espías, si atiende al hecho de que tal envío fue últimamente hecho en conformidad con “el mandamiento del Señor”. Pero no debemos olvidar nunca que el hecho de mandar el Señor alguna cosa, no prueba en ningún modo que el pueblo tuviese razón en pedirla. El otorgamiento de la ley en el Monte Sinaí; el envío de los espías, y la designación de un rey son pruebas de ello. No hay duda de que Dios gobernaba todas esas cosas para su gloria y para bendición final del hombre; pero así y todo la ley no puede considerarse como la expresión del corazón de Dios; el establecimiento de un rey era una positiva recusación de El mismo; y del envío de los espías a la tierra prometida podemos decir que prueba con toda evidencia que el corazón de Israel no estaba del todo satisfecho con Jehová. Todo era el fruto de su debilidad e incredulidad, bien que con la aquiescencia de Dios por causa del estado de ellos, y dirigido por El, en su infinita bondad e infalible sabiduría, para desarrollo de sus planes y despliegue de su gloria. Todo esto quedará más demostrado en la prosecución de la historia.

“Enviólos (a los espías), pues, Moisés a reconocer la tierra de Canaán, diciéndoles: Subid por aquí, por el mediodía, y subid al monte: Y observad la tierra qué tal es; y el pueblo que la habita, si es fuerte o débil, si poco o numeroso. Qué tal la tierra habitada, si es buena o mala; y qué tales son las ciudades habitadas; si son de tiendas o de fortalezas. Y cuál sea el terreno, si es pingüe o flaco, si en él hay o no árboles: y esforzaos, y

coged del fruto del país. Y el tiempo era el tiempo de las primeras uvas. Y ellos subieron, y reconocieron la tierra, desde el desierto de Zin hasta Rehob, entrando en Emath. Y subieron por el mediodía, y vinieron hasta Hebrón: y allí estaban Aimán, y Sesai, y Talmai, hijos de Anac. Hebrón fue edificada siete años antes de Zoán, la de Egipto. Y llegaron hasta el arroyo de Escol, y de allí cortaron un sarmiento con un racimo de uvas, el cual trajeron dos en un palo, y de las granadas y de los higos. Y llamóse aquel lugar Nahal-Escol, por el racimo que cortaron de allí los hijos de Israel. Y volvieron de reconocer la tierra al cabo de cuarenta días. Y anduvieron y vinieron a Moisés y a Aarón, y a toda la congregación de los hijos de Israel, en el desierto de Parán, en Cades, y diéronles la respuesta, y a toda la congregación; y les mostraron el fruto de la tierra. Y le contaron y dijeron: Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel, y este es el fruto de ella (versículos 18-28).

Esto era la confirmación más completa de cuanto Jehová había dicho sobre el país, el testimonio de doce hombres en cuanto al hecho de que el país fluía leche y miel, el testimonio de sus propios sentidos en cuanto a la naturaleza del fruto del país. Además había el hecho elocuente de que doce hombres habían estado realmente allí, que habían empleado cuarenta días en recorrerlo en todas direcciones, que habían bebido de sus fuentes y comido de sus frutos. ¿Cuál hubiera debido ser, a juicio de la fe, la conclusión evidente que debían sacarse de tal hecho? Sencillamente ésta: que la misma mano que había conducido a doce hombres dentro de aquel país podía conducir a él toda la asamblea.

Pero ¡ay! el pueblo no era gobernado por la fe, sino por la lóbrega y abrumadora incredulidad; y los mismos espías, los hombres que habían sido enviados para confortar y convencer al pueblo, todos, salvo dos brillantes excepciones, estaban bajo la influencia de la incredulidad que deshonra a Dios. En una palabra, resultó fallido el proyecto. Su final no hizo más que poner de manifiesto el verdadero estado del corazón del pueblo. La incredulidad dominaba. El testimonio era bastante claro:

“Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel, y esto es el fruto de ella”. Nada faltaba de lo que Dios había dicho. El país era tal como El había dicho; los mismos espías eran testigos de ello: pero escuchemos a lo que sigue: “Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fuertes; y también vimos allí los hijos de Anac” (versículo 29).

Se puede estar seguro de encontrar siempre un “pero” en cuanto el hombre entra en juego y la incredulidad en acción. Los espías incrédulos *vieron* las dificultades: ciudades grandes; altas murallas; gigantes. Vieron todas estas cosas; pero no vieron a Jehová. Miraron a las cosas visibles más bien que a las invisibles. Sus ojos no se fijaron en Aquel que es invisible. Sin duda, las ciudades serían grandes, pero Dios era más grande; las murallas serían altas, pero Dios era más alto; los gigantes serían fuertes, pero Dios era más fuerte.

Es así como siempre razona la fe. Ella va desde Dios a las dificultades; empieza por El. La incredulidad, al contrario, parte de las dificultades para ir a Dios; empieza por las dificultades. En esto consiste toda la diferencia. Y no quiere decir esto que debamos mostrarnos insensibles a las dificultades o ser indiferentes a ellas. Ni la insensibilidad ni la indiferencia es de la fe. Hay personas abandonadas que parecen pasar a través de la vida teniendo por principio tomar las cosas por su lado bueno. Eso no es la fe. La fe mira a las dificultades cara a cara; se da perfecta cuenta del lado penoso de las cosas. La fe no es ni ignorante, ni indiferente, ni descuidada; ¿qué pues? *La fe introduce al Dios viviente* en todo asunto. Le mira a El, se apoya en El, recibe de El. Es aquí donde radica el gran secreto de su poder. Posee la convicción tranquila y profunda de que jamás habrá para Dios Todopoderoso, una muralla demasiado alta, una ciudad demasiado grande, un gigante demasiado fuerte. En una palabra: la fe es la única cosa que coloca a Dios en su verdadero lugar; también es la única cosa que levanta el alma completamente por encima de las influencias exteriores, de cualquier naturaleza que sean. Tal era el precioso hecho que expresó Caleb cuando dijo: “Subamos luego, y

poseámosla; que más podremos que ella” (versículo 31). Tales son los verdaderos acentos de la fe viva que glorifica a Dios, sin preocuparse de las cosas exteriores.

Mas ¡ay! la mayoría de los espías no estaban más penetrados de esa fe viva que lo estaban los hombres que les habían enviado; así que el único creyente fue reducido al silencio por los diez incrédulos restantes. “Mas los varones que subieron con él, dijeron: ‘No podremos subir contra aquel pueblo; porque es más fuerte que nosotros’” (versículo 32). El lenguaje de la incredulidad era completamente opuesto al de la fe. Esta, mirando a Dios, decía: “Somos *capaces* de hacerlo”. Aquella, mirando a las dificultades, decía: “*No somos capaces de ello*”. Tal como sucedió entonces, sucede aún ahora. Los ojos de la fe, estando siempre en Dios, no ven las dificultades. Los ojos de la incredulidad están llenos de cosas exteriores; no discernen por tanto a Dios. La fe introduce a Dios; con lo cual todo es luminoso y fácil. La incredulidad excluye a Dios; y entonces todo se vuelve turbio y difícil.

“Y vituperaron entre los hijos de Israel la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella, son hombres de grande estatura. También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes; y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos también a ellos” (versículos 33 y 34). Ni una palabra sobre Dios. Está enteramente olvidado. Si hubiesen pensado en El, si le hubiesen comparado con los gigantes, entonces hubiera importado poco que ellos fuesen como langostas, o que fuesen como hombres. Pero, de hecho, por su vergonzosa incredulidad, rebajaron al Dios de Israel al nivel de una langosta.

Es muy notable que cuando la incredulidad actúa, se caracteriza siempre por el hecho de excluir a Dios. Esto resulta verdad en todas las edades, en todo lugar y en todas las circunstancias. No hay excepción. La incredulidad puede tener en cuenta los hechos humanos, puede razonar sobre ellos y sacar consecuencias; pero todos sus razonamientos y todas sus

conclusiones están basados en la exclusión de Dios. La fuerza de sus argumentos depende de la exclusión y apartamiento de Dios. Introducid a Dios, y todos los razonamientos de la incredulidad se desploman a vuestros pies. De modo que, en la escena que se nos describe, ¿cuál es la respuesta de la fe a todas las objeciones adelantadas por esos incrédulos? La única que es sencilla, enteramente satisfactoria y que no admite réplica alguna, esto es: *Dios*.

Lector: ¿conoces algo de la fuerza y del valor de esta bendita respuesta? ¿Conoces a Dios? ¿Llena tu alma por completo? ¿Es la respuesta a todas tus cuestiones, la solución de todas tus dificultades? ¿Conoces la realidad de tu vivir diario con el Dios vivo? ¿Conoces el poder calmante que existe en apoyarse en El a través de todos los cambios y los azares de esta efímera vida? Si no es así, permíteme invitarte a que no continúes una hora más en tu estado presente. El camino abierto está. Dios se ha revelado en la persona de Jesucristo, como el socorro, el recurso y el refugio de toda alma necesitada. Mírale a El ahora, ahora mismo, mientras puede ser hallado; invócale en tanto que está cercano. Cualquiera que invocare el nombre del Señor será salvo, y el que en El cree no será confundido.

Mas, si, al contrario, conoces a Dios por la gracia, como a tu Salvador, como tu Padre, procura, pues, glorificarle en todos los actos de tu vida, por una confianza entera en todas tus cosas. Que llene El tus ojos, en todas ocasiones; y así, a despecho de todas las dificultades, tu alma estará sostenida en una perfecta paz.

Capítulo 14

“Entonces toda la congregación alzaron grita, y dieron voces; y el pueblo lloró aquella noche”. ¿Nos asombraremos de ello? ¿Qué podía esperarse de un pueblo que no veía sino gigantes, altas murallas y grandes ciudades? ¿Qué podía resultar, sino lágrimas y suspiros, del estado de una asamblea que se veían a sí mismos “como langostas” en presencia de esas dificultades insuperables, sin ningún sentimiento del poder divino que podía hacerles salir victoriosos de todo? La asamblea entera estaba abandonada al imperio absoluto de la incredulidad. Estaban rodeados de las nubes opacas y glaciales de la incredulidad. Dios quedaba excluido. No había un solo rayo de luz para iluminar las tinieblas en que ellos mismos se habían envuelto. Estaban ocupados en sí mismos y en sus dificultades, en vez de estarlo en Dios y en sus recursos. ¿Qué otra cosa podían hacer sino elevar la voz del llanto y de lamentos?

Qué contraste entre esto y lo que leemos en el comienzo del capítulo 15 del Exodo. Allí, sus ojos no estaban fijos más que en Jehová; podían por tanto entonar este cántico de victoria: “Condujiste en tu misericordia a este pueblo al cual salvaste; llevástelo con tu fortaleza a la habitación de tu santuario. *Oiránlo los pueblos y temblarán; apoderarse ha dolor de los moradores de Palestina. Entonces los príncipes de Edom se turbarán; a los robustos de Moab los ocupará temblor; abatirse han todos los moradores de Canaán. Caiga sobre ellos temblor y espanto; . . .* (versículos 13-16).

En vez de esto, fue Israel el que tembló y de quien el dolor se apoderó. El dolor, el temblor y el espanto se apoderaron de Israel en vez de sus enemigos. ¿Y por qué? Porque Aquel que atraía sus miradas en Exodo 15, estaba excluido en Números

14. Ahí está toda la diferencia. En un caso, la fe lleva la ventaja, en el otro, la incredulidad. "A la grandeza de tu brazo enmudezcan como una piedra; hasta que haya pasado tu pueblo, oh Jehová, hasta que haya pasado este pueblo que tú rescataste. Tú los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar de tu morada que tú has aparejado, oh Jehová; en el santuario del Señor, que han afirmado tus manos. Jehová reinará por los siglos de los siglos" (versículos 16-18).

¡Oh, qué contraste entre estos acentos de triunfo y los gritos y lamentos de la incredulidad en Números 14! En el capítulo 15 del Exodo, ni una palabra de los hijos de Anac, de los altos muros, ni de langostas. No se trata más que de Jehová, de su diestra, de su poderoso brazo, de su fuerza, de su heredad, de su habitación, de sus proezas en favor de su pueblo rescatado. ¿Se hace referencia a los habitantes de Canaán? no se les ve más que en duelo, atacados de terror, temblando y turbándose.

Cuando volvemos al capítulo 14 de Números, todo lo vemos lamentablemente invertido. Los hijos de Anac van por delante. Los muros altos como torres, las ciudades de los gigantes con amenazadores baluartes llenan la visión del pueblo; pero no oímos una sola palabra del todopoderoso Libertador. Por un lado las dificultades, por otro, las langostas, y uno se pregunta: ¿Es posible que los que entonaron el cántico de triunfo en las orillas del mar Rojo se hayan convertido en los llorosos incrédulos de Cades?

¡Ah! sí; y esto nos da una seria y santa lección. Y debemos de continuo, al atravesar las escenas de este desierto, evocar las palabras que nos dicen que todas estas cosas acontecían a Israel como símbolos; y que "estas cosas les acontecieron en figura, y son escritas para nuestra admonición, en quienes los fines de los siglos han parado (1 Cor. 10: 11). Y ¿no somos nosotros, igual que Israel, propensos a mirar a las dificultades que nos rodean, más bien que al Bienamado que ha emprendido el hacérselas atravesar para conducirnos sanos y salvos a su reino eterno? ¿Por qué estamos a veces abatidos? ¿Por qué nos

lamentamos? ¿Por qué oímos en medio de nosotros palabras de descontento y de impaciencia más bien que cantos de alabanza y agradecimiento? Sencillamente porque toleramos a las circunstancias que nos velen a Dios, en vez de tenerlo por perfecto objeto de nuestros corazones.

Y preguntamos, en fin, ¿por qué no establecemos firmemente en nuestra posición, de hombres celestes, por qué no tomamos posesión de lo que nos pertenece como cristianos, de la herencia espiritual y celeste que Cristo ha adquirido para nosotros, y en la cual ha entrado como nuestro precursor? ¿Qué respuesta ha de darse a estas preguntas? Una sola palabra ¡*incredulidad!*

La Palabra inspirada declara a propósito de Israel, que "no pudieron entrar (en Canaán) a causa de su incredulidad" (Heb. 3: 19). Así ocurre con nosotros. A causa de nuestra incredulidad no podemos entrar en nuestra herencia celestial, no podemos tomar posesión, en la práctica, de nuestra verdadera porción, no podemos avanzar, de día en día, como un pueblo celeste, que no tiene ningún sitio, ningún nombre, ninguna porción sobre la tierra; que nada tiene que hacer con el mundo, si no es atravesarlo como extranjeros y peregrinos siguiendo las huellas de Aquel que nos precedió y que ha ocupado ya su lugar en los cielos. Y ¿por qué fracasamos? Por causa de la incredulidad. La fe no tiene en nosotros energía, por lo tanto las cosas visibles tienen mayor influencia en nuestros corazones que aquellas que no se ven. ¡Oh! quiera el Espíritu Santo fortalecer nuestra fe, comunicar energía a nuestra alma y guiarnos en todo a fin de que nos halle no solamente hablando sino también viviendo la vida del cielo, para alabanza de Aquel que a él nos ha llamado por su gracia infinita.

"Y quejáronse contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel, y díjoles toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto, o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a cuchillo, y que nuestras mujeres y nuestros chiquitos sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? Y decían el uno al otro: Hagamos un capitán y volvámonos a Egipto (versículos 2-4).

Existen dos tristes fases de incredulidad que se muestran en la historia de Israel en el desierto: la una en Horeb, la otra en Cades. En Horeb hicieron un becerro y dijeron: "Israel, estos son tus dioses que te sacaron de la tierra de Egipto" (Exodo 32:4). En Cades proponen nombrar un jefe para volverlos a Egipto. En Horeb es la *superstición* de la incredulidad. En Cades, es la *independencia* voluntaria de la incredulidad; y no debemos asombrarnos que los que podían pensar que un becerro los había sacado de Egipto, quisiesen darse un capitán para conducirlos de nuevo allí.

La pobre inteligencia humana es empujada como una pelota de uno a otro de esos dolorosos males. No hay otro recurso sino el que la fe encuentra en el Dios vivo. En el caso de Israel, Dios fue perdido de vista. No quedaba sino o el becerro o un capitán; esto es: o la muerte en el desierto o la vuelta a Egipto. Caleb forma un brillante contraste con todo ello. Para él no había ni muerte en el desierto, ni retorno a Egipto, sino una rica entrada a la tierra prometida al abrigo del escudo impenetrable de Jehová.

"Y Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jephone, que eran de los que habían reconocido la tierra, rompieron sus vestidos, y hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradare de nosotros, él nos meterá en esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de aquesta tierra, porque nuestro pan son; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis. Entonces toda la multitud habló de apedrearlos con piedras" (versículos 6-10).

Y ¿por qué querían lapidarlos? ¿Era por haber mentido? ¿Por haber proferido blasfemias o por haber hecho algún mal? No; era por su valiente testimonio a la verdad. Habían sido enviados a fin de reconocer el país y de hacer una relación exacta del mismo. Lo habían hecho así y por esta causa "toda la asamblea habló de lapidarlos". El pueblo no amaba la verdad entonces, como tampoco la ama hoy. La verdad no es nunca

popular, no hay sitio para ella ni en este mundo, ni en el corazón humano. La mentira y el error en todos sus términos serán aceptados; la verdad nunca. Josué y Caleb en su tiempo, hubieron de experimentar lo que a todos los verdaderos testigos de cada época les espera, esto es; la oposición y el aborrecimiento de la masa de sus semejantes. Seiscientos mil voces se levantaron contra dos hombres que decían simplemente la verdad, y que creían en Dios. Esto ha sido así; esto es; y será siempre así, hasta el momento glorioso en que "la tierra será llena del conocimiento de Jehová como las aguas cubren la mar" (Isaías 11:9).

¡Cuán importante es, pues, poder dar, como Josué y Caleb, un testimonio claro, firme y completo a la verdad de Dios; y de sostener la verdad divina en cuanto a la herencia y porción de los santos! Existe una grande tendencia a corromper la verdad, a abandonarla. De ahí la urgente necesidad de poseer en nuestra alma, con potencia divina, la verdad; de poder repetir, bien que en pequeña medida: "lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto testificamos" (Juan 3:11). Caleb y Josué no habían ido tan sólo a ver el país, sino que habían estado en la presencia de Dios aprendiendo sus pensamientos acerca del país. Lo habían examinado desde el punto de vista de la fe. Sabían que el país les pertenecía, según designio de Dios; que, como un don de Dios era digno de ser poseído; que lo poseerían con seguridad por el poder de Dios. Eran hombres llenos de fe, de valor y de poder.

¡Hombres bienaventurados! Vivían en la luz de la presencia divina, mientras que la asamblea entera estaba envuelta en las profundas tinieblas de su incredulidad. ¡Qué contraste! He aquí lo que demuestra siempre la diferencia que existe aún entre los hijos de Dios. Encontramos siempre a personas de las cuales no puede dudarse que son hijos de Dios, pero que, con todo, no pueden elevarse a la altura de la revelación divina, en cuanto a su posición y a su porción como santos de Dios. Están siempre llenos de dudas y temores, siempre rodeados de bruma y viendo siempre las cosas por su lado sombrío. Son almas que se miran a sí mismas, a sus circuns-

tancias y a sus dificultades. No son serenas y felices y jamás pueden mostrar aquella confianza gozosa y aquel valor que convienen al cristiano, y que glorifican a Dios.

Todo ello es verdaderamente deplorable y no debiera ser; podemos estar seguros de que aquí hay algún grave defecto, algo radicalmente malo. El cristiano debiera estar siempre tranquilo y feliz; siempre dispuesto, pasare lo que pasare, a alabar a Dios. Sus alegrías no provienen de él mismo o de la escena que atraviesa, sino que manan del Dios vivo, y están fuera del alcance de toda influencia terrestre. El puede decir: "Dios mío, fuente de todas mis alegrías". Tal es el dulce privilegio del más sencillo hijo de Dios. Pero en esto es precisamente en lo que faltamos tan tristemente. Apartamos nuestras miradas de Dios para fijarlas en nosotros mismos o en las cosas exteriores, en nuestras penas y dificultades; entonces todo se vuelve tinieblas y descontento, murmullos y lamentos. Esto en ningún modo es cristianismo. Esto es incredulidad, una incredulidad sombría, mortal, que deshonor a Dios y abate el corazón. "Porque no nos ha dado Dios un espíritu de temor, sino el de fortaleza, y de amor, y de templanza" (2 Tim. 1: 7).

Tal es el lenguaje de un Caleb verdaderamente espiritual, lenguaje dirigido a aquel cuyo corazón sentía el peso de las dificultades y peligros que le rodeaban. El Espíritu de Dios llena el alma del verdadero creyente de una santa audacia.

Le da una elevación moral por encima de la atmósfera fría y tenebrosa que la rodea, y eleva el alma en la deslumbradora claridad de la región en la cual "los huracanes y las tempestades jamás se desencadenan".

"Mas la gloria de Jehová se mostró en el tabernáculo del testimonio a todos los hijos de Israel. Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me ha de creer con todas las señales que he hecho en medio de ellos? Yo le heriré de mortandad, y lo destruiré; y a ti te pondré sobre gente grande y más fuerte que ellos" (versículos 10-12).

¡Qué momento éste en la vida de Moisés! La naturaleza carnal podía considerar esto como la ocasión única para ella.

Jamás, ni antes ni después, vemos a un hombre abrirse ante él una puerta tal. El enemigo y su propio corazón podía decir: "Este es el momento favorable para ti. Se te hace la oferta de ser el jefe y fundador de una nación grande y poderosa, oferta que la hace el mismo Jehová. Tú no la has buscado. Esto se te coloca ante tus ojos por el Dios vivo, y sería el colmo de la locura de tu parte rechazarlo".

Pero, lector, Moisés no era egoísta. Demasiado había embebido del espíritu de Cristo para procurar ser algo. No tenía ambición profana ni aspiraciones personales. No deseaba más que la gloria de Dios y el bien de su pueblo; y por alcanzar este fin, estaba pronto, por gracia, a sacrificar sobre el altar tanto su persona como sus intereses. Oíd su admirable respuesta. En vez de aceptar la promesa contenida en esas palabras: "Y a ti te pondré sobre gente grande y más fuerte que ellos"; en vez de aprovechar ávidamente de la ocasión única que se le presentaba de asentar los fundamentos de su renombre y de su fortuna personal, pone todo esto a un lado y responde con el acento del más noble desinterés: "Y Moisés respondió a Jehová: Oíránlo luego los egipcios, porque de en medio de ellos sacaste a este pueblo con tu fortaleza; y lo dirán a los habitantes de esta tierra: los cuales han oído que tú, oh Jehová, estabas en medio de este pueblo, que ojo a ojo aparecías tú, oh Jehová, y que tu nube estaba sobre ellos, y que de día ibas delante de ellos en columna de nube, y de noche en columna de fuego: y que has hecho morir a este pueblo como a un hombre: y las gentes que hubieren oído tu fama, hablarán, diciendo: Porque no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto" (versículos 13-16).

Moisés se coloca aquí en la más elevada posición. Se ocupa exclusivamente de la gloria de Jehová. No puede tolerar la idea que el brillo de esta gloria se empañara a la vista de las naciones de los incircuncisos. ¿Qué importaba que él se convirtiera en un jefe o un fundador? ¿Qué importa que en el porvenir millones de hombres le considerasen como su ilustre progenitor, si toda esta gloria y esta grandeza personales debían ser adquiridas por el sacrificio de un solo rayo de la gloria

divina? ¡Lejos de él semejante pensamiento! ¡Que el nombre de Moisés quede borrado para siempre! Lo había dicho en los días del *becerro de oro*; y lo repite ahora en los días del *jefe*. Ante la superstición y ante la rebeldía de una nación incrédula, el corazón de Moisés no latía sino por la gloria de Dios: ella debe conservarse al precio que sea. Llegue lo que llegue, y cueste lo que cueste, la gloria de Dios debe ser mantenida. El pensamiento de verse engrandecido a expensas de Jehová era totalmente insoportable al corazón de este bienaventurado hombre de Dios. No podía tolerar que el nombre que él amaba tanto fuese blasfemado entre las naciones, o que pudiese decirse nunca: "Jehová no ha podido".

Una cosa más estaba en el corazón de Moisés; pensaba en el pueblo. Lo amaba y se preocupaba de él. Sin duda que la gloria de Jehová iba en primer término; pero el bien de Israel venía después. "Ahora, pues", añade él, "yo te ruego que sea magnificada la fortaleza del Señor, como lo hablaste, diciendo: Jehová, tardo para la ira, y grande en misericordia, que perdona la maldad y la rebelión, y absolviendo no absolverá al impenitente; que visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta los terceros y hasta los cuartos. Perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí" (versículos 17-19).

Esto es extremadamente bello. El orden, el tono y el espíritu de esta plegaria son de los más exquisitos. Hay primero y por encima de todo una grande solicitud por la gloria del Eterno. Esa gloria debe ser protegida por todos los lados. Mas, a continuación, es sobre este mismo principio del mantenimiento de la gloria divina, que él busca el perdón de su pueblo. Las dos cosas están combinadas de la manera más bendita, en esta intercesión: "Que sea magnificada la fortaleza del Señor". ¿Y a qué fin? ¿Para el castigo y la destrucción? No, no; Jehová es "lento para la ira". ¡Qué pensamiento! ¡La potencia de Dios en longanimidad y en perdón! ¡Es indeciblemente precioso! ¡Hasta qué punto estaba Moisés en comunión con el corazón y el pensamiento de Dios, que le permitía hablar de tal

manera! ¡Y qué contraste con Elías cuando en el monte de Horeb intercedía éste *contra* Israel! Es fácil cosa ver cuál de estos hombres honorables estaba más en armonía con el espíritu de Cristo. "Perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia". Estas palabras agradaron a Jehová que se complació en extender el perdón. "Y respondió Jehová: Yo he perdonado conforme a tu palabra: empero tan ciertamente como yo vivo, y como toda la tierra ha de llenarse de mi gloria. . ." (versículos 20 y 21).

Observe el lector con cuidado esas dos frases. Son absolutas y sin restricción: "Yo he perdonado". Y "toda la tierra ha de llenarse de mi gloria". Nada podría, en manera alguna, empequeñecer esos dos grandes hechos. El *perdón* está asegurado; y la *gloria* resplandecerá sobre toda la tierra. Ningún poder de la tierra, del infierno, de los hombres o de los demonios podría atacar la divina integridad de esas dos preciosas afirmaciones. Israel se regocijará en el pleno perdón de su Dios, y toda la tierra se alegrará un día en los brillantes rayos de su gloria.

Pero, a continuación, viene la disciplina igualmente que la gracia. Esto no debe jamás olvidarse, y no deben confundirse ambas cosas. Todo el libro de Dios hace ver la distinción que existe entre la gracia y el régimen o gobierno, y en ninguna parte, quizá, más claramente que en ésta. La gracia perdonará; y la gracia llenará la tierra de los rayos benditos de la gloria divina, pero notad la acción espantosa de las ruedas del gobierno, manifestada en estas terribles palabras: "Que todos los que vieron mi gloria, y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá. Empero mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y cumplió de ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su simiente la recibirá en heredad. Ahora bien; el amalecita y el cananeo habitan en el valle. Volveos mañana, y partíos al desierto camino del mar Bermejo (versículos 22-25).

Esas palabras son de lo más solemne. En vez de confiar en

Dios, y de avanzar valientemente hacia la tierra de la promesa, en simple dependencia de su brazo todopoderoso, lo irritaron por su incredulidad, menospreciaron la tierra deseable y fueron obligados a volver atrás en aquel grande y espantoso desierto. "Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: ¿Hasta cuándo oiré esta depravada multitud que murmura contra mí, las querellas de los hijos de Israel, que de mí se quejan? Diles: Vivo yo, dice Jehová, que según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros. En este desierto caerán vuestros cuerpos: todos vuestros contados según toda vuestra cuenta, de veinte años arriba, los cuales habéis murmurado contra mí, vosotros a la verdad no entraréis en la tierra, por la cual alcé mi mano de hacerlos habitar en ella; exceptuando a Caleb, hijo de Jephone, y a Josué, hijo de Nun. Mas vuestros chiquitos, de los cuales dijisteis que serían por presa, yo los introduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis. Y en cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en este desierto. Y vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años, y ellos llevarán vuestras fornicaciones, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. Conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día, y conoceréis mi castigo. Yo Jehová he hablado; así haré a toda esta multitud perversa que ha juntado contra mí: en este desierto serán consumidos y ahí morirán" (versículos 26-35).

Tal fue, pues, el fruto de la incredulidad; y esa fue la conducta gubernamental de Dios hacia un pueblo que lo había irritado por sus murmuraciones y por la dureza de su corazón.

Es altamente importante observar que en este caso fue la incredulidad que mantuvo a Israel fuera de Canaán en las circunstancias de que estamos tratando. El comentario inspirado, según Hebreos 3, quita toda duda con respecto a ello. "Y vemos que no pudieron entrar a causa de su incredulidad". Quizá pudiera decirse que no había llegado aún el tiempo para la introducción de Israel en la tierra de Canaán. La iniquidad de los amorreos no había aún llegado a su colmo. Pero no estaba aquí el motivo por el cual Israel rehusó pasar el

Jordán. Ellos no sabían nada de las iniquidades de los amorreos; y ni siquiera pensaron en tal cosa. La Escritura es tan clara como pueda serlo sobre este asunto; "y no pudieron entrar", no por causa de la iniquidad de los amorreos, no porque el tiempo no fuese aún venido, sino simplemente "a causa de su incredulidad". Debían haber entrado. Era su deber hacerlo, y fueron condenados por no haberlo hecho. El camino estaba abierto. El juicio de la fe, pronunciado por el fiel Caleb, era claro y formal. "Subamos luego, y poseámosla; que más podremos que ella". Tanto podían en aquel momento como en cualquier otro, ya que Aquel que les había dado el país era el mismo que podía hacerles capaces de entrar en él y dárselo en posesión.

Es conveniente fijarse en esto y pesarlo cuidadosamente. Hay cierta manera de hablar de los consejos, propósitos y decretos de Dios, de sus ordenanzas de gobierno moral: y de los tiempos y sazones que están bajo su poder, que tiene tal alcance que llega a barrer los verdaderos fundamentos de la responsabilidad humana. Debemos guardarnos cuidadosamente de ese lenguaje. Debemos pensar siempre que la responsabilidad del hombre asienta sobre lo que es *revelado* y no sobre lo que es *secreto*. Era el deber de Israel subir resueltamente y tomar posesión del país; y fue juzgado por no haber hecho. Sus cuerpos cayeron en el desierto, porque no tuvieron fe para entrar en el país.

¿No nos ofrece esto una solemne lección? Ciertamente. ¿Cómo es que, como cristianos, faltamos tanto en hacer valer en la práctica nuestra posición celeste? Somos libertados del juicio por la sangre del Cordero; somos libertados de este presente siglo por la muerte de Cristo; pero no atravesamos el Jordán, en espíritu y por la fe; no tomamos espiritualmente y por la fe posesión de nuestra herencia celeste. Se cree generalmente que el Jordán es un tipo de la muerte, del fin de nuestra vida natural en este mundo. Esto es verdad en un sentido. Pero ¿cómo se explica que cuando los israelitas hubieron atravesado el Jordán, debieron empezar a combatir? Seguramente nosotros no tendremos que sostener ningún combate cuando habremos realmente

llegado al cielo. Las almas de los que han dormido con la fe en Cristo no combaten en el cielo. Ellos no sostienen lucha ninguna. Están en el reposo. Aguardan la mañana de la resurrección, pero la esperan en el reposo, no en la lucha.

Hay, pues, en la figura del Jordán otro tipo que el del fin de nuestra vida individual en este mundo. Debemos considerarla como una gran figura de la muerte de Cristo; de igual modo que el mar Rojo y la sangre del Cordero pascual son también figuras de esa muerte pero bajo otros aspectos. La sangre del Cordero había puesto a Israel al abrigo del juicio de Dios sobre Egipto. Las aguas del mar Rojo habían librado a Israel de Egipto mismo y de todo su poder. Pero debían aún atravesar el Jordán, debían poner la planta de sus pies en la tierra de promisión y conservar allí sus puestos a despecho de todos sus enemigos. Debían combatir por cada pulgada de la tierra de Canaán.

¿Cuál es el sentido de este último episodio? ¿Debemos combatir por el cielo? Cuando un cristiano se duerme y su espíritu marcha a estar con Cristo en el Paraíso, ¿habrá de haber aún combate? Evidentemente no. ¿Qué nos enseña, pues, el paso por el Jordán y las guerras de Canaán? Sencillamente esto: Jesús ha muerto; ha dejado este mundo; él no ha muerto sólo por nuestros pecados, sino que él ha roto todas las cadenas que nos ataban a este mundo, de suerte que nosotros somos muertos al mundo, así como al pecado y a la ley. Ya nada tenemos que ver con el mundo, desde el punto de vista de Dios y según el criterio de la fe, como tampoco un muerto tiene ya nada que ver con el mundo. Somos llamados a tenernos por muertos al mundo. Somos llamados a tenernos por muertos al mundo y por vivos a Dios por Jesucristo nuestro Señor. Vivimos en la potencia de la vida nueva que poseemos por nuestra unión con un Cristo resucitado. Pertenece al cielo; y es guardando nuestra situación de hombres celestes que hemos de combatir contra las potencias espirituales de malicia que están en lugares celestes, en la esfera misma que nos es propia, y de la cual aún no han sido desalojadas. Si nos contentamos con "andar a la manera de los hombres", y vivir como los que pertenecen a este mundo, parándonos ante el Jordán, si nos

contentamos con vivir como los "habitantes de la tierra", si no aspiramos a nuestra porción y situación celestes, entonces no conoceremos nada de la lucha descrita en Efesios 6: 12. Procurando vivir como hombres del cielo, actualmente en la tierra, comprenderemos el sentido de esta lucha que es el antitipo de las guerras de Israel en Canaán. Cuando lleguemos al cielo no habremos de combatir; pero si deseamos vivir una vida celeste sobre la tierra, si procuramos comportarnos como gente muerta para el mundo y que vive en Aquel que descendió por ellos a las frías aguas del Jordán, entonces de seguro que el combate está ante nosotros. Satán hará esfuerzos de toda clase para impedirnos vivir en la potencia de nuestra vida celeste; es esto lo que conduce a la lucha. El procurará hacernos andar como los que tienen una situación terrestre; que son ciudadanos de este mundo; que contienden por sus derechos y mantienen su rango y su dignidad. De este modo Satán nos conducirá a dar un mentís práctico a la grande y fundamental verdad cristiana de que somos muertos con Cristo y resucitados con El.

Si el lector gusta de examinar el capítulo 6 de Efesios, verá cómo el escritor inspirado presenta este interesante asunto. "Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y estar firmes, habiendo acabado todo" (versículos 10-13).

Tal es la verdadera lucha cristiana. No se trata aquí de las concupiscencias de la carne, o de las fascinaciones del mundo, aunque, seguramente hemos de velar contra esas cosas; sino que se trata de los "artificios del diablo". No, por cierto, de su potencia, quebrantada ya para siempre, sino de los medios sutiles y de los lazos por los cuales procura impedir a los cristianos el dar efectividad a su posición y herencia celestes.

Pues bien; por descuidar grandemente en la práctica esa

lucha es por lo que fracasamos. No procuramos asirnos a las cosas para las cuales nosotros mismos hemos sido asidos por Cristo. Muchos de entre nosotros nos contentamos con saber que estamos al abrigo del juicio por la sangre del Cordero. No comprendemos el profundo significado del Mar Rojo y del Jordán; no se nos alcanza en la práctica su sentido espiritual. Andamos como los hombres, cosa por la cual el apóstol censuraba a los corintios. Vivimos y obramos como si perteneciéramos a este mundo, mientras que la Escritura enseña y nuestro bautismo expresa que somos muertos al mundo, como Jesús es muerto a él, y que también hemos sido resucitados juntamente con El, por la fe en la operación de Dios que lo ha resucitado de entre los muertos (Col. 2: 12).

¡Que el Espíritu Santo conduzca nuestras almas a alcanzar la realidad de estas cosas! ¡Que nos presente los preciosos frutos del país celeste que es nuestro, en Cristo, y que El nos fortalezca con su propia fuerza en el hombre interior, de tal manera que podamos atravesar el Jordán con confianza y poner nuestros pies en la Canaán espiritual! Vivimos, como cristianos, muy por debajo de nuestros privilegios. Consentimos que las cosas visibles nos escamoteen el goce de aquellas que no se ven. ¡Oh; que podamos tener una fe más firme para tomar posesión de todo cuanto Dios nos ha dado en Cristo!

Prosigamos nuestro tema:

“Y los varones que Moisés envió a reconocer la tierra, y vueltos habían hecho murmurar contra él a toda la congregación, desacreditando aquel país, aquellos varones que habían hablado mal de la tierra, murieron de plaga delante de Jehová. Mas Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jephone, quedaron con vida de entre aquellos hombres que habían ido a reconocer la tierra” (versículos 36-38).

Es pasmoso pensar que entre aquella inmensa asamblea de seiscientos mil hombres, además de las mujeres y niños, no se encontraron sino dos hombres que tuviesen fe en el Dios vivo. Naturalmente que no hablamos de Moisés, sino únicamente de la congregación. Toda la asamblea, salvo dos excepciones muy

notables, estaba dominada por un espíritu de incredulidad. No podían creer que Dios les introdujera en el país; no; pensaban, por el contrario, que Dios les había llevado al desierto para hacerles morir allí; y podemos decir con certeza que ellos cosecharon los frutos de su triste incredulidad. Los diez testigos falsos murieron de plaga, y los millares que aceptaron su testimonio falso fueron obligados a volver al desierto para andar de un sitio a otro por cuarenta años, y para morir allí y ser enterrados.

Solos Josué y Caleb permanecieron en el terreno bendito de la fe en el Dios vivo, de esa fe que llena el alma de valor y de la más gozosa confianza. De estos dos podemos decir que cosecharon según su fe. Dios ha de honrar siempre la fe que El ha comunicado al alma. Este es su propio don, y este don, podemos decirlo con respeto, no puede menos que reconocerle dondequiera que se encuentre. Josué y Caleb, por la simple potencia de la fe, pudieron resistir a una espantosa corriente de incredulidad. Conservaron su confianza en Dios en frente de todas las dificultades; también Dios honró su fe de una manera señalada al fin; pues mientras que los cadáveres de sus hermanos se convertían en polvo sobre las arenas del desierto, ellos hollaban con sus plantas las colinas cubiertas de viñedos y los fértiles valles de la tierra prometida. Los otros habían declarado que Dios les había sacado de Egipto para dejarlos morir en el desierto; y su fin fue según su palabra. Josué y Caleb habían declarado que Dios podía introducirles en el país; su porción fue también según sus palabras.

Tenemos aquí un principio muy importante: “Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mt. 9: 29). Acordémonos de esto: Dios se deleita en la fe. Gusta de ser creído; y honrará siempre a los que confían en El. Al contrario, la incredulidad le aflige. Le deshonorra y lleva las tinieblas y la muerte al alma. Es un pecado horrendo el dudar del Dios vivo que no puede mentir, o abrigar dudas cuando El ha hablado. El diablo es el autor de todas las cuestiones dudosas. Se complace en hacer vacilar la confianza del alma; pero ningún poder tiene sobre el que confía sencillamente en Dios. Sus dardos de fuego no pueden

alcanzar jamás al que está abrigado tras el escudo de la fe. ¡Oh, cuán precioso es vivir una vida de confianza sencilla en Dios! Eso hace dichoso al corazón, y llena la boca de alabanzas y acciones de gracias. Esta confianza desvanece toda nube, toda niebla; alumbrá nuestro camino con rayos benditos del rostro de nuestro Padre. Por otra parte, la incredulidad llena el corazón de toda suerte de dudas, nos hace mirar adentro de nosotros mismos, oscurece nuestra senda y nos vuelve verdaderamente míseros. El corazón de Caleb estaba lleno de una gozosa confianza, mientras que los de sus hermanos estaban llenos de quejas y de amargos murmullos. Y siempre será así. Si queremos ser felices, debemos ocuparnos de Dios y de lo que a El toca. Si queremos ser infortunados lo seremos ocupándonos de nosotros mismos y de lo que nos rodea. Veamos el capítulo 1 de Lucas. ¿Qué fue lo que cerró la boca de Zacarías el sacerdote? La incredulidad. ¿Qué era lo que llenaba el corazón y abría la boca a María y a Elisabet? La fe. Aquí estaba la diferencia. Zacarías hubiese podido juntarse a esas piadosas mujeres en sus cantos de alabanza, si la sombra de incredulidad no hubiese sellado sus labios. ¡Qué cuadro! ¡Qué lección! ¡Ah; que podamos aprender a confiarnos más sencillamente en Dios! ¡Que el espíritu de la duda esté lejos de nosotros! Podamos en medio de este mundo incrédulo ser fuertes en la fe que glorifica a Dios.

El último párrafo de nuestro capítulo nos enseña otra santa lección; apliquemos a ella nuestros corazones con diligencia. "Y Moisés dijo estas cosas a todos los hijos de Israel, y el pueblo se enlutó mucho. Y levantáronse por la mañana, y subieron a la cumbre del monte, diciendo: Henos aquí para subir al lugar del cual ha hablado Jehová, porque hemos pecado. Y dijo Moisés: ¿Por qué quebrantáis el dicho de Jehová? Esto tampoco os sucederá bien. No subáis, porque Jehová no está en medio de vosotros, no seáis heridos delante de vuestros enemigos. Porque el amalecita y el cananeo están allí delante de vosotros, y caeréis a cuchillo: pues por cuanto os habéis retraído de seguir a Jehová, por eso no será Jehová con vosotros. Sin embargo, se obstinaron en subir a la cima del monte: mas el arca de la alianza de Jehová, y Moisés, no se apartaron

de en medio del campo. Y descendieron el amalecita y el cananeo, que habitaban en aquel monte, e hirieronlos y derrotáronlos, persiguiéndolos hasta Horma" (versículos 39-45).

¡Qué tropel de contradicciones en el corazón humano! Cuando fueron exhortados a subir con la energía de la fe, y de poseer el país, retrocedieron y rehusaron avanzar. Se habían echado al suelo y habían llorado cuando hubiesen debido subir y conquistar. En vano el fiel Caleb les había atestiguado que Jehová les introduciría en la montaña de su heredad y les asentaría en ella, lo que podía hacer; no quisieron subir entonces porque no sabían confiarse a Dios. Mas ahora, en vez de doblar la cabeza y aceptar la disciplina, quieren subir confiando en sí mismos, en su presunción.

Cuán vano era ¡ay! el querer marchar sin tener con ellos el Dios vivo. Sin El nada podían hacer. Cuando podían tenerlo, temieron a los amalecitas: y ahora, aun sin Dios con ellos, se obstinan en afrontar a aquel pueblo: "Henos aquí, para subir al lugar del cual ha hablado Jehová". Esto era más fácil de decir que de hacer. Un israelita sin Dios no podía medirse con un amalecita. Es digno de notarse que cuando Israel rehusa obrar en la energía de la fe, en cuanto cae bajo el poder de la incredulidad que deshonra a Dios, Moisés les muestra las dificultades que ellos mismos habían alegado para desobedecer. Y les dice: "El amalecita y el cananeo están allí, delante de vosotros". Esto está repleto de instrucción. Por su incredulidad ellos habían excluido a Dios; en consecuencia no se trataba evidentemente más que de una cuestión entre Israel y los cananeos. La fe hubiese convertido la situación en una cuestión entre Dios y los cananeos. Tal era cabalmente la manera con que Josué y Caleb consideraban la situación cuando decían: "Si Jehová se agradare de nosotros, él nos meterá en esta tierra, y nos la entregará, tierra que fluye leche y miel. Por tanto no seáis rebeldes contra Jehová, no temáis al pueblo de aquesta tierra, porque nuestro pan son: su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis".

Aquí está el gran secreto. La presencia de Jehová en medio de su pueblo le garantizaba la victoria sobre todos sus enemigos.

Pero si El no está con ellos, son como el agua derramada en tierra. Los diez incrédulos habían declarado que ellos eran como langostas en presencia de los gigantes; y ahora Moisés les declara, por decirlo así, que las langostas no pueden medirse en lucha con gigantes. Si, por un lado, es verdadera la frase: "os será hecho según vuestra fe", por otro, también, resulta verdadera esta otra: "se os hará según vuestra incredulidad".

Ahora el pueblo había actuado presuntuosamente creyendo ser algo, cuando no era nada. ¡Oh; qué ruindad atreverse a marchar con sus propias fuerzas! ¡Qué derrota, y qué confusión! ¡Qué riesgos y qué desprecio! ¡Qué humillación y qué destrozo! Por fuerza había de suceder así. El pueblo, en su incredulidad, abandonaba a Dios: Dios, a su vez, abandonaba al pueblo a su vana pretensión. No habían querido andar con Dios por la fe; Dios no quería andar con ellos en su incredulidad: "Pero el arca de la alianza de Jehová, y Moisés, no se apartaron de en medio del campo". Ellos fueron sin Dios; también debieron huir delante de sus enemigos.

Tal sucede siempre. No hay ventaja posible en afectar ser fuerte, en tener altas pretensiones, en creerse algo. Si Dios no está con nosotros, somos como el rocío de la mañana. Pues bien, debemos aprender esto prácticamente. Debemos descender al fondo de nosotros mismos para comprender nuestra completa nulidad. El desierto, con todas sus variadas escenas y con sus mil experiencias, nos conduce a este resultado práctico. Allí aprendemos lo que es la carne; allí nuestra naturaleza, bajo todas sus fases, se nos muestra enteramente al desnudo; unas veces mostrándose llena de una cobarde incredulidad; otras, llena de una falsa confianza. En Cades rehúsa marchar cuando se le manda hacerlo, en Horma, persiste en marchar cuando se le dice lo contrario. Así es como los extremos se tocan en esta mala naturaleza que todos, el escritor como el lector de estas páginas, llevamos en nosotros mismos cada día.

Pero, amado lector cristiano, hay una lección especial que debiéramos procurar aprender a fondo, antes de dejar Horma; hela aquí: Hay una inmensa dificultad en andar humildemente y con paciencia en el camino que nuestra caída ha hecho nece-

sario que recorramos. La incredulidad de Israel, rehusando subir al país, hizo necesario, según las dispensaciones del gobierno de Dios, que ellos volvieran atrás y que anduviesen errantes por el desierto durante cuarenta años. Y esto era a lo que ellos no querían someterse. Resistieron. No podían doblar la cerviz al yugo que les era necesario.

¡Cuán a menudo es este nuestro caso! Caemos; damos pasos en falso; entramos, por lo tanto, en circunstancias difíciles; entonces, en vez de inclinarnos humildemente bajo la mano de Dios, para procurar andar con El en humildad y con contrición de espíritu, nos volvemos obstinados y rebeldes, nos quejamos de las circunstancias, en vez de juzgarnos a nosotros mismos, y procuramos, en nuestra obstinación, escapar a esas mismas circunstancias en vez de aceptarlas como una consecuencia justa y necesaria de nuestra conducta.

Puede suceder también que por debilidad o fracaso, en una u otra forma, rehusamos entrar en una posición o senda de privilegio espiritual, y por lo mismo somos derribados hacia atrás en nuestra carrera y colocados en una grada más baja en la escuela. Entonces, en vez de comportarnos humildemente, y sometiéndonos con mansedumbre y contrición a las manos de Dios, presumimos de ponernos en la posición, y afectamos gozar el privilegio y alegamos pretensiones al poder, resultando de todo ello en una mayor derrota y confusión.

Tales cosas exigen nuestra más profunda consideración. Es una gran ventaja cultivar un espíritu humilde, un corazón contento con un sitio de debilidad y menosprecio. Dios resiste a los soberbios pero da gracia a los humildes. El espíritu pretencioso debe humillarse tarde o temprano. Si no hay fe para tomar posesión de la tierra prometida, entonces no hay otra cosa que hacer más que recorrer el desierto con humildad y simplicidad de corazón.

Y ¡bendito sea Dios! El está con nosotros en este viaje por el desierto, mientras que no estará nunca con nosotros en el camino del orgullo y de la pretensión. Jehová rehusó acompañar a Israel en la montaña de los amorreos; sin embargo, estaba dispuesto a volver a ellos, en su gracia paciente, para acompa-

ñarlas en todas sus marchas a través del desierto. Si Israel no quería entrar en Canaán con Jehová, El estaba dispuesto a volver al desierto con Israel. Nada podrá sobrepasar la gracia que brilla en esto. Si Dios hubiese obrado con ellos según lo que merecían, hubiesen debido, por lo menos, ser abandonados a errar solos por el desierto. Pero, bendito sea su gran nombre para siempre, no nos trata según nuestros pecados, ni nos devuelve según nuestras iniquidades. Sus pensamientos no son como nuestros pensamientos, ni sus caminos son como nuestros caminos. A pesar de toda la incredulidad, la ingratitud y las provocaciones de los hijos de Israel; aunque la vuelta al desierto fuese el fruto de su conducta, no obstante, Jehová, en su gracia condescendiente y su paciente amor, volvió con ellos para ser su compañero de viaje en el desierto, durante cuarenta largos y tristes años.

Si, pues, el desierto enseña lo que es el hombre, también enseña lo que es Dios; y, además, nos muestra lo que es la fe; ya que Josué y Caleb debieron volver atrás con toda la asamblea de sus hermanos incrédulos, y permanecer durante cuarenta años lejos de su heredad, aunque habían estado, por la gracia, prontos a subir al país. Esto podía parecer una grande injusticia. La carne podía encontrar que eso era poco razonable que dos hombres de fe debiesen sufrir a causa de la incredulidad de otros. Pero la fe puede aguardar con paciencia. Además ¿cómo iban Josué y Caleb a quejarse de esa marcha prolongada cuando veían a Jehová dispuesto a compartirla con ellos? Imposible. Estaban dispuestos a aguardar el momento fijado por Dios, ya que la fe nunca tiene prisa. La fe de los servidores podía bien estar sostenida por la gracia del Maestro.

Capítulo 15

Las palabras con que empiezan este capítulo son notables e interesantes en alto grado comparadas con el contenido del capítulo precedente. En aquel todo parece tenebroso y sin esperanza. Moisés debía decir al pueblo: "No subáis, porque Jehová no está en medio de vosotros, no seáis heridos delante de vuestros enemigos". Y Jehová les había dicho: "Vivo yo . . . que según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros. Vuestros cuerpos caerán en este desierto. . . . No entraréis en la tierra por la cual alcé mi mano de haceros habitar en ella. . . . Y en cuanto a vosotros vuestros cuerpos caerán en este desierto".

Esto en cuanto al capítulo 14. El capítulo 15 prosigue la narración como si nada hubiese ocurrido, y que todo estuviese tan sosegado, tan claro y tan seguro como Dios puede hacerlo. En él leemos: "Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: *Cuando hubiereis entrado en la tierra de vuestras habitaciones, que yo os doy, etc.*" Este es uno de los pasajes más notables de este admirable libro. A la verdad no ofrece en todo su contenido un pasaje más característico no sólo del libro de Números, sino de toda la palabra de Dios. Cuando leemos la solemne sentencia: "No entraréis en la tierra", ¿cuál es la grande lección que nos da? La que somos tan tardos en aprender: esto es, la completa indignidad del hombre, que él es sin mérito: "Toda carne es como la hierba".

Y, por otra parte, cuando leemos palabras tales como: "Cuando hubiereis entrado en la tierra de vuestras habitaciones, que yo os doy", ¿cuál es la preciosa lección que nos enseñan? Seguramente ésta: que la salud es del Señor. En una parte se descubre el pecado del hombre; en la otra la fidelidad de

Dios. Si consideramos el asunto desde el punto de vista humano, la sentencia es: "No entraréis en la tierra". Pero si lo consideramos desde el punto de vista de Dios, podemos cambiar la frase, y decir: "Ciertamente entraréis allá".

Tal sucede en la escena que se desenvuelve ante nuestros ojos, y de igual manera en todo el Libro inspirado, desde su comienzo al fin. El hombre fracasa, pero Dios es fiel. El hombre todo lo echa a perder, pero Dios lo restaura todo. "Lo que es imposible para con los hombres, posibles es para Dios" (Luc. 18: 27). ¿Necesitaremos recorrer todo el canon sagrado para demostrarlo? ¿Deberemos recordar al lector la historia de Adán en el Paraíso, o a la de Noé después del Diluvio, o también la de Israel en el desierto, en el país de Canaán, bajo la ley, bajo el culto levítico? ¿Nos detendremos en la exposición de las faltas del hombre en el servicio profético, sacerdotal o real? ¿Expondremos el fracaso de la Iglesia profesante, en su responsabilidad en la tierra? ¿No ha faltado el hombre siempre y en todo? ¡Ah, sí!

Este es uno de los aspectos del cuadro, aspecto sombrío y humillante. Pero, bendito sea Dios, hay también el aspecto luminoso y alentador. Si hay el "no entraréis", hay también el "ciertamente entraréis". Y ¿por qué? Porque Cristo ha entrado en escena y en El todo está infaliblemente asegurado, para la gloria de Dios y la eterna bendición del hombre. El proyecto eterno de Dios es el de "establecer a Cristo como jefe sobre todas las cosas". No hay cosa alguna en que el primer hombre ha faltado que el segundo no restaure. Todo está establecido sobre una nueva base en Cristo. Es la Cabeza de la nueva creación, Heredero de todas las promesas hechas a Abraham, a Isaac y a Jacob con respecto al país; Heredero de todas las promesas hechas a David respecto al trono. El imperio será puesto sobre sus hombros. El se revestirá de sus glorias. El es profeta, Sacerdote y Rey. En una palabra, Cristo restaura todo lo que Adán perdió, y El aporta mucho más de todo lo que Adán poseyó. Así que, si consideramos al primer Adán y sus obras, la sentencia es: "¡No entraréis!" ¡No permaneceréis en el Paraíso; no conservaréis el imperio; no heredaréis las prome-

sas; no entraréis en el país; no ocuparéis el trono; no entraréis en el reino!

Pero, por otro lado, de cualquier manera que consideremos al postrer Adán y sus obras, toda la serie de negaciones precedentes debe ser gloriosamente invertida. El "no" ha de ser para siempre borrado de estas frases, ya que en Cristo Jesús, "las promesas de Dios" son en El, sí, y en El Amén por nosotros a la gloria de Dios. No existe el "no" cuando se trata de Cristo. Todo es "sí", todo está divinamente establecido y fijado; y porque es así, Dios ha puesto su sello, el sello del Espíritu que poseen ahora todos los creyentes: "Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que por nosotros ha sido entre vosotros predicado, por mí, y Silvano y Timoteo, no ha sido Sí y No; mas ha sido Sí en él. Porque todas las promesas de Dios son en El Sí, y en El Amén por nosotros a la gloria de Dios. Y él que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios; el cual también nos ha sellado, y dado la prenda del Espíritu en nuestros corazones" (2 Cor. 1: 19-22).

Así que, las primeras líneas del capítulo 15 de Números deben leerse a la luz de todo el Libro de Dios. Forma parte de la historia entera de los caminos de Dios con respecto al hombre en este mundo. Israel había perdido todo derecho al país. Lo que merecían era que sus cuerpos cayesen en el desierto. Y no obstante, tal es la grande y preciosa gracia de Dios, que le permitió hablar de su entrada en el país y enseñarles lo que debían hacer en él.

Nada puede haber más bendito y reconfortador que esto. Dios se sobrepone a toda falta y pecado del hombre. Es imposible que deje de cumplirse una sola de las promesas de Dios. ¿Es posible que la conducta de los descendientes de Abraham en el desierto anulara el eterno propósito de Dios, o que impidiera la ejecución de la promesa absoluta y sin condiciones hecha a los padres? Imposible. Si, pues, la generación que subió de Egipto rehusara entrar en Canaán, Jehová suscitaría de las mismas piedras, una descendencia a aquel en favor del cual su promesa debiera tener su cumplimiento. Esto facilita la inteligencia de la primera frase de nuestro capítulo, que con una

belleza y una fuerza notables, sigue a las humillantes escenas del capítulo 14. En este último, el sol de Israel parece descender en medio de nubes oscuras y amenazadoras; pero en el capítulo 15 se eleva con claridad serena, revelando y confirmando que: "sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios" (Rom. 11: 29). Dios no se arrepiente nunca de sus dones y del llamamiento hecho; de tal modo que, aunque una generación incrédula pudiese murmurar y rebelarse millares de veces, El cumplirá lo prometido.

He aquí el firme fundamento de la fe en todo tiempo, el puerto seguro y sosegado del alma en medio del naufragio de todos los proyectos y de todas las empresas de los hombres. Todo se hace pedazos entre las manos del hombre; pero Dios en Cristo permanece. Colóquese al hombre una y otra vez en las circunstancias más favorables, y hará bancarrota; pero Dios ha levantado a Cristo en resurrección y todos los que creen en El son afirmados sobre una base enteramente nueva; son co-participes con el Jefe resucitado y glorificado, y con El quedan para siempre. Esta maravillosa asociación jamás podrá ser disuelta. Todo descansa sobre un cimiento que ni los poderes de la tierra, ni los del infierno podrán jamás mover.

Lector, ¿te haces cargo de la aplicación de todo esto a ti mismo? ¿Has descubierto a la luz de la presencia de Dios, que has fracasado de veras; que has naufragado en todo y que no tienes ni una excusa que alegar? ¿Has sido inducido a hacer una aplicación personal a ti mismo de las dos frases sobre las cuales nos hemos detenido; a saber: "no entrarás"; y la de: "ciertamente entrarás"? ¿Has comprendido la fuerza de las palabras: "Te perdiste, oh Israel; mas en mí está tu ayuda" (Oseas 13: 9)? En una palabra: ¿Te has presentado a Jesús como un pecador caído, culpable, perdido por ti mismo, y has encontrado en El la redención, la paz y el perdón?

Detente, amigo mío, y considera seriamente lo que precede. Harto sabemos que tenemos algo más que hacer que escribir unos "Estudios sobre el Libro de Números". Pensamos en el alma del lector. Tenemos un deber de los más solemnes que cumplir ante él; por esto nos sentimos obligados de vez en

cuando a abandonar la lectura de la página sobre la cual meditamos, para hacer un llamamiento al corazón y a la conciencia del lector, para solicitar encarecidamente, si aún no está convertido o está indeciso, que ponga a un lado nuestro libro, y considere seriamente la gran cuestión de su estado presente y de su suerte eterna. Ante ella todas las demás cuestiones resultan enteramente insignificantes. ¿Qué son todos los planes y todas las empresas que comienzan, continúan y terminan acá abajo, si se les comparan con la eternidad y con la salud de tu alma inmortal? Todo eso no es más que como el polvillo que se adhiere a una balanza. "¿De qué aprovecha al hombre, si granjeare todo el mundo, y perdiere su alma? (Mat. 16: 26). Si tuvieras la fortuna del hombre más rico en el mundo, si ocuparas el más alto pináculo de la fama literaria o de la ambición política; si tu nombre fuese unido a todos los honores que las Universidades de este mundo pueden otorgar; si tus sienes estuvieran ceñidas de laureles y tu pecho cubierto con las medallas de cien victorias, ¿de qué te aprovecharía todo ello? Todo debes dejarlo, y pasar desde el estrecho círculo del tiempo al océano sin orillas de la eternidad. Hombres muy ricos; hombres de fama literaria; hombres peritos en estadística; hombres que han merecido los elogios y aplausos de sus semejantes, arrebatados por su elocuencia; hombres que escalaron el punto culminante en la esfera naval, militar o forense, han desaparecido en la eternidad, y la pavorosa pregunta que en cuanto a ellos cabe hacer es ésta, "¿Dónde está su alma?"

Lector amado; te suplicamos por el grande amor de Dios, por la cruz y los sufrimientos de Cristo, por el potente testimonio del Espíritu Santo, por la imponente solemnidad de una eternidad sin fin, por el inapreciable valor de tu alma inmortal, por todos los goces del cielo, por todos los horrores del infierno, por estas siete razones graves, solicitamos de ti que vayas a Jesús. ¡No lo difieras ni aplaques! ¡No quieras discutir! ¡No quieras razonar! Acude, acude a El ahora, tal como estás; con todos tus pecados; con toda tu miseria; con tu vida mal empleada; con todo el bagaje acusador de gracias desdeñadas, de ventajas de las que has abusado, de ocasiones favorables des-

aprovechadas; dirígete a Jesús que te llama, que está ahí, con los brazos abiertos y el corazón lleno de amor, pronto a recibirte; acude a Jesús que te muestra sus heridas que atestiguan la realidad de su muerte expiatoria en la cruz; que te invita a depositar en Él tu confianza y que te asegura que si lo haces, jamás serás confundido. ¡Haga el Espíritu de Dios resonar ahora mismo este llamamiento en tu corazón, y que no te dé reposo alguno antes de ser convertido a Cristo, reconciliado con Dios y sellado con el Espíritu Santo de la promesa!

Volvamos a nuestro capítulo.

Nada más interesante que el cuadro que en él se nos presenta. En él tenemos los votos, las ofrendas, los sacrificios de justicia y el vino del reino, todo ello fundado en la gracia soberana que brilla desde el primer versículo. Es un bello ejemplo, un magnífico símbolo del estado futuro de Israel. Esto nos recuerda las maravillosas visiones con que termina el libro del profeta Ezequiel. La incredulidad, la murmuración, la rebelión no existen ya; han sido olvidadas. Dios se retrae a sus consejos eternos y, de allí, mira adelante al tiempo en que su pueblo le ofrecerá una ofrenda de justicia y le pagará sus votos; al tiempo en el cual los goces de su reino llenarán para siempre sus corazones (versículos 3-13).

Observemos un rasgo notable de este capítulo: el lugar que ocupa "el extranjero". Es de lo más característico. "Y cuando habitare con vosotros extranjero, o cualquiera que estuviere entre vosotros por vuestras edades, si hiciere ofrenda encendida de olor suave a Jehová, como vosotros hicieréis así hará él. Un mismo estatuto tendréis, vosotros de la congregación, y el extranjero que con vosotros mora; *estatuto que será perpetuo por vuestras edades: como vosotros así será el peregrino delante de Jehová.* Una misma ley y un mismo derecho tendréis, vosotros y el peregrino que con vosotros mora (versículos 14-16).

¡Qué lugar para el extranjero! ¡Qué lección para Israel! El extranjero es puesto al mismo nivel que Israel: "como vosotros, así será el extranjero", y añade: "delante de Jehová". En Exodo 12: 48, leemos: "Mas si algún extranjero peregrinare contigo, y

quisiere hacer la pascua a Jehová, séale circuncidado todo varón, y entonces se llegará a hacerla". Pues bien; en Números para nada se hace alusión a la circuncisión. Y ¿por qué? Un punto tan importante ¿podrá jamás ser puesto a un lado? No; pero creemos que aquí esta omisión está llena de significación. Israel había faltado a toda obligación. La generación rebelde debía ser puesta a un lado y cercenada, pero el eterno plan de Dios en gracia permanece y todas sus promesas han de realizarse. "Todo Israel será salvo"; poseerá el país, ofrecerá ofrendas puras, pagará sus votos y saboreará el gozo del reino. ¿En virtud de qué principio? En virtud de la gracia soberana. Pues bien; es sobre este principio que "el extranjero" es introducido, y no sólo introducido, sino "como vosotros, así será el extranjero delante de Jehová".

El judío ¿encuentra algo censurable en esto? Que estudie los capítulos 13 y 14 de Números. Luego, cuando haya recibido en su ánimo la saludable lección, que medite el capítulo 15, y estamos seguros que no procurará rechazar al "extranjero", pues estará dispuesto a confesar que él mismo es deudor a la gracia, reconociendo así que la misma misericordia que se le ha acordado, puede serlo igualmente al extranjero; entonces se regocijará de ir en su compañía a beber a la fuente de salud abierta por la gracia soberana del Dios de Jacob.

La enseñanza de esta parte de nuestro libro ¿no nos recuerda el admirable plan de las dispensaciones, desenvuelto en los Romanos 9-11, y especialmente esta magnífica conclusión: "Porque sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios. Porque como también vosotros (extranjeros) en algún tiempo no creísteis a Dios, mas ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos; así también éstos ahora no han creído, para que, por la misericordia para con vosotros (es decir: la misericordia ofrecida a los gentiles; véase el griego) ellos también alcancen misericordia (esto es: que lleguen sobre el principio de la misericordia, como "el extranjero"). Porque Dios encerró a todos en incredulidad (judíos y naciones) para tener misericordia de todos, ¡oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles

son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿Porque ¿quién entendió la mente del Señor, o quién fue su consejero? O ¿quién le dio a El primero, para que le sea pagado? Porque de El y por El y en El, son todas las cosas. A El sea gloria por los siglos. Amén (Rom. 11: 29-36).

En los versículos 22 a 31 de nuestro capítulo, tenemos las instrucciones sobre los pecados por error, y sobre los pecados cometidos con mano altiva, distinción muy seria e importante. Por los primeros se ha provisto ampliamente, según la bondad y misericordia de Dios. La *muerte* de Cristo es presentada en esta parte del capítulo bajo sus dos grandes aspectos, esto es; el holocausto y la ofrenda por el pecado; es decir, su aspecto en cuanto a Dios, y su aspecto en cuanto a nosotros; a continuación tenemos todo el valor, la fragancia y el goce de *su vida* y de su servicio perfecto, como hombre en este mundo; esto está figurado por la torta y la libación. En el holocausto vemos la expiación cumplida según la medida de la consagración de Cristo a Dios, y del contentamiento que Dios toma en El. En la ofrenda por el pecado se ve la expiación cumplida según la medida de las necesidades del pecador y de la naturaleza odiosa que el pecado reviste a los ojos de Dios. Tomadas en conjunto las dos ofrendas ofrecen la muerte expiatoria de Cristo en toda su plenitud. Luego, en la torta vemos la vida perfecta de Cristo y la realidad de su naturaleza humana, manifestadas en todos los detalles de su conducta y servicio en este mundo. La libación es el tipo de su completo abandono a Dios.

No trataremos ahora de desarrollar las ricas y maravillosas intrucciones que se desprenden de las diferentes categorías de sacrificios presentadas en este pasaje. Remitimos al lector que quiera estudiar más a fondo este asunto, a los "Estudios sobre el libro del Levítico". Exponemos aquí simplemente, de la manera más breve, lo que creemos ser la principal significación de cada ofrenda; pues sería repetir lo que ya escribimos el entrar en más detalles.

Añadiremos tan sólo que los derechos de Dios exigen que se tomen en cuenta los pecados cometidos por yerro. Pudiéramos estar dispuestos a decir, o al menos a pensar, que tales pecados

pueden ser pasados por alto. Dios no piensa así. Su santidad no debe ser rebajada a la medida de nuestra inteligencia. La *gracia* ha hecho provisión para los pecados cometidos por error, pues la *santidad* exige que tales pecados sean juzgados y confesados. Todo corazón sincero alabará a Dios por ello. ¿Qué sería de nosotros si las provisiones de la gracia no fuesen suficientes para satisfacer los derechos de la santidad divina? Seguramente no serían suficientes si no fuesen más allá del alcance de nuestra inteligencia.

Y no obstante, aunque todo esto se admite generalmente, causa tristeza oír a menudo a cristianos profesantes excusarse en su ignorancia o servirse de ella para justificar la infidelidad y el error. Pues bien; en semejantes casos a menudo se puede formalmente hacer la pregunta siguiente: ¿Por qué somos ignorantes sobre ciertos puntos de conducta o de los derechos que Cristo tiene sobre nosotros? Supongamos que se presenta un caso que reclama un juicio positivo y exige una cierta línea de conducta, y alegamos ignorancia. ¿Está esto bien? ¿Sirve de algo? Consentirá Dios que nos descarguemos así de nuestra responsabilidad? ¡No! estemos ciertos de que no lo hará. ¿Por qué somos ignorantes? ¿Hemos empleado toda nuestra energía, todos los medios posibles para llegar al fondo de la cuestión, con el fin de obtener una solución exacta? Recordemos que los derechos de la verdad y de la santidad exigen todo esto de nuestra parte, y no debiéramos quedar satisfechos con menos que esto. No podemos dejar de admitir que si se tratase, en la medida que fuese, de *nuestros propios intereses*, de *nuestro* nombre, de *nuestra* reputación, de *nuestros* bienes, nada nos impediría familiarizarnos con todo lo que hiciera referencia al tal caso. En materias tales, no alegraríamos nuestra ignorancia. Si fuese necesario informarnos, procuraríamos hacerlo. Haríamos todo lo posible para conocer los detalles, el *pro* y el *contra* de la cuestión, a fin de poder formar sobre ella un sano juicio.

¿No es así, lector? Pues bien; ¿por qué alegamos ignorancia cuando se trata de los derechos de Cristo? Esto, ¿no prueba que cuando se trata de nosotros mismos somos diligentes, celosos, enérgicos, muy activos, mientras que cuando se trata de Cristo,

somos indiferentes, indolentes, negligentes? ¡Ah! qué verdad tan humillante! ¡Podamos verlo y sentirnos humillados! ¡Que el Espíritu Santo nos haga más vigilantes para las cosas que interesan a nuestro Señor Jesucristo! Que el yo y sus intereses disminuyan y que Cristo y sus intereses aumenten cada día en estimación por nuestra parte. Que nuestros corazones reconozcan nuestra santa responsabilidad de examinar con diligencia toda cuestión en que pueda estar interesada la gloria de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, aunque fuese en el más mínimo grado. No nos permitamos nunca hablar, pensar u obrar como si creyéramos que lo que le atañe fuese un asunto indiferente para nosotros. ¡Que Dios, en su misericordia, nos guarde de ello! Apreciemos lo que nos concierne como si no fuese esencial comparativamente; pero que los derechos de Cristo tengan su suprema autoridad.

Todo cuanto dejamos expuesto respecto a la ignorancia, lo hemos dicho con el sentimiento de nuestra responsabilidad ante la verdad de Dios y del alma del lector. Nos damos cuenta de su inmenso importancia práctica. Creemos que muy a menudo alegamos *ignorancia*, debiendo más bien llamarla *indiferencia*. Es muy triste. Con seguridad, si nuestro Dios, en su infinita bondad, ha provisto abundantemente por los pecados cometidos por ignorancia, esto no ha de ser un motivo para que nos refugiamos tranquilamente tras la excusa de nuestra ignorancia, cuando tenemos a nuestro alcance las enseñanzas más detalladas, faltándonos tan sólo la energía necesaria para servirnos de ellas.

Quizá no nos hubiéramos detenido tan largamente sobre este asunto, si no estuviéramos cada día más convencidos de que hemos llegado a un momento crítico de nuestra historia como cristianos. No es que estemos arrastrados a verlo todo negro. Creemos que nuestro privilegio es el estar llenos de gozosa confianza, y de tener nuestros corazones y espíritus guardados siempre en la paz de Dios que sobrepaja a todo entendimiento. "Porque no nos ha dado Dios el espíritu de temor, sino el de fortaleza y de amor, y de templanza" (2 Tim. 1: 7).

Nos es imposible, sin embargo, cerrar los ojos sobre este

hecho asombroso: que los derechos de Cristo, el valor de la verdad, la autoridad de las Santas Escrituras, son más y más olvidados cada día, cada semana, cada año. Creemos que nos aproximamos a un momento en el que habrá tolerancia para todo excepto para la verdad de Dios. Conviene, por lo tanto, velar cuidadosamente para que la Palabra de Dios ocupe su verdadero lugar en los corazones, y que la conciencia sea gobernada en todo por su santa autoridad. Una conciencia sensible es un preciosísimo tesoro que podemos llevar siempre con nosotros; una conciencia que responde siempre a la acción de la Palabra de Dios, que se somete en todo a sus sencillas indicaciones. Cuando la conciencia está en este santo estado, tenemos en ella una potencia reguladora para obrar sobre nuestra conducta y sobre nuestro carácter. La conciencia puede ser comparada al regulador de un reloj. Puede acontecer que las saetas del reloj no anden bien; pero en tanto que el regulador tenga influencia sobre el movimiento, habrá medio de corregir la marcha de las saetas. Si este poder cesa de obrar, el reloj entero andará mal. Tal sucede con la conciencia. Mientras permanece sensible a los dictados de la Escritura, aplicados por el Espíritu Santo, hay siempre un poder regulador seguro y cierto, pero si la conciencia se vuelve insensible, endurecida o pervertida, si rehusa dar una respuesta real a estas palabras: "Así ha dicho Jehová", entonces queda poca o ninguna esperanza. Y llega a estar en el caso de nuestro capítulo. "Mas la persona que hiciere algo con *altiva mano*, así el natural como el extranjero, a Jehová injurió; y la tal persona será cortada de en medio de su pueblo. Por cuanto *tuvo en poco la palabra de Jehová*, y dio por nulo su mandamiento, enteramente será cortada la tal persona; su iniquidad será sobre ella" (versículos 30-31).

No es un pecado por error, sino un pecado voluntario o cometido con *altiva mano*, para el que no queda más que el implacable juicio de Dios. "Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como pecar con ídolo e idolatría el infringir" (1 Sam. 15: 23). Son palabras solemnes en un momento como el presente en el que la voluntad del hombre se desenvuelve con una fuerza extraordinaria. Se juzga como un acto viril el

afirmar su voluntad: pero la Escritura nos enseña todo lo contrario. Los dos grandes elementos de la perfección humana, de la perfecta virilidad, son la *dependencia* y la *obediencia*. A medida que uno se separa de ellas, se separa uno del verdadero espíritu y de la verdadera actitud que conviene al hombre. De aquí que, cuando dirigimos nuestras miradas sobre Aquel que fue el hombre perfecto, el hombre Cristo Jesús, vemos estos dos grandes rasgos, plenamente establecidos y plenamente desenvueltos de extremo a extremo. Este Bien amado jamás se salió, ni un momento, de su situación de dependencia perfecta y obediencia absoluta. Si quisiéramos demostrar esa verdad, en el Evangelio entero la encontraríamos. Tenemos la escena de la tentación; allí encontramos un ejemplo de esta vida bendita. La respuesta que da invariablemente al tentador es: "Porque escrito está". Ningún razonamiento, ningún argumento, ninguna pregunta. El vivía de la Palabra de Dios. Venció a Satán reteniendo firmemente la *sola* verdadera posición de un hombre; dependencia y obediencia. El *podía* estar en dependencia de Dios, y *quería* obedecerle. ¿Qué podía Satán en un caso como aquél? Absolutamente nada.

Ese es nuestro modelo. Teniendo la vida de Cristo, somos llamados a vivir en dependencia y obediencia habituales. Es esto andar en Espíritu. Ese es el seguro y feliz sendero del cristiano. La independencia y la desobediencia van juntas. Son absolutamente anticristianas. Las vemos en el primer hombre, al paso que la dependencia y la obediencia pertenecen al segundo. Adán, en el jardín de Edén, quiso ser independiente. No estaba contento con ser hombre y permanecer en la única verdadera posición y en el único verdadero espíritu de un hombre; entonces desobedeció. Ahí está el secreto de la caída de la humanidad; considéresela donde se quiera, antes o después del Diluvio; sin la ley o bajo la ley; en los paganos, en los judíos, los turcos, o los cristianos de nombre, no encontraremos más que independencia y desobediencia para con Dios. ¿Bajo qué carácter aparece el hombre aún hoy día al final de la historia de este siglo? Como el "Rey que hace su voluntad" y como el "Inicuo", el hombre sin ley.

Que se nos dé la gracia de pesar estas cosas con espíritu humilde y obediente. Dios ha dicho: "a aquel, pues, miraré que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra" (Isa. 66:2). Que estas palabras hieran nuestros oídos; que profundicen en nuestros corazones a fin de que la constante aspiración de nuestras almas sea: Guarda a tu siervo de los pecados cometidos con mano altilva, que no se enseñoreen de mí.*

Fáltanos hacer notar el caso del que profanaba el sábado; y luego la ordenanza del "cordón de cardeno".

"Y estando los hijos de Israel en el desierto, hallaron un hombre que recogía leña en día de sábado. Y los que le hallaron recogiendo leña, trajéronlo a Moisés y a Aarón, y a toda la congregación: y pusieronlo en la cárcel, porque no estaba declarado qué le habían de hacer. Y Jehová dijo a Moisés: Irremisiblemente muera aquel hombre; apedrélo con piedras toda la congregación fuera del campo. Entonces lo sacó la congregación fuera del campo, y apedreáronlo con piedras, y murió, como Jehová mandó a Moisés" (versículos 32-36).

Esto era con seguridad un pecado cometido por altivez, era desobedecer resueltamente a un mandamiento muy claro y muy positivo de Dios. Esto es lo que caracteriza al pecado cometido por altivez y lo hace absolutamente inexcusable. No puede alegarse ignorancia ante un mandamiento divino.

* Quisiéramos recordar, especialmente al joven lector cristiano, que la verdadera salvaguardia contra los pecados cometidos por error, es el estudio de la Palabra; y que la verdadera salvaguardia contra los pecados cometidos por altivez, es la sumisión a la Palabra. Todos tenemos necesidad de recordar estas cosas, y más especialmente nuestros hermanos más jóvenes. Hay una fuerte tendencia entre los jóvenes cristianos a entrar en la corriente de este siglo y a dejarse empapar de su espíritu. De aquí proviene la independencia, la testarudez, la impaciencia contra la vigilancia, la desobediencia a los padres, la obstinación, la arrogancia, los modales pretensivos, la presunción, la afectación de creerse más sabios que los mayores en edad, cosas todas ellas que son odiosas a los ojos de Dios y que están en completa oposición al espíritu del cristianismo. Exhortamos a nuestros jóvenes amigos a guardarse de tales cosas buscando la humildad. Que recuerden que "Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes".

Pero quizá alguno pregunte: ¿por qué debieron meter a ese hombre bajo guarda? Porque aunque el mandamiento era explícito, no estando prevista una posible violación, ninguna pena se había aún pronunciado contra ella. Hablando a lo humano, Jehová no había contemplado una locura tal como la profanación del día de reposo por parte del hombre.

No había, pues, proveído formalmente a un caso de tal naturaleza. No tenemos necesidad de recordar que Dios conoce desde un principio el fin de las cosas; pero en este asunto, había dejado, de propósito, el caso en indecisión hasta que se presentara el caso. Pero ¡ay! el caso se presentó muy pronto, pues el hombre es capaz de todo. El reposo de Dios no está en su corazón. Encender fuego en día de sábado no era sólo una infracción positiva de la ley; tal acto denotaba el más completo apartamiento del pensamiento del Legislador, ya que introducía en el día de *reposo* al fuego que era el más evidente símbolo del *juicio*. El fuego es el emblema del juicio, y como tal no podía estar en ningún modo en relación con el reposo del sábado. No había, pues, otro remedio que aplicar al que había violado el sábado el castigo apropiado, ya que "todo lo que el hombre sembrare eso también segará".

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles que se hagan pezueros en los remates de sus vestidos, por sus generaciones: y pongan en cada pezuero de los remates un cordón de cárdeno. Y serviros ha de pezuero, para que cuando lo viereis, os acordéis de todos los mandamientos de Jehová, para ponerlos por obra, y no miréis en pos de vuestro corazón y de vuestros ojos yendo en pos de los cuales fornicáis. Para que os acordéis, y hagáis todos mis mandamientos, y seáis santos a vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios" (versículos 37-41).

El Dios de Israel quería tener a su pueblo en una continua recordación de sus santos mandamientos. De ahí esta magnífica institución del cordón de cárdeno (*azul*), ordenado para ser un memorial *celeste* sujeto a las faldas de sus vestidos, con el fin de que la palabra de Dios pudiera ser siempre traída a la

memoria en sus pensamientos y en sus corazones. Todas las veces que un israelita fijaba sus miradas sobre el cordón azul, debía pensar en Jehová y mostrar una sincera obediencia a sus estatutos.

Tal era el gran objeto práctico del "cordón cárdeno". Pero cuando nos trasladamos al versículo 5 del capítulo 23 de Mateo, vemos allí el triste uso que el hombre hizo de esta institución divina. "Antes todas sus obras hacen para ser mirados de los hombres: porque ensanchan sus filacterias, y *extienden los flecos de sus mantos*"; . . . De este modo la misma cosa que fue establecida para llevarlos al recuerdo de Jehová y a mostrar una humilde obediencia a su preciosa Palabra, la emplearon para glorificarse a sí mismo en su orgullo religioso.

En vez de pensar en Dios y en su palabra, pensaban en sí mismos y en el lugar que ocupaban en la estimación de sus semejantes. "*Todas sus obras hacen para ser vistos de los hombres*". Ni un pensamiento para Dios. El espíritu original de la institución se había perdido por completo, pero la forma exterior era conservada con fines egoístas. ¿Y no podemos ver algo semejante a esto alrededor de nosotros y aun entre nosotros mismos? Pensemos en ello; sí, pensemos seriamente y con atención. Considerémoslo a fin de que no convirtamos un celeste memorial en una divisa terrestre; y lo que debiera ser motivo de leal obediencia, lo cambiemos en un motivo de tributar honra a nosotros mismos.

Capítulo 16

El capítulo que acabamos de leer puede ser considerado como una digresión en la historia de la vida de Israel en el desierto, excepto el corto párrafo referente al que había profanado el sábado. Nos transporta al porvenir, cuando a pesar de todos sus pecados, de toda su locura, sus murmuraciones y sus rebeliones, Israel poseerá la tierra de Canaán y ofrecerá sacrificios de justicia y cánticos de alabanza al Dios de su salud. Hemos visto a Jehová pasando por alto la incredulidad y la desobediencia (capítulos 12 y 14), anticipando el pleno y final cumplimiento de su eterno designio, y la realización de sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob.

Pero el capítulo 16 continúa la historia del desierto, historia triste y humillante en cuanto al hombre, pero brillante y bendita desde el punto de vista de la paciencia inagotable y gracia ilimitada de Dios. Esas son las dos grandes lecciones del desierto. En ellas vemos lo que es el hombre, pero también lo que Dios es. Las dos cosas se ven una junto a la otra en las páginas del libro de Números. Así en el capítulo 14, se nos da cuenta del hombre y sus caminos. Luego en el capítulo 15 vemos a Dios y sus caminos. Ahora en este capítulo 16, volvemos al hombre y sus caminos. ¡Que podamos cosechar una profunda y sólida instrucción de esta lección doble!

“Y Coré, hijo de Ishar, hijo de Coath, hijo de Leví; y Dathán y Abiram, hijos de Eliab; y Hon, hijo de Peleth, de los hijos de Rubén, tomaron gente, y levantáronse contra Moisés con doscientos y cincuenta varones de los hijos de Israel, príncipes de la congregación, de los del consejo, varones de nombre; y se juntaron contra Moisés y Aarón, y les dijeron: Básteos, porque toda la congregación, todos ellos son santos, y

en medio de ellos está Jehová ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová? (versículos 1-3).

Aquí llegamos a la solemne historia de lo que el Espíritu Santo, por el apóstol Judas, llama "la contradicción de Coré". La rebelión se atribuye a Coré, porque él era el jefe religioso de la misma. Parece que poseía una autoridad suficiente para reunir a su alrededor, un gran número de hombres influyentes, príncipes, hombres llamados al consejo, hombres de renombre. En una palabra, era una rebelión formidable y seria; y haremos bien procurando examinar su origen y su carácter moral.

Es siempre un momento muy crítico en la historia de una asamblea, aquel en que se pone de manifiesto un espíritu de deslealtad; puesto que de no ser reprimido en regla, resultarían a no dudar las más desastrosas consecuencias. En toda asamblea hay elementos de oposición; basta un espíritu turbulento y dominador para obrar sobre tales elementos y convertir en incendio devorador el fuego que ardía en oculto. Hay siempre centenares y aun millares de individuos dispuestos a agruparse alrededor del estandarte de la revuelta, en cuanto éste se dé al viento, pero que no hubieran tenido ni la fuerza ni el valor de desplegarlo ellos mismos. Satán no echará mano del primer advenedizo como instrumento de tal obra. Necesita para ello de un hombre astuto, diestro y enérgico, de un hombre de fuerza moral y de influencia sobre el ánimo de sus semejantes, y de una voluntad de hierro para proseguir en sus proyectos. Cierto es que Satán reviste de tales características a aquellos que emplea en sus empresas diabólicas. Sea como fuese, sabemos, como un hecho cierto, que los grandes conductores de todas las revueltas han sido hombres de un espíritu superior, capaces de gobernar a su capricho la turba inconstante que, semejante al océano, se presta a ser levantada por todos los vientos de tempestad. Tales hombres saben las pasiones de los pueblos para servirse de ellos en seguida. La palanca más segura de que disponen para sublevar a las masas es la cuestión de sus derechos y de su libertad. Si logran no más que a persuadir a los pueblos que su libertad está amenazada, o que sus *derechos*

son infringidos, están seguros de reunir alrededor de ellos un gran número de espíritus inquietos y de causar daño enorme.

Tal fue el caso de Coré y sus partidarios. Trataron de convencer al pueblo que Moisés y Aarón obraban como amos con sus hermanos, mermando sus derechos y sus privilegios como miembros de una santa congregación, en la cual, según su criterio, todos estaban a un mismo nivel y donde todos tenían derechos iguales.

"Básteos . . . ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?" Tal era su acusación fundamental contra el "hombre más manso de todos los de la tierra". Pero ¿qué cosa era la que Moisés había hecho? La más rápida ojeada sobre la historia de este bien amado servidor hubiera bastado para convencer a una persona imparcial que, lejos de apropiarse dignidades o responsabilidades, se había mostrado siempre más dispuesto a rehusarlas cuando le fueron ofrecidas, y a desfallecer bajo su peso cuando se le impusieron. Por lo tanto, el que pudiera acusar a Moisés de querer abarcar mucho probaba sencillamente que era completamente ignorante del verdadero espíritu y del verdadero carácter de aquel hombre. Seguramente el que pudo decir a Josué: "¿Tienes tú celos por mí? Mas ojalá que todo el pueblo de Jehová fuesen profetas, que Jehová pusiera su Espíritu sobre ellos", no estaba dispuesto a apropiárselo todo.

Por otra parte, si Dios llama y prepara a un hombre para su obra, si llena un vaso para un servicio especial, ¿cómo y por qué, entonces censurar al don divino y al nombramiento divino? En verdad, no puede darse nada más absurdo. "No puede el hombre recibir algo si no le fuese dado del cielo" (Jn. 3: 27). Es inútil, pues, sin ello que un hombre cualquiera pretenda ser o tener tal cosa; tal pretensión debe necesariamente conducir al aniquilamiento. Tarde o temprano los ambiciosos serán devueltos al lugar que les corresponde, y sólo subsistirá lo que es de Dios.

Coré y su banda disputaban, pues, contra Dios; no contra Moisés y Aarón. Estos habían sido llamados por Dios a ocupar cierto sitio, a cumplir determinada obra; y no lo hubiesen

pasado bien si se hubiesen opuesto, pues no fueron ellos los que habían aspirado a tal cargo o que se habían encargado de aquella obra; habían sido consagrados por Dios. Esto hubiese debido resolver la situación y debió resolverla para todos, excepto para los rebeldes turbulentos y ocupados en sí mismos que procuraban perjudicar a los verdaderos siervos de Dios, con el fin de elevarse a sí mismos. Este es siempre el caso de los promotores de sediciones y de descontento. Su verdadero objeto es el de darse importancia. Hablan de una manera muy plausible de los derechos y privilegios comunes al pueblo de Dios; pero en realidad aspiran a ocupar una posición para la cual en ninguna manera tienen aptitud, y a disfrutar de unos privilegios a los cuales no tienen ningún derecho.

En realidad la cosa es muy sencilla. ¿Ha conferido Dios a alguien una posición a ocupar o alguna obra que hacer? ¿Quién lo dudará? Que cada cual reconozca su plaza y la ocupe; que reconozca la obra que le ha sido confiada y que la cumpla. Es la cosa más insensata procurar ocupar la posición o hacer la obra de otro. Así lo hemos visto al meditar sobre los capítulos 3 y 4 de este libro. Coré tenía su obra y Moisés la suya también. ¿Por qué el uno envidiaba al otro? Tan razonable sería acusar al sol, a la luna y a las estrellas de darse demasiada importancia al brillar en el espacio que se les ha asignado, como acusar al servidor revestido de los dones de Cristo, y que acepta la responsabilidad de su cargo, de ser presuntuosos.

Pues bien, este principio es de una inmensa importancia en cualquiera asamblea, grande o pequeña y en toda circunstancia en la que los cristianos son llamados a trabajar juntos. Es un error suponer que todos los miembros del cuerpo de Cristo sean llamados a ocupar plazas de distinción, o que cada miembro pueda escoger su lugar en el cuerpo. Esto es entera y absolutamente cuestión del decreto de Dios.

Tal es la enseñanza clarísima de 1 Corintios 12: 14-18. "Pues ni tampoco el cuerpo es un miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo: ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo: ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese

ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora DIOS ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo como quiso".

Así se encuentra la verdadera, la única verdadera fuente del ministerio en la Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo. "DIOS ha colocado los miembros". No es un hombre que nombra a otro; menos aún es un hombre que se nombra a sí mismo. Se requiere el nombramiento divino o no hay nada; el nombramiento por el hombre es una audaz usurpación de los derechos de Dios.

Pues bien; examinando este asunto a la luz de la maravillosa enseñanza de 1 Corintios 12, ¿qué diríamos si los pies acusasen a las manos, o si los oídos acusasen a los ojos de darse excesiva importancia? ¿No sería esto ridículo en último grado? Es verdad que estos miembros ocupan un lugar distinto en el cuerpo; pero ¿por qué? Porque DIOS los ha colocado en él "según El ha querido". ¿Y qué hacen ellos en esa posición distinguida? La obra que Dios les ha dado a cumplir. ¿Y con qué objeto? Por el bien del cuerpo entero. No hay un solo miembro, por humilde que sea, que no reciba positivas ventajas de las funciones debidamente cumplidas por un miembro distinguido. Por otra parte, el miembro distinguido disfruta y se aprovecha de las funciones debidamente cumplidas por el miembro más humilde. Que los ojos pierdan la potencia de visión y todos los miembros se resentirán. Que sobrevenga una perturbación en el miembro más insignificante y el miembro más honorable sufrirá por ello.

Por lo tanto, la cuestión no es saber si abarcamos poco o mucho, sino si cumplimos la obra que se nos ha asignado y si ocupamos nuestro debido lugar. Es por la cooperación enérgica de todos los miembros en la medida del trabajo de cada uno que se verifica la edificación del cuerpo entero. Si esta gran verdad no es comprendida y puesta en práctica, lejos de producirse la edificación, será de hecho dificultada; el Espíritu Santo será contristado y ahogado; los derechos soberanos de Cristo serán negados; Dios no será honrado. Todo cristiano debe obrar de acuerdo con este principio divino y testificar en contra de todo lo que lo niegue.

El establecimiento de la Iglesia profesante, esa ruina del testimonio que Dios esperaba de Su Iglesia, debe ser para los fieles, un ejemplo para ser evitado y un poderoso estimulante para guardar y practicar la verdad de Dios, el olvido y negación de la cual han causado esa presente ruina. El cristiano está siempre y solemnemente obligado a someterse a Dios y a conformarse a la revelación que ha dado. Alegar las circunstancias como excusa para hacer lo malo o para descuidar alguna verdad de Dios, es tan sólo burlarse de la autoridad divina y hacer a Dios cómplice de nuestra desobediencia. No iremos más allá en nuestras consideraciones. Sólo hemos recordado esos temas porque están enlazados con el capítulo cuyo examen vamos a continuar. Es indudablemente una de las páginas más solemnes de la historia de Israel en el desierto.

Cuando Moisés, el verdadero siervo de Dios, oyó las palabras sediciosas de Coré y de su banda, "echóse sobre su rostro". Hemos visto, en Exodo 14, a este bien amado servidor prostronado, cuando debiera estar en pie. Pero en este caso era lo mejor y lo más seguro que pudo haber hecho. No se consigue nada contestando a los descontentos y amotinados; vale más dejarlos en manos del Señor, porque en realidad es con El quien tienen que habérselas. Si Dios coloca a un hombre en determinado puesto y le encarga un trabajo determinado, si sus semejantes levantan querellas por causa de su obediencia a Dios, en tal caso esa querella va dirigida en realidad contra Dios mismo, el cual sabrá resolverla según su sabiduría. Esta verdad da una santa calma y una elevación moral al servidor de Dios, siempre que almas envidiosas y turbulentas le oponen. Es casi imposible ocupar un lugar distinguido en el servicio, o ser empleado de una manera especial por Dios, sin exponerse a los ataques de ciertos hombres radicales y descontentos, que no pueden sufrir el ver a alguien más honrado que ellos. Pero el verdadero modo de contestar a tales gentes consiste en la manifestación de un espíritu de humildad y luego dejar pasar sobre sí la corriente de la revuelta.

"Y como lo oyó Moisés, echóse sobre su rostro; y habló a Coré y a todo su séquito, diciendo: Mañana mostrará Jehová

(no será Moisés quien mostrará) quién es suyo, y al santo hará llegar a sí; y al que El escogiere, El lo allegará a sí. Haced esto: Tomaos incensarios, Coré y todo su séquito: y poned fuego en ellos y poned en ellos sahumario delante de Jehová mañana: y será que el varón a quien Jehová escogiere, aquél será el santo: básteos esto, hijos de Leví" (versículos 4-7).

Esto era poner el asunto en buenas manos. Moisés pone en primera línea los derechos soberanos de Jehová. "Jehová mostrará" y "Jehová escogerá". No dice ni una palabra de sí mismo ni de Aarón. Todo el negocio descansa sobre el mandamiento y la selección hechos por Jehová. Los doscientos cincuenta rebeldes son colocados cara a cara con el Dios vivo. Son llamados a aparecer en su presencia, con sus incensarios en mano, a fin de que toda la cuestión sea examinada y resuelta definitivamente ante aquel gran tribunal cuya decisión ha de ser final. Evidentemente de nada hubiese servido que Moisés y Aarón hubiesen pronunciado sentencia, pues fueron los demandados en la causa. Moisés deseaba que ambas partes fuesen citadas delante de Dios para juzgar y resolver las diferencias.

Esta era la verdadera humildad, la verdadera sabiduría. Es siempre conveniente cuando algunos buscan una posición, de dejársela ocupar, a gusto de su corazón; pues seguramente la misma plaza a la que aspiraron será el teatro de su señalada derrota y de su deplorable confusión. Se ven a veces hombres arrastrados por envidia de otros en cierta esfera de actividad, dispuestos a ocuparla ellos. Que lo prueben, y estarán seguros de caer al fin y de retirarse cubiertos de vergüenza y de confusión de rostro. El Señor confundirá seguramente a los tales. Los que están expuestos a los ataques de la envidia, lo mejor que pueden hacer es echarse sobre el rostro ante Dios y dejarle el cuidado de resolver la cuestión con los descontentadizos.

Es tristísimo cuando estas escenas se ven entre el pueblo de Dios; pero ellas han ocurrido, ocurren y tal vez ocurrirán una y otra vez; y el mejor medio en casos tales es dejar a los hombres inquietos, ambiciosos y animados de espíritu desafecto,

correr libres cuán largo les permita la cuerda de suelta. Es, en realidad, dejarlos en manos de Dios, el cual con toda seguridad les tratará según su perfecto camino.

“Dijo más Moisés a Coré: oid ahora, hijos de Leví, ¿os es poco que el Dios de Israel os haya apartado de la congregación de Israel, haciéndoos allegar a sí para que ministraseis en el servicio del tabernáculo de Jehová, y estuviéseis delante de la congregación para ministrarles? ¿Y que te hizo acercar a ti, y a todos tus hermanos los hijos de Leví contigo, para que *procuréis también el sacerdocio*? Por tanto, tú y todo tu séquito sois los que os juntáis contra Jehová: pues Aarón, ¿qué es para que contra él murmuréis?” (versículos 8-11).

Aquí se nos descubre la verdadera causa de esta terrible conspiración. Vemos al hombre que la provocó y el objeto que se proponía. Moisés se dirige a Coré y le acusa de aspirar al sacerdocio. Es importante que el lector se haga perfecto cargo de este punto según la enseñanza de la Escritura. Es necesario que vea lo que era Coré, lo que era su obra, y cuál era el objeto de su turbulenta ambición. Necesita ver todas estas cosas, si quiere comprender la verdadera fuerza y el verdadero sentido de la expresión de Judas: “la contradicción de Coré”.

¿Quién era, pues, Coré? Era un Levita que, como tal, fue llamado a servir y a enseñar. “Ellos enseñarán tus juicios a Jacob, y tu ley a Israel” (Deut. 33: 10). “El Dios de Israel os ha apartado de la congregación de Israel haciéndoos allegar a sí para que ministraseis en el servicio del tabernáculo de Jehová y estuviéseis delante de la congregación para ministrarles”. Tal era Coré y tal era la esfera de su actividad. Pero ¿a qué aspiraba? Al sacerdocio, “¿para que vosotros procuréis el sacerdocio?”

Pues bien; un observador superficial podría pasar por alto que Coré buscara algo para sí. Parecía defender los derechos de toda la asamblea. Pero Moisés, por el Espíritu de Dios, arranca la careta a este hombre, y demuestra que con un pretexto plausible, aspiraba audazmente al sacerdocio. Es conveniente hacer resaltar esto. Véase, por lo general, que los que hablan más alto de las libertades, de los derechos y privilegios del pueblo de Dios, buscan en realidad su propia elevación y

sus ventajas personales. No contentos de hacer su propia obra, buscan un sitio que no les corresponde. Esto no siempre es visible; pero sí, es seguro que Dios lo descubrirá tarde o temprano, pues “a El corresponde pesar las empresas”. Nada es tan despreciable en la asamblea como el buscar un puesto para sí mismo. Esto ha de terminar inevitablemente en una decepción y en la vergüenza. Lo mejor para cada uno es de ser hallado ocupando su puesto señalado y ocupado en su obra determinada; cuanto más humilde, sosegada y sencillamente se haga, mucho más valdrá.

Pues bien; Coré no había aprendido este principio tan sencillo y tan saludable. Descontento de su posición y de su servicio divinamente asignados, aspiraba a algo que en ningún modo le correspondía. Aspiraba al sacerdocio. Su pecado era el de rebelión contra el sumo sacerdote de Dios. Esta era “la contradicción de Coré”.

Este hecho de la historia de Coré, no siendo, por lo general, bien comprendido, ha sido causa de que se haya acusado de igual pecado a todo el que trata de ejercer un don cualquiera que le haya sido concedido por la Cabeza de la Iglesia. Tal juicio está desprovisto por completo de fundamento. Tomemos, por ejemplo, un hombre al cual Cristo ha conferido manifiestamente el don del evangelista. ¿Deberemos suponerle culpable del pecado de Coré si, en virtud del don y de la misión de Dios, va y predica el evangelio? ¿Debe predicar o no debe? El don de Dios y su llamamiento ¿son suficientes para autorizarle? ¿Obra como rebelde el que predica el evangelio en condiciones tales?

Igual podría decirse con respecto al pastor o al doctor. ¿Es culpable del pecado de Coré el ejercer el don especial que ha recibido de la Cabeza de la Iglesia? El don de Cristo ¿no hace del hombre un ministro? ¿Qué le falta para el servicio? ¿No es clarísimo a todo espíritu sin prevenciones, para todos que se dejan enseñar por la Escritura, que la posesión de un don, otorgado de arriba, basta para hacer de un hombre un ministro? ¿Y no es asimismo evidente que aunque un hombre tenga todo cuanto es posible sin tener el don de parte de la Cabeza de la

Iglesia, no es ministro? Confesamos que no comprendemos cómo pueden suscitarse dudas sobre asuntos tan claros.

No se pierde de vista que hablamos de dones especiales para el servicio en la Iglesia. Sin duda, todo miembro del cuerpo de Cristo tiene un ministerio que desempeñar, alguna obra que hacer. Esto es comprendido por todo cristiano inteligente. Es bien evidente que la edificación del cuerpo no es solamente el fruto de la obra de algunos dones eminentes, sino también de todos los miembros en sus posiciones respectivas, según leemos en Efesios 4: 15-16. "Antes siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todas cosas en aquel que es la cabeza, a saber: Cristo; del cual, todo el cuerpo compuesto y bien ligado entre sí por todas las *junturas* de su alimento, que recibe según la operación, *cada miembro conforme a su medida* toma aumento de cuerpo edificándose en amor".

Todo esto es claro. Pero en cuanto a los dones especiales, tales como el de evangelista, de pastor, de profeta o de doctor, Cristo sólo es el que los da. La sola y simple posesión de esos dones conferidos a tales hombres basta para hacer de ellos ministros sin otra adición alguna (Efes. 4: 11-12; 1 Cor. 12: 11). Por otra parte, toda la educación, y todas las instituciones humanas bajo el sol no serían capaces de hacer de un hombre un evangelista, un pastor o un doctor, a menos de haber recibido de la Cabeza de la Iglesia un don especial y positivo. Creemos haber dicho lo bastante para probar al lector que es un grave error acusar a hombres del horrendo pecado de Coré por ejercer libremente los dones que les han sido distribuidos por la Cabeza de la Iglesia. En realidad pecarían gravemente no ejerciéndolos.

Ahora bien; hay una diferencia capital entre el ministerio (o servicio) y el sacerdocio. Coré no aspiraba a ser ministro; lo era ya. El aspiraba a ser sacerdote; y esto no podía serlo. El sacerdocio pertenecía a Aarón y a sus hijos; y hubiese sido, de parte de cualquier otro que no fuese de su casa, una temeraria usurpación el querer ofrecer sacrificios o cumplir alguna otra función sacerdotal. Pues Aarón era tipo de nuestro gran Pontífice que subió a los cielos, Jesús, Hijo de Dios. Los cielos son la esfera de su ministerio. "Así que, si estuviese sobre la

tierra, ni aun sería sacerdote" (Heb. 8: 4). "Porque notorio es que el Señor nuestro nació de la tribu de Judá, sobre cuya tribu nada habló Moisés tocante al sacerdocio" (Heb. 7: 14). No hay ahora sacerdotes en la tierra, salvo en el sentido en que todo creyente es un sacerdote. Así leemos en Pedro: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio (1 Ped. 2: 9). Todo cristiano es un sacerdote según el sentido de esta expresión. El más débil creyente en la Iglesia de Dios es sacerdote tanto como Pablo. Esto no es cuestión de capacidad o de potencia espiritual, sino puramente de posición. Todos los creyentes son sacerdotes y son llamados como tales a ofrecer sacrificios espirituales, según leemos en Hebreos 13: 15-16. "Así que, ofrezcamos por medio de El a Dios siempre *sacrificio de alabanza*, es a saber, fruto de labios que confiesen a su nombre. Y de hacer bien y de la comunicación no os olvidéis: porque de *tales sacrificios* se agrada Dios".

Tal es el sacerdocio cristiano. Rogamos al lector que note cuidadosamente que aspirar a alguna otra forma de sacerdocio fuera de ésta, encargarse de alguna otra pretendida función sacerdotal, establecer una casta cualquiera de sacerdotes, o poner aparte a cierto número de hombres consagrados para obrar en favor de sus semejantes, o por cumplir, *en lugar suyo*, un culto o cualquier otro servicio sacerdotal ante Dios, esto es, en principio, exactamente el pecado de Coré. Hablamos del principio y no de las personas. El germen del pecado está allí, tan evidentemente como pueda serlo. El fruto no faltará en llegar a su madurez.

Este asunto es de una importancia capital, lo decimos con énfasis, y debe ser examinado a la sola luz de las Santas Escrituras; y en ningún modo bajo la influencia de la tradición o de la historia eclesiástica. ¿Cuáles son los verdaderos culpables del pecado de Coré en el día de hoy? ¿Los que buscan ejercer un don, sea el que fuere, conferido por la Cabeza de la Iglesia, o bien los que ejercen un ministerio o que se atribuyen un oficio sacerdotal, que únicamente corresponde a Cristo mismo? Esta cuestión solemne no puede proponerse y resolverse sino a la luz de la Palabra. ¡Que podamos examinarla con calma en

la presencia de Dios y permanecer fieles a Aquel que no es sólo nuestro Salvador clemente, sino también nuestro soberano Señor!

El resto del capítulo ofrece un cuadro muy emocionante del juicio de Dios ejecutado sobre Coré y los suyos. Jehová resolvió bien pronto la cuestión suscitada por esos hombres rebeldes. El solo relato de él es horroroso en extremo. ¿Qué no sería el hecho mismo? La tierra abrió su boca y tragó los tres principales promotores de la rebelión; y el fuego de Jehová descendió y consumió los doscientos cincuenta hombres que emprendieron la obra de ofrecer incienso (versículo 35).

“Y dijo Moisés: En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para que hiciese todas estas cosas; que no de mi corazón las hice. Si como mueren todos los hombres murieren éstos, o si fueren visitados a la manera de todos los hombres, Jehová no me envió. Mas si Jehová hiciere una nueva cosa, y la tierra abriere su boca, y los tragare con todas sus cosas, y descendieren vivos al abismo, entonces conoceréis que estos hombres irritaron a Jehová” (versículos 28-30).

De este modo Moisés coloca la cuestión únicamente entre Jehová y los rebeldes. Apela de ella ante Dios y lo deja todo en sus manos. Este es el verdadero secreto de la potencia moral. El hombre que no procura nada para sí mismo, que no tiene otro fin u otro objeto que la gloria de Dios, puede aguardar con confianza el desenlace de cualquier dificultad. Pero para ello su ojo debe ser simple, su corazón íntegro, sus intenciones puras. Las falsas pretensiones, la envidia y la presunción, no pueden subsistir ya cuando la tierra abre su boca y el fuego del Eterno lo devora todo en derredor. Es fácil hacer el fanfarrón, alabarse y emplear palabras altisonantes cuando todo está en calma. Pero en cuanto Dios aparece con su juicio terrible, el aspecto de las cosas cambia pronto.

“Y aconteció que en acabando él de hablar todas estas palabras, rompióse la tierra que estaba debajo de ellos, y abrió la tierra su boca, y tragólos a ellos y a sus casas, y a todos los hombres de Coré, y a toda su hacienda: y ellos, con todo lo que tenían descendieron vivos al abismo, y cubriólos la tierra, y perecieron de en medio de la congregación. Y todo Israel,

los que estaban en derredor de ellos, huyeron al grito de ellos: porque decían: no nos trague también la tierra” (versículos 31-34).

Ciertamente “terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo”. “Dios es formidable en la asamblea de los santos; terrible en medio de los que le rodean”. “Porque nuestro Dios es fuego consumidor”. Cuánto más le hubiese valido a Coré que se hubiese contentado con su servicio levítico, que era del orden más elevado. Su empleo como Coathita era el de llevar algunos de los vasos más preciosos del santuario. Pero él aspiró al sacerdocio, y cayó en el abismo.

Pero esto no fue todo. Apenas el suelo se hubo cerrado sobre los rebeldes, “salió fuego de Jehová y consumió los doscientos y cincuenta hombres que ofrecían el sahumero”. Fue una escena pavorosa, una manifestación terrible del juicio de Dios sobre el orgullo y pretensiones del hombre. Es inútil del todo que el hombre quiera levantarse contra Dios, pues El resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. ¿Qué suma locura que los gusanos de la tierra quieran levantarse contra el Dios Todopoderoso!

Si Coré y los que con él estaban hubiesen sido humildes, sumisos a Dios, contentos con la posición que Dios les había señalado, hubieran sido honrados por Dios, y no hubieran llenado el corazón de sus hermanos de espanto y de luto. Quisieron ser algo, no siendo nada en realidad, y cayeron en el abismo. En el gobierno moral de Dios, la destrucción sigue inevitablemente al orgullo. Que nuestro estudio del capítulo 16 de Números, dé por resultado que reconozcamos el valor de un espíritu humilde y contrito. Estamos en momentos en que el hombre tiende más y más a elevarse. “Excelsior” es la divisa más popular hoy en día. Guardémonos de interpretarla y de aplicarla a nuestro modo. “El que se ensalza será humillado”. Si nos regimos por la regla del reino de Dios, veremos que el único modo de ser levantados es bajándonos. El que ocupa ahora la plaza suprema en los cielos es el que tomó voluntariamente el puesto más bajo acá en la tierra (Fil. 2: 5-11).

He aquí nuestro modelo como cristianos; en él también está el antídoto divino contra el orgullo y la ambición de los hombres de este mundo. Nada más triste que ver un espíritu presuntuoso, inquieto, vano e impaciente en los que hacen profesión de seguir a Aquel que era manso y humilde de corazón. Examinarse cada cual en presencia de Dios, luego estar a menudo a solas con El, es el gran remedio contra el orgullo y la satisfacción de sí mismo. ¡Que podamos conocer la realidad de ello en el secreto de nuestras almas! Que el Señor en su bondad nos haga realmente humildes en todos nuestros caminos, y nos conceda apoyarnos con sencillez en El mismo y considerarnos como nada ante nuestros ojos.

El último párrafo de nuestro capítulo demuestra de la manera más evidente el mal incorregible del corazón natural. Podíase esperar que después de las emocionantes escenas que habían ocurrido ante ella, la congregación habría aprendido lecciones profundas y duraderas. Habiendo visto a la tierra abrir su boca, oído los desgarradores alaridos de los rebeldes que desaparecían en el abismo, habiendo visto el fuego de Jehová descender y consumir en un momento los doscientos y cincuenta principales de la asamblea, habiendo presenciado tales pruebas del juicio divino, un despliegue tal de la potencia y de la majestad de Dios, pudiera suponerse que aquel pueblo, en adelante, marchara mansa y humildemente, sin que se volvieran a oír en sus tiendas acentos de descontento y de rebelión. ¡Ay! Tal enseñanza no cabe en el hombre. La carne es completamente incurable. Esta verdad se revela en cada página del volumen divino. Se demuestra igualmente en las últimas líneas del capítulo 16. "El día siguiente. . ." Fijémonos en ello. No fue al cabo de un año, de un mes o siquiera de una semana de suceder las espantosas escenas ante las cuales nos hemos detenido, sino: "El día siguiente *toda la congregación* (no ya simplemente algunos de espíritu temerario), de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis muerto al pueblo de Jehová. Y aconteció que, como se juntó la congregación contra Moisés y Aarón, miraron hacia el tabernáculo del testimonio, y he aquí la nube lo había

cubierto y apareció la gloria de Jehová: Y vinieron Moisés y Aarón delante del tabernáculo del testimonio. Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Apartaos de en medio de esta congregación, y consumirélos en un momento (versículos 41-45).

Aquí tenemos para Moisés un nuevo motivo de intercesión. La asamblea entera está amenazada de rápida destrucción. Parece no haber ya esperanza ninguna. La longanimidad de Dios parece haberse agotado; la espada del juicio está a punto de caer sobre la congregación entera, y se ve, que precisamente entonces, los rebeldes y el pueblo encuentra su única esperanza en aquel sacerdocio que habían despreciado, y que los mismos hombres a quienes acusan de hacer morir al pueblo de Jehová, eran los instrumentos de Dios para salvar sus vidas. "Y ellos se echaron sobre sus rostros. Y dijo Moisés a Aarón: Toma el incensario y pon en él fuego del altar, y sobre él pon perfume, y vé presto a la congregación, y haz expiación por ellos; porque el furor ha salido de delante de la faz de Jehová; la mortandad ha comenzado. Entonces tomó Aarón el incensario, como Moisés dijo, y corrió en medio de la congregación: y he aquí que la mortandad había comenzado en el pueblo: y él puso perfume e hizo expiación por el pueblo. Y púsose entre los muertos y los vivos, y cesó la mortandad" (versículos 46-48).

Aquel sacerdocio, que tan menospreciado había sido, podía salvar él solo al pueblo rebelde y obstinado. Hay algo en este párrafo inefablemente bendito. Aarón, el sumo sacerdote de Dios, se mantiene allá entre los muertos y los vivos, y de su incensario se eleva una nube de incienso que sube hasta Dios, figura relevante de Aquel que, más grande que Aarón, habiendo hecho, por sí mismo, una perfecta expiación por los pecados de su pueblo, está siempre delante de Dios con todo el perfume de su Persona y de su obra. El sacerdocio sólo podía conducir al pueblo a través del desierto. Era el recurso rico y adecuado de la gracia divina. El pueblo era deudor a la intercesión del sumo sacerdote de haber sido preservado de las justas consecuencias de sus rebeldes murmuraciones. Si hubiese sido tratado simplemente desde el punto de vista de la justicia, todo lo que

pudiera haberse dicho fuera: "Dejadme y los consumiré en un momento".

Tal es el lenguaje de la pura e inflexible justicia. La destrucción inmediata es la obra de la justicia. La completa y final liberación es la obra gloriosa y característica de la gracia divina, "gracia reinando por la justicia". Si Dios hubiera obrado únicamente en justicia con su pueblo, su nombre no hubiera sido plenamente glorificado, pues este Nombre incluye, además de la justicia, el amor, la misericordia, la bondad, la clemencia, la longanimidad, la compasión profunda e inagotable. Pues bien, ninguna de estas cosas hubiese sido conocida si el pueblo hubiese sido consumido en un momento, y, por consiguiente, el nombre de Jehová no hubiese sido glorificado o plenamente demostrado. "Por amor de mi nombre dilataré mi furor, y para alabanza mía te daré largas, para no talarte. He aquí te he purificado, y no como a plata: hete escogido en horno de aflicción. Por mí, por amor de mí, lo haré, para que no sea amancillado mi nombre: y mi honra no la daré a otro (Isa. 48: 9-11).

¡Cuán precioso es que Dios obre con nosotros, por nosotros y en nosotros para glorificar su Nombre! ¡Cuán maravilloso es también que su gloria brille sobre todo y aun que no se manifieste en toda su plenitud sino en el vasto plan formado en su corazón en el cual se revela como "Dios justo y Salvador!" ¡Precioso nombre para un pecador perdido! En El está contenido todo cuanto el hombre pueda necesitar tanto en el tiempo como en la eternidad. El lo encuentra en lo profundo de su miseria, como un culpable digno del infierno; lo lleva a través de las luchas variadas, las pruebas y dolores del desierto; y finalmente, le lleva arriba a aquella mansión feliz y bendita en la cual jamás podrán penetrar el pecado y la tristeza.

Capítulos 17 y 18

Estos dos capítulos forman una parte separada en la cual se nos presentan el origen, las responsabilidades y los privilegios del sacerdocio. Este es una institución divina. "Ni nadie toma para sí la honra, sino el que es llamado de Dios, como Aarón". Esto se pone de manifiesto en el capítulo 17. "Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y toma de ellos una vara por cada casa de los padres, de todos los príncipes de ellos, doce varas conforme a las casas de sus padres; y escribirás el nombre de cada uno sobre su vara. Y escribirás el nombre de Aarón sobre la vara de Leví, porque cada cabeza de familia de sus padres tendrá una vara. Y las pondrás en el tabernáculo del testimonio, delante del testimonio, donde yo me declararé a vosotros. Y será que el varón que yo escogiere, su vara florecerá; y haré cesar de sobre mí las quejas de los hijos de Israel, con que murmuran contra vosotros. Y Moisés habló a los hijos de Israel, y todos los príncipes de ellos le dieron varas; cada príncipe por las casas de sus padres una vara, en todas doce varas, y la vara de Aarón estaba entre las varas de ellos" (versículos 1-6).

¡Qué incomparable sabiduría brilla en este arreglo! ¡Cómo aquel asunto está completamente quitado de las manos del hombre, y colocado allí donde únicamente debía serlo, esto es: en manos del Dios vivo! No se trataba de un hombre que se instituyera a sí mismo; o de un hombre que instituyera a otro semejante suyo; era Dios mismo instituyendo al hombre según su propia elección, en el oficio que El mismo había establecido. En una palabra, el asunto debía ser resuelto por el mismo Dios, de tal suerte que todas las murmuraciones pudiesen ser ahogadas para siempre y que nadie en adelante pudiese acusar al sumo

sacerdote de Dios de arrogarse poderes excesivos. La voluntad humana nada tenía que ver en esta circunstancia solemne. Las doce varas, todas ellas en un mismo estado, fueron colocadas ante Jehová; el hombre se retiraba y dejaba obrar a Dios. No había lugar ni ocasión para la intervención del hombre. En la soledad profunda del santuario, lejos de todos los pensamientos del hombre, la gran cuestión del sacerdocio iba a ser fijada por la decisión de Dios mismo; una vez fijada jamás podía ser suscitada de nuevo.

“Y Moisés puso las varas delante de Jehová en el tabernáculo del testimonio; y aconteció que el día siguiente vino Moisés al tabernáculo del testimonio; y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había brotado, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras” (versículos 7 y 8). Figura admirable de Aquel que había de ser “declarado Hijo de Dios con potencia . . . por la resurrección de los muertos” (Rom. 1: 4). Las doce varas estaban todas sin vida; pero Dios, el Dios viviente, entra en escena; y por ese poder que le es peculiar, introduce la vida en la vara de Aarón y la presenta llevando los exquisitos de la resurrección.

¿Quién podrá negar esto? Los racionalistas podrán burlarse de ello, y formular mil preguntas. La fe contempla esa vara cargada de frutos y descubre en ella un símbolo atrayente de la nueva creación en la que todas las cosas son de Dios. La incredulidad puede discutir alegando la aparente imposibilidad de que un palo, de madera seca, haya producido yemas y fruto en el espacio de una noche. A los incrédulos, a los racionalistas, a los escépticos les parece esto imposible. ¿Y por qué? Porque ellos excluyen siempre a Dios. Acordémonos de esto: *la incredulidad excluye invariablemente a Dios*. Ella formula sus premisas, luego saca las conclusiones en las tinieblas de una lóbrega noche. No hay ni un solo rayo de verdadera luz en toda la esfera en donde se mueve la incredulidad. Excluye la única fuente de luz, y deja al alma envuelta en las sombras y oscuridad de unas tinieblas palpables.

Será conveniente que el joven lector se detenga en ello y pese seriamente este hecho solemne. Que reflexione con calma

y gravedad sobre el efecto especial de la incredulidad, de la filosofía, del racionalismo o del escepticismo. Todos ellos comienzan, prosiguen y acaban excluyendo a Dios. El incrédulo se adelanta con un impío y audaz “cómo pudo ser”, al misterio de la vara de Aarón brotando, floreciendo y fructificando. Ese es el gran camino del incrédulo; es capaz de formular diez mil preguntas, pero jamás resuelve ninguna. El os enseñará a dudar de todo, pero no puede daros nada en que podáis creer.

La incredulidad es de Satán, que ha sido, es, y será el gran preguntón. Llena el corazón de toda suerte de “quizá”, y “cómo”, sumergiendo de este modo a las almas en profundas tinieblas. Si puede lograr suscitar una pregunta, ya habrá conseguido su objeto. Pero es completamente impotente sobre un alma que cree que *Dios es*, y que *Dios ha hablado*. He aquí la noble respuesta de la fe a las preguntas de la incredulidad, la solución divina a todas las dificultades del incrédulo. La fe introduce siempre a Aquel que es siempre excluido por la incredulidad. Ella piensa con Dios; la incredulidad piensa sin El.

Diremos, pues, al lector cristiano, y particularmente al joven cristiano: No admitas ninguna pregunta cuando Dios ha hablado. Si hicieras lo contrario, bien pronto Satán te tendría bajo sus pies. Tu solo y suficiente recurso contra él se encuentra en esta respuesta firme e inmutable: “Está escrito”. El hecho de que Dios es y Dios ha hablado es la única fortaleza invencible del creyente.

Vemos este hecho demostrado de una manera notable en la tentación de nuestro Señor. El enemigo, según sus procedimientos habituales se acerca al Bienamado para insinuar una duda: “Si eres Hijo de Dios”. El Señor, ¿le responde acaso diciendo: “Sé que soy el Hijo de Dios; yo recibí ese testimonio por los cielos abiertos y por el creo y experimento que soy el Hijo de Dios? En ninguna manera; esa no es la manera de rechazar al tentador. “Escrito está”. Esta fue la respuesta, repetida por tres veces, del Hombre obediente y sumiso; tal debe ser la nuestra si queremos triunfar.

Si pues alguno pregunta con respecto a la vara de Aarón: "¿Cómo puede ser tal cosa? Esto es contrario a las leyes naturales; y ¿cómo Dios podía subvertir los principios establecidos de la filosofía natural?" La respuesta de la fe es sublime en su simplicidad: Dios puede obrar según le plazca. El que llamó los mundos a la existencia, puede en un momento, hacer brotar, florecer y fructificar una vara. Introducid a Dios, el verdadero Dios, vivo y actuante, y todo se hace fácil, claro y sencillo. Poned a Dios a un lado y en seguida queda todo sumergido en una confusión desesperante. Querer sujetar al Todopoderoso Creador del vasto universo a ciertas leyes de la naturaleza o a ciertos principios de filosofía natural, es una blasfemia impía. Es casi peor que negar por completo su existencia. Es difícil decir cuál es peor, si el ateo que pretende que no hay Dios, o el racionalista que sostiene que Dios no puede obrar como quiera.

Sentimos la inmensa importancia que tiene el examinar los orígenes reales de todas las teorías plausibles que están más en boga en nuestros días. El espíritu humano se ocupa en formar sistemas, sacar conclusiones y razonar en términos que excluyen completamente el testimonio de las Santas Escrituras, y echan a Dios fuera de Su propio universo. Es necesario que los jóvenes sean advertidos de todo ello. Debe mostrárseles la inmensa diferencia que existe entre los hechos de la ciencia y las conclusiones de los sabios. Un hecho es un hecho, dondequiera que se le encuentre; en la geología, en la astronomía o en cualquiera otra rama de la ciencia; pero los razonamientos, las conclusiones y los sistemas son otra cosa muy diferente. La Escritura jamás menoscabará los hechos reales que la ciencia haya comprobado; mientras que los razonamientos de los sabios se encuentran a menudo en oposición con la Escritura. Y cuando se presente el caso, debemos abiertamente denunciar la incredulidad, exclamando como el apóstol: "Sea Dios verdadero y todo hombre mentiroso".

Debemos siempre a las Santas Escrituras el primer lugar en nuestros corazones y en nuestro espíritu. Inclinémonos con absoluta sumisión, no ante: "Así dice la Iglesia" o "así dicen

los padres", o "así dicen los doctores"; sino ante: "Así dice el Señor"; "está escrito". Esa es nuestra sola fortaleza contra el torrente invasor de la incredulidad que amenaza barrer los fundamentos y los sentimientos religiosos en toda la extensión de la cristiandad. Nadie escapará sino los que son enseñados y gobernados por la palabra del Señor. Quiera Dios aumentar su número.

Volvamos al estudio de nuestro capítulo. "Entonces sacó Moisés todas las varas de delante de Jehová a todos los hijos de Israel, y ellos lo vieron, y tomaron cada uno su vara. Y Jehová dijo a Moisés: Vuelve la vara de Aarón delante del testimonio, para que se guarde por señal a los hijos rebeldes; y harás cesar sus quejas de sobre mí, porque no mueran. E hizolo Moisés: como le mandó Jehová, así hizo" (versículos 9-11).

De este modo la cuestión quedaba divinamente resuelta. El sacerdocio estaba establecido sobre la gracia todopoderosa de Dios que saca vida de la muerte. Esta es la fuente de las once varas secas y hacer de ella insignia del oficio sacerdotal. Todo el poder humano bajo del sol no fuera capaz de introducir la vida en una rama muerta, o hacer de esta rama un canal de bendición para las almas. De igual modo no había en todas las once ramas reunidas una sola yema o una sola flor. Pero allí donde había pruebas preciosas de una potencia vivificante, rasgos refrescantes de vida y bendición divinas, frutos olorosos de gracia eficaz, allí y sólo allí debía encontrarse el manantial de este ministerio sacerdotal que podía conducir a través del desierto un pueblo no solamente necesitado sino también murmurador y rebelde.

¿Por qué la vara de Moisés no estaba entre las doce? La razón es sencilla. La vara de Moisés era símbolo del poder y de la autoridad. La de Aarón era símbolo de la gracia que vivifica a los muertos y que llama las cosas que no son como las que son. Pues bien, el poder y la autoridad solos no podían guiar el pueblo a través del desierto. El poder podía anonadar al rebelde; la autoridad podía castigar al pecador; pero la misericordia y la gracia eran las indispensables a una

asamblea de hombres, mujeres y niños, necesitados, débiles y pecadores. La gracia que podía hacer brotar almendras de un palo seco, podía también conducir a Israel a través del desierto. Era sólo en relación con la vara vegetante de Aarón que Jehová podía decir: "harás cesar sus quejas de sobre mí, porque no mueran". La vara de la *autoridad* podía quitar de en medio a los *murmuradores*, pero la vara de la *gracia* podía hacer cesar la murmuración.

El lector puede consultar con interés y provecho un pasaje del comienzo del capítulo 9 de Hebreos, en lo tocante a la vara de Aarón. El apóstol, hablando del arca de la alianza, dice: "en la cual estaba una urna de oro que contenía el maná, y la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto". La vara y el maná eran las provisiones de la gracia divina para los viajes y las necesidades de Israel *en el desierto*. Pero cuando llegamos a 1 Reyes 8:9, leemos: "En el arca ninguna cosa había más que las dos tablas de piedra, que había allí puesto Moisés en Horeb, donde Jehová hizo la alianza con los hijos de Israel, cuando salieron de la tierra de Egipto". Habiendo terminado la peregrinación por el desierto, y esparciendo la gloria de los días de Salomón sus rayos sobre el país, la vara reverdecida y el maná son omitidos. No queda más que la Ley de Dios, base de su justo gobierno en medio de su pueblo.

En esto vemos un ejemplo de la divina exactitud de las Sagradas Escrituras y del carácter y objeto especiales del libro de Números. La vara de Aarón estaba en el arca durante la peregrinación por el desierto. ¡Que el lector procure alcanzar la significación profunda y bendita de este hecho precioso! Que pese la diferencia entre la vara de Moisés y la de Aarón. Hemos visto a la primera haciendo su obra característica en otros tiempos y en medio de otras escenas. Hemos visto al país de Egipto temblando bajo los golpes abrumadores de aquella vara. Plaga sobre plaga caían sobre aquellos lugares por la acción de aquella vara. Hemos visto a las aguas del mar Rojo separarse bajo ella, ya que era una vara de poder y de autoridad, pero impropia para apaciguar las murmuraciones de los hijos de Israel y conducir el pueblo a través del desierto. La gracia

sola podía hacer esto; gracia pura, libre y soberana, figurada en la germinación de la vara de Aarón.

Esta varita seca, muerta, era la verdadera imagen del estado natural de Israel y de cada uno de nosotros. En ella no había ni savia, ni vida, ni poder. Podía muy bien decirse de ella: ¿Qué puede salir de ella que valga algo? Nada en absoluto, si la gracia no hubiese sobrevenido y no hubiera desplegado su poder vivificante. Igual sucedía con Israel en el desierto; así sucede con nosotros ahora. ¿Cómo eran guiados día tras día? ¿Cómo estaban tolerados en todos sus pecados y locura? La respuesta la encontramos en la vara de Aarón. El leño seco y muerto era la expresión del estado natural del corazón. Las yemas, las flores y los frutos ostentaban la gracia viviente y vivificante de Dios, sobre la cual asentaba el ministerio sacerdotal, el cual únicamente podía sostener a la congregación a través del desierto.

Y esto sucede hoy mismo todavía: todo ministerio en la Iglesia de Dios es el fruto de la gracia divina, un don de Cristo, Cabeza de la Iglesia. No hay otra fuente alguna de ministerio. Desde el apostolado hasta los más modestos dones, todo procede de Cristo. El magno origen fundamental de todo ministerio está incorporado en las palabras que Pablo dice a los gálatas hablando de sí mismo: "Apóstol, no de los hombres, ni por hombre, mas por Jesucristo y por Dios el Padre que le resucitó de los muertos" (Cap. 1: 1).

Aquí está, nótese bien, la fuente sublime de la cual mana todo ministerio. No es del hombre en ninguna manera, ni en ninguna forma. El hombre puede escoger leña seca, trabajarla y darle forma a su gusto; puede consagrarla e instituir la, dándole ciertos títulos oficiales retumbantes. Pero, ¿de qué sirve esto? Sólo son leños secos, muertos. Podemos en verdad decir: "¿Dónde se ve en ellos un racimo de fruto? ¿Dónde una sencilla flor? Dónde un brote solitario? Un solo botón bastaría para probar que hay allí algo divino. Pero en ausencia de esto, no puede haber ministerio vivo en la Iglesia de Dios. Es el don de Cristo, y sólo este don que hace a un hombre un

ministro. Sin él es en vano, que uno se instituya, o que sea instituido por otros como tal ministro.

¿Asiente el lector por completo a este principio? ¿Es él tan claro para su alma como un rayo de sol? ¿Tiene alguna dificultad en admitirlo? Si es así le rogamos procure despojar su ánimo de toda preocupación, sea cual fuere su origen; tome el Nuevo Testamento y estudie como si estuviera en la presencia de Dios, capítulos 12 y 14 de Corintios; así como el 4: 7-12 de Efesios. En esos pasajes encontrará el tema del ministerio desenvuelto; y allí aprenderá que todo verdadero ministerio, sea el de apóstoles, profetas, doctores, pastores, evangelistas, es de Dios; todo fluye de Cristo la exaltada Cabeza de la Iglesia. Si un hombre no está poseído de algún don de Cristo, no es un ministro. Todo miembro del cuerpo ha de cumplir una obra. La edificación del cuerpo está promovida por la propia acción de todos los miembros, sean eminentes, "decorosos" o "menos decorosos". En una palabra, todo ministerio es de Dios; es por Dios y no por el hombre. No hay en la Escritura nada respecto a un ministerio de ordenación humana. Todo es de Dios.

No debemos confundir los dones ministeriales con el oficio o cargo local. Vemos a los apóstoles, o sus delegados, ordenando ancianos y designando diáconos; pero esto era totalmente distinto de los dones ministeriales. Esos ancianos y diáconos pueden poseer y ejercer algún don especial en el cuerpo; los apóstoles no los ordenaban para ejercer esos dones, sino sólo para desempeñar su cargo local. El don espiritual procedía de la Cabeza de la Iglesia, y era del todo independiente del cargo local.

Es necesario distinguir entre don y cargo local. Reina la mayor confusión entre las dos cosas en toda la iglesia profesante, y la consecuencia es que el ministerio no es comprendido. Los miembros del cuerpo de Cristo no entienden su puesto ni sus funciones. La elección humana o la autoridad humana, en una u otra forma, se tiene por esencial en el ejercicio del ministerio en la Iglesia. Pero en realidad tal cosa no se puede encontrar en la Escritura. Si la hay, nada más sencilla que el exponerla. Invitamos al lector a que cite una sola línea, de

tapa a tapa en el Nuevo Testamento, que demuestre que el llamamiento humano, la designación humana, o la autoridad humana tengan algo que ver con el ejercicio de un ministerio. Nosotros afirmamos que no hay tal cosa.*

Bendito sea Dios, el ministerio en su Iglesia no es, "ni de los hombres, ni por hombres, sino por Jesucristo y por Dios el Padre, que le resucitó de los muertos". "Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo como quiso (1 Cor. 12: 18)". "Empero a cada uno de nosotros es dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. . . . Y él mismo dio unos, ciertamente apóstoles; y otros, profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y doctores, para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Efes. 4: 7-13).

Aquí todos los grados de los dones ministeriales son colocados sobre un solo y mismo terreno, desde los apóstoles hasta los evangelistas y doctores. Todos son conferidos por la Cabeza de la Iglesia; una vez acordados, convierten a sus poseedores en responsables, primero, ante la Cabeza que está en los cielos, y luego ante los miembros que están en la tierra. La idea de que el poseedor de un don positivo de Dios deba hacerse consagrar por la autoridad humana no es más que un insulto a la majestad de Dios, tan grande como lo fuera que Aarón hubiese

* Aun en el asunto del nombramiento de diáconos, en Hechos cap. 6, vemos que era un acto apostólico. "Buscad, pues, hermanos, siete varones de vosotros de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo, los cuales pongamos en esta obra". A los hermanos les era permitido escoger los hombres, ya que se trataba de manejar el dinero. Pero el señalamiento era divino. Y esto, recuérdese bien, hacía referencia meramente a los negocios de los diáconos, que tenían que entender en los asuntos temporales de la Iglesia. Pero respecto a la obra de evangelistas, pastores y doctores, era completamente independiente de la selección humana y de humana autoridad, y descansaba simplemente sobre el don de Cristo (Efesios 4: 11).

ido, con su vara reverdecida en mano, ante varios de sus semejantes para que ellos le establecieran en el sacerdocio. Aarón fue llamado por Dios, y esto le bastaba. Ahora, también, todos los que poseen un don divino son llamados por Dios al ministerio, y no tienen necesidad de otra cosa sino de desempeñar su ministerio ejerciendo el don que han recibido.

El ministerio es de Dios en cuanto a su origen, a su potencia y a su responsabilidad. No creemos que esta afirmación sea puesta en duda por los que tienen la dicha de ser enseñados exclusivamente por la Escritura. Todo ministro, sea cual fuere el don que posea, debe poder decir en su medida: "Dios me ha establecido en el ministerio". Pero si un hombre se sirve de este lenguaje sin poseer un don cualquiera, esto es peor que el hecho del que, poseyendo realmente ese don, subordina el ejercicio del mismo a una autorización humana cualquiera. Los hijos de Dios pueden fácilmente ver dónde se encuentra un don espiritual real, ya que su potencia se manifestará segura y evidentemente allí donde se ejerza. El discernimiento, la sumisión a estos ministerios, son asunto de los miembros del cuerpo, y constituyen su responsabilidad, como corresponde a los miembros del cuerpo hacer uso de sus articulaciones. Pero si los hombres pretenden un don o a su potencia sin tener la realidad del mismo, su locura será bien pronto manifiesta a todos. Esto en cuanto al ministerio y al sacerdocio. La fuente de uno y otro es divina. El verdadero fundamento de ambos nos ha sido dibujado por la vara reverdecida. Aarón podía decir: "Dios me ha dado el sacerdocio"; y si luego se le exigían pruebas, podía mostrar la vara con sus frutos. Pablo podía decir: "Dios me ha establecido en el ministerio"; si luego se le exigían los títulos, podía mostrar los millares de frutos vivos, resultado de su obra. Es necesario que así sea siempre en principio, en cualquier grado que sea. El ministerio no debe ser sólo en palabras o estar en los labios, sino que debe ejercerse de hecho y en verdad. Dios no reconocerá las palabras, sino la potencia.

Antes de dejar este tema, creemos no estará por demás insistir en la importancia de la distinción entre el ministerio y el sacerdocio. El pecado de Coré consistía en esto: no contento

con ser ministro, aspiró al sacerdocio; pues bien; el pecado de la cristiandad ostenta el mismo carácter. En vez de dejar que el *ministerio* del Nuevo Testamento descansa sobre su base propia y mostrar su carácter distintivo, cumpliendo las funciones que le son propias, se ha hecho de él un sacerdocio, una casta sacerdotal, en la que sus miembros deben distinguirse de sus hermanos por su manera de vestir, o por otros títulos, privilegios o prerrogativas. En oposición evidente con esta confusión, *todos los creyentes* son sacerdotes, según la bendita enseñanza del Nuevo Testamento (1 Pedro 2: 9; Apoc. 1: 5, 6; Heb. 10: 19-22; 13: 15 y 16).

¡Cuán inaudito debió parecerles a los santos judíos, a los que habían sido educados en las instituciones de la economía mosaica, al verse exhortados a entrar en un sitio donde *sólo* el más alto funcionario de Israel podía entrar una vez al año, y aun por unos instantes nada más! ¡Enseñarles que *debían* ofrecer sacrificios, que *debían* desempeñar las funciones especiales del sacerdote! ¡Todo ello era maravilloso! Pues bien; así es en cuanto nos dejamos enseñar por la Escritura, y no por los mandamientos, doctrinas y tradiciones de los hombres. No todos los cristianos son apóstoles, profetas, doctores, pastores o evangelistas; pero *sí son todos ellos sacerdotes*. El más débil miembro de la Iglesia es un sacerdote, en tanto grado como lo fueran Pedro, Pablo, Jacob o Juan. No hablamos de capacidad o de potencia espiritual, sino de una *situación* que todos ocupan en virtud de la sangre de Cristo. En el Nuevo Testamento no se hace mención alguna de cierta clase de hombres, o de cierta casta privilegiada, que fuera colocada en una posición más elevada o más cercana a Dios que los simples hermanos. Todo esto es completamente opuesto al cristianismo, es una audaz negación de todos los preceptos de la Palabra de Dios, y de todas las enseñanzas particulares de nuestro bien amado Señor y Maestro.

Tales cosas tocan a los mismos cimientos del cristianismo. No tenemos más que abrir los ojos y mirar a nuestro alrededor para ver los resultados prácticos de la confusión actual entre el ministerio y el sacerdocio. El momento se aproxima rápidamente en el cual esos resultados tomarán un carácter aun más

espantoso, y acabarán por atraer los juicios más terribles del Dios vivo. Aún no hemos visto el antitipo completo de la "contradicción de Coré"; sin embargo, pronto se pondrá de manifiesto y advertimos seriamente al lector cristiano a fin de estar en guardia para no sancionar el grave error que supone el mezclar dos cosas tan enteramente distintas como son el ministerio y el sacerdocio. Nosotros le invitamos a examinar el tema por entero, a la luz de la Escritura, sometiéndose a la Palabra de Dios. Poco importa de lo que se trate: de una institución venerable; de un arreglo útil; de una ceremonia conveniente, consagrada por la tradición o aprobada por millares de hombres excelentes. Si la cosa no tiene su fundamento en la Sagrada Escritura, es un error, un mal, un lazo del diablo para seducir nuestras almas y alejarnos de la sencillez que es en Cristo. Por ejemplo; si se nos dice que en la Iglesia de Dios hay un orden sacerdotal, una clase de hombres más santos, más elevados, más cercanos a Dios que sus hermanos, o sea, que los cristianos ordinarios, ¿es esto otra cosa que el judaísmo resucitado, y revestido de formas cristianas? ¿Y cuál debe ser el efecto sino el de frustrar a los hijos de Dios en sus privilegios, tenerlos a distancia de Dios y de someterlos a esclavitud? Mas basta ya de este tema que el lector serio estudiará de cerca por sí mismo las Escrituras; así será conducido a una conclusión sana y verdadera.

Las últimas líneas del capítulo 17 proporcionan una prueba notable de la rapidez con que el espíritu del hombre pasa de un extremo a otro. "Entonces los hijos de Israel hablaron a Moisés, diciendo: He aquí nosotros somos muertos, perdidos somos, todos nosotros somos perdidos: cualquiera que se llegare, el que se acercare al tabernáculo de Jehová, morirá: ¿acabaremos de perecer todos?" (versículos 12 y 13). En el capítulo precedente vimos un atrevimiento imprudente en la presencia misma de la majestad de Jehová, cuando debiera haber habido una humildad profunda. Aquí, en presencia de la gracia divina y de sus recursos vemos un temor y una desconfianza legales. Y siempre ocurre así. La simple naturaleza no comprende ni la santidad ni la gracia. Un momento oímos palabras como

estas: "Toda la asamblea, todos ellos, son santos"; y en otro momento: "He aquí nosotros somos muertos, perdidos somos, todos nosotros somos perdidos". El espíritu carnal se enorgullece cuando debiera humillarse, y desconfía cuando debiera confiar.

No obstante, todo esto se convierte, por la bondad de Dios, en una ocasión para revelarnos, de manera perfecta y bendita, las santas responsabilidades como también los preciosos privilegios del sacerdocio. ¡Qué bondad de parte de nuestro Dios, de aprovecharse de los errores de su pueblo para darle a conocer más profundamente sus caminos! Esta es su prerrogativa, bendito sea su nombre, de sacar el bien del mal, de hacer proceder del comedor, comida, y del fuerte dulzura (Jueces 14: 14). De este modo la contradicción de Coré da motivo a la gran abundancia de instrucciones proporcionadas por la vara de Aarón; y las primeras líneas del capítulo 18 contienen una exposición detallada de las funciones del sacerdocio de Aarón. Sobre este último punto vamos a dirigir la atención del lector.

"Y Jehová dijo a Aarón: Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, llevaréis el pecado del santuario: y tú y tus hijos llevaréis el pecado de vuestro sacerdocio. Y a tus hermanos también, la tribu de Leví, la tribu de tu padre, hazlos llegar a ti, y júntense contigo, y servirte han: y tú y tus hijos contigo, serviréis delante del tabernáculo del testimonio, y guardarán lo que tú ordenares y el cargo de todo el tabernáculo: mas no llegarán a los vasos santos ni al altar, porque no mueran ellos y vosotros. Se juntarán, pues, contigo, y tendrán el cargo del tabernáculo del testimonio en todo el servicio del tabernáculo: y ningún extraño se ha de llegar a vosotros. Y tendréis la guarda del santuario, y la guarda del altar, *para que no sea más la ira sobre los hijos de Israel*. Porque he aquí yo he tomado a vuestros hermanos los Levitas de entre los hijos de Israel, dados a vosotros en don de Jehová, para que sirvan en el ministerio del tabernáculo del testimonio. Mas tú y tus hijos contigo, guardaréis vuestro sacerdocio en todo negocio del altar, y del velo adentro, y ministrareis. Yo os he dado en don el servicio

de vuestro sacerdocio; y el extraño que se llegare, morirá (capítulo 18: 1-7).

Aquí encontramos una respuesta divina a la cuestión suscitada por los hijos de Israel: "¿acabaremos de perecer todos?" "No", dice el Dios de gracia y de misericordia. ¿Y por qué no? Porque "Aarón, y sus hijos con él, serán los encargados de lo que concierne al lugar santo y de lo que concierne al altar, a fin de que *no sea más la ira sobre los hijos de Israel*". De este modo el pueblo está advertido que es en este mismo sacerdocio, que de tal modo había menospreciado y contra el cual tanto había hablado, en el que debía encontrar su seguridad.

Hemos de hacer notar cuidadosamente que los hijos de Aarón y la casa de su padre estaban asociados con éste en las responsabilidades y en los santos privilegios. Los Levitas fueron cedidos como un don a Aarón para hacer el servicio del tabernáculo del testimonio. Debían servir bajo las órdenes de Aarón, jefe de la casa sacerdotal. Esto nos da una enseñanza bien necesaria a los cristianos de nuestros días. Hemos de recordar todos que cualquier servicio, para ser inteligente y aceptable, debe hacerse con sumisión a la autoridad y a la dirección del sacerdote. "Y a tus hermanos también, la tribu de Leví, la tribu de tu padre, hazlos llegar a ti, y *júntense contigo, y servirte han*". Esto imprime un carácter distintivo en todos los detalles del servicio del levita. La tribu entera de los obreros estaba asociada al sumo sacerdote y le estaba sumisa. Todo estaba bajo su dirección y su inspección inmediata. Así debe ser ahora también en cuanto a todos los obreros de Dios. Todo servicio cristiano debe ser hecho de acuerdo con nuestro Sumo sacerdote, y en una santa sujeción a su autoridad; de lo contrario, no tendrá valor ninguno. Puede hacerse mucho trabajo, puede desplegarse una gran actividad; pero si Cristo no es el objeto inmediato del corazón, si su dirección y su autoridad no son plenamente reconocidas, la obra no servirá para nada.

Por otra parte, el más pequeño acto de servicio, la menor de las obras hecha bajo la mirada de Cristo, en relación directa con El, tiene su valor a los ojos de Dios y recibirá de cierto su recompensa. ¡Cuán consolador y estimulante es esto para el

corazón de todo obrero celoso! Los levitas debían trabajar bajo la dirección de Aarón. Los cristianos deben trabajar bajo Cristo. Es a El a quien somos responsables. Es muy bueno y muy hermoso marchar de acuerdo con nuestros queridos compañeros de trabajo, y estar sometidos unos a otros en el temor del Señor. Nada más lejos de nuestros pensamientos que nutrir y aprobar un espíritu de orgullosa independencia, o de cualquier otro estado de ánimo que entorpeciera una alegre y cordial cooperación a toda buena obra con nuestros hermanos. Todos los levitas estaban "adjuntos a Aarón" en su obra, y por lo tanto estaban adjuntos unos a otros. Debían, pues, trabajar juntos. Si un levita volvía la espalda a sus hermanos, la hubiera vuelto también a Aarón. Pudiéramos representarnos un levita, ofendido por cualquier detalle en la conducta de sus compañeros y diciéndose a sí mismo: "No puedo continuar con mis hermanos. He de ir solo. Puedo servir a Dios y trabajar bajo Aarón, pero debo mantenerme apartado de mis hermanos en vista de que me es imposible concordar con ellos en la manera de trabajar". Podemos ver fácilmente la falsedad de todo este razonamiento. Adoptando esa línea de conducta, hubiera sobrevenido la confusión en el trabajo. Todos eran llamados a trabajar juntos, por diferente que pudiera haber sido su obra.

Recuérdese siempre, su tarea variaba, y además cada uno era llamado a trabajar bajo las órdenes de Aarón. Había una responsabilidad individual con la más armoniosa acción colectiva. Deseamos ciertamente alentar de todos modos la unidad en la acción; pero no debemos tolerar jamás que ella usurpe el dominio del servicio personal o que intervenga en las relaciones directas e individuales del obrero con su Señor. La Iglesia de Dios ofrece un campo de trabajo muy extenso para toda clase de obreros del Señor. No debemos procurar reducirlos a todos a un nivel parecido, o a restringir las diversas facultades de los servidores de Cristo, limitándolas a los viejos carriles de nuestra propia creación. Jamás esto será prosperado. Debemos reunir la **unanimidad más cordial** a la mayor variedad de acción individual si todos y cada uno recordamos que somos llamados a servir juntos a Cristo.

He aquí el gran secreto: ¡*Juntos bajo Cristo!* Que podamos recordarlo. Esto nos ayudará a reconocer y apreciar el trabajo de otro, por diferente que pueda ser del nuestro; esto nos preservará, además, de todo sentimiento de orgullo, en cuanto al nuestro, sabiendo que unos y otros no somos más que cooperadores en un mismo inmenso campo; y que el gran objeto que se propone el corazón del Maestro no puede conseguirse mas que siguiendo cada obrero con su trabajo especial, y que la siga en feliz acuerdo con todos los demás.

Algunos espíritus tienen la perniciosa tendencia a despreciar toda actividad que no sea la suya propia. Guardémonos cuidadosamente de tal cosa. Si todos siguiesen el mismo trabajo, ¿dónde estaría esa preciosa variedad que distingue a la obra y a los obreros del Señor en el mundo? No se trata tan sólo del género de trabajo, sino también del modo como cada cual lo desempeña. Habrá dos evangelistas, ambos distinguidos por su vivo deseo en favor de la salvación de las almas, predicando cada uno de ellos, en el fondo, la misma verdad, aunque pueda haber la más grande diferencia en el modo como cada uno de ellos procurará llegar al mismo fin. Atendamos a ello. Pues esto se aplica igualmente a todas las ramas del servicio cristiano. Nada debiera hacerse que no fuese en la dependencia y bajo las órdenes de Cristo. Y todo lo que pueda hacerse así, lo será seguramente en comunión y acuerdo con los que andan con Cristo.

Volviendo ahora a los hijos de Aarón, meditaremos acerca de la rica provisión hecha para ellos, por la bondad de Dios, y sobre las solemnes funciones suyas en su posición sacerdotal.

"Dijo mas Jehová a Aarón: He aquí yo te he dado también la guarda de mis ofrendas; todas las cosas consagradas de los hijos de Israel te he dado *por razón de la unción*, y a tus hijos, *por estatuto perpetuo*. Esto será tuyo de la ofrenda de las cosas santas reservadas del fuego: Toda ofrenda de ellos, todo presente suyo, y toda expiación por el pecado de ellos, y toda expiación por la culpa de ellos, que me han de presentar, será cosa muy santa para ti y para tus hijos. En el santuario

la comerás; todo varón comerá de ella; cosa santa será para ti" (versículos 8-10).

Aquí tenemos un tipo del pueblo de Dios visto bajo otro aspecto. Son presentados ahora no como obreros, sino como adoradores; no como levitas sino como sacerdotes. Todos los creyentes, todos los hijos de Dios son sacerdotes. Una *casta sacerdotal especial* es una cosa no sólo desconocida en el cristianismo, sino positivamente contraria a su espíritu y a sus principios. Hemos examinado ya este tema y citado los varios pasajes de la Escritura que con él se relacionan. Tenemos un Sumo Sacerdote que penetró los cielos, pues si estuviese en la tierra ni aun sería sacerdote (compárese Heb. 4: 14, y 8: 4). "Nuestro Señor nació de la tribu de Judá, sobre cuya tribu nada habló Moisés tocante al sacerdocio". Por consiguiente, un sacerdote ofreciendo sacrificios, como tal, sobre la tierra, es una negación directa de la verdad de la Escritura, una completa anulación del hecho glorioso sobre el cual está fundado el cristianismo, esto es: una redención cumplida. Si hay necesidad hoy día de un sacerdote para ofrecer sacrificios por los pecados, con seguridad que la redención no es un hecho cumplido. Pero la Escritura en centenares de pasajes declara que la redención es un hecho cumplido, y, por consiguiente, no tenemos ya más necesidad de ofrendas por el pecado. "Mas estando ya presente Cristo, Pontífice de los bienes que habían de venir, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, *no hecho de manos*, es a saber; no de esta creación; y no por sangre de machos cabríos, ni de becerros, mas por su propia sangre, entró una sola vez en el santuario, *habiendo obtenido eterna redención* (Heb. 9: 11 y 12). Leemos también en el capítulo 10: "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados". Y también: "Nunca más me acordaré de sus pecados e iniquidades, pues, donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por pecado".

Estos pasajes resuelven la gran cuestión del sacerdocio y del sacrificio por el pecado. Los cristianos no estarán nunca ni demasiado al corriente ni demasiado firmes sobre ello, pues esta verdad está en los mismos fundamentos del cristianismo.

Esta cuestión exige una atención seria y profunda por parte de los que desean caminar en la luz de la salud perfecta, tomando y guardando el verdadero terreno cristiano. En nuestros días hay una fuerte tendencia al judaísmo. Se hacen vigorosos esfuerzos para injertar formas cristianas en el viejo tronco judío. Esto no es nuevo en modo alguno; pero actualmente parece que el enemigo ande especialmente atareado en ello. Podemos notar una gran inclinación al Romanismo, en toda la extensión de la cristiandad; y en nada se observa más señaladamente esa inclinación que en la institución de una especie de orden sacerdotal en la Iglesia de Dios. Creemos que ésta es una institución totalmente anticristiana. Es la negación del común sacerdocio de todos los creyentes. Si una cierta proporción de hombres son ordenados para ocupar un lugar de especial proximidad y santidad, ¿dónde colocaremos a la gran masa de cristianos?

Esta es la cuestión. En esto cabalmente aparece evidente la gran importancia y gravedad de ella. No vaya a suponer el lector que estamos conteniendo en favor de una teoría especial propuesta por cierta clase o secta de cristianos. Nada más distante de nuestra intención. Es porque estamos convencidos de que los mismísimos fundamentos de la fe cristiana van envueltos en la cuestión del sacerdocio que instamos su estudio. Creemos que a medida que los cristianos ven claro y están establecidos en el divino terreno de una redención ya cumplida, se separan más y más del romanismo y del judaísmo en cuanto a que deba haber una orden de sacerdotes en la Iglesia de Dios. Y al contrario; cuando las almas no están iluminadas y seguras, cuando no son espirituales, cuando hay apego al legalismo, y hay un espíritu carnal o de mundanalidad, entonces se desea tener un sacerdocio humanamente establecido. No es muy difícil ver la razón de ello. Si un hombre no esté en estado conveniente y propio para acercarse a Dios, será un alivio para él emplear a otro para que se acerque a Dios en lugar suyo. Pues, ciertamente, ningún hombre está en estado conveniente para acercarse a un Dios santo, si no cree o si no sabe que sus pecados son perdonados, si no tiene una conciencia perfectamente purificada,

si está en un estado de ánimo inseguro, oscuro y legalista. Para entrar con libertad en el santuario, es menester que sepamos lo que la sangre de Cristo ha hecho por nosotros; es necesario que sepamos que hemos sido hechos sacerdotes para Dios; y que en virtud de la muerte expiatoria de Cristo, hemos sido llevados tan cerca a Dios que es imposible, a una casta de hombres, que se interpongan entre nosotros y nuestro Dios y Padre. "Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre" (Apoc. 1: 5-6). "Mas vosotros sois linaje escogido, *real sacerdocio*, gente santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable". Y también: "Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual, y un *sacerdocio santo*, para ofrecer *sacrificios espirituales*, agradables a Dios por Jesucristo" (1 Ped. 2: 9, 5). "Así que, ofrezcamos, por medio de El, a Dios siempre *sacrificio de alabanza*, es a saber, fruto de labios que confiesen a su nombre. Y de hacer bien y de la comunicación no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios" (Heb. 13: 15, 16).

Aquí vemos las dos grandes ramas del sacrificio espiritual, que, como sacerdotes, tenemos el privilegio de ofrecer, es a saber: las alabanzas a Dios y la beneficencia para con los hombres. El cristiano más joven, el de menos experiencia, el menos ilustrado es capaz de entender tales cosas. ¿Quién habrá en toda la familia de Dios, en toda la casa sacerdotal de nuestro divino Sumo Sacerdote, que no pueda decir *de corazón*: "¡Alabado sea el Señor"!, y que no pueda con *sus manos* hacer algún bien a su prójimo? Pues he aquí el culto y el servicio sacerdotales, culto y servicio comunes a todos los verdaderos cristianos. Verdad es que la medida de la potencia espiritual puede variar; pero todos los hijos de Dios son constituidos sacerdotes.

Pues bien; el capítulo 18 de Números nos ofrece una exposición muy completa de la parte dada a Aarón y a su casa como tipo de la porción espiritual del sacerdocio cristiano. Basta leer ese relato para comprender qué real porción es la

nuestra. "Toda ofrenda de ellos, todo presente suyo, y toda expiación por el pecado de ellos, y toda expiación por la culpa de ellos, que me han de presentar, será cosa muy santa para ti y para tus hijos. En el santuario la comerás; todo varón comerá de ella; cosa santa será para ti".

Se necesita una gran medida de capacidad espiritual para alcanzar la profundidad y la significación de este maravilloso pasaje. Comer del sacrificio por el pecado, o el sacrificio por la culpa, es, en figura, identificarse con el pecado ajeno. Esa es obra muy santa. No a todos es dado la facultad de identificarse moralmente con el pecado de su hermano. El hacerlo en propiciación es, y no habrá necesidad de decirlo, totalmente imposible para nosotros. Uno solo pudo hacerlo, y ¡bendito sea su nombre!, lo hizo a la perfección.

Pero una cosa es posible, y es, tomar el pecado de mi hermano y llevarlo en espíritu ante Dios, como si fuese el mío propio. Esto está representado por la acción de los hijos de Aarón comiendo el sacrificio por el pecado en un lugar muy santo. Eran los hijos quienes podían hacer esto. "Todo varón comerá de ella". * Este era el oficio más elevado del servicio sacerdotal. "En el santuario la comerás". Nos es necesario estar muy cerca de Cristo para alcanzar a comprender el sentido y la aplicación espirituales de todo esto. Es un ejercicio santo y bendito, y no se le podrá conocer sino en la presencia inmediata de Dios. El corazón puede dar testimonio de lo poco que de ello conocemos realmente. Nuestra tendencia habitual es la de emitir un juicio respecto a un hermano nuestro cuando éste ha pecado, de convertirnos en un censor rígido y de considerar su falta como algo con lo que nosotros nada tenemos que ver. Haciendo esto faltamos lamentablemente a nuestras funciones sacerdotales; rehusamos comer el sacrificio por el pecado en el lugar muy santo. Es un fruto de la gracia el identificarnos

* En principio general, el "hijo" representa el pensamiento divino: la "hija" el conocimiento humano de él. El "macho" expone la cosa como Dios la da: la "hembra" la cosa tal como nosotros la realizamos y la mostramos.

con el hermano extraviado, hasta poder cargarnos con su pecado como si fuese nuestro, y llevarlo, en espíritu, a Dios. Este es, en verdad, un orden superior del servicio sacerdotal, que requiere una gran medida del espíritu y mente de Cristo. Sólo un alma espiritual podrá comprender realmente eso. ¡Ay, cuán pocos de nosotros somos realmente espirituales! "Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo" (Gál. 6: 1, 2). ¡Que el Señor nos conceda la gracia de cumplir esta bendita "ley"! ¡Cuán poco se parece a lo que se encuentra en nosotros! ¡Cómo condena nuestra dureza y nuestro egoísmo! ¡Oh; seamos más semejantes a Cristo en esto como en todo!

Había otro oficio en el privilegio sacerdotal, menos elevado que el que acabamos de estudiar. "Esto también será tuyo: la ofrenda elevada de sus *done*s, y todas las ofrendas agitadas de los hijos de Israel, he dado a ti y a tus hijos, y a tus hijas contigo, por estatuto perpetuo: *todo limpio* en tu casa comerá de ellas" (versículo 11).

Las hijas de Aarón no debían comer las ofrendas por el pecado o las ofrendas por la culpa. Ellas estaban proveídas según el límite extremo de su capacidad; pero había ciertas funciones que no podían ellas cumplir, ciertos privilegios que estaban más allá de su alcance, ciertas responsabilidades demasiado pesadas para poderlas sobrellevar. Es mucho más fácil unirse a alguno para presentar un holocausto, que tomar sobre sí el pecado de otro. Este último acto exige una medida de energía sacerdotal que encuentra su tipo en los "hijos" de Aarón, y no en las "hijas". Debemos encontrar capacidades variadas en medio de los miembros de la casa sacerdotal. Todos estamos, bendito sea Dios, en el mismo terreno; todos tenemos los mismos títulos, y todos estamos en la misma relación; pero nuestras capacidades varían; y aunque todos debiéramos aspirar al más elevado grado de servicio sacerdotal, ningún provecho sacaríamos en pretender lo que no poseemos.

Una cosa, no obstante, se enseña claramente en el versículo 11: Debemos ser "limpios" para disfrutar de los privilegios del sacerdocio, o para comer los alimentos del sacerdote; limpios por la preciosa sangre de Cristo aplicada a nuestra conciencia; limpios por la aplicación de la palabra, por el Espíritu, a nuestros hábitos, a nuestras asociaciones y a nuestros caminos. Cuando somos limpios de esta suerte, sea cual fuere nuestra capacidad, la más rica provisión es asegurada a nuestras almas por la preciosa gracia de Dios. Oid las palabras siguientes: "De aceite, y de mosto, y de trigo, *todo lo más escogido*, las primicias de ello, que presentarán a Jehová, a ti las he dado. Las primicias de todas las cosas de la tierra de ellos, las cuales traerán a Jehová, serán tuyas: *todo limpio en tu casa comerá de ellas*"* (versículos 12-13).

Seguramente tenemos aquí una rica porción asignada a los que son hechos sacerdotes a Dios. Debían tener la mejor parte, y los primeros frutos de todo cuanto produjera la tierra de Jehová. Había entre ello "el vino que alegra el corazón del hombre, con el aceite que hace lucir el rostro, y el pan que sustenta el corazón del hombre" (Sal. 104: 15).

¡Qué imagen tenemos en todo ello de nuestra porción en Cristo! La oliva y la uva eran prensadas y la médula del trigo era molida, a fin de alimentar y regocijar a los sacerdotes de Dios; y el Antitipo bendito de todas estas cosas ha sido, en su gracia infinita, majado y magullado en la muerte, a fin de que por su carne y su sangre pudiera suministrar a su casa la vida, la fuerza y la alegría. El, el precioso grano de trigo, cayó en tierra y murió, a fin de que nosotros pudiéramos vivir; y la cepa viva fue estrujada para llenar la copa de salud en la que bebemos ahora, y en la que beberemos para siempre en la presencia de nuestro Dios.

* Considere el lector qué efecto moral tendría la interpretación literal del precedente pasaje, aplicado a cierta clase sacerdotal en la Iglesia de Dios. Tomadlo, simbólica y espiritualmente, y tendremos una hermosa figura del alimento proporcionado a todos los hijos de Dios como una familia sacerdotal, esto es: Cristo en todo su valor y en toda su plenitud.

¿Qué más nos falta sino mayor aptitud por parte de nosotros para gozar de la riqueza y del valor de un Salvador crucificado, resucitado y glorificado? Bien podemos decir: "Tenemos de todo y estamos en la abundancia". Dios nos ha dado todo lo que podía darnos, lo que tenía de mejor. Nos ha llamado a sentarnos con El en una comunión santa y feliz y a alimentarnos con el becerro engordado. Ha hecho resonar en nuestros oídos y penetrar nuestros corazones, en débil medida, esas maravillosas palabras: "Comamos y hagamos fiesta".

¡Cuán admirable el pensar que nada podía satisfacer el corazón y el espíritu de Dios, sino reunir su pueblo alrededor suyo para alimentarlo de lo mismo que hace sus propias delicias! "Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo" (1 Juan 1: 3). ¿Qué más podía hacer por nosotros aun el amor de Dios? ¿Y para quién lo ha hecho? Para los que estaban muertos en sus delitos y pecados, para los extraños, los enemigos, rebeldes, culpables; para los "perrillos" gentiles; para los que estaban lejos de El, sin esperanza y sin Dios en el mundo, para los que no habían merecido más que las llamas eternas del infierno. ¡Oh; qué gracia tan maravillosa! ¡Qué insondable profundidad de soberana misericordia! Y podríamos añadir ¡qué divino y precioso sacrificio expiatorio el que lleva a culpables tales a esa inefable bendición, haciendo de ellos sacerdotes para Dios, después de quitar de sobre todos nosotros nuestros "vestidos sucios", a fin de llevarnos purificados, vestidos y coronados, ante su presencia para cantar sus alabanzas! ¡Alabémosle, pues! ¡Que nuestro corazón le alabe y que nuestra vida le glorifique! Aprendamos a disfrutar de nuestra posición y de nuestra porción de sacerdotes. Nada mejor podemos hacer acá, nada más elevado, que ofrecer a Dios por Jesucristo, el fruto de labios que bendigan su Nombre. Esta será nuestra perpetua ocupación en la morada en que pronto estaremos para habitarla eternamente con Dios, con Jesucristo nuestro bendito Salvador. "Al que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros".

En los versículos 14 a 19 tenemos las instrucciones referentes a "todo el que abre matriz . . . tanto hombre como animal".

Notemos que el hombre está colocado al mismo nivel que las bestias inmundas. Tanto el uno como las otras debían ser objeto de rescate. La bestia inmundada no era digna de Dios; el hombre tampoco, a menos que fuera rescatado con la sangre. El animal limpio no tenía que ser rescatado. Era limpio para usarlo Dios, y se daba en alimento a toda la casa del sacerdote, tanto hijos como hijas. En esto tenemos un tipo de Cristo en quien Dios encuentra el único objeto en el cual puede tomar un completo reposo y una entera satisfacción. ¡Idea maravillosa! Es esto lo que nos ha dado, a nosotros, su casa sacerdotal, para ser nuestro alimento, nuestra luz, nuestro gozo, nuestro todo para siempre.*

El lector ya habrá notado en este capítulo, como en todos los demás, que cada nuevo tema empieza con estas palabras: "Y Jehová habló a Moisés" o "a Aarón". De este modo los versículos 20 a 32 nos enseñan que los sacerdotes y levitas, los adoradores y los obreros de Dios, no debían tener heredad entre los hijos de Israel, sino que debían depender enteramente de Dios sólo para su subsistencia y todas sus necesidades. ¡Situación de las más benditas! Nada más atrayente que el cuadro que allí se nos presenta. Los hijos de Israel debían traer sus ofrendas y depositarlas a los pies de Jehová, el cual, en su gracia infinita, mandaba a sus obreros que recogieran esas preciosas ofrendas, fruto de la abnegación de su pueblo, para que les sirvieran de alimento en su bendita presencia y con corazones agradecidos. Tal era para ellos el círculo de la bendición: Dios proveía a todas las necesidades de su pueblo; éste tema el privilegio de compartir los frutos abundantes de la liberalidad de Dios con los sacerdotes y levitas; luego se permitía a estos últimos de gustar el placer exquisito de presentar a Dios de los bienes que había repartido entre ellos.

Todo esto es divino. Es una figura notable de lo que todos debiéramos realizar siempre en la Iglesia de Dios en la tierra. Como ya hicimos notar, en este libro se nos presenta al pueblo de Dios bajo tres aspectos distintos, a saber: como guerreros,

* Para más amplios detalles sobre el tema de Números 18: 14-19 remitimos al lector a los "Estudios sobre Exodo", capítulo 13. Quisiéramos en lo posible evitar repeticiones de lo dicho en tomos precedentes.

como obreros y como adoradores; en todos estos aspectos lo vemos en la actitud de una absoluta dependencia del Dios vivo. En nuestras luchas, en nuestro trabajo y nuestro culto, *dependemos de Dios*: "Todos nuestros recursos están en El". ¿Qué más falta? ¿Volveremos nuestros ojos hacia el hombre o hacia este mundo para tener socorro o recursos? ¡No quiera Dios! No; sino nuestro único gran objeto sea el probar, en toda nuestra vida, y en cada parte de nuestro trabajo, que Dios basta a nuestros corazones.

Es verdaderamente deplorable ver al pueblo de Dios y a los servidores de Cristo esperar del mundo sus medios de subsistencia, o temblar al pensamiento de que pudieran faltarles estos medios. La Iglesia de Dios, en los días de Pablo, no se apoyaba en el gobierno romano para sostener sus obispos, sus doctores y sus evangelistas. ¡Ah no, querido lector, la Iglesia miraba en todas sus necesidades a su divina Cabeza que está en los cielos; y al Espíritu de Dios que está en la tierra. ¿Por qué no ha de ser así ahora? El mundo es siempre el mundo; y no siendo la iglesia del mundo, no debiera buscar el oro o la plata del mundo. Dios tendrá cuidado de su pueblo y de sus servidores, con tal que confíen en El. Podemos estar seguros que el *divinum donum* (don divino) vale mucho más para la Iglesia que el *regium donum* (don del gobierno). No hay ni siquiera comparación posible a los ojos de un cristiano espiritual.

¡Que todos los santos de Dios y todos los servidores de Cristo dediquen con ahínco sus corazones a estas cosas! ¡Que el Señor nos haga la gracia de que confesemos en la práctica y en la faz de un mundo impío, incrédulo y sin Cristo, que el Dios vivo basta para suplir ampliamente a todas nuestras necesidades, no solamente durante nuestro paso por la estrecha vía presente sino también para la eternidad! ¡Dios nos lo conceda por causa de Cristo!

Capítulo 19

Tenemos ahora ante nuestros ojos una de las partes más importantes del libro de Números. En ella se nos ofrece la institución altamente interesante e instructiva de la "vaca roja". En los siete primeros capítulos del Levítico, tenemos una exposición detallada de la doctrina del sacrificio. Y sin embargo, no hay en ella ninguna alusión a la "vaca bermeja". ¿Por qué? ¿Qué debemos aprender del hecho de que esta hermosa ordenanza sea presentada en Números y ningún otro libro? Creemos que este hecho proporciona una nueva y relevante prueba del carácter distintivo de nuestro libro. La vaca bermeja es un tipo que pertenece eminentemente al desierto. Era el recurso de Dios contra las manchas contraídas por el camino. Viene a ser un símbolo de la muerte de Cristo como purificación de los pecados y como respuesta a todas nuestras necesidades durante la peregrinación a través de un mundo corrompido, para llegar a nuestra patria celeste. Es, pues, una figura muy instructiva y que descubre una verdad muy preciosa. ¡Quiera el Espíritu Santo que nos ha dado el conocimiento de ella, explicarla y aplicarla a nuestras almas!

"Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: Esta es la ordenanza de la ley que Jehová ha prescrito, diciendo; Di a los hijos de Israel que te traigan una vaca bermeja, perfecta, en la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo" (versículos 1 y 2).

Si contemplamos al Señor Jesús con los ojos de la fe, no vemos en él tan sólo Aquel que era sin tacha en su persona, sino también a Aquel que jamás llevó el yugo del pecado. El Santo Espíritu es un celoso guardián de la gloria de Cristo, agradándose en presentarlo al alma en toda su excelencia y

supremo valor. He aquí por qué todo símbolo y toda imagen destinados a representar a Cristo testifican también siempre esa solicitud. Por la vaca bermeja sabemos que nuestro bendito Salvador no sólo era, en cuanto a su naturaleza humana, intrínsecamente puro y sin mancha; sino que, en cuanto a su nacimiento y a sus relaciones, se mantuvo también perfectamente limpio de toda traza y de toda apariencia de pecado. Jamás el yugo de la iniquidad pesó sobre su cuello. Cuando habló de "su yugo" (Mat. 11: 29), se refería al yugo de una sumisión implícita a la voluntad del Padre en todas las cosas. Este fue el único yugo que llevó, y que no dejó jamás un solo instante, desde el pesebre en el que, débil y pequeño niño, reposó, hasta la cruz, en la que murió como víctima.

Si subió a la cruz para expiar nuestros pecados y para poner los fundamentos de nuestra perfecta purificación de todo pecado, lo hizo como Aquel que jamás llevó durante el transcurso de su vida santa el yugo del pecado. El fue "sin pecado", y, como tal, era completamente capaz de llevar a cabo la grande y gloriosa obra de la expiación, "En la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo". Estas dos expresiones emplea el Espíritu Santo para mostrar la perfección de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que era no sólo sin tacha interiormente, sino que estaba libre de todo rasgo de pecado exteriormente. Ni en su Persona ni aun en sus relaciones, no estuvo en modo alguno sujeto a las exigencias del pecado o de la muerte. El se inició con toda realidad a nuestras circunstancias y a nuestra condición, pero no hubo *en* El pecado, y yugo de pecado no pesó sobre El.

"Y la daréis a Eleazar el sacerdote, y él la sacará fuera del campo, y harála degollar en su presencia" (versículo 3). Tenemos en el sacerdote y en la víctima un doble tipo de la Persona de Cristo. El era a la vez víctima y sacerdote. Sin embargo, El no entró en sus funciones sacerdotales antes de que su obra como víctima estuvo cumplida. Esto es lo que explica la expresión del fin del versículo 3: "harála degollar en su presencia". La muerte de Cristo se cumplió en la tierra, y no podía por lo tanto ser representada como acto de sacerdocio, ya que el cielo

y no la tierra es la esfera de su servicio como sacerdote. El apóstol, en su carta a los Hebreos, declara expresamente como resumen de un razonamiento de los más completos, que "tenemos tal pontífice que se asentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que el Señor asentó y no el hombre. Porque todo pontífice es puesto para ofrecer presentes y sacrificios; por lo cual es necesario que éste también tuviese algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni aun sería sacerdote, habiendo aún los sacerdotes que ofrecen los presentes según la ley" (Heb. 8:1-4). "Mas estando ya presente Cristo, Pontífice de los bienes que habían de venir, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es a saber: no de esta creación"; "Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el mismo cielo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios" (capítulo 9:11-12, 24). "Pero éste, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, para siempre está sentado a la diestra de Dios. . ." (capítulo 10:12).

Estos pasajes confrontados con el de Números 19:3, nos enseñan dos cosas, a saber: que la muerte de Cristo no se nos presenta como el acto particular y ordinario de su ministerio sacerdotal; y, además, que el cielo, no la tierra, es la esfera de este ministerio. Nada hay nuevo en estas afirmaciones; muchos las han presentado en varias ocasiones; pero conviene hacer notar todo cuanto tiende a demostrar la perfección y la precisión divinas de las Santas Escrituras. ¿No es altamente interesante encontrar una verdad que brilla con fulgor en las páginas del Nuevo Testamento, oculta en alguna ordenanza o ceremonia de la antigua alianza? Tales descubrimientos son saludados con bienvenidas por un discípulo de la Palabra. La verdad es, sin duda alguna, la misma dondequiera se la encuentre; pero cuando se nos revela con la mayor claridad en el Nuevo Testamento y se nos aparece también prefigurada en el Antiguo, entonces, además de quedar por este medio confirmada, sirve asimismo para demostrar la unidad del libro entero.

El lugar donde se cumplía la muerte de la víctima ha de

llamar también nuestra atención. "Y él la sacará fuera del campo". No solamente el sacerdote y la víctima son identificados y no forman sino un solo tipo de Cristo, sino que se añade: "y harála degollar en su presencia" porque la muerte de Cristo no podía ser representada como un acto de sacerdocio. He aquí la maravillosa exactitud de este libro, cada línea del cual proviene de Dios mismo. Si hubiese Dios escrito: "El la degollará", el capítulo 19 de Números hubiese estado en desacuerdo con la carta a los Hebreos; mientras que ahora la armonía del libro resplandece gloriosamente. ¡Que podamos recibir la gracia de comprenderla y de gozala!

En realidad Jesús sufrió fuera de la puerta: "Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre, padeció fuera de la puerta" (Heb. 13:12). Tomó una posición de separación absoluta, desde donde su voz se dirige a nuestros corazones. ¿No debiéramos considerar con más atención el sitio donde murió Jesús? ¿Podemos contentarnos con recoger los beneficios de su muerte, sin procurar tener comunión con El en su recusación? ¡No quiera Dios! "Salgamos, pues, a El, fuera del real, llevando su vituperio".* Tienen estas palabras un poder inmenso. Debieran excitar todo nuestro ser moral y espiritual a procurar una más completa identificación con nuestro Salvador que fue rechazado. ¿Le veríamos morir fuera de la puerta y quisiéramos cosechar los beneficios de su muerte permaneciendo en el campo, sin llevar su oprobio? ¿Nos buscaríamos una morada, una posición, un nombre, una porción en este mundo del cual nuestro Señor y Maestro fue rechazado? ¿Desearemos prosperar en un mundo que, aún hoy día, no toleraría a este Bien amado, al cual debemos nuestra felicidad presente y eterna? ¿Aspiraremos a los honores, a la posición, a la riqueza, acá en la tierra, en la cual nuestro Maestro no encontró más que un pesebre, una cruz, una tumba prestada? Que el lenguaje de nuestros corazones sea: "¡Lejos de nosotros

* El "real" o campamento, se refiere en principio en este pasaje al judaísmo; pero tiene una notable aplicación moral a todo sistema religioso establecido por el hombre y gobernado por el espíritu y los principios de este presente siglo malo.

tal pensamiento!" Y pueda el lenguaje de nuestra vida ser: "¡Lejos de nosotros tal cosa!" Podamos, por la gracia de Dios, dar una respuesta más entera a este llamamiento del Espíritu: "Salid".

Lector cristiano, no olvidemos nunca que cuando consideramos la muerte de Cristo, vemos dos cosas, a saber: la muerte de una víctima, y la muerte de un mártir, una víctima por el pecado, un mártir (testigo) de la justicia; una víctima bajo la mano de Dios; un mártir bajo la mano del hombre. El sufrió por el pecado para que nosotros no sufriéramos jamás. ¡Que su nombre sea bendito para siempre! Pero sus sufrimientos como mártir, sus sufrimientos por la justicia bajo la mano del hombre, esos sufrimientos los podemos compartir con El. "Porque a vosotros es concedido por Cristo, no sólo que creáis en El sino que también padezcáis por El" (Fil. 1: 29). Es un don positivo el sufrir por Cristo. ¿Lo apreciamos así?

Al contemplar la muerte de Cristo según está simbolizada en la ordenanza de la vaca bermeja, vemos en ella no solamente el quitamiento completo del pecado, sino también el juicio del presente siglo malo. "El cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro" (Gál. 1: 4). Las dos cosas se ven aquí reunidas por Dios, y no debemos separarlas nunca. Tenemos ahí el juicio del pecado, desde su raíz a sus últimas ramificaciones; y luego el juicio de este mundo. El primero da un perfecto reposo a la conciencia, mientras que el otro libra los corazones de las influencias seductivas del mundo en sus formas multiplicadas. Aquel purifica la conciencia de todo sentimiento de culpabilidad; éste rompe los lazos que sujetan el corazón al mundo.

A menudo encontramos almas sinceras que han sido despertadas por el poder del Espíritu Santo, pero que no han conocido aún, para el reposo de sus turbadas conciencias, el valor pleno de la muerte expiatoria de Cristo, como habiendo expiado para siempre todos sus pecados, y acercándolos a Dios sin una mancha en el alma o en la conciencia. Si ese es el estado actual del lector debe considerar la primera parte del versículo:

"El cual se dio a sí mismo por nuestros pecados". Esta es una afirmación de las más benditas para un alma conturbada. Resuelve toda la cuestión del pecado. Si es verdad que Cristo se entregó a sí mismo por mis pecados, no me queda más sino alegrarme del hecho precioso de que mis pecados son todos borrados. El que tomó mi lugar, que cargó con mis pecados, que sufrió por mí, está ahora a la diestra de Dios, coronado de gloria y honor. Esto me basta. Mis pecados han sido quitados para siempre. Si así no fuera, Cristo no estaría donde está actualmente. La corona de gloria que ciñe sus sienes sagradas es la prueba de que mis pecados han sido perfectamente expiados; por lo tanto, una paz perfecta es mi porción, una paz tan perfecta como sólo la obra de Cristo puede hacerla.

Pero no olvidemos jamás que la misma obra que ha quitado para siempre nuestros pecados, nos ha librado de este presente siglo malo. Las dos cosas van juntas. Cristo no sólo me ha librado de las consecuencias de mis pecados, sino también del poder actual del pecado y de las exigencias de aquel sistema que la Escritura llama "el mundo". Todo esto estará más claro al continuar en el examen de nuestro capítulo.

"Y tomará Eleazar el sacerdote de su sangre con su dedo, y rociará hacia la delantera del tabernáculo del testimonio con la sangre de ella siete veces" (versículo 4). Aquí tenemos el sólido fundamento de toda verdadera purificación. El símbolo ante nuestros ojos trata solamente una cuestión de santificación "por la purificación de la carne" (Heb. 9: 13). Pero debemos ver al antitipo más allá del tipo, la sustancia o cuerpo por encima de la sombra que proyecta. En la séptupla aspersión con la sangre de la vaca bermeja delante del tabernáculo del testimonio, tenemos una figura de la presentación perfecta de la sangre de Cristo ante Dios, como el único punto de encuentro entre Dios y la conciencia. El número siete, como ya sabemos, expresa perfección. En esto se trata de la muerte de Cristo, en propiciación por el pecado, presentada en toda su perfección a Dios y aceptada como tal por Dios. Todo descansa en este principio divino. La sangre ha sido derramada, luego ha sido presentada a un Dios santo como una perfecta expiación

por el pecado. Esto, aceptado simplemente por la fe, debe librar a la conciencia del aceptante de todo sentimiento de culpabilidad, de todo temor de condenación. Ya no hay nada ante Dios sino la perfección de la obra expiatoria de Cristo. El pecado ha sido completamente juzgado y borrado por la preciosa sangre de Cristo. Creer esto, es entrar en una completa tranquilidad de conciencia.

El lector observará que no se hace ninguna alusión más a la aspersión de la sangre en todo este capítulo tan especialmente interesante. Esto está cabalmente de acuerdo con la doctrina expuesta en la carta a los Hebreos, capítulos 9 y 10. Ello no es sino una nueva prueba de la armonía de las Escrituras. Siendo el sacrificio de Cristo divinamente perfecto y aceptado, ninguna necesidad hay de que se repita. Su eficacia es eterna y divina. "Mas estando ya presente Cristo, Pontífice de los bienes que habían de venir, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es a saber: no de esta creación; y no por sangre de machos cabríos, ni de becerros, mas por su propia sangre, entró una sola vez en el santuario, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y la ceniza de la becerra, rociada a los inmundos, santifica para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras de muerte para que sirváis al Dios vivo? (Heb. 9: 11-14). Notemos la fuerza de las frases "entró una sola vez" y "eterna redención". Vemos cómo muestran la perfección y eficacia divinas del sacrificio de Cristo. La sangre fue derramada una vez por todas y para siempre. La pretensión de repetir tal obra sería negar su valor eterno y rebajarla al nivel de la sangre de los toros y de los machos cabríos.

Continuemos: "Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas con estas cosas; empero las mismas cosas celestiales con mejores sacrificios que éstos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el mismo cielo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios Y no para ofrecerse muchas

veces a sí mismo, como entra el pontífice en el santuario cada año con sangre ajena; de otra manera fuera necesario que hubiere padecido muchas veces desde el principio del mundo: mas ahora, una vez en la consumación de los siglos, para deshacimiento del pecado, se presentó por el sacrificio de sí mismo" (Heb. 9: 23-26). El pecado, pues, ha sido quitado. No puede estar quitado y continuar al mismo tiempo sobre la conciencia del creyente. Esto está claramente establecido por los versículos 27 y 28, que terminan este capítulo: "Y de la manera que está establecido a los hombres que mueran una vez, y después el juicio, así también Cristo fue ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos; y la segunda vez, sin pecado, será visto de los que le esperan para salvación".

Hay algo de maravilloso en el paciente cuidado con que el Espíritu Santo discute el tema por entero. Expone y desenvuelve la gran doctrina de la perfección del sacrificio, y esto de manera que lleve el convencimiento al ánimo y a la conciencia el alivio de su pesada carga. Tal es la superabundante gracia de Dios que El no solamente ha llevado a término la obra de la redención eterna para nosotros, sino que de la manera más paciente y más completa, ha discutido, razonado y probado esta cuestión, a fin de no dejar el más mínimo sitio a la contradicción. Escuchemos sus demás divinos razonamientos, y que el Espíritu los aplique con potencia al corazón del lector temeroso.

"Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se allegan. De otra manera cesarían de ofrecerse, porque los que tributan este culto, limpios de una vez, no tendrían más conciencia de pecado. Empero en estos sacrificios cada año se hace conmemoración de los pecados. Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados" (Heb. 10: 1-4). Pero lo que la sangre de los toros y de los machos cabríos jamás podía hacer, la sangre de Jesús lo ha hecho para siempre. Toda la sangre que corrió en su tiempo alrededor de los altares de Israel, los millones de sacrificios ofrecidos, según las exigencias del rito mosaico, no

podieron borrar ni una sola mancha de la conciencia, ni dar a un Dios que aborrece el pecado, el derecho de recibir a un pecador. "Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y presente no quisiste; mas me apropiaste cuerpo: Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí (en la cabecera del libro está escrito de mí) para que haga, oh Dios, tu voluntad. . . . En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha *una sola vez*" (Heb. 10: 5-10). Notemos el contraste: Dios no se agradaba de la serie continuada de sacrificios ofrecidos bajo la Ley. Ellos dejaban en absoluto incumplida la obra que El se había propuesto hacer por su pueblo, esto es, de librarlos completamente de la pesada carga del pecado, y acercarlos a El en perfecta paz de conciencia y libertad de corazón. Y esto es lo que Jesús ha hecho por la sola ofrenda de su preciosa sangre. El cumplió la voluntad de Dios; y, bendito sea su nombre para siempre, no tiene necesidad de volver a empezar su obra. Podemos rehusar creer que la obra esté hecha; rehusar someter nuestra alma a su eficacia, rehusar entrar en el descanso que tiene la propiedad de comunicar, rehusar gozar de la santa libertad de espíritu que es capaz de darnos; pero ello no es obstáculo para que la obra quede ofrecida a nuestra fe, según su imperecedero valor a ojos de Dios; los argumentos del Espíritu en cuanto a esa obra subsisten también con toda su fuerza y su claridad innegables; y ni las tenebrosas sugerencias de Satán ni nuestros propios razonamientos incrédulos podrán nunca hacer mella alguna a estas verdades. Podrán impedir a nuestras almas gozar de la gracia, y, ¡ay! así lo hacen; pero la verdad de ello se mantendrá inalterable.

"Así que todo sacerdote se presenta cada día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero éste, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio para siempre está sentado a la diestra de Dios, esperando lo que resta, hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. Porque con una sola

ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Heb. 10: 11-14). Es en virtud de la sangre de Cristo que se nos ha comunicado una eterna perfección; y podemos añadir con certeza que, gracias a esa sangre también, nuestras almas pueden gustar esa perfección. Nadie se imagine que honrará la obra de Cristo, o respetará el testimonio del Espíritu relativo a la efusión y a la aspersión de la sangre de Cristo, en tanto rehuya aceptar la entera y perfecta remisión de pecados que le es proclamada y ofrecida por la sangre de la cruz. No es en modo alguno un signo de verdadera piedad o de pura religión negar lo que la gracia de Dios ha hecho por nosotros en Cristo, y que el Espíritu eterno presenta a nuestras almas en las páginas del libro inspirado.

Lector cristiano, ¿no es extraordinario que siendo así que la Palabra de Dios nos presenta a la vista a Cristo sentado a la diestra de Dios, en virtud de una redención cumplida, no estemos en realidad mucho más aventajados que los judíos que tenían tan sólo un sacerdote humano de pie cada día, haciendo el servicio y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios? Nosotros tenemos un sacerdote divino sentado a perpetuidad. Tenían ellos un sacerdote humano que jamás podía, en el desempeño de sus funciones, estar sentado; y no obstante esto, por lo que toca al estado del espíritu y condición real del alma y de la conciencia, ¿estamos en mejor situación que ellos? ¿Es posible que con un sacrificio perfecto en el cual podemos apoyarnos, nuestras almas no conocen jamás un reposo completo? El Espíritu Santo, según ya hemos visto en las varias citas sacadas de la epístola a los Hebreos, nada ha omitido para satisfacer a nuestras almas en lo tocante a la cuestión del completo quitamiento del pecado por la preciosa sangre de Cristo. ¿Por qué, pues, no podrás, desde este momento, oh lector, gozar de una paz de conciencia perfecta y cierta? ¿La sangre de Jesús no ha hecho algo más por ti, de lo que pudo hacer la sangre de un toro para un adorador judío?

Puede ser que el lector esté inclinado a decir, en respuesta a nuestras instancias: "No dudo en lo más mínimo de la eficacia de la sangre de Jesús. Creo que limpia de todo pecado.

Creo formalmente que cuantos ponen sencilla confianza en esa sangre son enteramente salvos, y serán eternamente dichosos. La dificultad para mí no estriba en esto. Lo que me atormenta no es en cuanto a la eficacia de la sangre, en la que creo plenamente, sino la falta de evidencia satisfactoria de mi *interés personal en esta sangre*. Este es el secreto de todas mis dificultades. La doctrina de la sangre es clara como el medio día; pero el problema del interés que esa sangre pueda tener para mí está rodeado de una desesperante oscuridad”.

Pues bien; si esa es la expresión de los sentimientos del lector sobre tan importante asunto, prueba ser de toda necesidad para él reflexione atentamente sobre el versículo 4 de nuestro capítulo de Números. Allí verá que el fundamento de toda purificación se encuentra en esto: que la sangre de la propiciación ha sido presentada a Dios y aceptada por El. Es ésta una verdad preciosa pero poco comprendida. Es de la mayor importancia que el alma realmente intranquila tenga una visión clara sobre el tema de la expiación. A todos nos es muy natural el ocuparnos en nuestros pensamientos y en nuestros sentimientos sobre la sangre de Cristo, más bien que en la sangre misma, y en los pensamientos de Dios sobre ella. Si la sangre ha sido presentada perfectamente a Dios, si El la ha aceptado, si se ha glorificado a sí mismo quitando el pecado, ¿qué queda, pues, para una conciencia divinamente ejercitada, sino encontrar un reposo perfecto en lo que ha satisfecho a todos los derechos de Dios, en armonía con todos sus atributos, estableciendo ese maravilloso terreno en el cual pueden encontrarse un Dios aborrecedor del pecado y un pobre pecador perdido por este mismo pecado? ¿Por qué mezclar a ello la cuestión del interés que yo sienta por esa sangre, como si esta obra no estuviera completa sin algo de mi parte, sea que lo llamemos mi interés, mis sentimientos, mi experiencia, mis apreciaciones, el uso que de ella haga, etc.? ¿Por qué no descansar sólo sobre Cristo? Esto sería realmente tener interés en El. Pero desde el momento que el corazón anda ocupado en la cuestión de su propio interés, desde el momento que la mirada se desvía de este divino objeto que la Palabra de Dios y el Santo Espíritu nos presentan, enton-

ces sobrevienen las tinieblas espirituales y las perplejidades; ya que el alma en vez de regocijarse en la perfección de la obra de Cristo, se atormenta mirando a la imperfección de sus menguados sentimientos.

Pues aquí tenemos, bendito sea Dios, el fundamento estable de la “purificación para el pecado” y de la perfecta paz para la conciencia. “La obra expiatoria está hecha”. Todo se ha cumplido. El gran Antitipo de la vaca bermeja ha sido inmolido. El se entregó a la muerte bajo la ira y el juicio de un Dios justo, para que todos cuantos pongan sencillamente su confianza en El, puedan conocer, en el secreto íntimo de sus almas, la purificación divina y la paz perfecta. Somos purificados en cuanto a la conciencia, no por lo que pensemos acerca de la sangre, sino por la sangre misma. Debemos insistir en ello. Dios mismo ha hecho valer nuestro título, y este título se encuentra en la sangre *tan sólo*. ¡Oh, la preciosa sangre de Jesús; cómo habla de calma profunda a toda alma conturbada, para que repose confiadamente en su eterna eficacia! ¿Por qué la bendita doctrina de la sangre es tan poco comprendida y tan poco apreciada?: ¿Por qué se persiste en querer mezclar a ella otras cosas? Quiera el Santo Espíritu guiar a todo lector intranquilo a fijar su corazón y su conciencia en el sacrificio expiatorio del Cordero de Dios.

Si en la sangre tenemos la muerte de Cristo en sacrificio como la única y perfecta purificación del pecado, en las cenizas tenemos el recuerdo de esta muerte aplicada al corazón por el Espíritu mediante la Palabra, a fin de quitar las manchas contraídas en nuestro camino. Esto añade una grande perfección y una gran belleza a nuestro tipo, ya de suyo tan interesante. Dios no ha provisto tan sólo a los pecados pasados sino también a las manchas actuales, a fin de que pudiésemos siempre estar delante de El con todo el valor de la obra perfecta de Cristo. El quiere que estando “enteramente limpios” pisemos el atrio de su santuario, las entradas sagradas de su presencia. Pues no solamente El mismo nos ve así, sino que, bendito sea su nombre para siempre, quisiera que hiciéramos otro tanto en lo íntimo de nuestra conciencia. Quisiera darnos por su Espíritu, me-

dian te la Palabra, un sentimiento profundo de nuestra pureza a sus ojos, a fin de que la corriente de nuestra comunión con El pudiese correr límpida y sin obstáculos. "Mas si andamos en luz como El está en luz, tenemos comunión entre nosotros, y la sangre de Jesucristo su Hijo, nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7). Pero si no andamos en luz, si no cuidamos de eso, y en nuestro olvido tocamos cosas impuras, ¿cómo quedará restablecida nuestra comunión? Sólo quitando la mancha. ¿Y cómo debe conseguirse? Por la aplicación a nuestros corazones y a nuestras conciencias de la preciosa verdad de la muerte de Cristo. El Espíritu Santo produce en nosotros el que nos juzguemos a nosotros mismos, y trae a nuestra memoria la preciosa verdad que Cristo sufrió la muerte por las manchas que contraemos a menudo de un modo tan ligero. No se trata de una nueva aspersión de la sangre de Cristo, cosa desconocida en la Escritura; sino del recuerdo de su muerte traído al corazón contrito por el ministerio del Espíritu Santo.

"Y hará quemar la vaca ante sus ojos. . . . Luego tomará el sacerdote palo de cedro, e hisopo y escarlata, y echará esto en medio del fuego en que arde la vaca. . . . Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca, y las pondrá fuera del campo en lugar limpio, y las guardará la congregación de los hijos de Israel para el agua de separación; es una expiación" (versículos 5-9).

La intención de Dios es que sus hijos sean purificados de toda iniquidad y que anden en la separación de este presente siglo malo, en el que todo es muerte y corrupción. Esta separación se produce por la acción de la Palabra sobre el corazón, por el poder del Santo Espíritu. "Gracia sea a vosotros, y paz de Dios el Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro" (Gál. 1:3-4). Y además: "Esperando aquella esperanza bienaventurada, y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras (Tito 2:13-14).

Es notable observar cómo el Espíritu de Dios enlaza constantemente, y de una manera íntima, el perfecto descargo de la conciencia de todo sentimiento de culpabilidad, con la liberación del corazón de la influencia moral de este presente siglo malo. Por lo tanto, lector cristiano, debiéramos tener cuidado de mantener la integridad de este lazo. Naturalmente que no podemos hacerlo más que por la energía del Espíritu Santo; pero debiéramos procurar ardentemente comprender y mostrar en la práctica el lazo bendito que existe entre la muerte de Cristo, considerada como expiación por el pecado, y como motivo y potencia moral para nuestra separación de este mundo. Un gran número de hijos de Dios no van jamás más allá de la primera verdad, si es que llegan a ella. Muchos se contentan enteramente con el conocimiento del perdón de sus pecados por la obra expiatoria de Cristo, sin experimentar la realidad de su muerte al mundo, en virtud de la muerte de Cristo y de su identificación con El en esta muerte.

Pues bien; si meditamos sobre el versículo 5 del capítulo 19 de Números, y examinamos ese místico montón de cenizas ¿qué descubriremos allí? Podemos responder con seguridad: "Encontramos allí nuestros pecados". En efecto, gracias sean dadas a Dios, y al Hijo de su amor, encontramos nuestros pecados, nuestras iniquidades, nuestras faltas, nuestra profunda culpabilidad, todo reducido a cenizas. ¿Y nada más? Vemos allí también la naturaleza, en cada período de su existencia, del punto más alto al más bajo de su historia. Vemos allí también toda la gloria de este mundo. El cedro y el hisopo representan la naturaleza en toda su extensión, desde lo que ella tiene de más ínfimo hasta lo más elevado. "Salomón disertó también de los árboles desde el cedro que crece en el Líbano hasta el hisopo que nace en la pared" (1 Reyes 4:33).

La "escarlata" es considerada por los que han estudiado cuidadosamente la Escritura como el símbolo o expresión del esplendor de este mundo, de la gloria humana. Vemos, pues, en aquellas cenizas, residuo de la cremación de la vaca, el fin de toda grandeza mundana, de toda gloria humana, y la anulación completa de la carne y de todo lo que le pertenece. Esto

hace que el acto de la cremación de la vaca sea profundamente significativo, y expone una verdad poco conocida y si lo es, muy pronto olvidada, verdad que el apóstol proclama en estas memorables palabras: "Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (Gál. 6: 14).

Mientras aceptamos la cruz como base de liberación de todas las consecuencias de nuestros pecados y de nuestra plena aceptación por Dios, estamos todos demasiado inclinados a rehusarla como base de nuestra completa separación del mundo. Y no obstante, la cruz nos ha separado para siempre de todo cuanto pertenece al mundo que atravesamos. ¿Están quitados mis pecados? Sí; ¡bendito sea el Dios de toda gracia! ¿En virtud de qué? En virtud de la perfección del sacrificio expiatorio de Cristo según apreciación de Dios mismo. Pues precisamente es en igual medida que encontramos en la cruz, la liberación de este presente siglo malo, de sus máximas, de sus costumbres, de sus principios. El creyente se retira del mundo a proporción que penetra la significación y realiza el poder de la cruz ha hecho de él un peregrino y un extranjero en este mundo. Todo corazón consagrado ve la profunda sombra de la cruz proyectada sobre todo el brillo, y todas las vanidades y todas las pompas de este mundo. Esa visión era la que hacía a Pablo capaz de tener por estiércol al mundo, a sus más altas dignidades, a sus formas más atractivas, a sus glorias más brillantes. "El mundo me es crucificado a mí y yo al mundo", dice él. Tal era Pablo; tal debiera ser todo cristiano, un extranjero en la tierra, un ciudadano del cielo, y esto no sólo en teoría o en principio, sino de hecho y en realidad; pues así como con toda seguridad nuestra liberación del infierno es más que un simple principio o una teoría, así también con tanta seguridad nuestra separación de este presente siglo malo es un hecho que tenemos el deber de llevar a la práctica.

¿Por qué, pues, no se insiste con mayor ahinco sobre esta gran verdad práctica entre los cristianos evangélicos? Si mi corazón ama a Jesús, no buscaré un sitio, una participación o un nombre allí donde El encontró tan sólo la cruz del malhechor.

Querido lector: tal es la única manera de considerar este punto. ¿Amas a Cristo? ¿Tu corazón se ha conmovido y ha sido atraído por su maravilloso amor por ti? Si es así, no olvides que El fue rechazado por el mundo. Nada ha cambiado. El mundo es siempre el mundo. Acordémonos que uno de los artificios de Satán consiste en conducir a los que han encontrado la salvación en Cristo, a desconocer o a renegar de su identificación con El en su recusación; a prevalerse de la obra expiatoria de la cruz, mientras se establecen cómodamente en un mundo culpable de haber clavado a Cristo en aquella cruz. En otros términos, Satán induce a los hombres a pensar y a decir que el mundo del siglo 20 es totalmente diferente del mundo del primer siglo; que si Jesús estuviera actualmente en la tierra, sería tratado de muy distinto modo de lo que entonces lo fue; que el mundo actual no es ya pagano, sino cristiano; y que todo esto produce una diferencia tal, que todo cristiano puede hacerse ciudadano de este mundo; y tener en él un nombre, una posición, una participación.

Pues bien; todo esto no es más que una mentira del gran enemigo de las almas. El mundo puede haber cambiado su traje, pero no ha cambiado de naturaleza, de espíritu, de principios. Oía a Jesús tan cordialmente que cuando gritaba: "¡Quita, quita! ¡Crucifícale!" Si juzgamos el mundo a la luz de la cruz de Cristo, encontraremos que es, como siempre, un mundo malo, que odia a Dios y que rechaza a Cristo. ¡Que podamos comprender más claramente la verdad enseñada por las cenizas de la vaca bermeja! De esta suerte nuestro apartamiento del mundo y nuestra consagración a Cristo serían más firmes y más reales. ¡Quiera el Señor, en su bondad, que así sea en todo su pueblo en estos días de falsedad, de mundanalidad y de tibieza!

Veamos, pues, ya el empleo y destino de aquellas cenizas. "El que tocare muerto de cualquiera persona humana, siete días será inmundo. Este se purificará al tercer día con aquesta agua, y al séptimo día será limpio: y si al tercer día no se purificare, no será limpio al séptimo día. Cualquiera que tocare en muerto, en persona de hombre que estuviere muerto, y no

se purificare, el tabernáculo de Jehová contaminó, y aquella persona será cortada de Israel; por cuanto el agua de la separación no fue rociada sobre él, inmundo será, y su inmundicia será sobre él (versículos 11-13).

Es cosa muy seria tener que ver con Dios, andar con El diariamente en medio de un mundo corrompido y corruptor. Dios no puede tolerar ninguna impureza en aquellos con los cuales se digna andar y en los cuales habita. El puede perdonar y quitar los pecados, purificar y restaurar; pero no puede tolerar en su pueblo un mal que no sea juzgado. Si lo hiciera sería renegar de su nombre y de su naturaleza. Esta verdad a la par que solemne, es animadora. Es nuestro gozo tener que ver con Aquel cuya presencia reclama y asegura la santidad. Atravesamos un mundo en el cual estamos rodeados de influencias corruptoras. Es cierto que una mancha no se contrae actualmente por tocar un "cadáver, o cualquier hueso humano o un sepulcro". Tales cosas, como sabemos, son símbolos de cosas morales y espirituales con las cuales estamos en peligro de estar en contacto en cualquier momento. No dudamos que los que andan muy ocupados con las cosas de este mundo, sienten, de una manera penosa, la inmensa dificultad de salir de ellas con manos puras. De ahí la necesidad de una santa vigilancia en todas nuestras costumbres y en nuestras relaciones, por miedo de contraer impurezas que interrumpían nuestra comunión con Dios. Quiere tenernos en un estado digno de Sí mismo: "Sed santos, porque yo soy santo".

Mas el lector sincero cuya alma anhela la santidad quizá pregunte: "¿Qué debemos hacer, pues, si en verdad estamos rodeados por todos lados de influencias corruptoras, y si de tal modo estamos inclinados a contraer impurezas? Además, si es imposible tener comunión con Dios cuando nuestras manos son impuras, y nuestra conciencia nos acusa, ¿qué hemos de hacer?" Responderemos: Ante todo sé vigilante. Cuenta mucho y sinceramente con Dios. El es fiel y misericordioso, un Dios que oye la oración y la acoge favorablemente; un Dios liberal y un Dador que no dirige reproches. "Da *mayor gracia*". Esto es en realidad una firma en blanco sobre la cual la fe puede

inscribir la cantidad que quiera. El deseo real de tu alma, ¿es el de progresar en la vida divina, y de crecer en santidad personal? Entonces ten cuidado de no andar, ni siquiera una hora, en contacto con lo que mancha tus manos, hiere tu conciencia, contrista al Espíritu Santo, y destruye tu comunión. Sé resuelto. Ten corazón entero. Renuncia inmediatamente a ella. Ningún interés mundano, ninguna ventaja terrena puede compensar la pérdida de una conciencia pura, de un corazón sosegado y del goce de la claridad de la faz de nuestro Padre. ¿No estás convencido de ello? Si lo estás, dedícate a poner por obra tu convicción.

Es posible que aún se pregunte: "¿Qué hay que hacer cuando realmente se ha contraído impureza? ¿Cómo quitarla?" Escucha el lenguaje figurado del capítulo 19 de Números: "Y para el inmundo tomarán de la ceniza de la quemada vaca de la expiación, y echarán sobre ella agua viva en un vaso: y un hombre limpio tomará hisopo, y mojarálo en el agua, y rociará sobre la tienda, y sobre todos los muebles, y sobre las personas que allí estuvieren, y sobre aquel que hubiere tocado el hueso, o el matado, o el muerto, o el sepulcro; y el limpio rociará sobre el inmundo al tercero y al séptimo día; y cuando lo habrá purificado al día séptimo, él lavará luego sus vestidos, y a sí mismo se lavará con agua, y será limpio a la tarde" (versículos 17-19).

Hay una doble acción presentada en los versículos 12 y 18, a saber: la acción del tercer día y la del séptimo. Las dos eran esencialmente necesarias para quitar la contaminación ceremonial contraída en la marcha, por el contacto con las diversas formas de muerte detalladas más arriba. Pues bien; ¿qué figura esta doble acción? ¿Qué es lo que corresponde con ella en nuestra historia espiritual? Sin duda, lo siguiente: cuando por falta de vigilancia y energía espiritual, tocamos lo impuro y quedamos manchados, podemos estar ignorantes de ello; pero Dios lo sabe todo en este asunto. El se preocupa y vela por nosotros; y, bendito sea su nombre, no como un juez irritado o como un rígido censor, sino como un padre tierno, que no nos imputará nunca nada, porque ya desde largo tiempo lo ha

imputado todo a Aquel que murió en lugar de nosotros. No obstante, no dejará El de hacérselo sentir profundo y vivamente. Será un censor fiel de la cosa impura; y puede reprobirla tanto más enérgicamente cuanto no nos la tendrá jamás en cuenta. El Espíritu Santo nos recuerda nuestro pecado, lo que nos causa una indecible angustia de corazón. Esa angustia puede continuar por algún tiempo. Puede durar unos instantes, o días, o meses y aun años. Conocimos un joven cristiano que fue desgraciado durante tres años, por haber hecho una excursión con amigos mundanos. Creemos que esta operación convincente del Espíritu Santo está representada por la acción del tercer día. El nos recuerda nuestro pecado; luego nos recuerda y aplica a nuestras almas, por medio de la palabra escrita, el valor de la muerte de Cristo como lo que ha correspondido a la mancha que con tanta facilidad contraemos. Esto responde a la acción del séptimo día, quita la mancha y restablece nuestra comunión.

Y hay que recordar bien que no podemos desembarazarnos jamás de nuestras contaminaciones de otra manera alguna. Podemos procurar el olvido de la herida, o dejar al tiempo el cuidado de borrarla de nuestra memoria. Nada hay más desastroso que tratar de este modo la conciencia y los derechos de la santidad. Esto es tan insensato como peligroso, ya que Dios, en su gracia, ha provisto plenamente el medio de quitar la contaminación que su Santidad descubre y condena, de tal suerte que si el pecado no está quitado es imposible la comunión con El: "Si no te lavare no tendrás parte conmigo". La suspensión de la comunión de un creyente corresponde a la separación de un miembro en la congregación de Israel. El cristiano no puede jamás ser separado de Cristo, pero la comunión puede quedar interrumpida por un solo pensamiento pecaminoso; es preciso, pues, que ese pensamiento sea juzgado y confesado, a fin de que la mancha sea quitada y la comunión restablecida. Amado lector: debemos conservar una conciencia pura y mantener la santidad de Dios, de lo contrario, pronto haríamos naufragio en la fe y caeríamos del todo. Quiera el Señor concedernos que andemos con cuidado, en vigilancia y oración,

hasta que hayamos depuesto nuestro cuerpo de pecado y de muerte, y hayamos entrado en la morada esplendorosa y bendita en la que el pecado, la contaminación y la muerte son desconocidos.

Al estudiar las ordenanzas y ceremonias de la economía levítica, nada llama más nuestra atención que el cuidado celoso con que el Dios de Israel velaba sobre su pueblo a fin de preservarlo de cualquier influencia corruptora. De día o de noche, ya estuviesen despiertos ya dormidos, dentro como fuera, en el seno de la familia o en la soledad, sus ojos estaban sobre ellos. El velaba por su alimento, por su vestido, por sus costumbres y por sus arreglos domésticos. El les instruía cuidadosamente en todo lo que podían o no podían comer o llevar. Les manifestaba también claramente su pensamiento en cuanto se refería al contacto y manejo de las cosas. En una palabra, les había rodeado de vallas ampliamente suficientes, con tal que ellos pusieran cuidado, para evitar la corriente de contaminación a la que estaban expuestos por todos lados.

En todo ello, vemos evidentemente la santidad de Dios; pero también vemos con igual claridad su gracia. Si la santidad de Dios no podía sufrir ninguna mancha en el pueblo, la gracia divina proveía ampliamente a su purificación. Estos cuidados se ostentan en nuestro capítulo bajo dos formas: la sangre expiatoria, y el agua de separación. ¡Preciosos recursos! Si no conociésemos las inmensas provisiones de la gracia divina, los derechos supremos de la santidad de Dios serían bastantes para aplastarnos; mientras que estando seguros de su gracia, podemos regocijarnos de todo corazón en la santidad. Un israelita podía estremecerse al oír las palabras: "El que tocare muerto de cualquier persona humana, siete días será inmundo". Y las siguientes: "Cualquiera que tocare en muerto, en persona de hombre que estuviere muerto, y no se purificare, el tabernáculo de Jehová contaminó, y aquella persona será cortada de Israel". Tales palabras podían en verdad llevar el terror a su corazón. Pero entonces las cenizas de la vaca quemada y el agua de separación le ofrecían el memorial de la muerte expiatoria de Cristo aplicada al corazón por la potencia del Espíritu de Dios:

"Este se purificará al tercer día con aquesta agua, y al séptimo día será limpio: y si al tercer día no se purificare, no será limpio al séptimo día".

Observemos que no se trata de ofrecer un nuevo sacrificio, ni de una nueva aplicación de la sangre. Es importante ver y comprender claramente esto. La muerte de Cristo no puede ser repetida. "Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de El. Porque el haber muerto, al pecado murió una vez; mas el vivir, a Dios vive" (Rom. 6: 9-10). Estamos, por la gracia de Dios, en el disfrute del beneficio del pleno valor de la muerte de Cristo; pero estando rodeados por todas partes por las tentaciones y los lazos a los que responden por nuestra parte las tendencias de la carne, que aún está en nosotros; teniendo además un adversario poderoso, siempre en acecho para sorprendernos y arrastrarnos fuera del camino de la verdad y de la pureza, no podríamos dar un solo paso, si nuestro Dios, en su gracia, no hubiese proveído a todas nuestras necesidades por la muerte preciosa y por la mediación todopoderosa de nuestro Señor Jesucristo. La sangre de Cristo no solamente nos ha lavado de todos nuestros pecados, y nos ha reconciliado con un Dios santo, sino que también "abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo". "Vive siempre para interceder por nosotros". "Puede salvar eternamente a los que por El se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos". El está siempre en presencia de Dios por nosotros. El es nuestro representante, y nos mantiene en la divina integridad de la posición y de la relación en las cuales su muerte expiatoria nos ha colocado. Nuestra causa no puede jamás perderse en manos de tal Abogado. Sería preciso que dejara de vivir antes de que pudiera perecer el más pequeño de sus santos. El está identificado con nosotros y nosotros con El.

Ahora, pues, lector cristiano, ¿cuál debiera ser el efecto práctico de toda esa gracia sobre nuestros corazones y sobre nuestra vida? Cuando pensamos en la muerte y en la incineración, esto es, en la sangre y en las cenizas, en el sacrificio expiatorio y en la intercesión del Sacerdote y del Abogado,

¿qué influencia debería ejercer sobre nuestras almas? ¿En qué forma este pensamiento debiera obrar sobre nuestras conciencias? ¿Nos llevará a tener en poco al pecado? ¿Producirá en nosotros el efecto de volvernos ligeros y frívolos en nuestra conducta? ¡Ay del corazón que piense así! Podemos estar seguros de una cosa: que el hombre capaz de ver en los ricos recursos de la gracia divina un pretexto para su ligereza de conducta o la frivolidad de espíritu, conoce muy poco o no conoce nada en absoluto la verdadera naturaleza de la gracia, su influencia y sus recursos. ¿Podríamos suponer siquiera por un momento que las cenizas de la vaca o el agua de separación pudieran tener por efecto volver a un israelita descuidado en cuanto a su marcha? Al contrario, el hecho mismo de tal precaución contra la contaminación, debía hacerle sentir cuán grave cosa sería el contraerla. El montón de cenizas depositado en un sitio limpio ofrecía un doble testimonio: testificaba la bondad de Dios y también la naturaleza odiosa del pecado. Testificaba que Dios no podía sufrir la impureza en medio de su pueblo; pero declaraba también que Dios había provisto los medios de quitar la contaminación. Es del todo imposible que la bendita doctrina de la sangre derramada, de las cenizas y del agua de la separación, pueda ser comprendida y probada sin que produzca un santo horror al pecado en todas sus formas corruptoras. Y podemos afirmar además que el que ha sentido alguna vez la angustia de una conciencia manchada, no puede contraer por ligereza una contaminación cualquiera. Una conciencia pura es un tesoro demasiado precioso para desprenderse de él con ligereza; una conciencia manchada es una carga demasiado pesada para cargar con ella a la ligera. Pero, bendito sea el Dios de toda gracia, él ha provisto para todas nuestras necesidades de una manera perfecta, y no de manera a volvernos descuidados sino vigilantes. "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis". Y añade luego: "y si alguno hubiese pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Y El es la propiciación por nuestros pecados: y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Juan 2: 1-2).

Una palabra más sobre los últimos versículos de nuestro capítulo: "Y les será por estatuto perpetuo: también el que rociare el agua de la separación lavará sus vestidos, y el que tocare el agua de la separación, será inmundo hasta la tarde . . . y la persona que lo tocare será inmunda hasta la tarde" (versículos 21-22). En el versículo 18 vimos que únicamente una persona pura podía hacer la aspersión sobre una impura; aquí vemos que se había vuelto impuro por el acto de hacer aspersión sobre otro.

Reuniendo estos dos hechos, aprendemos según alguien ha dicho: "que aquel que es impuro tiene que entender en el pecado de otro, aunque a él le toque por deber y para purificar a su prójimo: no es culpable como el otro, es verdad; pero no podemos tocar al pecado sin ser manchados". También aprendemos que para guiar a otro a gozar de la virtud purificadora de la obra de Cristo, debemos nosotros estar en el goce de ella. Cualquiera que hubiese aplicado el agua de separación a otros, debía lavar sus vestidos y lavarse él mismo con agua; luego, por la tarde, era puro (ver. 19). ¡Que nuestras almas se hagan bien cargo de esto! ¡Que podamos vivir habitualmente en el conocimiento de la pureza perfecta a la que nos ha introducido la muerte de Cristo y en la cual su obra de sacerdote nos sostiene! No olvidemos jamás que el *contacto del mal mancha*. Tal sucedía en la economía mosaica y tal sucede aún ahora.

Capítulo 20

"Y llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin, en el mes primero, y asentó el pueblo a Cades; y allí murió María, y fue allí sepultada" (versículo 1).

El capítulo que vamos a examinar ofrece un ejemplo notable de la vida y de las experiencias del desierto. En él vemos a Moisés, servidor de Dios, atravesar algunas de las escenas más penosas de su carrera tan llena de acontecimientos. En primer lugar María muere. Aquella cuya voz habían oído en las brillantes escenas del capítulo 15 de Exodo, cantando el himno de victoria, desaparece, y sus cenizas son depositadas en el desierto de Cades. La pandereta está arrinconada. Los cantos se extinguen en silencio de la muerte. Ya no puede guiar las danzas. En su tiempo había cantado melodiosamente; había entonado de una manera acertada el magnífico canto de alabanza en la orilla de resurrección del mar Rojo. El tema de su canto era la gran verdad principal de la Redención. "Cantad a Jehová; porque en extremo se ha engrandecido, echando en la mar al caballo, y al que en él subía". Era verdaderamente un tema sublime. Era el lenguaje conveniente en aquellas alegres circunstancias.

Mas ahora la profetisa desaparece de la escena; la voz de melodía ha cambiado en voz de murmullo. La vida del desierto ponen a prueba al hombre; descubren lo que está oculto en el corazón. Cuarenta años de fatiga y de aflicciones producen grandes cambios en el pueblo. Es raro, en verdad, encontrar ejemplos de cristianos en los cuales la savia y el frescor de la vida espiritual se hayan conservado, y menos aún que hayan aumentado a través de los percances de la vida y de la lucha cristiana. Este hecho no debiera ser tan raro: debiera suceder

todo lo contrario, ya que las serias realidades de nuestro camino por este mundo son para nosotros otras tantas ocasiones para hacer experiencia de lo que Dios es. Bendito sea su nombre, El toma ocasión en cada dificultad de nuestro camino para dárse nos a conocer en toda la dulzura y en la ternura de su amor, que nunca cambia. Nada puede agotar las fuentes de gracia que están en el Dios vivo; y continuará siendo lo que es a despecho de todas nuestras maldades. Dios permanecerá tal, sean cuales fueren la incredulidad y la culpabilidad del hombre.

Nuestro consuelo, nuestra verdadera alegría y el origen de nuestra fuerza descansan en esto: estamos en relación con un Dios vivo. Venga lo que viniere, El se mostrará a la altura de los acontecimientos, ampliamente suficiente "para las necesidades de cada momento". Su gracia paciente puede soportar nuestras numerosas flaquezas, nuestras caídas, nuestros extravíos, su fuerza se perfecciona en nuestra extrema debilidad; su fidelidad no falta nunca; su bondad es de eternidad en eternidad. Los amigos engañan o desaparecen; los lazos de la más tierna amistad se rompen, en este mundo frío y sin corazón; los compañeros en el servicio del Señor se separan o mueren; pero Dios permanece. Aquí se encuentra el secreto íntimo de toda verdadera y sólida felicidad. Si están con nosotros la mano y el corazón de Dios, nada tenemos que temer. Si podemos decir: "Jehová es mi pastor", podemos añadir también con toda seguridad: "nada me faltará".

No obstante, en el desierto hay escenas de dolor y de prueba, y debemos pasar a través de ellos. Tal es lo que le ocurrió a Israel en el capítulo que leemos. Son llamados a encontrarse con las asperezas del desierto, y dan con ellas con acentos de impaciencia y de descontento. "Y como no hubiese agua para la congregación, juntáronse contra Moisés y Aarón. Y regañó el pueblo con Moisés, y hablaron diciendo: ¡Ojalá que nosotros hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová! ¿Y por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias? ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto,

para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementera, de higueras, de viñas, ni granadas, ni aun de agua para beber" (versículos 2-5).

Fue este un momento terriblemente penoso para el corazón de Moisés. No podemos formarnos idea de lo que debía ser el tener que afrontar a seiscientos mil descontentos, verse obligado a oír sus invectivas y verse culpado de todas las desgracias que su propia incredulidad les había acarreado. Todo ello no era una prueba ordinaria a su paciencia; así que no debemos extrañar que este querido y honrado servidor encontraba demasiado difíciles para él aquellas circunstancias. "Y fuéronse Moisés y Aarón de delante de la congregación a la puerta del tabernáculo del testimonio, y echáronse sobre sus rostros; y la gloria de Jehová apareció sobre ellos" (versículo 6).

Es altamente conmovedor ver a Moisés de vez en cuando prosternado ante Dios. Era para él un dulce alivio, escapar de un ejército en tumulto y recurrir sólo a Aquel cuyos recursos estaban a la altura de todas las circunstancias. "Y echáronse sobre sus rostros; y la gloria de Jehová apareció sobre ellos". No intentaron responder al pueblo; "fuéronse de delante de la congregación" para apoyarse en el Dios vivo. ¿Qué otro sino el Dios de toda gracia podía bastar a las mil necesidades de la vida del desierto? Bien había dicho Moisés en un principio: "Si tu rostro no ha de venir con nosotros, no nos hagas subir de aquí". Seguramente tenía razón y fue prudente al expresarse así. La presencia de Dios era la *única* respuesta a las demandas de semejante asamblea; y era una respuesta enteramente *suficiente*. Los tesoros de Dios son inagotables. Jamás puede hacer falta al corazón que confía en El. Acordémonos de ello. Dios se complace en que hagamos uso de El. Jamás se cansa de proveer a las necesidades de su pueblo. Si estas verdades estuviesen siempre presentes en nuestros corazones, oiríamos menos acentos de impaciencia y descontento y más a menudo el dulce lenguaje del agradecimiento y de la alabanza. Pero, según hemos tenido ocasión de decir con frecuencia, la vida del desierto es para cada cual una piedra de toque que

manifiesta lo que hay en nosotros; y que, bendito sea Dios, descubre lo que hay para nosotros en *El*.

"Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma la vara y reúne la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña en ojos de ellos; y ella dará su agua, y les sacarás aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias. Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová como él lo mandó. Y juntaron Moisés y Aarón la congregación delante de la peña, y díjoles: Oid, ahora, rebeldes: ¿os hemos de hacer salir aguas de esta peña? Entonces alzó Moisés su mano, e hirió la peña con su vara dos veces: y salieron muchas aguas y bebió la congregación y sus bestias (versículos 7-11).

En la cita precedente dos objetos reclaman la atención del lector, a saber: "La peña" y "la vara". Los dos presentan a Cristo al alma, de una manera muy bendita, pero cada uno bajo un aspecto diferente. En 1 Corintios 10: 4, leemos: "Y todos bebieron la misma bebida espiritual: porque bebían de la piedra espiritual que les seguía; y la piedra era Cristo". Esto es claro, positivo, y no deja lugar ninguno al ejercicio de la imaginación. "La Roca era Cristo", Cristo herido por nosotros.

Luego, por lo que respecta a "la vara", debemos recordar que ésta no debía ser la de Moisés —la vara de la autoridad o de la fuerza. Esta no convenía en aquella circunstancia; ella había hecho ya su obra; había golpeado la roca *una vez* y era ya bastante. Esto es lo que nos enseña el capítulo 17 del Exodo, en el que leemos: "Y Jehová dijo a Moisés: Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel, y toma también en tu mano tu vara, con que *heriste el río* (véase Exodo 7: 20), y vé: He aquí que estoy delante de ti, allí sobre la peña en Horeb; y herirás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo. Y Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel" (versículos 5 y 6).

Tenemos aquí un tipo de Cristo herido por causa nuestra, por la mano de Dios en juicio. El lector se habrá fijado en la expresión: "tu vara, con que heriste el río". ¿Por qué se recuerda aquí este golpe anterior de la vara sobre el río? He aquí la respuesta: "y alzando (Moisés) la vara, hirió las aguas que

había en el río, en presencia de Faraón y de sus siervos, y todas las aguas que había en el río se *convirtieron en sangre*" (Exodo 7: 20). La misma vara que cambió las aguas en sangre, debió herir "la peña que era Cristo" a fin de que un río de vida y de refrigerio corriese en favor nuestro.

Pues bien, esta acción de golpear a Cristo, "La Roca", no podía hacerse sino una sola vez. No debía repetirse jamás. "Sabido que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de *El*. Porque el haber muerto, al pecado murió *una vez*; mas el vivir, a Dios vive" (Rom. 6: 9 y 10). "Mas ahora, *una vez* en la consumación de los siglos, para deshacimiento del pecado, se presentó por el sacrificio de sí mismo. . . . Así también Cristo fue ofrecido *una vez* para agotar los pecados de muchos. . ." (Heb. 9: 26-28). "Porque también Cristo padeció *una vez* por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios" (1 Pedro 3: 18).

No puede, por consiguiente, haber una repetición de la muerte de Cristo; y por lo tanto Moisés se equivocó al herir la roca dos veces con su vara, se equivocó sencillamente al golpearla. Se le había ordenado que tomara "la *vara* de delante de Jehová" (versículo 9), la vara de Aarón, la vara del sacerdote: y, una vez hecho esto, que *hablara* a la peña. Estando ya cumplida la obra expiatoria nuestro Sumo Sacerdote ha entrado en los cielos, a fin de parecer *por nosotros* ante Dios. Aguas de refrigerio espiritual manan desde arriba sobre nosotros, en virtud de una redención cumplida, y en relación con el ministerio sacerdotal de Cristo, del cual la vara reverdecida de Aarón es el tipo admirable.

Fue, pues, un grande error en Moisés de golpear de nuevo la peña, y otro error también golpearla con su vara (ver. 11). Si la hubiese golpeado con la vara de Aarón, las hermosas flores de aquella hubiesen sido destrozadas, como es fácil comprender. Con la vara del sacerdocio en mano, la de la gracia, hubiese bastado una palabra. Moisés no supo ver esto; no supo glorificar a Dios. Habló inconsiderablemente con sus labios; y en consecuencia le fue prohibido atravesar el Jordán. Su vara no podía

hacer pasar el pueblo, ¿pues qué podía hacer la simple autoridad sobre un ejército que murmuraba? y tampoco le fue permitido pasar él mismo, porque no había glorificado a Jehová a la vista de la congregación.

Jehová cuidó de su *propia gloria*. El se glorificó a sí mismo ante el pueblo; pues a pesar de sus murmuraciones, los yerros y la falta de Moisés, la asamblea de Jehová vio los chorros de agua saltando de la peña que había sido golpeada.

No solamente la gracia triunfó dando de beber a las huestes murmuradoras de Israel, sino que, en cuanto al mismo Moisés, esa gracia se desplegó de la manera más brillante, según podemos ver en Deuteronomio 34. Fue la gracia la que condujo a Moisés a la cima del monte Pisga y le mostró desde allí el país de Canaán. Fue la gracia la que hizo que Jehová procurara un sepulcro a su servidor y en él le enterró. Valía más ver la tierra de Canaán en compañía de Dios, que entrar en ella en compañía de los hijos de Israel. No debemos olvidar, con todo, que Moisés no pudo entrar en el país por haber hablado de una manera irreflexiva (ver. 10). Dios, obrando como gobernante dejó a Moisés fuera de Canaán; obrando en gracia, le condujo a la cumbre del monte. Esos dos hechos en la historia de Moisés demuestran claramente la diferencia que existe entre la gracia y el gobierno, tema del más grande interés y de inmenso valor práctico. La gracia perdona y bendice; pero el gobierno sigue su camino. Acordémonos siempre de esto: "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Este principio se encuentra en todos los procedimientos de Dios, en función de gobernante, y nada puede haber de más solemne; no obstante, "la gracia reina por la justicia, para la vida eterna, por Jesucristo Señor nuestro".

En los versículos 14 a 20 de este capítulo, tenemos las comunicaciones entre Moisés y el rey de Edom. Es instructivo e interesante observar el tono de cada una de ellas y compararlas con el relato dado en Génesis 32 y 33. Esaú (o Edom) tenía grande resentimiento contra Jacob; y aunque por la intervención directa de Dios, no le fue permitido tocar ni un cabello de la cabeza de su hermano, no obstante, por otra parte, Israel,

sucesor de Jacob, que había suplantado a Esaú, no debía molestar a Edom en sus posesiones. "Manda al pueblo, diciendo: Pasando vosotros por el término de vuestros hermanos los hijos de Esaú, que habitan en Seir, ellos tendrán miedo de vosotros; mas vosotros guardaos mucho. No os metáis con ellos que no os daré de su tierra ni aun la holladura de la planta de un pie; porque yo he dado por heredad a Esaú el monte de Seir. Comprareis de ellos por dinero las viandas y comeréis; y también comprareis de ellos el agua y beberéis" (Deut. 2: 4-6). Así que, el mismo Dios que no podía permitir que Esaú tocara a Jacob (Gén. 33), no quiere ahora que Israel toque a Edom.

El último párrafo del capítulo 20 es muy emocionante. No lo copiaremos, pero el lector hará bien en repararlo cuidadosamente y compararlo con la escena descrita en Exodo 4: 1-17. Moisés había juzgado que la compañía de Aarón le era indispensable, pero en lo sucesivo fue como una dolorosa espina clavada en su costado; luego finalmente se ve obligado a hacer que se despoje de sus vestiduras y contemplar como era reunido a sus padres. Todo esto es muy instructivo desde ciertos puntos de vista que lo consideremos, sea por lo que toca a Moisés, sea por lo que respecta a Aarón. Y hemos tratado de ese asunto; no continuaremos pues con él, pero quiera el Señor grabar profundamente en nuestros corazones las importantes lecciones que encierra.

Capítulo 21

Este capítulo nos muestra de una manera particular la bella y conocida institución de la serpiente de metal, ese gran tipo evangélico. "Y partieron del monte de Hor, camino del mar Bermejo, para rodear la tierra de Edom; y abatióse el ánimo del pueblo por el camino. Y habló el pueblo contra Dios y Moisés: ¿Por qué nos hicisteis subir de Egipto para que muramos en este desierto? que ni hay pan, ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano" (versículos 4 y 5).

¡Ah! es siempre la misma historia triste, "las murmuraciones del desierto". Era conveniente huir de Egipto cuando los terribles juicios de Dios caían sucesiva y rápidamente sobre aquel país. Pero ahora las plagas se han dado al olvido y no se acuerdan sino de las ollas de carne: "Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? que ni hay pan, ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano". ¡Qué lenguaje! El hombre tiene en más estima sentarse junto a las ollas de carne, en un país de muerte y de tinieblas, que andar con Dios en el desierto, y comer allí el pan del cielo. Jehová había asociado su gloria a las mismas arenas del desierto, porque en él estaban sus rescatados. Había descendido previendo todas sus provocaciones, "soportando sus costumbres en el desierto". Tanta gracia hubiera debido producir en ellos un espíritu de sumisión humilde y agradecido. Pero no; la primera apariencia de prueba bastó para hacerles lanzar ese gemido: "¡Ah, ojalá hubiésemos muerto en el país de Egipto!"

Pero bien pronto debían gustar los amargos frutos de su espíritu de murmuración. "Y Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes, que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel" (versículo 6). La serpiente era la fuente de su descon-

tento; su estado después de ser mordidos por las serpientes, era el más a propósito para revelarles el verdadero carácter de su descontento. Si el pueblo de Dios no quiere andar gozoso con Dios, aprenderá a conocer el poder de la serpiente, poder terrible; ¡ay! en cualquier concepto que de él se haga experiencia.

La mordedura de la serpiente condujo a Israel a sentir su pecado; "Entonces el pueblo vino a Moisés, y dijeron: Pecado hemos por haber hablado contra Jehová y contra tí: ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes" (versículo 7). Es entonces el momento para que la gracia divina se despliegue. Cada necesidad del hombre es una ocasión para el despliegue de la gracia y de la misericordia de Dios. Desde el momento en que Israel pudo decir: "Hemos pecado", la gracia podía extenderse; Dios podía obrar y esto era suficiente. Cuando Israel murmura, tiene por respuesta la mordedura de las serpientes. En cuanto Israel confiesa sus pecados, la gracia de Dios le responde. En el primer caso, la serpiente era el instrumento de sus sufrimientos; en el otro, era el de su restablecimiento y de su bendición. "Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre la bandera; y será que cualquiera que fuere mordido y mirare a ella vivirá" (versículo 8). La imagen misma de lo que había hecho el mal venía a ser el conducto por cual la gracia divina podía correr libremente sobre los pobres pecadores heridos. ¡Admirable tipo de Cristo en la cruz!

Es un error muy frecuentemente el de considerar al Señor Jesús más bien como el que desvía la ira de Dios, no como el canal de su amor. Que El experimentó la cólera de Dios contra el pecado es una preciosa verdad; pero hay más que esto. El descendió a esta miserable tierra para morir sobre la cruz maldita, para que por su muerte abriera los manantiales eternos del amor de Dios al corazón del pobre pecador. Esto constituye, en la manifestación al pecador de la naturaleza y del carácter de Dios, una diferencia muy importante. Nada puede conducir al pecador a un estado de verdadera dicha y verdadera santidad, sino su establecimiento en la confianza y el goce del amor de Dios. El primer esfuerzo de la serpiente, al atacar al hombre

inocente, fue dirigido a hacer vacilar su confianza en la bondad y en el amor de Dios, a fin de suscitar su descontento de la situación en que El le había puesto. La caída del hombre fue el resultado *inmediato* de su duda con respecto del amor de Dios. La salud del hombre, debe, pues, resultar de su fe en ese amor, ya que el mismo Hijo de Dios ha dicho: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquél que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

Pues bien, con relación inmediata a lo que precede que nuestro Señor nos enseña que El era el Antitipo de la serpiente de metal. Como Hijo de Dios enviado del Padre, El era seguramente el don y la expresión del amor de Dios en favor de un mundo que perecía. Mas para esto debía ser levantado sobre la cruz en propiciación por el pecado, ya que el amor divino no podía responder de otro modo, según la justicia, a lo que exigía la situación del pecador perdido: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en El creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna". Toda la familia humana ha sentido la mordedura mortal de la serpiente; pero el Dios de toda gracia ha establecido un remedio en Aquel que fue levantado en el madero maldito; y ahora, por el Santo Espíritu descendido del cielo, llama a todos cuantos se sientan mordidos a mirar a Cristo para tener la vida y la paz. Es Cristo la grande institución de Dios, a fin de que, por El sea proclamada una salud completa y gratuita a los pecadores, una salud en armonía tal con todos los atributos del carácter divino, y con todos los derechos del trono de Dios, que Satanás no pueda suscitar una sola cuestión a este respecto. La resurrección es la vindicación divina de la obra de la cruz, la gloria de Aquel que murió en ella; de suerte que el creyente puede disfrutar del más completo descanso en cuanto al pecado. Dios tiene todo su contentamiento en Jesús; y como considera a todos los creyentes en El, también tiene su contentamiento en ellos.

Pues bien; la fe es el instrumento por el cual el pecador

alcanza la salud de Cristo. El israelita mordido debía sencillamente *mirar para vivir*; mirar, y no a sí mismo, ni tampoco a sus heridas, ni a los que le rodeaban, sino directa y *exclusivamente* al remedio de Dios. Si rehusaba o descuidaba mirarlo, no le quedaba más remedio que morir. Debía fijar atentamente su mirada en el remedio de Dios, levantado de tal suerte que todos pudiesen verlo. Ninguna ventaja había mirando a otros sitios, ya que la orden era: "*Cualquiera* que fuere mordido y mirare a ella, vivirá". El israelita mordido no tenía nada absolutamente más que la serpiente de metal, ya que éste era el único remedio prescrito por Dios.

Así ocurre también ahora. El pecador es llamado simplemente a mirar a Jesús. No se le dice que mire a las ordenanzas, a las iglesias, a los hombres o a los ángeles; no hay socorro en tales cosas. El pecador es llamado a contemplar exclusivamente a Cristo, la muerte y resurrección del cual constituyen el fundamento eterno de toda paz y esperanza. Dios certifica que "el que cree en El no perecerá, sino que *tiene* la vida eterna". Esto debiera satisfacer plenamente a todo corazón intranquilo y a toda conciencia agobiada, Dios está satisfecho; nosotros debemos estarlo también. Suscitar dudas, es negar la Palabra de Dios. Desde el momento en que el pecador puede lanzar una mirada de fe en Jesús, sus pecados desaparecen. La sangre de Jesús se derrama sobre su conciencia, limpia toda mancha, borra toda contaminación, toda arruga o toda otra miseria; todo esto lo hace a la luz de la santidad de Dios, que no puede tolerar ningún pecado.

Notemos, finalmente, que una intensa individualidad caracterizaba la mirada dirigida a la serpiente por el israelita mordido. Cada cual debía mirar por sí mismo. Nadie podía ser salvado por procura de otro. La vida estaba en una mirada; en un lazo personal, un contacto directo e individual con el remedio divino.

Así sucede aún hoy. Debemos relacionarnos con Jesús por nosotros mismos. La Iglesia no puede salvarnos, ninguna orden de sacerdotes o de ministros no pueden salvarnos. Se requiere el lazo personal con el Salvador; sin esto no hay vida. "Y fue,

que cuando alguna serpiente mordía a *alguno*, miraba a la serpiente de metal y vivía". Tal era la orden de Dios entonces; tal es aún su ordenanza en nuestros días, pues: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado". Recordemos esas dos pequeñas palabras "como" y "así"; son aplicables a cada detalle del tipo y del antitipo. La fe es una cosa individual; el arrepentimiento es una cosa individual; la salvación es una cosa individual. Es verdad que en el cristianismo hay unión y comunión; pero debemos relacionarnos con Cristo nosotros mismos, y debemos andar con Dios por nosotros mismos. No podemos tener la vida ni vivir por la fe de otro. Debemos insistir en ello: en cada fase de la vida y de la carrera práctica del cristiano hay un intenso individualismo.

Dios ayude al lector a meditar sobre este tipo por sí mismo; y a hacer aplicación personal de la verdad contenida en una de las figuras más sorprendentes del Antiguo Testamento, a fin de ser conducido a contemplar la cruz con una fe más profunda y viva y penetrarse del precioso misterio que en ella se nos presenta.

Terminaremos nuestras observaciones sobre este capítulo llamando la atención del lector a los versículos 16 a 18. "Y de allí vinieron a Beer: éste es el pozo del cual Jehová dijo a Moisés: Junta al pueblo, y les daré agua. Entonces cantó Israel esta canción: Sube, oh pozo; a él cantad. Pozo, el cual cavaron los señores; caváronlo los príncipes del pueblo, y el legislador con sus bordones".

Este pasaje, presentado en momentos como aquellos y relacionado con lo que le precede, es muy notable. Los murmullos no se oyen ya, el pueblo va aproximándose a las fronteras de la tierra prometida—los efectos de la mordedura de la serpiente se han desvanecido, y ahora, sin vara alguna, sin haber herido cosa alguna, el pueblo está proveído de refrigerio. Aunque los amoritas, los moabitas y los ammonitas estén alrededor de ellos, aunque el poder de Sehón les cierra el camino, Dios puede abrir un pozo para su pueblo y darle un cántico de triunfo a pesar de todo. ¡Oh; qué otro Dios como nuestro Dios! ¡Cuán

bendito es meditar sobre sus actos y sus caminos para con su pueblo en todas las escenas del desierto! ¡Que podamos aprender a confiar en El más implícitamente de día en día en una sumisión santa y dichosa! ¡Esa es la verdadera senda de la paz y de la bendición!

Capítulos 22 A 24

Estos tres capítulos forman una porción bien distinta de nuestro libro, porción verdaderamente maravillosa, abundante en instrucciones ricas y variadas. Empieza presentándonos al profeta codicioso, y luego sus profecías sublimes. Hay algo de terrible en la historia de Balaam. Evidentemente amaba el dinero, amor frecuente, ¡ay! también en nuestros días. El oro y la plata de Balac fueron para este miserable un cebo demasiado atrayente para resistirlo. Satanás conocía bien a su hombre, y el precio a que podía comprársele.

Si el corazón de Balaam hubiese estado en regla con Dios, pronto hubiese terminado con los emisarios de Balac; no hubiera tenido un momento de titubeo antes de mandarle su respuesta. Pero el corazón de Balaam estaba en mal estado; le vemos ya desde un principio en la triste situación de un hombre agitado por sentimientos opuestos. Su corazón quería ir, porque codiciaba la plata y el oro; pero al mismo tiempo había una mención de Dios, una apariencia de piedad que le servía a manera de capa con que cubría su codicia. Iba tras del dinero, pero deseaba atraparlo de una manera religiosa. ¡Qué hombre más miserable! Su nombre figura en las páginas inspiradas como la expresión de una fase horrible y tétrica en la historia de la decadencia del hombre. “¡Ay de ellos”, dice Judas el apóstol, “porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron en el *error de Balaam por recompensa*, y perecieron en la contradicción de Coré”. Pedro también presenta a Balaam como una figura saliente en uno de los cuadros más siniestros de la humanidad caída. Habla de los que “tienen los ojos llenos de adulterio, y no saben cesar de pecar, cebando las almas inconstantes, teniendo el corazón ejercitado en codicias,

siendo hijos de maldición; que han dejado el camino derecho, y se han extraviado, siguiendo el camino de Balaam, hijo de Bosor, el cual amó el premio de la maldad; y fue reprendido por su iniquidad: una muda bestia de carga hablando en voz de hombre, refrenó la locura del profeta” (2 Pedro 2: 14-16).

Esos pasajes son solamente terminantes en cuanto al verdadero carácter y al verdadero espíritu de Balaam. Su corazón estaba apegado al dinero, “amaba el salario de iniquidad”, y su historia ha sido escrita por la pluma del Espíritu Santo, como grave advertencia a todos los que profesan ser cristianos, para que se guarden de la avaricia, que es también idolatría. Que el lector medite sobre el cuadro expuesto en Números, capítulo 22. Que estudie las dos figuras principales de él: un rey astuto, un profeta codicioso y voluntarioso. Sin duda como resultado de este estudio reconocerá el mal que haya en la codicia y el gran peligro moral de dirigir las afecciones hacia las riquezas de este mundo; y también la inmensa dicha del fiel que conserva el temor de Dios ante sus ojos.

Examinemos ahora las maravillosas profecías que pronunció Balaam, en presencia de Balac, rey de los moabitas.

Es sumamente interesante asistir a la escena que se desarrolla en los altos de Baal, atender al gran tema puesto en estudio, oír a los que hablan, y ser admitido a presenciar una escena tan importante. Cuán lejos estaba Israel de sospechar lo que pasaba entre Jehová y el enemigo. Quizá murmuraban en sus tiendas en aquellos mismos momentos en los que Dios proclamaba su perfección por boca del profeta concupiscente. Balac hubiese querido hacer maldecir a Israel; pero, Dios sea bendito, El no permite que nadie maldiga a su pueblo. Podrá El mismo tener que entender con ellos, en secreto, tocante a muchas cosas; pero no consiente que otro hable contra ellos. Podrá tener que censurarles, pero no permite a otro que lo haga.

Ese es un punto de grande interés. La gran cuestión no consiste tanto en saber lo que el enemigo pueda pensar del pueblo de Dios, ni lo que este pueblo pueda pensar de sí mismo, o lo que puedan pensar unos de otros: la verdadera e importante cuestión es ésta: ¿Qué es lo que Dios piensa de

su pueblo? El sabe exactamente todo lo que es, todo lo que ha hecho, y todo lo que le atañe. Todo está enteramente al descubierto a su mirada penetrante. Los más íntimos secretos del corazón, de la naturaleza, de la vida, todo le es conocido. Ni los ángeles, ni los hombres, ni los demonios no conocen como Dios nos conoce. El nos conoce perfectamente; así pues, es con El con quien tenemos que hacer, y podemos decir según el lenguaje triunfal del apóstol: "Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros?" Dios nos ve, piensa en nosotros, habla de nosotros, obra en relación con nosotros, según lo que El ha obrado en nosotros, según la perfección de su obra. Los espectadores pueden ver muchas faltas; pero por lo que respecta a *nuestra posición* en virtud de la fe: nuestro Dios no nos ve sino en la belleza de Cristo; somos "perfectos en El". Cuando Dios mira a su pueblo ve en él su propia obra; y sienta bien a la gloria de su nombre sagrado y al loor de su salud que no pueda descubrirse una sola mancha en aquellos que son suyos, en aquellos que ha hecho suyos en su gracia soberana. Su carácter, su nombre, su gloria y la perfección de su obra, todo ello se manifiesta en la posición de aquellos que El ha llevado a sí.

He aquí por qué en cuanto el enemigo o el acusador entra en escena, Jehová mismo se adelanta para recibir la acusación y responder a ella; y su respuesta la runda siempre, no en lo que su pueblo es en sí mismo, sino según lo que Dios ha hecho que sea, según la perfección de su propia obra. Su gloria va unida a ellos, y al defenderlos, no hace más que sostenerla. Por esto se coloca entre ellos y sus acusadores. Su gloria exige que ellos sean considerados en toda la belleza de la cual El les ha revestido. Si el enemigo acude para maldecir y acusar, Jehová contesta dando libre curso a la eterna satisfacción que siente por los que El se ha escogido, y a los que ha vuelto capaces de habitar en su presencia para siempre.

Todo esto está demostrado de una manera notable en capítulo 3 del profeta Zacarías. Allí también el enemigo se adelanta para oponerse al representante del pueblo de Dios. ¿Y cómo le

responde Dios? Pues simplemente purificando, revistiendo y coronando al que Satanás hubiese querido maldecir y acusar; el resultado es que este último queda reducido al silencio para siempre. Las vestimentas viles son quitadas, y el que era un tizón arrebatado del fuego, se convierte en un sacerdote armado con la mitra; el que sólo era digno de las llamas del infierno es ahora digno de ir y venir por los atrios de la casa de Jehová.

Al leer los Cantares vemos lo mismo. El Esposo contemplando a la esposa le dice: "*Toda tú eres hermosa, compañera mía, y en ti no hay mancha*" (capítulo 4: 7). Hablando de sí misma, ella no puede menos que exclamar: "*Morena soy*" (capítulo 1: 5-6). Igualmente en Juan 13, el Señor Jesús mira a sus discípulos y les dice: "Vosotros limpios estáis", aunque algunas horas después, uno de ellos había de renegar de El y jurar que no le conocía; tan grande es la diferencia entre lo que somos por nosotros mismos y lo que somos en Cristo, entre nuestra posición verdadera y nuestro estado posible.

Esta gloriosa verdad de la perfección en nuestra posición, ¿debe hacernos descuidados en nuestra vida práctica? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! El conocimiento mismo de nuestra posición, absolutamente establecida y perfecta en Cristo, es el propio instrumento del que se sirve el Espíritu Santo para excitarnos a que tendamos a la perfección práctica. Oid si no, esas poderosas palabras del apóstol inspirado: "Si habéis, pues, resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria. Amortiguad, pues, vuestros miembros, etc." (Col. 3: 1-5). No debemos nunca medir nuestra posición por nuestro estado, sino, al contrario; juzgar siempre nuestro estado con miras a nuestra posición. Rebajar la posición a causa del estado, es dar el golpe de muerte a todo progreso en el cristianismo práctico.

La verdad precedente se ve claramente demostrada en las

cuatro parábolas de Balaam. No hubiéramos tenido jamás esa gloriosa presentación de Israel, según "la visión del Todopoderoso", de "la cumbre de las peñas", por el "varón de ojos abiertos", si Balac no hubiese procurado maldecirlos. Jehová, bendito sea su nombre, puede abrir prontamente los ojos de un hombre sobre el verdadero estado de las cosas que se relacionan con la posición de su pueblo, y tocante al juicio que sobre él tiene. El reivindica el privilegio de exponer sus pensamientos respecto a ellos. Balac y Balaam, con "todos los príncipes de Moab", pueden juntarse para oír maldecir y retar a Israel; pueden levantar "siete altares" y "ofrecer un toro y un carnero en cada altar", la plata y el oro de Balac pueden brillar ante las ávidas miradas del falso profeta; pero todos los esfuerzos reunidos de la tierra y del infierno, de los hombres y de los demonios, no logran evocar el menor aliento de maldición o de acusación contra el Israel de Dios. El enemigo hubiera tan inútilmente procurado descubrir un defecto en la bella creación que Dios había declarado "muy buena", como lanzar una acusación contra los rescatados de Jehová. ¡Oh! no; ellos brillan con toda la belleza de que El les ha revestido, y para verlo de tal modo, no tenemos más que subir "la cumbre de las peñas", luego tener "los ojos abiertos" y mirarlos según el punto de vista de Dios, esto es; en "la visión del Todopoderoso".

Dada así una ojeada general sobre el contenido de estos notables capítulos, vamos a recorrer rápidamente cada uno de los cuatro discursos por separado. En cada uno de ellos encontramos un punto principal, un rasgo distintivo en el carácter y en la condición de este pueblo visto en "la visión del Todopoderoso".

En la primera de las notables parábolas de Balaam, se ve la separación marcada del pueblo de Dios de entre todas las demás naciones: "¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo? ¿Y por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado? Porque de la cumbre de las peñas lo veré, y desde los collados lo miraré: he aquí un pueblo que habitará confiado, y no será contado entre las gentes. ¿Quién contará el polvo de Jacob, o

el número de la cuarta parte de Israel? Muera mi persona de la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya"* (capítulo 23: 8-10).

Aquí tenemos a Israel escogido y separado para ser un pueblo aparte y particular, un pueblo que, según el pensamiento de Dios respecto al mismo, no debía jamás, en tiempo alguno, o por una razón cualquiera mezclarse con las naciones o ser contado entre ellas. "El pueblo habitará solo"; esto es claro y enfático. Es cierto en cuanto a la simiente literal de Abraham: y a todos los creyentes del día de hoy. De este principio se desprenden inmensos resultados prácticos. El pueblo de Dios debe estar aparte para Dios; no porque sea mejor que los otros, sino en virtud de lo que Dios es, y de lo que El quisiera que fuese su pueblo. No nos extendemos más en este tema, que el lector hará bien en estudiar a la luz de la palabra divina: "*Ese pueblo habitará confiado [o solo], y no será contado entre las gentes [o naciones]*" (capítulo 23: 8, 9).

Mas si place a Jehová, en su gracia soberana, unirse a un pueblo; si le llama a ser un pueblo aparte, a vivir "solo" en el mundo, y a brillar por El en medio de los que "viven aún en tinieblas y sombra de muerte", es necesario que ese pueblo esté en el estado que a El convenga. El debe hacerlo tal como quiera tenerlo, a fin de que sea en alabanza de su grande y glorioso nombre. Por esto, en su segundo discurso, el profeta expone no solamente el estado negativo, sino también el estado positivo del pueblo: "Entonces él tomó su parábola y dijo: Balac, levántate y oye: escucha mis palabras, hijo de Zippor: Dios no es hombre, para que mienta; ni hijo de hombre para que se arrepienta: él dijo: ¿y no hará? habló: ¿y no lo ejecutará?

* ¡Pobre Balaam! ¡Hombre miserable! Deseaba morir de la muerte de los hombres rectos. Muchos hay que desean lo mismo; pero olvidan que para "morir de la muerte de los rectos", se necesita poseer y demostrar la vida de los hombres rectos. Muchos quisieran estar en posesión de la plata y del oro de Balac, sin dejar por eso de estar inscritos en el registro del Israel de Dios. ¡Vano pensamiento, fatal ilusión! "No podemos servir a Dios y a Mammón".

He aquí, yo he tomado bendición; y *El bendijo*, y no *podré* revocarla. No ha notado iniquidad en Jacob ni ha visto perversidad en Israel: Jehová su Dios es con él, y júbilo de rey en él. Dios los ha sacado de Egipto; [Israel] tiene fuerzas como de unicornio. Porque en Jacob no hay agüero, ni adivinación en Israel: como ahora, será dicho de Jacob y de Israel: ¡Lo que ha hecho Dios! (No lo que ha hecho Israel.) He aquí el pueblo, que como león se levantará, y como león se erguirá: no se echará hasta que coma la presa, y beba la sangre de los muertos" (capítulo 23: 18-24).

Henos aquí en un terreno verdaderamente elevado, y tan sólido como elevado. Es en verdad la "cumbre de las peñas", el aire puro y la vasta extensión de las colinas, donde el pueblo de Dios puede ser visto con "la visión del Todopoderoso", visto como El le ve, sin mancha, sin arruga, ni cosa semejante, estando todas sus deformidades ocultas a la vista, revestido como está de la belleza de Dios. En esa sublime parábola, la bendición y la seguridad de Israel dependen, no de ellos mismos, sino de la veracidad y fidelidad de Jehová. "Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta". Esto coloca a Israel sobre un terreno firme. Dios ha de obrar conforme a su naturaleza. ¿Existe poder alguno que pueda impedirle cumplir su palabra y su juramento? De seguro que no. "El bendijo, y no podré revocarlo". Dios quiere, y Satán no puede revocar la bendición.

De este modo todo ha terminado. "Todo está resuelto y asegurado". En su primera parábola, el caso era: "Dios no ha maldecido". En ésta es: "El bendijo". Hay un progreso evidente. En tanto Balac lleva al profeta concupiscente de sitio en sitio, Jehová toma ocasión de ello para descubrir nuevos rasgos de la belleza en su pueblo, y nuevos puntos de seguridad en su posición. Y de este modo, no muestra tan sólo que es un pueblo separado, viviendo aparte, sino un pueblo justificado, teniendo a Jehová su Dios en su compañía y oyendo un canto de triunfo real en medio de él. "No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel". El enemigo puede decir que, con todo, se encuentra en él iniquidad y perversidad.

Sí, pero ¿quién hará que Jehová las note, si a El plugo cubrirlas como con espesa nube por amor de su nombre? Si El las ha echado tras sus espaldas ¿quién podrá traerlas a su presencia? "Si es Dios el que justifica, ¿quién será el que condene?" Dios ve a su pueblo tan completamente librado de todo cuanto pudiera condenarle, que puede establecer su morada entre ellos y les hacen oír su voz.

Podemos, pues, exclamar con razón: "¡Qué ha hecho Dios!" y no ¡Qué ha hecho Israel!" Balac y Balaam hubiesen encontrado motivos bastantes de maldición si se hubiese tratado de la conducta de Israel. Loado sea el Eterno, es sobre lo que El ha hecho que subsiste su pueblo; este fundamento sobre el cual descansa es tan inmovible como el trono de Dios. "Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros?" Si Dios se mantiene entre nosotros y nuestros enemigos ¿qué hemos de temer? Si toma a su cargo responder a todo acusador, en tal caso nuestra parte debe ser con toda seguridad una perfecta paz.

No obstante, el rey de Moab esperaba y trataba aún de alcanzar su objeto; Balaam hacía otro tanto, sin duda, ya que se habían aliado contra el Israel de Dios, como la Bestia y el Falso Profeta deben levantarse y jugar tan terrible papel en el porvenir de Israel.

"Y como vio Balaam que parecía bien a Jehová que él bendijese a Israel, no fue, como la primera y segunda vez, a encuentro de agüeros (¡qué terrible descubrimiento ese!), sino que puso su rostro hacia el desierto; y alzando sus ojos, vio a Israel alojado por sus tribus; y el espíritu de Dios vino sobre él. Entonces tomó su parábola, y dijo: Dijo Balaam, hijo de Beor, y dijo el varón de ojos abiertos: Dijo el que oyó los dichos de Dios, el que vio la visión del Omnipotente; caído, mas abiertos los ojos ¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, y tus habitaciones, oh Israel! Como arroyos están extendidas, como huertos junto al río, como lináloes plantados por Jehová, como cedros junto a las aguas. De sus manos destilarán aguas, y su simiente será en muchas aguas: y ensalzarse ha su rey más que Agag, y su reino será ensalzado. Dios lo sacó de

Egipto; tiene fuerzas como de unicornio; *comerá a las gentes sus enemigos* (terrible advertencia para Balac); y desmenuzará sus huesos, y asaeteará con sus saetas. Se encorvará para echarse como león, y como leona ¿quién lo despertará? Benditos los que te bendijeren, y malditos los que te maldijeren" (24: 1-9).

"Más arriba, siempre más arriba", tal parece ser la divisa. Bien pudiéramos exclamar "¡Excelsior!" a medida que vamos elevándonos hacia la "cumbre de las penas" y oyendo las brillantes palabras que el falso profeta se veía obligado a pronunciar. Todo iba de bien en mejor para Israel, de mal en peor para Balac. El debió estar presente, y fué necesario no sólo escuchar la bendición de Israel sino la maldición de sí mismo por haber procurado la maldición de Israel.

¡Qué rica gracia brilla en esta tercer parábola! "¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, y tus habitaciones, oh Israel!" Si alguien hubiera descendido para examinar esas tiendas y esas habitaciones según "la visión" del hombre, pudieran haberle parecido "negras como las tiendas de Kedar". Pero vistas con la "visión del Omnipotente", eran "hermosas", y el que no las viese así, tenía necesidad de tener "los ojos abiertos". Si miro a los hijos de Dios desde la "cumbre de las peñas" les veré tal como Dios les ve, esto es, revestidos de la belleza de Cristo, perfectos en El, aceptados en el Bien amado. Esto es lo que me permitirá andar con ellos, tener comunión con ellos, pasar por alto sus manchas, sus defectos, sus caídas y sus flaquezas.* Si no les contemplo de ese elevado sitio, desde ese terreno divino, ciertamente mis ojos descubrirán algún defecto, alguna miseria que perturbarán completamente mi comunión o que apartarán el amor.

Por lo que toca a Israel, veremos en el capítulo siguiente en qué terrible mal cayó. ¿Cambió esto el juicio de Jehová? De seguro que no. "No es hijo de hombre para que se arrepienta". El les juzgaba y les castigaba por sus pecados, porque El es

* Esta afirmación no toca en modo alguno a la cuestión de disciplina en la casa de Dios. Estamos obligados a juzgar el mal moral y los errores de doctrina (1 Cor. 5: 12, 13).

santo, y no puede tolerar jamás en su pueblo cualquier cosa contraria a su naturaleza. Conocía todo lo que se relacionaba con ellos; sabía lo que eran y lo que harían; y no obstante había dicho: "No he notado iniquidad en Jacob, ni he visto perversidad en Israel". "¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, y tus habitaciones, oh Israel!" ¿Era esto hacer poco caso de sus pecados? Sólo el pensarlo sería una blasfemia. Podía castigarlos por sus pecados, pero en cuanto se presenta un enemigo para maldecirles o para acusarles, se pone por delante y dice: "No veo iniquidad. . . ¡Cuán hermosas son sus tiendas!"

Lector; ¿crees que tal manera de considerar la gracia puede conducir al desprecio de la ley moral? ¡Lejos de nosotros tal idea! Podemos estar seguros de que jamás estaremos más alejados de ella que cuando respiremos los aires puros y santos de "las cumbres de las peñas", ese terreno elevado desde lo alto del cual el pueblo de Dios es considerado no según lo que él es en sí mismo, sino según lo que él es en Cristo; no según los pensamientos del hombre, sino según los de Dios. Además, la única manera verdadera y eficaz de elevar el nivel de la conducta moral consiste en afirmarse en la creencia en esta verdad tan preciosa y tranquilizadora de que Dios nos ve perfectos en Cristo.

No solamente las habitaciones de Israel son bellas a los ojos de Jehová, sino que el pueblo mismo se nos presenta como aprovechando las antiguas fuentes de la gracia y del ministerio viviente que están en Dios. "Como arroyos están extendidas, como huertos junto al río, como lináloes plantados por Jehová, como cedros junto a las aguas". ¡Cuán exquisito y bello! ¡Y pensar que somos deudores de esas sublimes revelaciones a la impía asociación de Balac y Balaam!

Pero aún hay más. No solamente se ve a Israel bebiendo en las fuentes eternas de gracia y de salud; sino que, como ha de suceder siempre, se le ve convertido en canal conductor de bendición a otros. "De sus manos destilarán aguas". Este es el designio decretado por Dios que las doce tribus de Israel sean aún un rico centro de bendición para todos los confines de la

tierra. Esto es lo que nos enseña en Ezequiel 47 y en Zacarías 14, capítulos que desarrollan la belleza maravillosa de estas admirables parábolas. El lector puede meditar con gran provecho espiritual sobre aquellos pasajes y otros análogos; pero guárdese cuidadosamente del fatal sistema, que aplica principalmente a la Iglesia todas bendiciones especiales de la casa de Israel, para no dejar a ésta más que las maldiciones de una ley quebrantada. Podemos estar seguros de que Dios no sancionará un sistema como éste. Israel es bien amado a causa de los padres; y "sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios" (Rom. 11: 29).

Terminaremos este capítulo con el examen rápido de la última parábola de Balaam. Habiendo oído Balac el brillante testimonio en cuanto al porvenir de Israel, y a la destrucción de todos sus enemigos, se exasperó en extremo. "Entonces se encendió la ira de Balac contra Balaam, y batiendo sus palmas le dijo: Para maldecir a mis enemigos te he llamado, y he aquí, los has resueltamente bendecido ya tres veces. Húyete por tanto ahora a tu lugar: yo dije que te *honraría*, mas he aquí que Jehová te ha privado de honra. Y Balaam le respondió: ¿No lo declaré yo también a tus mensajeros, que me enviaste, diciendo: Si Balac me diese su casa llena de plata y oro (lo mismo que su pobre corazón buscaba con ahinco) yo *no podré* traspasar el dicho de Jehová, para hacer cosa buena ni mala de mi arbitrio, mas lo que Jehová hablare eso diré yo? He aquí yo me voy ahora a mi pueblo: por tanto, ven, te indicaré lo que *este pueblo* ha de hacer a *tu pueblo* en los postrimeros días (esto era tocar el fondo de la cuestión). Y tomó su parábola y dijo: Dijo Balaam, hijo de Beor: dijo el varón de ojos abiertos: Dijo el que oyó los dichos de Jehová, y el que sabe la ciencia del Altísimo; el que vio la visión del Omnipotente; caído, mas abiertos los ojos. Verélo, mas no ahora: lo mirará, mas no de cerca (terrible hecho para Balaam): saldrá *Estrella* de Jacob, y levantaráse cetro de Israel, y herirá los cantones de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set" (versículos 10-17).

Esto completa perfectamente el tema de todas estas parábolas. La piedra clave se ve colocada aquí terminando este magnífico

edificio. Es en verdad la gracia y la gloria. En la primera parábola nos describe la perfecta separación del pueblo; en la segunda, su perfecta justificación; en la tercera, su belleza y exuberancia morales; y, en fin, en la cuarta, llegamos a la misma cumbre de los collados, sobre la más alta cima de las peñas, y contemplamos vastas llanuras de gloria, desplegándose a lo lejos en un dilatado porvenir sin orillas. Distinguimos al León de la tribu de Judá acostándose, le oímos rugir, apoderándose de todos sus enemigos y anonadándolos. La estrella de Jacob se levanta para no ponerse ya más. El verdadero David asciende al trono de su padre. Israel domina sobre la tierra, y todos sus enemigos son cubiertos de vergüenza y de eterno desprecio.

Es imposible concebir nada más magnífico que esas parábolas, y son tanto más notables cuanto son pronunciadas al final del curso de Israel por el desierto, durante el cual habían dado numerosas pruebas de lo que eran, de qué materia estaban hechos y de cuáles eran sus facultades y sus inclinaciones. Pero Dios está por encima de todo, y nada puede cambiar su afición. A los que ama, los ama hasta el fin; y es por esto que la alianza entre los que son tipos de la Bestia y el falso profeta está llamado a fracasar; Israel, siendo bendecido por Dios, no podía ser maldecido por nadie. "Entonces se levantó Balaam, y se fue, y volvióse a su lugar; y también Balac se fue por su camino".

Capítulo 25

Aquí se abre ante nosotros una nueva escena. Hemos estado sobre la cumbre de Pisga, oyendo el testimonio de Dios sobre Israel; todo allí brillante, bello, sin nube y sin mancha. Ahora nos hallamos en los llanos de Moab, y todo ha cambiado. Allí estábamos en relación con Dios y sus pensamientos; aquí hemos de tratar con el pueblo y sus caminos. ¡Qué contraste! Esto nos recuerda el principio y el fin del capítulo 12 de la 2a carta a los Corintios. En los primeros versículos tenemos la posición absoluta del cristiano; en los últimos, el estado posible en el que puede caer si no es vigilante. Los unos nos muestran al "hombre en Cristo" capaz de ser arrebatado al paraíso en cualquier momento; los otros nos muestran a los santos de Dios capaces de arrojarse a toda suerte de pecados y de locuras.

Igual sucede con Israel visto desde la "cumbre de las peñas" en "la visión del Todopoderoso", luego Israel visto en los llanos de Moab. En el primero de estos casos tenemos su posición perfecta, y en el otro, su estado imperfecto. Las parábolas de Balaam nos da la estimación de Dios sobre el primero; la jabalina de Finées, su juicio sobre el segundo. Dios no revocará jamás su decreto sobre la posición en que ha colocado a su pueblo; no obstante, El ha de juzgarlo y castigarlo cuando su conducta no va de acuerdo con aquella posición. Pero aquí, ¡ay! la carne produce sus frutos. Se permite a la naturaleza obrar de varias maneras; entonces Dios se ve obligado a tomar la vara de la disciplina, para detener el mal que nosotros hemos dejado que obrara.

Balaam, después de haber fracasado en su tentativa de maldecir a Israel, logró con sus astucias hacerle caer en pecado, esperando de este modo lograr su objeto. "Y allegóse el pueblo

a Baal-Peor; y el furor de Jehová se encendió contra Israel. Y Jehová dijo a Moisés: Toma todos los príncipes del pueblo, y ahórcalos a Jehová delante del sol; y la ira del furor de Jehová se apartará de Israel" (versículos 3 y 4). Sigue luego la notable relación del celo y fileidad de Finées: "Entonces Jehová habló a Moisés, diciendo: Finées, hijo de Eleazar, hijo de Aarón el sacerdote, ha hecho tornar mi furor de los hijos de Israel, llevado de mi celo entre ellos; por lo cual yo no he consumido en mi celo a los hijos de Israel. Por tanto, díles: he aquí yo establezco mi pacto de paz con él; y tendrá él y su simiente después de él, el pacto del sacerdocio perpetuo: por cuanto tuvo celo por su Dios, e hizo expiación por los hijos de Israel" (versículos 10-13).

La gloria de Dios y el bien de Israel eran los motivos que movieron la conducta del fiel Finées. Era un instante crítico. Sentía que era necesario obrar de la manera más decidida. No era el momento de demostrar una falsa indulgencia. En la historia del pueblo de Dios hay tiempos en los que la indulgencia hacia el hombre se convierte en deslealtad a Dios; así que el discernimiento es de la mayor importancia en casos tales. La acción pronta de Finées salvó a toda la congregación. glorificó a Dios en medio de su pueblo y desbarató completamente los planes del enemigo. Balaam fue muerto entre los Madianitas; Finées llega a ser poseedor de un sacerdocio eterno.

Tal es la instrucción contenida en esta corta división de nuestro libro. Que el Espíritu de Dios nos dé una percepción tan clara y constante de la perfección de nuestra posición en Cristo, que nuestra conducta esté más en consonancia con ella.

Capítulo 26

Aquí tenemos la segunda enumeración de los hijos de Israel, cuando están a punto de entrar en la tierra prometida. ¡Cuán triste es considerar que de los seiscientos mil hombres de guerra que fueron enumerados al principio, solamente dos habían sobrevivido, Josué y Caleb! Los cuerpos de todos los demás "cayeron en el desierto". Dos hombres de fe sencilla quedaron para recibir la recompensa.

¡Cuán solemne y lleno de instrucción es todo ello! La incredulidad impidió a la primera generación de entrar en el país de Canaán, y la hizo morir en el desierto. Este es el hecho sobre el cual el Espíritu Santo funda una de las exhortaciones y advertencias más apremiantes que puedan encontrarse en todo el Libro inspirado. ¡Escuchémosle! "Por lo cual . . . mirad, hermanos, que en ninguno de vosotros haya corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice 'Hoy', porque ninguno de vosotros se endurezca con engaño de pecado. Porque participantes de Cristo somos hechos, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza; entretanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. Porque algunos de los que habían salido de Egipto con Moisés, habiendo oído, provocaron; aunque no todos. Mas ¿con cuáles estuvo enojado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que no obedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de su incredulidad. Tenemos, pues, que quedando aún la promesa de entrar en su reposo, parezca alguno de vosotros haberse apartado. Porque también a nosotros se nos ha evange-

lizado como a ellos; mas no les aprovechó el oír la palabra a los que oyeron sin mezclar fe (Heb. 3: 12-19; 4: 1 y 2).

Aquí está el gran secreto práctico: la Palabra de Dios mezclada con la fe. ¡Preciosa mezcla! ¡Cosa única que puede ser de provecho a cada uno! Podemos oír mucho, hablar mucho, profesar mucho; pero es lo cierto que la medida del verdadero poder espiritual, poder para allanar las dificultades, poder para vencer al mundo, poder para adelantar, poder para apropiarnos lo que Dios nos concede, la medida de este poder es simplemente la de la mezcla de la palabra de Dios con la fe. Esa palabra está establecida para siempre en los cielos; y si ella está fijada en nuestros corazones por la fe, hay un lazo divino que nos une al cielo y a cuanto con él se relaciona; luego, en la proporción en que nuestros corazones estén así unidos al cielo y a Cristo que está allí, estaremos prácticamente separados del presente siglo, librados de su influencia. La fe toma posesión de todo lo que Dios ha dado. Ella penetra adentro del velo; ella se sostiene como viendo al invisible; se ocupa de lo que es invisible y eterno, no de lo visible y temporal. El hombre piensa que los bienes de la tierra son seguros; la fe no conoce nada seguro sino Dios y su Palabra. La fe toma la palabra de Dios y la oculta en lo íntimo del corazón, y la conserva como un tesoro escondido, la única cosa que merece ser llamado un tesoro. El feliz poseedor de ese tesoro se vuelve enteramente independiente del mundo. Puede ser pobre en cuanto a las riquezas de este mundo perecedero; pero si es rico en fe, posee indecibles riquezas, "los bienes permanentes y la justicia", "las riquezas insondables de Cristo". Si quieres creer lo que Dios dice, y creerlo porque El lo dice, —esto es la fe—, posees entonces realmente un tesoro que hace a su poseedor completamente independiente de la tierra, en la cual los hombres no andan más que por la vista. Hablan de "lo positivo" y lo "real", en otras palabras de lo que pueden ver y palpar. La fe no conoce de positivo y real, sino sólo la Palabra del Dios vivo.

Pues bien; fue la ausencia de esa fe bendita que detuvo a Israel fuera de Canaán, y fue la causa de que seiscientos mil hombres cayeran en el desierto. Es también la ausencia de esa fe

que tiene a millares de hijos de Dios en la esclavitud y en las tinieblas, cuando debieran andar en la luz y la libertad; que les tiene en el abatimiento y en la tristeza, cuando debieran andar en el gozo y el vigor de la plena salud de Dios; que les tiene en el temor del juicio, cuando debieran andar en la esperanza de la gloria; que les tiene en la duda de si escaparán de la espada del exterminador de Egipto, cuando debieran alimentarse con el trigo de la tierra de Canaán.

Que el Señor derrame su luz y su verdad, a fin de conducir a sus hijos al goce de la plenitud de su parte en Cristo, para que tomen su verdadera posición, rindiendo al mismo tiempo fiel testimonio mientras aguardan su gloriosa venida.

Capítulo 27

La conducta de las hijas de Salphaad, según se nos cuenta al principio de este capítulo, ofrece un bello contraste con la incredulidad de que acabamos de hablar. No pertenecen, ciertamente, a la generación de aquellos que están siempre prontos a abandonar el terreno divino y a renunciar a los privilegios concedidos por la gracia divina. Estaban decididas, por la gracia, a sentar el pie de la fe sobre el terreno más elevado; y con decisión santa y firme a tomar posesión de lo que Dios les había dado.

“Y las hijas de Salphaad, hijo de Hopher, hijo de Galaad, hijo de Machir, hijo de Manasés, de las familias de Manasés, hijo de José, los nombres de las cuales eran Maala, y Noa, y Hogla, y Milca, y Tirsá, llegaron, y presentáronse delante de Moisés, y delante del sacerdote Eleazar, y delante de los príncipes, y de toda la congregación, a la puerta del tabernáculo del testimonio, y dijeron: Nuestro padre murió en el desierto, el cual no estuvo en la junta que se reunió contra Jehová en la compañía de Coré, sino que en su pecado murió, y no tuvo hijos. ¿Por qué será quitado el nombre de nuestro padre de entre su familia, por no haber tenido hijo? Danos heredad entre los hermanos de nuestro padre” (versículos 1-4).

Este pasaje es extraordinariamente bello. Alivia el corazón leer palabras tales en tiempos como los actuales en los que tan poco caso se hace de la posición y de la heredad del pueblo de Dios, y cuando tantos se contentan con vivir día tras día y año tras año sin ni aun preocuparse de buscar las cosas que les son ofrecidas gratuitamente por Dios. Es triste ver el descuido y la completa indiferencia con que muchos cristianos profesantes tratan las cuestiones tan importantes como son, la

posición, la conducta y la esperanza del creyente y de la Iglesia de Dios. Es al mismo tiempo pecar contra la gracia y no honrar al Señor, el mostrar un espíritu de indiferencia respecto a lo que El nos ha revelado tocante a la posición y a la heredad de los creyentes. Si Dios, en su gracia, ha tenido a bien concedernos preciosos privilegios como cristianos, ¿no hemos de procurar conocer cuáles son esos privilegios? ¿No debemos procurar hacer nuestros esos privilegios con la sencillez de una fe ingenua? ¿Es tratar dignamente a nuestro Dios y sus revelaciones, ser indiferentes en cuanto a saber si somos siervos o hijos; si tenemos o no el Espíritu Santo morando en nosotros; si estamos bajo la ley o bajo la gracia; si nuestra vocación es celeste o terrestre?

De seguro que no. Si algo hay en la Escritura más claro que toda otra cosa, es que Dios se complace en aquellos que aprecian la provisión de su amor, y que gozan con ella, —los que encuentran su gozo en El. Vemos a esas hijas de José ya que así podemos llamarlas, privadas de su padre, débiles, abandonadas, si las consideramos desde un punto de vista humano. La muerte había roto el lazo aparente que las unía a la herencia propiamente dicha de su pueblo. ¿Se resignan a renunciar a ella, no teniendo interés en ella? ¿Les era igual tener o no tener un sitio y una heredad con el Israel de Dios? ¡Oh no! Esas ilustres mujeres nos proporcionan un modelo que estudiar e imitar, un celo que, nos atrevemos a decirlo, regocijaba el corazón de Dios. Estaban seguros que había para ellas, en la tierra de promisión, una heredad del cual ni la muerte, ni ningún incidente del desierto podía privarles. “¿Por qué será quitado el nombre de nuestro padre de entre su familia, por no haber tenido hijo?” La muerte, la falta de línea masculina, ¡nada en el mundo podía anular la bondad de Dios! Era imposible. “Danos heredad entre los hermanos de nuestro padre”.

Nobles palabras que subieron al trono y al corazón de Dios. Eran también un testimonio de los más poderosos ofrecidos ante toda la congregación. Moisés no supo contestar. Moisés era un servidor, y aun un servidor bendito y honrado; y no obs-

tante, en ese maravilloso libro del desierto, sobrevienen cuestiones que Moisés es incapaz de resolver; así, por ejemplo, el caso de los hombres inmundos del capítulo 9, y éste de las hijas de Salphaad.

“Y Moisés llevó su causa delante de Jehová. Y Jehová respondió a Moisés, diciendo: *Bien dicen las hijas de Salphaad: has de darles posesión de heredad entre los hermanos de su padre y traspasarás la heredad de su padre a ellos*” (versículos 5-7).

He aquí un glorioso triunfo en presencia de la asamblea entera. Una fe sencilla y valiente está siempre segura de ser recompensada. Glorifica a Dios y Dios la honra. En todo el Antiguo y Nuevo Testamento vemos esta misma gran verdad práctica, es a saber; que Dios se complace en una fe sencilla y valerosa que acepta simplemente y retiene con firmeza todo lo que El ha dado; que rehusa positivamente, aun frente a la debilidad humana y a la muerte, hacer dejación de la menor partícula de la herencia divinamente otorgada. En el tiempo mismo en que los huesos de Salphaad reposaban en el polvo del desierto, cuando no había presente una sucesión, por línea masculina, que pudiera perpetuar su nombre, la fe podía elevarse por encima de todas esas dificultades y contar con la fidelidad de Dios, para cumplir todo lo que la Palabra había prometido.

“Bien dicen las hijas de Salphaad”. Ellas lo hacen aún. Sus palabras son palabras de fe, y como tales, son siempre prudentes a los ojos de Dios. Es cosa terrible poner límites al “Santo de Israel”. Quiere ser creído. Es imposible a la fe agotar las riquezas de Dios. Dios no puede faltar a su palabra, como no puede negarse a sí mismo. La única cosa que en este mundo puede verdaderamente regocijar el corazón de Dios es la fe que confía en El implícitamente, y tal fe será siempre aquella que puede amarle, servirle y alabarle.

Somos, pues, deudores a las hijas de Salphaad. Ellas nos dan un ejemplo de inestimable valor, y además su conducta fue la causa de la revelación de una nueva verdad, que debía ser la base de una regla divina para todas las generaciones futuras. Jehová mandó a Moisés, diciendo: “Cuando alguno muriere sin hijos, traspasaréis su herencia a su hija” (versículo 8).

Aquí se sienta un gran principio en cuanto a la cuestión de la herencia, del cual, humanamente hablando, nada hubiéramos sabido sin la fe y la conducta fiel de esas mujeres notables. Si ellas hubiesen escuchado la voz de la timidez y de la incredulidad; si hubiesen rehusado presentarse ante toda la congregación para la reivindicación de los derechos de la fe; entonces no solamente hubieran perdido su herencia y su bendición personal, sino que en el porvenir todas las hijas de Israel que se hubiesen encontrado en su situación hubiesen también sido privadas de su heredad. Mientras que, al contrario, obrando con la preciosa energía de la fe, ellas conservaron su herencia, obtuvieron la bendición, y recibieron el testimonio de Dios; sus nombres brillan en las inspiradas páginas, y su conducta dio origen a un decreto divino que debía regir para todas las generaciones futuras.

No obstante, debemos recordar que hay un peligro moral en la dignidad misma y en la elevación que la fe otorga a los que, por la gracia, pueden ejercerla. Debemos guardarnos cuidadosamente de ese peligro. Esto se demuestra de una manera evidente en el fin de la historia de las hijas de Salphaad (36: 1-5). "Y llegaron los príncipes de los padres de la familia de Galaad, hijo de Machir, hijo de Manasés; de la familia de los hijos de José; y hablaron delante de Moisés, y de los príncipes, cabezas de padres de los hijos de Israel, y dijeron: Jehová mandó a mi señor que por suerte diese la tierra a los hijos de Israel en posesión: también ha mandado Jehová a mi señor que dé la posesión de Salphaad nuestro hermano a sus hijas; las cuales, si se casaren con algunos de los hijos de las otras tribus de los hijos de Israel, la herencia de ellas será así desfalcada de la herencia de nuestros padres, y será añadida a la herencia de la tribu a que serán unidas: y será quitada de la suerte de nuestra heredad. Y cuando viniere el Jubileo de los hijos de Israel, la heredad de ellas será añadida a la heredad de la tribu de sus maridos; y así la heredad de ellas será quitada de la heredad de la tribu de nuestros padres. Entonces Moisés mandó a los hijos de Israel por dicho de Jehová, diciendo: La tribu de los hijos de José habla rectamente".

Los "padres" de la casa de José deben ser oídos también como las "hijas". La fe de estas últimas era muy bella; pero era de temer que en el lugar distinguido a que la fe les había elevado, olvidaran los derechos de los demás, haciendo retroceder los límites de la heredad de sus padres. Convenía que no fuese así; y, por consiguiente, la sabiduría de esos padres era evidente. Tenemos necesidad de ser guardados por todos lados a fin de que la integridad de la fe y el testimonio sean debidamente mantenidos.

"Esto es lo que ha mandado Jehová acerca de las hijas de Salphaad, diciendo: Cásense como a ellos les pluguiere; empero en la familia de la tribu de su padre se casarán, para que la heredad de los hijos de Israel no sea traspasada de tribu en tribu: porque cada uno de los hijos de Israel se allegará a la heredad de la tribu de sus padres. . . . Como Jehová mandó a Moisés, así hicieron las hijas de Salphaad . . . y se casaron con hijos de sus tíos . . . y la heredad de ellas quedó en la tribu de la familia de su padre" (versículos 6-12).

De este modo queda todo arreglado. La actividad de la fe está regida por la verdad de Dios; los derechos individuales están arreglados en armonía con los verdaderos intereses de todos; al mismo tiempo la gloria de Dios está tan plenamente mantenida, que en el día del Jubileo, en vez de una confusión en los límites de Israel, está asegurada la integridad de la herencia según la ordenanza divina.

El último párrafo del capítulo 27 es profundamente solemne. Los procedimientos de gobierno de Dios se despliegan ante nuestros ojos de una manera eminentemente propia para mover el corazón. "Y Jehová dijo a Moisés: Sube a este monte Abarim, y verás la tierra que he dado a los hijos de Israel: y después que la habrás visto, tú también serás reunido a tus pueblos como fue reunido tu hermano Aarón. Pues fuisteis rebeldes a mi dicho en el desierto de Zin, en la rencilla de la congregación para santificarme en las aguas a ojos de ellos. Estas son las aguas de la rencilla de Cades en el desierto de Zin" (versículos 12: 12-14).

Moisés no debía pasar, pues, el Jordán. No solamente no

pudo oficialmente hacer pasar el pueblo, sino que no pudo atravesarlo él mismo. Tal era la ordenanza judiciaria del gobierno de Dios. Pero, por otra parte, vemos la gracia brillar con un fulgor extraordinario, en el hecho de que Moisés es conducido por la mano de Dios mismo a la cumbre del monte, para que desde ella vea el país de la promesa en toda su magnificencia, no sólo como Israel lo poseyó en seguida, sino tal como Dios primitivamente lo había concedido.

Pues bien; ese fruto de la gracia se muestra aun más plenamente al fin del Deuteronomio, donde se nos dice también que Dios enterró a su querido siervo. En verdad, nada hay parecido en la historia de los santos de Dios. No nos detendremos ahora sobre este asunto, habiéndolo ya tratado en otra publicación; pero está lleno del más profundo interés. Habiendo hablado Moisés inconsideradamente con su boca, le fue prohibido atravesar el Jordán. Esto era Dios obrando como gobernante. Pero Moisés fue conducido a la cumbre de Pisga, para tener desde allí, en compañía de Jehová, una vista completa de la heredad; luego Jehová hizo una fosa en la cual lo enterró. Tal era Dios en gracia, gracia que ha hecho siempre que del "comedor saliera comida y del fuerte saliera dulzura". ¡Es precioso ser objetos de gracia semejante! Puedan nuestras almas regocijarse más y más de ello.

Para terminar haremos notar el bello desinterés de Moisés en el establecimiento de su sucesor. Este santo hombre de Dios se distinguió siempre por un espíritu eminentemente desinteresado. Gracia rara y admirable. No le vemos nunca buscar sus propios intereses, al contrario, a cada ocasión que le fue presentada para establecer su reputación y su fortuna, mostró de la manera más clara que la gloria de Dios y el bien de su pueblo ocupaban y llenaban de tal modo su corazón, que no quedaba sitio en él para ninguna consideración personal.

Así lo vemos en la última escena de este capítulo. Cuando Moisés se entera de que no debe atravesar el Jordán, en vez de deshacerse en lamentos para consigo, no piensa sino en los intereses de la congregación. "Entonces respondió Moisés a Jehová, diciendo: Ponga Jehová, Dios de los espíritus de toda

carne, varón sobre la congregación, que salga delante de ellos, y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca: porque la congregación de Jehová no sea como ovejas sin pastor" (versículos 15-17).

¡Cuán dulces debieron parecer estas palabras al corazón de Aquel que amaba tanto a su pueblo y del cual se ocupaba constantemente! Con tal que las necesidades de Israel estuviesen satisfechas, Moisés estaba contento. Con tal que la obra se haga, poco le importa quien sea el obrero. En cuanto a él mismo él puede serenamente abandonar sus intereses y su suerte en manos de Dios, quien tendrá cuidado de él. Pero su corazón afectuoso está conmovido de ternura hacia el pueblo muy amado de Dios; así que, en cuanto ve a Josué establecido como su guía, está dispuesto a partir para entrar en el reposo eterno. Si hubiera entre nosotros un número mayor de servidores caracterizados por el excelente espíritu de Moisés. . . . Pero ¡ah! debemos repetir las palabras del apóstol: "Todos buscan lo suyo propio [sus propios intereses] y no lo que es de Cristo Jesús". ¡Oh Señor, lleva a nuestros corazones a desear una consagración más entera de nosotros mismos, de nuestro espíritu, alma y cuerpo a tu bendito servicio! Que aprendamos a vivir no para nosotros mismos sino para Aquel que descendió del cielo a esta tierra y murió por nosotros; que de esta tierra se remontó a los cielos donde se ocupa de nosotros como nuestro abogado y sumo sacerdote, y que vendrá de nuevo para nuestra gloria y nuestra salud eternas.

Capítulos 28 y 29

Estos dos capítulos deben leerse seguidos. Forman una parte del libro distinta y llena de interés y de instrucción. El principio del capítulo 28 nos da una exposición sumaria del contenido de toda la sección. "Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel, y diles: Mi ofrenda, mi pan con mis ofrendas encendidas en olor a mí agradable, guardaréis, ofreciéndomelo a su tiempo".

Estas palabras dan al lector la clave de esta parte del libro. Es tan claro y sencillo como pueda exigirse. "Mi ofrenda", "Mi pan", "Mis sacrificios", "Olor a Mí agradable". Todo esto está fuertemente acentuado. Vemos en ello que el principal y grande pensamiento es Cristo, en relación a Dios. Y no es tanto Cristo como supliendo a nuestras necesidades, aunque ciertamente él las sule de la manera más bendita, sino más bien, Cristo como nutriendo y regocijando el corazón de Dios. Es el "pan de Dios", expresión verdaderamente asombrosa, sobre la cual discurrimos poco y comprendemos poco. Estamos acostumbrados en demasía a considerar a Cristo simplemente como al autor de nuestra salvación; Aquel por quien somos perdonados y salvados del infierno; el conducto por el cual fluye hasta nosotros toda bendición. El es todo esto, bendito sea su nombre. El es el "Autor de eterna salud para todos los que le obedecen". "El llevó nuestros pecados sobre su cuerpo en el madero". El murió, "el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios". El nos salva de nuestros pecados, de su potencia presente y de sus consecuencias en el porvenir.

Todo esto es verdad, y por consiguiente, se presenta la cuestión de la ofrenda por el pecado en los dos capítulos que están ante nosotros, así como de cada párrafo en particular.

(Véase cap. 28: 15, 22, 30; 29: 5, 11, 16, 19, 22, 25, 28, 31, 34, 38). Trece veces se hace mención de la ofrenda de expiación por el pecado; a pesar de esto, es evidente que el pecado o la expiación por el pecado en ningún modo es el principal asunto de estos capítulos. No se hace mención de esto en el versículo citado, aunque ese versículo da evidentemente un sumario del contenido de los dos capítulos; no se hace alusión a ello antes del versículo 15.

Conviene decir que la ofrenda por el pecado es esencial, ya que se trata del hombre y que este es pecador. Sería imposible tratar del tema del hombre allegado a Dios, de su culto o de su comunión, sin introducir la muerte expiatoria de Cristo como fundamento indispensable. Esto es lo que el corazón reconoce con extraordinario gozo. El misterio del precioso sacrificio de Cristo será, en los siglos del porvenir, una fuente de refrigeración para nuestras almas.

¿Se nos acusará de socinianismo si afirmamos que hay en Cristo y en su muerte preciosa algo más que el llevar nuestros pecados y suplir a nuestras necesidades? Esperamos que no. ¿Es posible leer los capítulos 28 y 29 y no ver esto? Considérese sino un simple hecho que llamaría la atención hasta de un niño: Hay setenta y un versículos en toda esa sección; entre este mismo número trece tan sólo hacen alusión a la ofrenda por el pecado, mientras que los cincuenta y ocho restantes no se ocupan más que de los sacrificios en olor agradable.

En una palabra, el tema principal aquí es el goce que Dios toma en Cristo. Mañana y noche, día tras día, semana tras semana, de nueva luna a nueva luna, del principio al fin del año, se trata de Cristo, su olor agradable y su gran valor ante Dios. Es verdad, gracias a Dios y a Jesucristo, su Hijo, que nuestro pecado es expiado, juzgado y borrado para siempre; nuestras faltas son perdonadas y nuestra culpabilidad anulada. Pero además y por sobre todo esto, el corazón de Dios está nutrido, refrigerado y regocijado por Cristo. ¿Qué representaban el cordero de la mañana y el cordero de la tarde? ¿Era una ofrenda por el pecado o un holocausto? He aquí la respuesta: "Y les dirás: Esta es la ofrenda encendida que

ofreceréis a Jehová: dos corderos sin tacha de un año, cada un día, será el *holocausto continuo*: el un cordero ofrecerás por la mañana, y el otro cordero ofrecerás entre las dos tardes. Y la décima parte de un epha de flor de harina, amasada con una cuarta de un hin de aceite molido, en presente. Es holocausto continuo, que fue hecho en el monte de Sinaí en olor de suavidad, ofrenda encendida a Jehová" (versículos 3-6).

¿Qué eran los dos corderos para el sábado? (versículos 9 y 10). ¿Una ofrenda por el pecado o un holocausto? "Este será el *holocausto del sábado en cada sábado*". Debía ser doble, porque el sábado era un símbolo del reposo que queda para el pueblo de Dios, época en la que habrá una doble apreciación de Cristo. El carácter de esa ofrenda es por lo tanto tan evidente como pueda desearse; es Cristo en relación con Dios; ese es el principal carácter del holocausto. La ofrenda por el pecado viene a ser Cristo en relación con nosotros. En este, se trata de la naturaleza odiosa del pecado; en aquella se trata del precio inestimable y de la excelencia de Cristo, según apreciación de Dios mismo.

Y así sucedía también en el comienzo de sus meses (ver. 11), en la fiesta de la pascua y de los panes sin levadura (vers. 16-25); en la fiesta de las primicias o primeros frutos (vers. 26-31); en la de las trompetas (cap. 29: 1-6); en la de los tabernáculos (vers. 7-38). En una palabra; en toda la serie de fiestas, la idea dominante es Cristo en olor agradable. La ofrenda por el pecado no falta nunca; pero las ofrendas en olor agradable ocupan el primer lugar, según es fácil observar. No es posible leer esa notable porción de la Escritura sin notar el contraste entre el lugar que ocupa la ofrenda por el pecado y el del holocausto. Con motivo de la primera no se habla sino de "un macho cabrío", mientras que la segunda se nos presenta bajo la forma de "catorce corderos", "trece becerros, etc." Tal es el notable sitio que ocupan en estas páginas las ofrendas de olor agradable.

¿Por qué, pues, nos detenemos tanto en éste? Simplemente para mostrar al lector cristiano el verdadero carácter del culto que Dios busca y en el cual se goza. Dios tiene su contenta-

miento en Cristo, y nuestra aspiración *constante* debiera ser presentar a Dios Aquel en el cual él toma su contentamiento. Cristo debiera ser siempre el objeto de nuestro culto, y lo será en la proporción que seamos guiados por el Espíritu de Dios. ¡Cuán a menudo, ay, sucede todo lo contrario! Ya sea en el culto público, sea en secreto, cuán a menudo el tono es débil y el espíritu triste y pesado. Nos ocupamos de nosotros mismos en vez de ocuparnos en Cristo; entonces el Espíritu Santo en vez de poder hacer su obra que consiste en tomar las cosas de Cristo y comunicárnoslas, se ve obligado a dirigir nuestra atención a nosotros mismos para que nos juzguemos, porque nuestra conducta no ha sido recta.

Todo ello debe ser vivamente deplorado, y reclama nuestra más insistente atención, ya sea en cuanto a nuestras reuniones públicas, ya en cuanto a nuestra devoción privada. ¿Por qué es el espíritu de nuestras reuniones frecuentemente tan lánguido, tan débil, tan distraído? ¿Por qué hay en medio de nosotros tan pocas cosas de las que Dios pueda hablar como siendo "su pan, sus sacrificios hechos con fuego que le son de olor agradable?" Ocupados como estamos en nosotros mismos, en nuestras necesidades, en nuestras dificultades, somos incapaces de ofrecer a Dios el pan de su sacrificio. En realidad le robamos lo que se le debe y lo que su corazón desea.

¿Es esto decir que debemos desconocer nuestras pruebas, nuestras dificultades y nuestras necesidades? No; pero debemos someterlas a El. El nos invita echar sobre El todas nuestras cargas, pues El tiene cuidado de nosotros. ¿No es esto bastante? ¿No debiéramos estar suficientemente libertados de nosotros mismos, cuando nos reunimos en su presencia, para presentarle otras cosas que lo que procede de nosotros? Ciertamente no podemos suponer que nuestros pecados, nuestras penas o nuestras tristezas sean un alimento del sacrificio de Dios. El ha hecho de todas esas cosas el objeto de su solicitud, bendito sea su nombre; pero no pueden llamarse Su pan.

¿No debiéramos, pues, procurar mantener nuestro ánimo en un estado que nos hiciera capaces de ofrecer a Dios lo que a El plugo llamarle "su pan"? Ocupémonos, pues, habitualmente

de Cristo como olor agradable a Dios. Esto no quiere decir que tengamos en menosprecio la ofrenda por el pecado; ¡lejos de nosotros tal pensamiento! Acordémonos tan sólo de que en Cristo, nuestro precioso Señor, hay algo más que tener en cuenta, además del perdón de nuestros pecados y la salud de nuestras almas. El holocausto, el presente y las libaciones nos representan a Cristo como perfume agradable, como el pan de la ofrenda de Dios, como el gozo de su corazón. ¿Será preciso que insistamos acerca de que Aquel que es un perfume agradable a Dios, es el mismo que fue hecho maldición por nosotros? Ciertamente todo cristiano reconoce esto. No obstante estamos demasiado dispuestos a limitar nuestros pensamientos sobre Cristo tan sólo a lo que El *ha hecho por nosotros*, olvidando lo que El *es para Dios*. Que Dios por su Espíritu dirija a este efecto nuestro estudio sobre esos dos capítulos.

En nuestros "Estudios sobre el Levítico" hemos presentado al lector lo que Dios nos ha dado sobre los sacrificios y las festividades.

Capítulo 30

Esta corta sección del libro se endereza especialmente a Israel y trata del tema de los votos y de los juramentos. El hombre y la mujer presentan aquí un notable contraste: "Cuando alguno hiciere voto a Jehová, o hiciere juramento ligando su alma con obligación, no violará su palabra: hará conforme a todo lo que salió de su boca" (versículo 3).

Para la mujer el caso era distinto: "Mas la mujer, cuando hiciere voto a Jehová, y se ligare con obligación en casa de su padre, en su mocedad, si su padre oyere su voto y la obligación con que ligó su alma, y su padre callare a ello, todos los votos de ella serán firmes, y toda obligación con que hubiere ligado su alma, firme será. Mas si su padre le vedare el día que oyere todos sus votos y sus obligaciones, con que ella hubiere ligado su alma, no serán firmes; y Jehová la perdonará, por cuanto su padre le vedó" (vers. 4-6). La misma restricción se aplicaba en el caso de la mujer casada. Su marido podía continuar o anular todos sus votos o todos sus juramentos.

Tal era la ley sobre los votos. El hombre no podía relevarse de cumplir sus votos. Estaba obligado a cumplir todas las cosas que había dicho. Sea lo que fuere lo que hubiese emprendido hacer, estaba solemne e irrevocablemente obligado a ello. No había puerta de escape, como suele decirse, ni medio alguno de volver atrás.

Pues bien; sabemos quién es el que ha tomado, en su perfecta gracia, esa posición, y que se comprometió voluntariamente a cumplir la voluntad de Dios, fuese cual fuese esa voluntad. Sabemos quién es el que dijo: "Ahora pagaré mis votos a Jehová delante de todo su pueblo" (Salmo 116: 14). "El hombre Cristo Jesús" el cual habiendo tomado sobre sí los votos, los

satisfizo perfectamente para la gloria de Dios y para la eterna bendición de su pueblo. No podía sustraerse a ellos. Le oímos exclamar en la profunda angustia de alma en el huerto de Getsemaní: "Si es posible, pase de mí este vaso". Pero eso no era posible; había emprendido la obra de la salvación del hombre; debía atravesar las aguas profundas y negras de la muerte, del juicio y de la ira; debía afrontar todas las consecuencias de la condición del hombre. Debía ser bautizado de un bautismo, y estaba en angustia hasta que fuese cumplido. En otras palabras; El debía morir, a fin de que, por la muerte, abriera los diques que debían dar libre paso hasta su pueblo a las olas poderosas de un amor eterno y divino. ¡Que toda alabanza y toda adoración sean tributadas para siempre a su precioso nombre!

En el caso de la mujer, hija o esposa, se nos presenta a Israel en dos circunstancias, es a saber: bajo el gobierno y bajo la gracia. Si consideramos a Israel desde el punto de vista del gobierno, Jehová, que es a la vez el Padre y el Esposo, ha callado respecto a esto; de tal suerte que sus votos y sus juramentos son válidos, y que hasta ahora la nación ha experimentado las consecuencias, y aprende a conocer el valor de las palabras: "Mejor es que no prometas, que no que prometas y no pagues" (Eclesiastés 5: 5).

Por otra parte, cuando la nación es considerada desde el punto de vista de la gracia, el Padre y Esposo lo ha tomado todo sobre sí a fin de que la nación fuese perdonada e introducida más tarde en la plenitud de la bendición; y no sobre el principio de los votos cumplidos o de los juramentos ratificados, sino sobre el principio de la gracia y misericordia soberanas, y por la sangre de la eterna alianza. ¡Cuán precioso es el ver a Cristo en todo! El es el centro y la base, el comienzo y el fin de todos los caminos de Dios! ¡Que nuestros corazones estén siempre llenos de El! ¡Que nuestros labios y nuestra vida canten sus alabanzas! ¡Que su amor nos constriña a vivir para su gloria durante toda nuestra vida sobre la tierra, hasta que llegemos a nuestra morada celestial, para estar siempre con El y no abandonarlo ya jamás!

Hemos expuesto aquí lo que creemos ser la idea principal de este capítulo, pero sin duda pueda aplicarse de una manera secundaria a los individuos; pues este pasaje, como todas las demás partes de la Escritura, ha sido escrito para nuestra instrucción. Debe ser el placer de todo cristiano sincero estudiar todos los caminos de Dios, sea en gracia, sea en gobierno; sus caminos para con Israel, como sus caminos para con la Iglesia; en fin, sus caminos para con todos y para con cada uno.

Capítulo 31

En este capítulo tenemos la última escena de la vida oficial de Moisés, como en Deuteronomio 34 tenemos el fin de su historia personal. "Jehová habló a Moisés, diciendo: Haz la venganza de los hijos de Israel sobre los madianitas; después serás recogido a tus pueblos. Entonces Moisés habló al pueblo, diciendo: Armaos algunos de vosotros para la guerra, e irán contra Madián, y harán la venganza de Jehová en Madián. Mil de cada tribu de todas las tribus de los hijos de Israel, enviaréis a la guerra. Así fueron dados de los millares de Israel, mil por cada tribu, doce mil a punto de guerra. Y Moisés les envió a la guerra; mil de cada tribu envió: y Finées, hijo de Eleazar, sacerdote, fue a la guerra con los santos instrumentos, con las trompetas en su mano para tocar. Y pelearon contra Madián, como Jehová lo mandó a Moisés, y mataron a todo varón" (versículos 1-7).

Es este un pasaje muy notable. Jehová dijo a Moisés: "Haz la venganza de los hijos de Israel sobre los madianitas". Y Moisés dijo a Israel: "Harán la venganza de Jehová en Madián". El pueblo había sido seducido por la astucia de las hijas de Madián, a causa de la influencia perniciosa de Balaam, hijo de Beor; y ahora son llamados a limpiarse enteramente de toda la suciedad con que se habían contaminado por falta de vigilancia. La espada había de desenvainarse contra Madián; todos sus despojos deben pasar o por el fuego del juicio o por el agua de purificación. Todo el mal debe ser juzgado.

A esta guerra podía llamársela anormal. En derecho, el pueblo no debiera haber tenido ningún motivo para hacerla. No era ninguna guerra de las de Canaán, sino sencillamente el resultado de su propia infidelidad o de su comercio impío

con los incircuncisos. Por esta razón, aunque Josué, hijo de Nun, había sido debidamente nombrado para suceder a Moisés, como conductor de la asamblea, no vemos que se haga mención de él en esta guerra. Al contrario; la conducción de esta expedición se confía a Finées, hijo de Eleazar, sacerdote, el cual la emprende con "los instrumentos santos y las trompetas".

Todo aquí es característico. El sacerdote es la persona principal; los instrumentos santos son las armas principales. Se trata de borrar la mancha producida por la asociación impura con el enemigo; y en consecuencia, en vez de un general con lanza y espada, es un sacerdote con los instrumentos del santuario el que aparece en primer término. Verdad es que la espada también juega su papel, pero no obstante no es la cosa principal, sino el sacerdote y los instrumentos del santuario. Pues bien, ese sacerdote es el mismo sujeto que, primero que otro alguno, ejercitó el juicio sobre el mal del cual debían ahora tomar venganza.

La lección moral de todo esto es clara y práctica al mismo tiempo. Los madianitas ofrecen un tipo de la especie de influencia que el mundo ejerce sobre los hijos de Dios, poder fascinador y seductor, empleado por Satán a fin de impedirnos gozar de nuestra posición celeste. Israel no debiera haber tenido nada que ver con esos madianitas; pero habiendo sido, por falta de vigilancia, arrastrados a aquella asociación con ellos, no quedaba más recurso que combatirlos y destruirlos enteramente.

Otro tanto sucede con nosotros, como cristianos. Nuestro deber es atravesar este mundo como peregrinos y extranjeros, no teniendo nada que hacer en él, sino ser los testigos pacientes de la gracia de Cristo y brillar como luces en medio de las tinieblas morales que nos rodean. Pero ¡ah! faltamos, no manteniendo esa rigurosa separación; nos dejamos arrastrar a alianzas con el mundo, y por lo tanto nos encontramos estorbados por molestias y luchas que en ningún modo nos pertenecen. La guerra con Madián no formaba parte de la obra propiamente dicha de Israel. Se la acarrearón ellos mismos. Pero Dios es lleno de gracia; por esto, por una aplicación especial del ministerio sacerdotal, pudieron no solamente vencer a los madianitas,

sino también llevarse mucho botín. Dios, en su bondad infinita saca bien del mal; y aun se digna aceptar una parte de los despojos tomados a los madianitas. Sin embargo, el mal debe ser enteramente juzgado. "Todos los varones" han de ser muertos, todos aquellos en los cuales hay la energía del mal deben ser completamente exterminados, y finalmente el fuego del juicio y el agua de la purificación deben hacer su papel sobre el botín, antes de que Dios o su pueblo puedan tocar un átomo de ello.

Que Dios nos haga capaces de seguir un camino de separación más completo, y de proseguir en nuestra carrera celeste como los que tienen su heredad y su morada en lo alto.

Capítulo 32

El hecho relatado en este capítulo ha dado lugar a grandes discusiones. Se han emitido opiniones muy diversas sobre la conducta de las dos y media tribus. ¿Tenían razón o no en escoger su heredad en la ribera del Jordán lindante con el desierto? ¿La conducta que siguieron, era expresión de poder o de debilidad? ¿Cómo llegaremos a formular un sano juicio en este asunto?

En primer lugar, ¿dónde estaba la porción propiamente dicha de Israel, su heredad divinamente ordenada? Con toda seguridad, al otro lado del Jordán, en tierra de Canaán. Pues bien; este hecho ¿no debiera haber bastado? Un corazón sincero, un corazón que hubiese pensado, sentido y juzgado de acuerdo con Dios, ¿hubiera podido alimentar la idea de escoger una parte que no fuera la que Dios había señalado y determinado? Imposible. No tenemos, pues, necesidad de ir más allá para tener una apreciación divina sobre este asunto. Era una falta y prueba de poca fe por parte de Rubén, de Gad y la media tribu de Manasés, el buscar un límite de parte de acá del Jordán. Su conducta estaba regida por consideraciones personales y mundanas, por la vista de sus ojos, por motivos carnales. Contemplaron "el país de Jahzer y el país de Galaad", y los estimaron enteramente según sus propios intereses pero sin ningún miramiento al juicio y voluntad de Dios. Si hubiesen simplemente mirado a Dios, la cuestión de su establecimiento del lado de acá de las orillas del Jordán jamás se hubiera ofrecido.

Cuando no somos sencillos y sinceros entramos en circunstancias que suscitan toda suerte de cuestiones. Es muy importante que seamos hechos capaces, por la gracia divina, de seguir una línea de conducta, y pisar una senda tan inequívocas, que no

puedan producir dudas. Es nuestro santo y feliz privilegio el comportarnos de manera que no pueda surgir ninguna complicación. El secreto para obrar de tal suerte es el andar con Dios, y tener de este modo nuestra conducta arreglada en absoluto por su Palabra.

Ruben y Gad no se habían portado así, y esto queda de manifiesto por la historia entera. Eran hombres de corazón compartido, de principios mezclados; hombres que buscaban sus propios intereses, y no las cosas de Dios. Si estas últimas hubiesen llenado su corazón, nada hubiera podido inducirlos a tomar su posición fuera de sus verdaderos límites.

Es evidente que Moisés no tenía ninguna simpatía por su propuesta. El juicio de Jehová no le permitía pasar el Jordán, aunque su corazón estuviese en la tierra prometida. ¿Cómo, pues, hubiera podido él aprobar la conducta de unos hombres en realidad deseosos de establecerse fuera de ella? La fe no puede jamás estar satisfecha de lo que no es la verdadera posición ni la verdadera heredad del pueblo de Dios. Un ojo sencillo no puede ver, ni un corazón fiel puede desear otra cosa que la heredad dada por Dios.

He aquí por qué Moisés condenó sobre la marcha la proposición de Rubén y de Gad. Es verdad que a continuación atenuó su dictamen y dio su consentimiento. La promesa de ellos de pasar el Jordán, armados, delante de sus hermanos, obtuvo de Moisés una suerte de asentimiento. Parecía que era una manifestación extraordinaria de desinterés y de energía el dejar tras ellos a todos los suyos y de no atravesar el Jordán sino para combatir en favor de sus hermanos. Pero ¿dónde habían dejado a los suyos? Les habían dejado fuera de los límites señalados por Dios. Les habían privado de un lugar y de una parte en el verdadero país de la promesa, esa herencia de la cual Dios había hablado a Abraham, a Isaac y a Jacob. Y eso ¿por qué? Sólo para tener buenos pastos para sus ganados. Fue por tal motivo que las dos tribus y media abandonaron su lugar dentro de los verdaderos límites del Israel de Dios.

Y ahora veamos cuáles fueron las consecuencias de esa conducta. En el capítulo 22 de Josué encontramos los primeros

tristes efectos de la conducta equívoca de Rubén y de Gad. Se ven precisados a edificar un "altar de grande apariencia", por miedo de que en el porvenir sus hermanos los desaprobasen. ¿Qué prueba todo esto? Que se equivocaron completamente al establecerse del lado de acá del Jordán. Y notemos el efecto producido en toda la asamblea por dicho altar. De momento parece que aquello sea una verdadera rebelión. "Lo cual como los hijos de Israel oyeron, juntóse toda la congregación de los hijos de Israel en Silo, para subir a pelear contra ellos. Y enviaron *los hijos de Israel* a los *hijos de Rubén*, y a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés* en la tierra de Galaad, a Finéas, hijo de Eleazar, sacerdote, y a diez príncipes con él; un príncipe de cada casa paterna de todas las tribus de Israel, cada uno de los cuales era cabeza de familia de sus padres en la multitud de Israel: los cuales vinieron a los hijos de Rubén, y a los hijos de Gad, y a la media tribu de Manasés, en la tierra de Galaad, y habláronles, diciendo: Toda la congregación de Jehová dice así (las dos y media tribus ¿no formaban ya parte de ella?). ¿Qué transgresión es ésta con que prevaricáis contra el Dios de Israel, volviéndoos hoy de seguir a Jehová, edificándoos altar para ser hoy rebeldes contra Jehová? ¿Nos ha sido poco la maldad de Peor, de la que no estamos aún limpios hasta este día, por la cual fue la mortandad en la congregación de Jehová? Y vosotros os volvéis hoy de seguir a Jehová; mas será que vosotros os rebelaréis hoy contra Jehová, y mañana se airará él contra toda la congregación de Israel. Que si os parece que la tierra de vuestra posesión es inmundada, pasaos a la *tierra de la posesión de Jehová*, en la cual está el tabernáculo de Jehová (qué palabras más solemnes) y tomad posesión entre nosotros, pero no os rebeléis contra Jehová, ni os rebeléis contra nosotros edificándoos altar a más del altar de Jehová nuestro Dios" (versículos 12-19).

Pues bien; toda esa perturbación y toda esa alarma eran el resultado de la falta cometida por Rubén y Gad. Verdad es

* Como si las dos y media tribus estuvieran ya separadas realmente de la casa de Israel.

que logran explicarse y dar satisfacción a sus hermanos en lo tocante al altar. Pero no hubiera habido necesidad ni de altar ni de explicaciones, no hubiera habido ninguna alarma si no hubiesen tomado una posición equívoca.

Allí estaba la causa de todo el mal; y es importante entender este asunto con claridad y deducir de él la gran lección práctica que debe enseñarnos. Toda persona reflexiva y espiritual que examine atentamente todos los lados de ese asunto, apenas se puede caer en la duda de que las dos y media tribus no hubiesen hecho mal en detenerse antes de llegar al Jordán y de establecer allí su habitación. Si se necesitasen nuevas pruebas, nos las proporcionaría el hecho de que esas tribus fueron las primeras que cayeron en poder del enemigo (1 Reyes 22: 3).

Esta porción de la historia de Israel nos advierte muy gravemente que debemos velar de continuo para no quedarnos por debajo de nuestra posición propia, contentándonos con las cosas que pertenecen a este mundo, sino que debemos tomar en él la posición espiritual y verdadera de muerte y de resurrección figuradas en el Jordán.*

Tal es, según creemos, la enseñanza que nos da esa parte del libro. Es punto importante no tener el corazón dividido, sino estar decididos por completo, declarándonos por Cristo. Los que profesan ser cristianos, mientras reniegan de su vocación y carácter celestes, o bien, obrando como si fueran aún ciudadanos de este mundo, cometen una injusticia considerable a la causa de Dios y al testimonio que deben a Cristo. Se convierten en instrumentos de los cuales Satanás sabe sacar, excelente partido. Un cristiano indeciso, de doblado ánimo es más inconsistente que un mundano sincero o que un verdadero incrédulo.

La inconsistencia de los cristianos es mucho más perjudicial

a la causa de Dios, que todas las formas juntas de la depravación moral. Esta puede parecer una afirmación atrevida, pero no es sino harto verdadera. Los cristianos profesantes, o de nombre, que son simplemente habitantes en la frontera, los hombres de principios mezclados o entreverados, las personas de conducta dudosa o equívoca, son los que hacen mayor agravio a la causa bendita, y que más favorecen los planes del enemigo de Cristo. Hombres de corazón íntegro, sinceros y valerosos testigos de Jesucristo, en los que todo demuestra que buscan una patria mejor; hombres celosos, extraños al mundo, he aquí lo que exige la crisis en la cual nos encontramos hoy.

Amado lector cristiano, ten en cuenta estas cosas. Juzguémonos sinceramente como si estuviéramos en la misma presencia de Dios, y arrojemos lejos de nosotros todo cuanto tienda a impedir nuestra completa dedicación de corazón, alma y cuerpo a Aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros. Sirviéndonos del lenguaje de Josué 22, que nos conduzcamos de tal suerte que no haya necesidad de que tengamos un altar de gran aspecto para demostrar a qué país pertenecemos, o en dónde adoramos, de quién somos y a quién servimos. Entonces todo a nuestro alrededor será claro e incuestionable; nuestro testimonio será bien determinado, y el sonido de nuestra trompeta claro y firme. Nuestra paz también fluirá como un río tranquilo, y toda la dirección de nuestra marcha y de nuestro carácter contribuirá a la alabanza de Aquel cuyo nombre es invocado sobre nosotros. ¡Que el Dios de bondad dirija de nuevo el corazón de su pueblo, en estos días de indiferencia, de tibieza y de profesión frívola, a un renunciamiento más completo, a una verdadera consagración a la causa de Cristo, y a una fe incommovible en el Dios vivo!

* Hay sin duda muchos cristianos sinceros que no entienden la vocación celeste de la Iglesia, que no alcanzan a comprender el carácter particular de la verdad enseñada en la epístola a los Efesios, y que son, no obstante, a proporción de sus luces, celosos, consagrados y verdaderos de corazón; pero estamos convencidos que tales personas pierden una inmensa bendición para sus almas, y quedan muy por debajo del verdadero testimonio cristiano.

Capítulos 33 y 34

El primero de estos capítulos nos da una descripción admirablemente minuciosa de las jornadas del pueblo de Dios en el desierto. Es imposible leerlo sin sentirse afectado profundamente de tanto amor y tantos cuidados que desplegó Dios de una manera señalada durante el viaje. El se ha dignado conservar el relato de su pobre pueblo, desde el momento de su salida de Egipto hasta que hubo atravesado el Jordán; de la tierra de la muerte y de las tinieblas al país que fluía leche y miel. "El sabe que andas por este gran desierto; estos cuarenta años Jehová tu Dios fue contigo, y ninguna cosa te ha faltado" (Deut. 2: 7). Anduvo delante de ellos a cada paso del camino; en todas sus aflicciones El estuvo afligido. Tuvo cuidado de ellos como una tierna nodriza. No permitió que sus vestidos envejecieran ni sus pies se hincharan durante aquellos cuarenta años. Resume aquí todo el camino por el cual su mano les había conducido, tomando cuidadosamente nota de cada fase sucesiva de esta maravillosa peregrinación, y de cada sitio en él que habían hecho alto en aquel desierto. ¡Qué viaje! ¡Qué compañero de camino!

Es muy consolador al corazón del pobre peregrino fatigado, estar seguro de que cada etapa de su viaje a través del desierto está marcada por el amor infinito y la sabiduría infalible de Dios. El guía a su pueblo por un camino recto a su propia morada; y no hay ni una circunstancia en su vida ni un solo ingrediente en su copa, que no sea minuciosamente ordenado por El mismo; en relación directa con su bien actual y con su felicidad eterna. Que nuestro único deseo sea andar con El,

diariamente en sencilla confianza, echando sobre El todas nuestras inquietudes, y colocándonos enteramente en sus manos, con todo lo que nos pertenece. Ese es el verdadero manantial de la paz y de la bendición durante todo el viaje. Luego, cuando nuestra carrera en el desierto haya terminado, y que hayamos alcanzado la última etapa, nos tomará a fin de que estemos con El para siempre.

El capítulo 34 da los límites de la heredad tal y como la mano de Jehová los había trazado. La misma mano que había dirigido sus jornadas, fija aquí los límites de su morada. ¡Ah! pero ellos no tomaron nunca posesión de la tierra tal como El se la había otorgado. El les dio el país por entero y se lo dio para siempre. No tomaron posesión más que de una parte y sólo por un tiempo. Pero, bendito sea Dios, el momento se acerca en el cual la simiente de Abraham entrará en la plena y perpetua posesión de aquella, hermosa herencia, de la que actualmente está excluida. Jehová cumplirá ciertamente todas sus promesas e introducirá a su pueblo a todas las bendiciones que le están aseguradas por alianza eterna, esa alianza que ha sido sellada con la sangre del Cordero. Ni una sola jota, ni un solo tilde de cuanto ha dicho faltarán. Sus promesas son todas Sí, y Amén en Jesucristo, que es el mismo ayer y hoy y por los siglos.

Capítulo 35

Las primeras líneas de este interesante capítulo ponen ante nosotros una misericordiosa disposición de Dios en favor de sus servidores los levitas. Cada una de las tribus de Israel, según su capacidad, tenía el privilegio, por no decir que estaban obligadas, a proporcionar a los levitas cierto número de ciudades con sus arrabales. "Todas las ciudades que daréis a los levitas serán cuarenta y ocho ciudades; ellas con sus ejidos. Y las ciudades que diereis de la heredad de los hijos de Israel: del que mucho tomaréis mucho, y del que poco tomaréis poco: cada uno dará de sus ciudades a los levitas según la posesión que heredará" (versículos 7-8).

Los servidores de Jehová dependían enteramente de El para su porción. No tenían ni heredad ni posesión sino en Dios. ¡Bendita heredad! ¡Precioso lote! Ningún otro hay semejante al criterio de la fe. Felices todos los que pueden decir realmente al Señor: "Tu eres la porción de mi heredad y de mi copa". Dios tenía cuidado de sus siervos y permitía a toda la congregación de Israel gustar del privilegio sagrado, porque a no dudar tal lo era, de asociarse a El para proveer a las necesidades de aquellos que se habían dedicado voluntariamente a su servicio, abandonando todo lo demás.

Así, pues, se nos dice que entre las doce tribus de Israel, debían darse a los levitas cuarenta y ocho ciudades con sus arrabales o ejidos; y en este número los levitas tenían el privilegio de designar seis ciudades para servir de refugio al desgraciado homicida. ¡Precaución misericordiosa! ¡admirable en su origen! ¡admirable en su fin!

Las ciudades de refugio estaban situadas; tres al este y tres

al oeste del Jordán. Que Rubén y Gad hubiesen hecho bien o mal al establecerse al oeste de este límite divisorio, Dios en su misericordia no quiso dejar sin refugio al homicida contra el vengador de la sangre. Al contrario; según su amor, quiso que esas villas designadas como refugios para el homicida, estuviesen a su alcance. Había siempre una ciudad al alcance del que pudiera estar expuesto a la espada del vengador de la sangre. Ello era digno de nuestro Dios. Si acontecía que un homicida caía en las manos del vengador de la sangre, no sería porque hubiese faltado el refugio, sino porque aquel no supo aprovecharse de él. Se habían tomado todas las precauciones necesarias; esas ciudades tenían su nombre; estaban bien definidas y eran públicamente bien conocidas. Todo se había dispuesto de la manera más clara, más sencilla y más fácil posible. Tales eran los caminos misericordiosos de Dios.

Sin duda era deber del homicida emplear toda su energía para alcanzar el territorio sagrado, y, sin duda, lo haría. No es probable que alguno hubiese sido tan ciego o tan insensato para cruzarse de brazos con indiferencia, y decir: "Si estoy destinado a escapar, escaparé; mis esfuerzos no son necesarios. Si no debo escapar, de seguro no escaparé, mis esfuerzos serían inútiles". No podemos imaginar que un homicida empleara semejante lenguaje o fuera culpable de tal ciega fatuidad. Sabía muy bien que si el vengador de la sangre lograba poner mano en él tales ideas no le servirían de nada. No había sino una cosa para salvar la vida; huir del castigo inminente alcanzando un abrigo seguro dentro de las puertas de la ciudad de refugio. Una vez allí, podía respirar libremente. Ningún mal podía alcanzarle y estaba en ella en perfecta seguridad. Si hubiese podido tocarse a un solo cabello de su cabeza dentro de los límites de la ciudad, eso hubiese sido un deshonor y un oprobio infligidos a la institución divina. Verdad es que había de tener cuidado. No debía atreverse a salir fuera de sus puertas. Dentro, estaba en perfecta seguridad. Fuera, estaba expuesto. No podía ni aun visitar a sus amigos. Estaba desterrado de la casa paterna. No obstante, no era un prisionero sin esperanza alguna. Ausente de su casa y del centro de los afectos de su corazón, aguardaba

la muerte del sumo sacerdote, que debía volver a la libertad completa y a reintegrarle en su heredad en medio de su pueblo.

Pues bien; creemos que esta bendita institución se refiere especialmente a Israel. Ellos mataron al Príncipe de la vida; pero se trata de saber cómo son considerados por Dios. ¿Como asesinos o como homicidas involuntarios? Si es como asesinos no puede haber refugio, no puede haber esperanza para ellos. Ningún asesino podía acogerse a una ciudad de refugio. He aquí la ley tocante al caso, según se encuentra en el libro de Josué 20: "Y habló Jehová a Josué, diciendo: Habla a los hijos de Israel, diciendo: Señalao las ciudades de refugio, de las cuales yo os hablé por Moisés, para que se acoja allí el homicida que matare a alguno por yerro, y no a sabiendas; que os sean por acogimiento del cercano del muerto. Y el que se acogiere a alguna de aquellas ciudades, presentaráse a la puerta de la ciudad, y dirá sus causas, oyéndolo los ancianos de aquella ciudad; y ellos le recibirán consigo dentro de la ciudad, y le darán lugar que habite con ellos. Y cuando el cercano del muerto le siguiere, no entregarán en su mano al homicida, por cuanto *hirió a su prójimo por yerro*, ni tuvo con él antes enemistad. Y quedará en aquella ciudad hasta que parezca en juicio delante del ayuntamiento, hasta la muerte del gran sacerdote que fuere en aquel tiempo; entonces el homicida tornará y vendrá a su ciudad, y a su casa, y a la ciudad de donde huyó" (versículos 1-6).

Pero para el asesino, la ley era rigurosamente inflexible: "El homicida morirá; el pariente del muerto, él matará al homicida; cuando lo encontrare, él lo matará" (Núm. 35: 18 y 19).

Israel, pues, por la gracia maravillosa de Dios, será tratado como un homicida involuntario y no como un asesino: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Esas poderosas palabras subieron a oídos y al corazón del Dios de Israel. Ese pueblo está actualmente bajo la custodia de Dios. Están desterrados del país y de la casa de sus padres; pero viene el tiempo en el que serán restablecidos en su país, no por la muerte del sumo-sacerdote, ¡bendito sea su nombre inmortal! que ese no

puede morir ya más, sino porque dejará el puesto que ahora ocupa, y se presentará en un nuevo carácter como Sacerdote Real, para sentarse en su trono. Entonces, no antes, Israel volverá a su patria perdida por tanto tiempo y a su heredad abandonada. El homicida involuntario debe quedar fuera de su casa hasta el tiempo señalado; pero no será tratado como asesino, porque lo hizo sin saberlo. "Mas fui recibido a misericordia", dice el apóstol Pablo, hablando como un ejemplo para Israel, "porque lo hice con ignorancia en incredulidad" (1 Tim. 1: 13). "Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros príncipes" (Hech. 3: 17).

Esos pasajes, unidos a la preciosa intercesión de Aquel que fue inmolado, colocan a Israel, de la manera más clara, en el terreno del homicida involuntario y no en el del asesino. Dios ha procurado un refugio y un abrigo a su pueblo muy amado, de suerte que, a su debido tiempo, volverán ellos a sus habitaciones desde tanto tiempo perdidas, en aquella tierra que Jehová dio para siempre a su amigo Abraham.

Creemos que tal es la verdadera interpretación de la institución de las ciudades de refugio. Si debiéramos considerarla como susceptible de aplicarse al caso del pecador que busca su refugio en Cristo, no podría ser sino de una manera excepcional, atendido a que nos veríamos circuncidados por todos lados por puntos de contraste más bien que de semejanza. Pues, en primer término, el homicida en la ciudad de refugio, según leemos en Josué 20: 6 no estaba exento de juicio. En cambio para el creyente en Jesús no hay ni puede haber juicio alguno, por la más sencilla de las razones, de que Cristo ha sufrido el juicio en lugar suyo.

Había también la posibilidad de que el que había hecho una muerte por descuido, cayese en manos del vengador de la sangre si se aventuraba fuera de las puertas de la ciudad. El creyente en Jesús no puede perecer jamás; está en la misma seguridad que el propio Salvador.

Finalmente, en cuanto al homicida por ignorancia, se trataba únicamente de la seguridad y de la vida temporales en este mundo. Para el creyente en Jesús, trátase de una vida y de

la salud eternas en el mundo por venir. En verdad, en casi todos sus detalles existe un contraste notable más bien que una analogía.

Un solo punto importante es común a los dos casos: el de la exposición a un peligro inminente y de la necesidad apremiante de escapar al mismo y encontrar un refugio. Si hubiese sido rara locura por parte del homicida el detenerse o dudar un momento antes de encontrarse en seguridad en la ciudad de refugio, sería una locura más extraña aun por parte del pecador el tardar o dudar en dirigirse a Cristo. El vengador quizá no lograra meter mano en el homicida, aunque no estuviese éste acogido a una ciudad de refugio; pero el juicio debe alcanzar infaliblemente a todo pecador que esté fuera de Cristo. No hay medio de escapar si hay sólo el grueso de una hoja entre el alma y Cristo. ¡Terrible pensamiento! ¡Que El tenga su verdadera importancia para cualquiera de nuestros lectores que aún esté en sus pecados! ¡Que no encuentre un solo momento de tranquilidad si aún no ha buscado el refugio por la esperanza que le es ofrecida en el Evangelio! El juicio es inminente, juicio seguro, cierto, solemne. No es tan sólo que el vengador puede venir; sino que el juicio ha de caer sobre todos los que están fuera de Cristo.

¡Oh, lector no convertido, descuidado o frívolo! Si este libro llega a tus manos, atiende a la voz de advertencia: ¡Huye y salva tu vida! ¡No tardes, te lo suplico! La tardanza es locura. Cada momento es precioso. No sabes la hora en la que puedes ser conchecado por la muerte y enviado a aquel lugar donde ningún rayo de luz, ni siquiera el más leve fulgor de una esperanza podría visitarte; en aquel lugar de eterna noche, de eterna desgracia, de eterno tormento.

Muy amado amigo; permite te supliquemos, en estas líneas finales, que acudas a Cristo ahora, tal cual eres; El está ahí, abiertos los brazos y el corazón lleno de afecto, pronto a recibir y ampararte, a salvarte, y bendecirte según todo el amor de su corazón y la perfecta eficacia de su nombre y de su sacrificio. Que Dios, el Espíritu eterno, por su irresistible energía, te empuje a acudir ahora: "Venid a mí", dice el Salvador lleno

de amor, "todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar". ¡Preciosas palabras! ¡Que caigan con potencia divina sobre muchos corazones fatigados!

Aquí terminaremos nuestras meditaciones sobre esta maravillosa porción del Libro de Dios* y al hacerlo quedamos vivamente impresionados de la profundidad y de la riqueza de la mina a la que hemos procurado conducir al lector; pero también de la debilidad y pobreza excesivas de las observaciones que hemos podido presentar. Sin embargo, confiamos en que el Dios vivo guiará por su Santo Espíritu el corazón y el espíritu del lector cristiano en la potencia de su preciosa verdad para formarlos más y más para su servicio en estos últimos días malos, a fin de que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea magnificado y que la verdad sea mantenida en su potencia viviente. ¡Que lo haga según su abundante gracia por el amor de Cristo Jesús!

FIN

* El capítulo 36 ha sido ya examinado en nuestras meditaciones sobre el capítulo 27.